

BIBLIOTECA PREDICABLE,

por

D. FELIX LAZARO GARCIA,

CURA PARROCO DE SANTA EULALIA DE LA CIUDAD DE SEGOVIA.

y

CATEDRATICO DE FILOSOFIA Y TEOLOGIA

(que ha sido)

DEL SEMINARIO CONCILIAR DE LA MISMA,

y

otros señores sacerdotes.

TOMO 4.º

MADRID: 1847.

Imprenta de D. Tomás Aguado,
calle de la Encomienda núm 17.

BIBLIOTECA PREDICABLE.

SÉRIE PRIMEIRA.

**Pláticas doctrinales para todos los domingos
y fiestas del año arregladas al catecismo
de san Pio V.**

TOMO IV.

Contiene la cuarta parte del catecismo, de la oracion en general, Padre nuestro ú oracion Dominical, el Ave María y la Salve. Tambien contiene el indice del órden que puede observarse para acomodar las pláticas de esta série á los evangelios de los domingos y festividades de todo el año.

PLATICA I.

De la oracion en jeneral y su necesidad.

Oracion. He aquí, hijos míos, lo que el comun de los cristianos oye como si no hablara con ellos. Se cree por lo jeneral, que el orar es una obra y una ocupacion propia y esclusiva de aquellas almas que hacen profesion de ser devotas y aspiran á la santidad y perfeccion cristiana, pero que no es necesaria ni la manda Dios á los que viven entre el ruido y los afanes del mundo y que se contentan con tener una vida regular. Se mira con desprecio el ejercicio de la oracion; se ignora su necesidad, su virtud, sus utilidades y ventajas y se descuida el instruirse del modo conveniente de orar; de modo que ó no se ora ó se ora mal.

A mi cargo y oficio pastoral, toca recordaros, que entre las obligaciones de todo cristiano se cuenta la de orar. Que el instruirse y saber lo que es orar, cómo se ha de orar y todo lo que toca á la oracion es una parte de la doctrina Cristiana, que á ningun cristiano le es lícito ignorar.

Que Jesucristo mismo nos lo manda, y no contento con esto, nos enseñó con su ejemplo y su continua oracion que duraba las noches enteras; nos ordenó el mismo la forma de orar á petición de sus apóstoles, y nos encargó repetidas veces que orásemos y pidiésemos y seríamos oídos, conseguiríamos nuestras peticiones, y triunfaríamos de nuestros enemigos. Jesucristo mismo nos enseñó la oracion del *Padre nuestro* que es el complemento de todas nuestras oraciones, el medio para pedir y alcanzar de Dios todo nuestro alivio, y el socorro de nuestras necesidades; y la iglesia nos ayuda desde su origen con las preces y oraciones que nos enseña para que pidamos á Dios, honremos y demos gracias al Todo Poderoso por los innumerables beneficios que nos dispensa, y alabemos y reclamemos la intercesion poderosa de Maria Santisima y de los ángeles y santos que reinan con Dios en el cielo.

Para proceder con la posible claridad, antes de explicar la oracion del padre nuestro, del avemaria y la salve y lo que en estas oraciones se contiene os diré: lo que es orar; la necesidad y obligacion que tenemos todos de orar; la utilidad y las ventajas de la oracion, lo que se ha de orar, el modo y forma con que se debe orar, quienes han de orar, y por quienes y á quien se ha de orar. Me limitaré en este dia á explicar solamente: qué cosa es orar y la necesidad que tenemos todos de hacer oracion y en los siguientes os hablaré de los demas puntos.

«Orar dice el padre san Agustín (1), es hablar con

(1) Enarrat. in psal 85 et 37.

» Dios. Es la oración, dice el mismo santo, el deseo del
» corazón y el gemido del alma dirigido á Dios según lo
» que el profeta real dice: ante tí Señor, está todo mi de-
» seo, y no te están ocultos mis gemidos.» «La oración, dice
» en otro lugar (1) es la elevación del alma de las cosas
» terrenas á las celestiales, es el ansia y apetito de las
» cosas de arriba, y el deseo de las cosas invisibles. Es una
» unión al Espíritu-Santo.» «La oración en jeneral, dice
» mi angelico doctor santo Tomás (2) es la elevación del
» alma á Dios.» San Juan Damasceno nos enseña (3) que
es: «La petición que hacemos para conseguir de Dios las
cosas convenientes.» Según estas sentencias el catecismo
de la doctrina cristiana nos dice: que orar, es *levantar á
Dios el corazón y pedirle mercedes*. Se dice: *levantar el
corazón á Dios*, porque la oración debe salir del interior y
no bastan las palabras y sonidos bien formados si no van
acompañadas de la atención, del afecto del alma y de los
deseos del corazón. Decimos, *á Dios*, porque la oración
es un acto de la virtud de la religión por el que veneramos
y damos culto á Dios reconociéndonos sujetos á él, que es
el autor especial y el origen de todos los bienes, el que pue-
de satisfacer nuestras súplicas y concedernos nuestras peti-
ciones. Y decimos; *pedirle mercedes* para denotar la materia
de la oración, ó lo que debemos pedir á Dios, que deben
ser mercedes ó bienes espirituales ó temporales con tal que

(1) Serm. 230 de temp.

(2) 2.^a 2.^a q. 83 art. 1.

(3) Lib. 3. de fide cap. 24.

los dirijamos á un buen fin. Elevar el alma á Dios; poner sus miras y sus deseos en Dios; hablar con Dios y pedirle el socorro y los bienes necesarios, ó darle gracias por los bienes recibidos, he aquí, mis amados hijos, lo que es orar. Tu mismo deseo, es tu oracion, aunque tú no lo manifiestes, dice san Agustin, porque el Señor vé en lo oculto y penetra los corazones, y él cumple y satisface los deseos; pero han de ser de cosas eternas y que conduzcan á la salvacion y bien espiritual de las almas.

La oracion puede ser mental solamente ó mental y vocal. La mental es la que se hace interiormente ó con sola el alma, no con sola la especulacion, ó con solo el amor, sino con actos del entendimiento y de la voluntad; contemplando las verdades divinas y los beneficios del Señor, nuestra nada y nuestra miseria, y escitando nuestros deseos, moviendo nuestros afectos y resolviéndonos á obrar en honor de Dios y bien de nuestras almas. ¡Dichosos aquellos justos que despues de una constancia y trabajo continuo en ejercitarse en orar y vencer las perturbaciones é inquietudes, despues de haber logrado á fuerza de mortificaciones y penitencias dominar los corrompidos deseos de la naturaleza y los afectos de la propia voluntad, consiguen con su paciencia unirse á su Dios en la meditacion y la contemplacion, desprenderse de todo lo terreno y deleitarse únicamente en Dios con un amor puro y casto! Gozan en la tierra las dulzuras del cielo. Pero á este estado no se llega sino despues de muchas virtudes y un grande esmero en el servicio de Dios y en evitar aun los defectos mas leves; ni estamos todos obligados á una oracion tan perfec-

ta. La oracion mental y vocal es la que hacemos con el alma y al mismo tiempo con palabras. Si las palabras estan solas sin ir acompañadas del deseo y la intencion del alma, no es oracion, dice muy bien santa Teresa (1) y asi no hay oracion puramente vocal. Aunque Dios no necesita nuestras palabras para conocer nuestros deseos y saber nuestras necesidades, porque las tiene presentes y sabe muy bien lo que nos hace falta antes que lo pidamos, conviene que oremos y le manifestemos nuestros deseos con palabras para escitarnos mas y mas y dirijirnos con mas afecto y mayor intension á Dios, y porque Jesucristo nos enseñó á orar con palabras y debemos seguir el ejemplo de nuestro divino maestro. La oracion puede ser tambien pública ó comun, y privada ó singular. La pública es la que se ofrece á Dios por el ministro de la iglesia en nombre de todo el pueblo; y la privada es la que se hace á Dios por una ó mas personas particulares que piden á Dios por sí ó por otros. La oracion pública debe ser vocal porque ofreciéndose á Dios en nombre de todo el pueblo fiel, es preciso que sepa el pueblo lo que se pide y una su intencion con el ministro de Jesucristo. Por esta razon ordena la iglesia que pronuncien en voz alta los sacerdotes las oraciones públicas y en aquella que dicen en voz sumisa responde el pueblo con la palabra *amen*, para unirse y dar su asentimiento á lo que pide el sacerdote. Las oraciones privadas ó particulares no es de necesidad que sean vocales, porque median-do entre Dios y el hombre basta orar con el alma y puesta

(1) In via perfecta, cap. 23.

en la divina presencia ofrecer el corazón y los deseos al Señor con un lenguaje que no se sabe explicar pero que es muy fácil en la práctica á las almas penitentes, compunjidas y devotas. Puede muy bien orar cada uno vocalmente y conviene mucho hacerlo así, ya para escitar la devocion interior y movernos á nosotros mismos y por medio de las voces y cosas exteriores elevarnos al mismo Dios, como dice san Agustin (1), ya para que el hombre sirva y emplee en obsequio de Dios todo lo que ha recibido de Dios; y habiendo recibido el alma y el cuerpo, es muy justo que ore y consagre á Dios el alma y el cuerpo como dice santo Tomás (2). Y ya tambien porque el alma y el cuerpo se ayudan mutuamente. Los afectos fuertes del alma redundan y hacen participante al cuerpo haciéndole sentir sus impresiones, como lo vemos cada dia en las alegrías y pesares. *Mi corazón se alegró*, dice el real profeta, *y mi lengua se conmovió de gozo*. Y tambien los objetos y acciones exteriores ocasionan distintas sensaciones en el alma. La entrada en un templo, la presencia de una imájen, el oir los himnos y cánticos sagrados, las circunstancias del lugar, del tiempo, todo hace impresion en nosotros y ayuda y escita á nuestra alma á dirigirse á su Dios con mas ó menos deseo y afecto; así como inclinan y arrastran al mal la vista de objetos lascivos, las canciones, músicas y concurrencias deshonestas y los lugares y compañías peligrosas.

Aunque la oracion tiene muchas partes ó llámense ac-

(1) Espístola 130.

(2) 2. 2. q. 83. art. 12.

tos distintos se reducen principalmente á dos que son: la peticion y la accion de gracias, porque nos llegamos á Dios y le damos culto y veneracion bien sea pidiéndole beneficios ó para alcanzar algun bien de su bondad y mesiricordia infinita, ó bien para darle gracias por los bienes que continuamente nos dispensa su inmensa benignidad, para que manifestándole nuestro agradecimiento por los beneficios recibidos, los recibamos mayores como dice en sus oraciones la iglesia.

Que sea necesaria la oracion pública ó que oren los ministros de la iglesia en nombre del pueblo, no necesito manifestároslo. Para esto están instituidos por Jesucristo y son mediadores entre Dios y los hombres. Para esto son los templos, el santo sacrificio de la misa, las sagradas ceremonias, los cánticos y el oficio divino y todo lo que forma el conjunto del culto de nuestra adorable religion que se ordena á honrar á Dios, á manifestarle nuestra sumision y respeto, á pedirle su ayuda y socorro de nuestras necesidades, y á darle gracias por los beneficios y dones que nos dispensa; y si estas oraciones públicas faltasen, si desapareciesen nuestros templos, nuestras imágenes, nuestros ritos, cánticos y solemnidades, si se concluyesen los ministros del santuario, desaparecería y concluiría tambien de entre nosotros la religion cristiana que profesamos, nuestro augusto sacrificio y vendriamos á ser peores que los paganos que adoraban á los ídolos.

Voy á hablaros de la oracion particular y privada; de la que cada uno debe hacer y tener como cristiano. Esta digo, que es necesaria á todos y que por obligacion debe-

mos todos orar. Penetrados ya de lo que es la oracion no os asustéis al oirme decir que todos debemos orar, porque no intento deciros con esto, que huyais á los desiertos como san Pablo, san Antonio Abad y otros muchos santos á pasar los dias y los años entregados á la contemplacion divina; no intento ni quiero deciros que abandoneis vuestros trabajos y labores, vuestros afanes y cuidados y que paseis las horas y los ratos en la iglesia ó en el retiro de vuestra casa conversando con Dios al pié de Jesus como la Magdalena. No pretendo imponeros una carga de rezos y devociones que os ocupen demasiado asi como á los religiosos y sacerdotes; si orar es hablar con Dios, elevar el alma á Dios, y pedirle beneficios, ó darle gracias por los bienes que nos ha dispensado, ¿quién no necesita pedir á Dios? ¿Quién no ha recibido bienes de Dios y debe manifestarle su agradecimiento? ¿Quién no depende de Dios? Y por consiguiente ¿quién es el que no debe orar?

En este sentido la oracion es necesaria y obliga á todos de necesidad de medio, y de necesidad de precepto. Con necesidad de medio de modo que sin ella no podemos conseguir la salvacion eterna, porque aunque Dios pudiera muy bien darnos su gloria y sus auxilios sin que nosotros los pidiésemos, en el órden comun de su divina providencia, Dios no los concede si no mediante nuestra oracion y nuestras súplicas. La oracion, segun la disposicion divina y el órden que el Señor ha querido establecer para darnos sus gracias es la causa moral y el conducto necesario para lograrlas. *Pedid y recibireis* nos dice el mismo Jesucristo. «Si pedis alguna cosa al Padre en mi nombre, os la con-

» cederá. Llamad y se os abrirán las puertas. Orad para
» que no entreis en tentacion,» nos dice tambien, con otras
muchas sentencias semejantes que hallamos en el evangelio á cada paso, y nos dan bien claro á conocer que: no recibiremos, sino pedimos; que no se nos abrirán las puertas si no llamamos; que si no oramos y clamamos á Dios caeremos en la tentacion, y asi es bien fácil conocer que la oracion nos es necesaria á todos por necesidad indispensable ó de medio que llaman los teólogos, para conseguir la vida eterna.

Tambien lo es por necesidad de precepto, y apenas hay cosa que se nos encargue y recomiende mas. «Orad, pedid, » invocad al Señor y Padre que está en los cielos, nos dice » con frecuencia Jesucristo, conviene orar siempre y nunca » faltar á este deber» nos avisa por san Lucas (1). Nos enseñó con su ejemplo y dió á sus apóstoles y para todos nosotros la forma y modo con que debemos orar. Los apóstoles mandaron orar á los fieles y á cuantos se convertian á la fé de Jesucristo enseñaban y daban reglas para que se ejercitasen en la oracion. En sus reuniones oraban y permanecian unánimes en la oracion; en sus cartas exhortan á la oracion con grande diligencia y recomiendan la necesidad de ocuparse en este saludable ejercicio. «Haced presentes » vuestras peticiones á Dios, en toda oracion, obsecracion » y accion de gracias, dice el apóstol á los Filipenses (2). » orad sin intermision. Quiero que los hombres oren en

(4) Cap. 18.

(2) Cap. 3.

» todo lugar levantando sus manos puras, sin ira, sin disputa y lo mismo las mujeres...» dice en otro lugar el mismo apóstol (1) y lo repiten todos con frecuencia. Los santos y cuantos han emprendido agradar á Dios así del antiguo como del nuevo testamento, han frecuentado la oración como medio seguro para alcanzar sus beneficios y como homenaje debido á Su Majestad y dominio supremo que tiene sobre todas sus criaturas, confesando que él es quien dá y quien quita.

He aquí, hijos míos, indicadas otras razones que nos inducen á conocer la necesidad de orar. El dominio Supremo de Dios á quien debemos someternos y manifestar que tenemos necesidad de sus socorros como que es todopoderoso. Y la caridad que nos debemos á nosotros mismos. No pudiendo desconocer nuestra miseria y pobreza y la necesidad que tenemos de tantos auxilios así para sostener al alma en tantos peligros como la rodean, como al cuerpo en tantos males como le afligen. Sabiendo al mismo tiempo que nuestra salud y todo nuestro bien está en manos de Dios, pero que no debiéndonos nada espera que le pidamos é imploremos como los mendigos su piedad, debemos por nuestra propia caridad y conveniencia orar y pedir los auxilios oportunos; llamarle como huérfanos y desamparados, como pobres y desvalidos, como desterrados y miserables para que nos ayude. *Soy pobre y sin auxilio, Señor, ayúdame*, decia el Santo Rey David (2). El conocimiento de nuestra flaqueza y de

(1) 1.^a ad Tit. cap. 2.

(2) Psal. 69.

nuestras miserias nos manifiesta la necesidad que tenemos de orar aun cuando el mismo Dios no nos lo mandara. En el estado de la inocencia, antes que el hombre cayese en el pecado y quedase tan desfigurado del ser y virtud que recibió de las manos de su criador estaba obligado á orar con una oracion que consistia en una adoracion perpetua y una continua accion de gracias á su Dios. Rodeado de todos los bienes, nada necesitaba, y como no conocia el mal, ni tenia que llorarle ni pedir su remedio. Corrompida su naturaleza por el pecado, privado de todo bien y oprimido por todas partes de males y miserias, no solo ha de orar para dar gracias por los beneficios recibidos, sino que debe ser su oracion un llanto inagotable sobre sus flaquezas y sus vicios, y una súplica continua de los socorros y auxilios de su Dios. ¿Qué viene á ser el hombre por sí solo en el estado á que se halla reducido? ¡Ay hermanos míos! confesémoslo llenos de confusion. Nada somos, nada tenemos, de nada somos capaces ni en el orden de la gracia ni en el de la naturaleza. Si subsistimos y nos conservamos es por la misma accion que nos ha dado el ser.

Nuestra vida, nuestra suerte y nuestro destino, todo está en manos del Señor que es árbitro del mundo y dispone igualmente de las cosas grandes y de las pequeñas. En su vida y ser espiritual ¿qué es el hombre sino pobre, débil, corrompido, sin otro patrimonio ni herencia que la debilidad, el vicio, la mentira y las necesidades? Y en este estado, ¿qué medio podemos buscar que sea seguro y acertado para darnos el socorro y el alivio y consuelo? La oracion, hijos míos, y Jesucristo mismo nos dice: venid po-

bres, venid pecadores, venid ingratos, no traigais el oro, ni la plata, yo no quiero sino que pidais y recibireis, no quiero limitaros vuestras peticiones, pedid que yo no limitaré mis gracias. Si pues la oracion es el medio de atender al socorro de nuestras miserias espirituales y temporales, la caridad que nos debemos, nuestro propio interes nos impone la obligacion de levantar el corazon á Dios y pedirle mercedes, la obligacion de orar. ¿Tendré necesidad amados mios, de insistir en este asunto y de persuadiros aquello mismo á que os arrastra vuestro provecho, vuestra utilidad y vuestro engrandecimiento? Si os sucede alguna desgracia, si sufris alguna pérdida temporal, si aspirais á alguna empresa ó algun destino útil y ventajoso, si se trata de la salud del cuerpo. ¿es necesario avisaros para que pidais, busqueis protectores, hagais cuanto dicta la prudencia y la industria para libraros de vuestros males ó conseguir vuestros bienes? ¿Y en medio de tantos males y peligros espirituales y temporales como nos rodean, de que descais y debemos desear salir á toda costa, teniendo el remedio en la oracion, habrá necesidad de que se os avise y recuerde que oreis?

No me digais cuándo ó en qué ocasiones os obliga el orar. Orad á la mañana y á la noche, en la casa y en el campo, en la iglesia y en las plazas, al comer y al dormir, porque en todas ocasiones teneis peligros que vencer y necesitais auxilios que no teneis. Si sois pecadores, orad, porque acaso no queda otro medio para convertirlos y volver á la amistad de Dios que la oracion. Si sois justos y vuestra conciencia nada os reprende ni halla cosa en vos-

otros que os prive de la gracia y amistad de Dios, orad porque es necesario que perseveréis hasta el fin, porque no basta comenzar bien si se concluye mal, porque necesitáis que os conceda el Señor su asistencia, que os sostenga y fortalezca y os dé la perseverancia. Si sois ni pecadores ni justos, sino que alternáis entre vuestras caídas y arrepentimientos, y ya lloráis vuestros extravíos y detestáis vuestros pecados, ya dejados llevar de vuestros apetitos viciados volveis á sepultaros y á entregaros alegremente á los mismos vicios que llorábais, como sucede con muchos cristianos imperfectos y débiles, orad, porque en ese estado necesitáis los auxilios del Señor para uniros eficazmente á la virtud y permanecer en el odio del pecado. Orad en todo tiempo, prevenid y anticipaos á los casos en que teneis una estrecha y particular obligacion de hacerlo, orad sin intermision: pero principalmente cuando no podeis omitir el orar sin cometer un nuevo pecado. En las graves tentaciones que os acometen, en los peligros próximos de muerte, cuando empezais á tener uso de razon y á poder reflexionar sobre vosotros mismos, algunas veces en la vida, especialmente cuando venis á la iglesia y asistis al santo sacrificio de la misa, cuando el Señor os envia alguna calamidad ó afliccion sea privada ó pública. Orad en vuestras necesidades y las de vuestros prójimos y acudid á Dios pidiéndole los auxilios oportunos.

Pero Dios, direis ó habreis oido decir; Dios sabe y conoce muy bien nuestras necesidades ¿para qué necesita que nosotros se las manifestemos si quiere remediarlas? Verdad es, hijos míos, que Dios sabe nuestras necesidades, y lo es

tambien que puede socorrernos sin que nosotros le pidamos. Si asi no fuese, si el Señor no anticipase sus beneficios á nuestros ruegos ¿dónde estaríamos nosotros? ¿quién nos hubiera dado el ser? ¿cómo hubiéramos nacido entre cristianos y hubiéramos sido alumbrados con la fé y recibido los santos sacramentos que nos disponen para llegar á su gloria? Estas y otras muchas gracias que el Señor nos dispensa á cada hora son efectos de su infinita bondad y misericordia del amor que tiene á las criaturas. Pero ademas de estas gracias que el Señor nos da independientemente de nuestras súplicas, hay otras que en el orden de su providencia no se nos conceden sin que las pidamos, y aunque puede el Señor socorrer nuestras necesidades sin que nosotros se las presentemos quiere ser como obligado por nuestras oraciones, quiere socorrernos mediante nuestros ruegos. Es dueño absoluto de sus gracias, nada nos debe y para darnos exige las mas veces la condicion de que nosotros pidamos, y para eso nos ha dado el entendimiento y la razon á diferencia de los seres irracionales. ¡Ay hijos! Los hombres que pueden socorreros en vuestras aflicciones y miserias saben tambien y conocen muchas veces los socorros que necesitais, y sin embargo acudis á ellos, los manifestais vuestra necesidad, interesais su misericordia y nada dejais por hacer para conseguir el que os socorran. ¿Y no acudireis á Dios por la sola razon de que Dios sabe bien lo que necesitais?

Las disposiciones y decretos de Dios son inmutables y eternos, y en vano es orar y pedirle porque ha de suceder lo que él tiene dispuesto. Tambien es verdad que la volun-

tad divina siempre justa y adorable es invariable y eterna, es infalible en sus disposiciones y nosotros no oramos para variar la voluntad de Dios y alterar sus sábios consejos; pero en sus consejos invariables y eternos ha dispuesto dar muchas de sus gracias mediante nuestras súplicas, y para llenar esta condicion debemos orar. Ha dispuesto no dar muchas de sus gracias sino rogado y por esto tenemos necesidad de orar. «Aquello que el Señor no ha dispuesto y » determinado no puede conseguirse en manera alguna, » dice san Gregorio Magno (1) pero ha dispuesto que muchas cosas se consigan por medio de nuestros ruegos, y » para esto, y por esto oran los varones santos. Y aun la » misma eleccion que desde la eternidad tiene hecha el » Señor de los que han de entrar en su reino está dispuesta de manera que los elejidos han de conseguir la » gloria y llegar á él por el trabajo; de modo que pudiendo merezcan recibir lo que Dios ha dispuesto darlos antes de todos los siglos.» Elias profeta de Dios oró y pidió con fervor la lluvia aunque el Señor se la habia prometido, porque aunque Dios no puede engañar, sabia muy bien que la lluvia la daria el cielo mediante su oracion. Jesucristo mismo nos dice que hay cosas que no se consiguen sino por la oracion. «Hay cierta casta de demonios que no » es lanzada, sino por la oracion y el ayuno» nos dice por san Mateo (2) los pueblos, las naciones todas y las jentes de

(1) Lib. 1. Dial. cap. 8.

(2) Matt. cap. 17.

todas condiciones y países acuden á la oracion en sus necesidades aunque saben bien que Dios es inmutable y eterno, y aun los mismos jentiles imploraban en sus apuros los socorros de sus ídolos.

Reasumiendo toda esta doctrina diremos: que orar no es otra cosa que humillarnos delante de Dios reconociendo su poder y nuestra miseria, implorar sus auxilios y darle gracias por los muchos que nos dispensa: que podemos hacer esta oracion con sola nuestra alma ejercitando nuestro entendimiento y nuestra voluntad, ó con nuestra alma y nuestro cuerpo ayudándonos con nuestras palabras, con nuestros cánticos, con los objetos exteriores como la entrada en la iglesia y la postura humilde y devota en ella, la presencia de las imágenes, el ejemplo de los demas, las lecturas piadosas y otras muchas cosas que podemos convertir en nuestro provecho. Que los ministros del Señor oran publicamente y son intercesores para con Dios mediando entre Dios y su pueblo con las oraciones y sacrificios dispuestos por la iglesia y establecidos por el mismo Jesucristo y sus apóstoles; pero que ademas de estas oraciones públicas y comunes, tenemos necesidad de orar cada uno privada y particularmente, porque así lo exige el órden de la divina providencia en que Dios quiere que le pidamos para concedernos sus beneficios, porque lo exige su dominio y supremo poder cuya autoridad debemos respetar y á quien debe mes someternos, porque estamos rodeados de males y miserias espirituales y temporales despues que pecando nuestro primer padre no nos dejó otra herencia que la pobreza y el pecado y siendo Dios

el manantial de nuestros bienes y consuelos que nos los ofrece jenerosamente si nosotros se los pedimos, nuestro interés y la caridad que nos debemos á nosotros mismos exige que oremos, y hay casos en que no podemos dejar de hacerlo sin cometer un nuevo pecado y quebrantar el precepto de Dios que nos manda orar. Diremos: que aunque Dios sepa nuestras miserias debemos orar, no para que las sepa, sino para que nos saque de ellas y cumplir su voluntad dispuesta á servirnos con tal que le supliquemos. Que aunque Dios es inmutable, oramos y debemos orar, no para alterar su voluntad, sino para llenar sus disposiciones por las que quiere darnos con tal que le pidamos, ó mediante nuestras oraciones. Qué Jesucristo con sus palabras y su ejemplo, que los apóstoles y todos los justos del antiguo y nuevo testamento nos recomiendan y encargan el uso frecuente y el ejercicio saludable de la oracion y nos dieron el ejemplo en sí mismos, y que no hay pueblo que en sus calamidades y tribulaciones no acuda á Dios en busca de su alivio y consuelo, aun los mismos bárbaros y gentiles.

Ahora deberia quejarme del descuido y abandono, sino ya no es desprecio el que hacen muchos cristianos de la oracion y del precepto que á todos nos manda orar; pero no quiero seros molesto, y lo suspendo para despues de instruiros de las utilidades y ventajas de esta práctica, y concluiré apelando á vuestro mismo corazon, á los sentimientos que la misma naturaleza os inspira, á aquellos primeros impulsos que sin pensar sentis en vuestros infortunios. ¡Ay Dios mio! Es lo que primero se nos ocurre y el

primer auxilio que invocamos. Desechad, hijos mios, y desentendeos de esas vanas cavilaciones y especiosos pretestos: ¿para qué? Para huir de Dios, para apartarse de Dios, para no tratar á Dios, para no implorar el auxilio de Dios. ¡Infelices nosotros si el Señor nos desampara y desatiende! ¿Es nuestro Dios por ventura tan mal Padre, tan mal amigo, tan mal Señor que hayamos de esquivar su trato? ¿Somos tan felices que para nada le necesitamos? Seguid, hijos, la simplicidad de vuestro corazon y los impulsos que ha impreso el Señor en vuestras almas de implorarle en todas vuestras necesidades. Pero no os contenteis con orar en solas vuestras aflicciones. Orad siempre, orad sin intermision porque no hay tiempo ni lugar en que no necesiteis su ayuda. Hijos mios, os encargo con el apóstol (1), sea que comais ó que bebais ó que os empleeis en alguna otra cosa, hacedlo todo en honra y gloria de Dios, tened siempre presente á Dios; humillaos bujo la mano poderosa del Señor y él os exaltará en el tiempo de su visitacion como dice san Pedro (2), y tened presente como nos lo recuerda el padre san Juan Crisóstomo (3), que si los hombres se aplacan con los regalos y las riquezas, á Dios solo podemos aplacarle con la oracion.

El se apiade de nosotros y nos conceda á todos su gracia. Amen.

(1) 1. Cor. cap. 10 v. 31.

(2) 1. Petri cap. 5. v. 6.

(3) Hom. 18.

PLATICA II.

De la utilidad de la oracion.

Para movernos á cumplir el precepto de orar, debería bastarnos la sola razon de que el mismo Dios nos lo manda y que nuestro estado de pobreza y envilecimiento nos hace necesaria la oracion y el acudir á Dios en busca de nuestro remedio y el apoyo de sus divinos auxilios; pero para que conozcamos mejor este deber y nos dediquemos con mas gusto y mas frecuencia á este santo ejercicio, voy á manifestaros la utilidad de la oracion haciéndoos presentes algunas de las muchísimas ventajas y bienes de todas clases que nos reporta. Por la oracion, en primer lugar, damos á Dios el honor y culto debido. La fé de acuerdo con la razon nos enseña que Dios es un ser infinitamente perfecto, que de nada necesita y se basta á sí mismo, que es el principio de todo, el Señor de todo, y que por él han sido criadas y de su voluntad dependen todas las cosas. De aqui es fácil inferir, que nosotros debemos á este Ser Supremo un

homenaje de respeto y adoracion como á nuestro Criador, y una gratitud y reconocimiento como á nuestro Bienhechor. Pues, hijos míos, solamente con la oracion podemos cumplir estos deberes tan esenciales. El alma sola con su Dios en la oracion, ilustrada con la luz celestial, mira con gusto su nada y su vileza, y la vanidad de todas las cosas del mundo; contempla y se deja penetrar de la majestad y poder del Ser Supremo y procura honrarle con los mayores abatimientos y humillaciones, con el mas profundo reconocimiento. En la oracion contemplando las gracias, que el Señor la ha dispensado, y las que está pronto á dispensarla se derrama en fervorosos hacimientos de gracias y á la vista de los beneficios ni quiere ni desea sino ofrecerle el sacrificio de su gratitud, su misma nada, su miseria, y su impotencia de corresponderle y de darle las gracias que merece. Por la oracion nos confesamos sujetos á Dios y le reconocemos y publicamos por autor de todos los bienes; con lo que gusta el Señor que le honremos. Honramos á Dios con nuestras preces y oraciones y este es un sacrificio grande y agradable á sus ojos. «La oracion que se dirige con » pureza desde un corazon fiel, dice san Agustin (1), su- » be al cielo como el humo de un incienso que se quema » sobre una ara santa.» ¡Qué bondad la de nuestro Dios, y qué consuelo para nosotros, hijos míos! ¿Queremos honrar y ser agradecidos á Dios? Pues nada tenemos que buscar fuera de nosotros. En nuestro interior tenemos víctima

(1) Enarr. in psal. 140.

que sacrificar, incienso que quemar y hostia con que aplacar y mover á nuestro Dios; la oracion. *En mí está la oracion*, dice el real profeta (1), *diré á Dios, tú eres mi Señor y mi consuelo*. Rogaré de lo íntimo de mi corazon incensantemente al Señor autor de mi vida y le diré con confianza, Dios de bondad, tú eres mi esperanza y mi refugio.

Es útil la oracion porque con ella y por ella alcanzamos lo que pedimos. Nuestras súplicas son oídas por Dios. La oracion es la llave del cielo, sube la peticion y baja el despacho de la misericordia de Dios. «Baja es la tierra y » alto el cielo, y sin embargo, dice san Agustin, oye » Dios la lengua del hombre.» Es tal la virtud de la oracion y tan útil su ejercicio que por ella conseguimos las riquezas de los dones del cielo. Por ella alcanzamos tener por nuestro guia y protector al Espíritu-Santo, logramos la conservacion y aumento de la fè, la esperanza y la caridad, los auxilios necesarios para vencer las tentaciones, las fuerzas para triunfar de nuestros enemigos el mundo, el demonio, y la carne, el perdon de los pecados, la esencion de las penas, y un colmo muy cumplido de gozo singular y de bendiccion espiritual en Jesucristo. *Pedid y recibireis*, nos dice el mismo Señor, *para que vuestro gozo sea cumplido*. No hay cosa que con mas frecuencia se nos repita en la Sagrada Escritura. «Cerca está el Señor de todos los que le invocan, dice » san Juan (2), cerca está de todos los que le invocan

(1) Psal. 41.

(2) Cap. 16.

» en verdad y sinceridad. Cumplirá la voluntad de los
» que le temen, oirá sus deprecaciones, y los salvará,
» dice el real profeta (1). Tu Señor, dice el mismo (2),
» eres suave y manso y son muy grandes y muchas
» tus misericordias para todos los que te invocan. Lla-
» marás y el Señor te oirá, dice Isaías (3), te dirá: he-
» me aquí presente. Oiré antes que ellos clamen, y al
» mismo tiempo que hablan, dice por el mismo (4). El
» Señor de todos, dice el apóstol (5), es rico para to-
» dos los que le invocan. Todo el que invoque el nom-
» bre del Señor será salvo.»

Oigamos lo que Jesucristo mismo nos dice en su evangelio (6). «Pedid y se os dará, buscad y hallareis,
» llamad á la puerta y se os abrirá, porque el que pide
» recibe; el que busca halla; y la puerta se abre al que
» llama. Si vosotros siendo malos sabeis dar cosas bue-
» nas á vuestros hijos ¿con cuánta mas razon vuestro
» padre que está en el cielo dará verdaderos bienes á
» los que se los pidan?» dará no solo los bienes necesarios
para la vida del cuerpo, sino tambien los bienes verda-
deros, los bienes del alma, *el buen espíritu*, esto es la
gracia divina que el Espíritu-Santo infunde en los cora-

(1) Psal. 144.

(2) Psal. 85.

(3) Cap. 58.

(4) Cap. 65.

(5) Rom. cap. 10.

(6) Matt. cap. 7.

zones de los que la piden. Si Dios concede sus bienes aun á aquellos que no se los piden, á sus declarados enemigos y á los que viven en un olvido de su Dios, ¿Con cuánta mas razon llenará de favores y dará su espíritu á los que suplican á su bondad y misericordia infinita con oraciones fervorosas, á los que llenos de humildad le invocan y sometidos á sus disposiciones esperan de sus manos todos los auxilios que necesitan?

Cuando quisiéramos dudar de esta verdad, la experiencia nos la pone de manifiesto y nos enseña que nada hay que se resista á la oracion, que ni el mismo Dios la resiste porque es tal su eficacia que vence al que es invencible y supera al que es omnipotente como dice san Bernardo. Con la oracion logró Daniel que los leones se olvidasen de su ferocidad. Los niños del horno de Babilonia quitaron la actividad á las llamas del fuego devorador, con la oracion. Pablo no se convirtió, sino porque Esteban hizo oracion por él: el buen ladrón no consiguió el perdón y la misericordia sino porque pidió á Jesus crucificado que se acordase de él en su reino. David consiguió la remision de sus pecados. Salomon recibió el espíritu de sabiduría y de inteligencia. Eccequias que se dilatase su vida; Manasés aplacar al Señor irritado; Judith triunfar de Holofernes; los Macabeos las victorias mas completas sobre los enemigos del Dios de Israel; los Ninivitas que no fuese destruida su ciudad; los apótoles anunciar con tanto valor y tanta felicidad los caminos del Señor. La oracion triunfa de la muerte como lo vemos en Eccequias y en los muertos resucitados por la invocacion del nombre de Jesucristo. Triun-

fa de los mares como lo vemos en el tránsito del mar á pié enjuto de todo el pueblo de Dios por la oracion de Moyses. Triunfa de los astros que obedecen y detienen su curso á la voz de Josue. Nada hay imposible y que no se pueda lograr por la oracion, es omnipotente, dice san Ambrosio, y podemos muy bien decir que sino hay persona que pueda resistir á Dios con la fuerza, todos podemos vencerle con la oracion. Desarma la oracion al Todo Poderoso, le quita de las manos, si así puede decirse, el rayo vengador con que estaba dispuesto á castigar, porque si el pecador ora y se arrepiente del mal que ha hecho, Dios es tan bueno, que se arrepiente y suspende el mal que meditaba hacerle.

Hay mas, hijos míos. Por la oracion nos suele dar el Señor mucho mas de lo que le pedimos. Poderoso es para darnos con una superabundancia mayor que todo lo que nosotros pedimos y aun que lo que podemos pensar, dice el apóstol (1). El mismo Jesucristo que tan repetidas veces nos manifestó esta doctrina y nos la declaró con términos tan tiernos y afectuosos, nos lo enseñó en la parábola del hijo pródigo. Reconocido este y vuelto en sí pedía solamente cuando volvió á su padre que le tomase por uno de sus criados, pero el padre misericordioso y compasivo le salió al encuentro, se colgó de su cuello, le besó, mandó restituirle sus ricos vestidos y su anillo y que se hiciese un convite y un festin para manifestar su alegría. El siervo que debía diez talentos á su Señor so-

(1) Eph. cap. 3.

lamente le pedia tréguas y algun tiempo para pagarlos, y el Señor le perdonó todo el débito. El ladrón pendiente de la cruz pedia tan solamente que se acordase de él cuando estoviese en su reino; y el Señor le concedió la posesion del paraíso en aquel mismo dia. No solamente nos dá sus bienes y mayores que los que le pedimos al Señor en nuestras oraciones, sino que nos los dá con prontitud, sin aguardar á que nuestros labios pronuncien las palabras, acude á los deseos íntimos y ocultos de los necesitados. *Oye los deseos de los pobres* que humildemente le piden, *y atiende á la preparacion de su corazon*, dice el real profeta (1):

Nos proporciona tambien la oracion el que nos ejercitemos en las virtudes y las acrecentemos, especialmente las virtudes principales que son fé, esperanza y caridad. El que ora, cree y confiesa desde luego á su Dios, porque ¿cómo invocará á aquel en quien no cree? tiene presentes las promesas de Dios á los que le piden y corroborado y fortalecido con esta fé le da gloria íntimamente convencido de que Dios es poderoso para cumplir lo que promete y conceder lo que le pide. El que ora se acerca á su Dios por la fé y confiesa la infinita majestad del Señor, su bondad, su providencia, su poder, su misericordia y al mismo tiempo reconoce su debilidad, su pobreza y su dependencia de Dios, y cuanto es mas fervorosa y viva su oracion, tanto mayor es su fé,

(1) Psal 10, v. 17.

y cuanto mas pide, menos duda. «Si la fé falta, dice san
» Agustin (1), se acaba la oracion, porque ¿quién pi-
» de lo que no cree? Para que oremos, creamos, y pa-
» ra que no nos falte la fé con que creemos, oremos. La
» fé nos lleva á la oracion y la oracion que hacemos
» mediante la fé, nos da la firmeza y solidez en la mis-
» ma fé. Por eso el Señor nos dice que velemos y ore-
» mos para que no entremos en tentacion: ¿qué es entrar
» en tentacion sino desfallecer en la fé? En tanto pre-
» valece la tentacion en cuanto falta la fé, y tanto mas
» debil se hace la tentacion cuanto toma mas fuerza la
» fé. Y la fé se fortalece con la oracion. Yo rogué por tí,
» dijo Jesucristo á san Pedro, para que tu fé no falte.»

No menos se ejercita y aumenta con la oracion la
virtud de la esperanza. El que ora con rectitud, así como
cree con confianza, espera tambien animado de las di-
vinas promesas. Creed, nos dice Jesucristo, que aquello
que pidaís en la oracion lo recibireis y os sucederá.
Pedid y se os concederá, buscad y hallareis. Y corrobo-
rando nuestra esperanza nos dice: ¿quién de vosotros si pi-
de á su padre un pan recibirá una piedra? ¿O si le pide
un pez le dará una serpiente; ó si un huevo le dará
un escorpion? Pues si vosotros siendo malos sabeis dar
bienes á vuestros hijos ¿cuánto mas el padre que está en
los cielos dará el espíritu recto á los que le pidan? El
cristiano que ora pone toda su esperanza en Jesucristo;

(1) Serm. 36 de verb. Dom.

ofrece por él su oracion al padre y lleno de confianza dice con el profeta David (1). «Mis ojos los tengo fijos siempre en Dios y espero que apartará mis pasos de todos los peligros.»

En la oracion no solamente se afirma la esperanza sino que se hace resignada y paciente. El que ora no exige de Dios lo que le pide cuando y como á él le conviene: hace presente su necesidad, sabe que Dios oye sus ruegos, y si no le concede lo que desea ó le priva de aquello que ama, no por eso se cree despreciado ó desatendido; espera con paciencia, sufre los males y padece las privaciones, y confia que á su tiempo le concederá el Señor mayores bienes. Aunque alguna cosa le suceda contra aquello que ora y pide al Señor, en todo dá gracias á Dios y se somete á Dios y quiere que se cumpla su voluntad que siempre es justa, siempre acertada, siempre es voluntad de un padre infinitamente sabio y amante sin igual de sus hijos. Tal es la firmeza y solidez que dá la oracion á la esperanza. Sucede tambien que aunque sean justas nuestras peticiones dilata el Señor concedèrnoslas, porque él sabe mejor que nosotros cuándo nos convienen, y por qué quiere que le imitemos para que difiriendo el darnos estimemos mas sus dones y le quedemos mas reconocidos; para evitar nuestra soberbia creyendo que sus dones son debidos á nuestros méritos y no á su misericordia; para que ensalcemos y testifiquemos mas su amor viendo que nos dá solo porque quie-

(1) Psal. 24;

re y cuando quiere; para ejercitar nuestra paciencia y que no perdamos nunca la confianza en él, que aunque quiere que nos fiemos enteramente y arrojemos en él nuestros cuidados porque á su cargo está el que nada nos falte, quiere tambien que nosotros le pidamos.

La oracion da tambien pábulo y aumento á nuestra caridad. ¡Ay hijos míos! cuánto mas se conoce á Dios, cuanto mas nos acercamos á él, mas le amamos, porque es imposible conocerle y no amarle; y por la oracion le tratamos y conocemos. En la oracion aprendemos que él es el autor de todo cuanto tenemos, el número infinito de beneficios que nos dispensa, los bienes eternos que nos prepara, el amor grande que nos tiene y con estos y otros conocimientos que adquiere el alma en el estudio sencillo de la oracion se siente movida á amarle con toda la extension que puede, á no amar sino á Dios, á no desear sino á Dios, á no dirigir sus pensamientos y sus deseos sino á Dios.

El orar sin intermision que nos encarga el apóstol ¿qué otra cosa es, dice san Agustin, que desear continuamente y pedir á Dios la vida dichosa y bienaventurada? Y el que apetece continuamente la vida del cielo preciso es que se inflame en el amor de un Dios que tantos bienes tiene preparados para los que le aman.

Sabido es tambien que con el trato y frecuencia entre los hombres se estrecha la amistad y se enjendra el cariño y de un modo semejante las almas piadosas que dirijen con frecuencia sus preces á Dios, que imploran su bondad y su misericordia podemos decir que hablan con Dios y le tratan, y asi se incitan á amarle con mas fervor y mas

cariño, contraen su amistad, y ya no son estos hombres justos sus siervos, sino sus amigos.

Por una consecuencia natural del ejercicio de la oracion sacamos el conocimiento de nuestra nada; que nada bueno podemos hacer, decir ni pensar, que nada podemos merecer, ni conseguir si el Señor no nos favorece con su gracia, y esto nos hace humildes, abate nuestra soberbia y nos impele nuestra misma humildad á orar y postrarnos ante Dios. ¿Pediriamos, deseárimos y rogárimos con lágrimas y votos á Dios, lo que supiésemos que podíamos conseguir por nosotros mismos? Pues he aqui que la oracion nos hace humildes porque nosotros mismos reconocemos nuestra debilidad y mutuamente nuestra humildad nos conduce á orar y pedir á Dios lo que nos falta. Nos hace tambien compasivos y misericordiosos con nuestros hermanos porque conociendo nuestras faltas aprendemos á sufrir y disimular las suyas, á pedir por ellos como hijos todos de un padre y hermanos de Jesucristo. A sujetar nuestra ira, nuestra destemplanza, la envidia, la avaricia, la vanidad. Orad y sereis virtuosos, porque sin la oracion no tendreis ó no conservareis mucho tiempo la virtud, y con la oracion las adquirireis y dareis aumento á todas.

La oracion es el arma poderosa para defendernos y vencer á nuestros enemigos y ponernos á cubierto de sus continuos asaltos. Instruyéndonos Jesucristo para la guerra contra los demonios nos dice que oremos y velemos para no caer en la tentacion. Este enemigo implacable de las almas anda á nuestro alrededor buscando á quien devo-

rar y solo podemos hacernos fuertes y resistirle con la oracion. El cristiano que ora es temible al diablo y animado de una confianza poderosa en Dios puede muy bien decir. No temo aunque se levanten ejércitos enteros contra mí, y esperaré mi triunfo completo entre los mayores peligros. No acomete el espíritu tentador sino á los que halla desarmados, y el que se previene con el escudo de la fé y la continua oracion triunfa de sus asaltos y destruye sus tentativas. El mundo y todos sus engaños, nuestra propia corrupcion y naturaleza inclinada demasiadamente al mal, todos los peligros que por todas partes nos cercan son enemigos poderosos, pero si no dormimos, si no confiamos neciamente en nosotros, si velamos y acudimos á Dios por medio de la oracion, Dios nos oirá y sacará siempre triunfantes. El sonido de nuestras oraciones es el arma poderosa para vencer á nuestros enemigos espirituales y temporales.

¿Y si al fin por nuestro descuido quedamos vencidos y sumergidos en el pecado? Desde aquel momento desgraciado, hijos míos, el hombre queda apartado de su Dios y abandonado á su corrupcion. Puede sentir su mal, jime alguna vez bajo el peso de sus cadenas, quiere la virtud, conoce aun en los placeres la vanidad del mundo y los horrores del pecado, quisiera salir de él, pero no tiene fuerzas suficientes. El infeliz ha podido darse la muerte, pero no puede darse la vida. ¿Qué recurso le queda para salvarse? La gracia y los auxilios del Señor y estos auxilios los puede pedir en la oracion. No le queda otra arma que la oracion, poderosa para resistir al pecado y medio único pa-

ra salir del pecado. El Señor le oirá, le volverá á su amistad y gracia y no recordará mas sus iniquidades. El Señor se aplacará y le será propicio.

Ved aqui otro efecto prodijioso de la oracion. Desarma la cólera de Dios. Iba á descargar su furor sobre el pueblo: oró Moyses y el Señor se aplacó y desistió del mal que habia determinado hacerle. Hace la oracion una violencia á Dios, pero una violencia que le es agradable y nada hay mas propio para aplacar la ira de Dios y evitar sus formidables venganzas que las oraciones de los justos. A la oracion acudimos en las necesidades públicas, y la oracion nos alcanza que el Señor se nos apiade y aparte sus castigos. La oracion aumenta nuestras gracias y virtudes, nos llena de bendiciones celestiales y de un gozo y dulzuras que no se saben explicar.

Digamos y confesemos, amados míos; que la oracion es el medio mas poderoso que podemos usar para tener á Dios á nuestro favor. Que por ella honramos y veneramos á Dios. protestando su poder y majestad; le manifestamos nuestras miserias y precisamos de algun modo á su misericordia y desarmamos su justicia; por ella como por un seguro canal nos vienen todas sus bendiciones y gracias. El Señor quiere dárnolas, pero quiere que se las pidamos, que rindamos este vasallaje á su Majestad, que hagamos nosotros mismos la confesion de nuestra indijencia y debilidad para que seamos humildes, compasivos y misericordiosos con nuestros hermanos. Por la oracion escitamos y aumentamos la fé, la esperanza y la caridad, adquirimos las virtudes todas, resistimos y vencemos á nuestros enemigos,

es el medio que nos queda para salir de la esclavitud del pecado y para evitar las penas y los castigos de un Dios ofendido y justamente irritado. El Señor quiere que nuestras necesidades sean continuas, para que le pidamos y oremos continuamente, para que estemos unidos á él por un amor y afecto constante, para darnos cuanto le pidamos en la oracion. *Petite et accipietis.*

Direis, que vosotros orais, y sin embargo no sois atendidos ni habeis logrado lo que pediais: que no hallais en vuestras oraciones esa eficacia y utilidad que la damos. Asi es, sin que por eso deje de ser útil y efficacísima la oracion. Pedis y no recibis porque pedis mal y solo conforme á vuestros deseos. El no ser oidos en la oracion consiste, ó en que no se pide lo que debe pedirse, en que pedimos lo que no nos es necesario ni conducente para la vida eterna, lo que nos es supérfluo ó acaso perjudicial; ó en que se pide á Dios en la oracion con tibieza, flojedad, sin atencion, puramente con los labios y acaso con deseo de que el Señor no nos conceda lo mismo que le estamos pidiendo. Consiste, en que pedimos lo que no debemos pedir, ó pedimos del modo que no debemos. Dejo para otro dia instruiros acerca de lo que debemos y de qué modo debemos orar, indicando ahora solamente que muchas veces nos niega el Señor unas gracias porque quiera darnos otras mayores y mas útiles; pues como Padre quiere nuestro bien y sabe lo que nos es mas provechoso; porque pedimos algunas veces lo que nos seria perjudicial y ocasion de nuestra ruina. Es nuestro médico y sabe lo que nos viene bien y lo que nos perjudica. «*Hay cosas que el Señor niega propi-*

» cio, dice san Agustín (1), y que concede airado, y no-
» debemos apetecer ser oídos segun nuestra voluntad,
» sino segun nuestra utilidad.»

Conocidas ya las ventajas y utilidades, los frutos saludables y copiosos de la oracion; que es el conducto por donde nos vienen todos los dones de Dios, y el recurso que tenemos en nuestras aflicciones, en nuestras necesidades y nuestras caidas; que nos es tan necesaria, tan recomendada y mandada por el mismo Jesucristo, ¿Cómo pudiéramos creer si no lo viéramos, que hay cristianos que dejan pasar los dias, las semanas, los meses y los años enteros sin hacer oracion? ¿Que viven como si no hubiera para ellos Dios en el mundo? Si viven es por el poder de Dios, todo lo que tienen son dones de Dios, su salud, su fortuna, su elevacion y grandeza son gracias que han recibido de Dios. Y cuanto Dios los favorece mas, cuanto mas reciben de Dios parece que hacen empeño de ser mas ingratos. Tienen amigos con quienes tratan, protectores cuyo favor cultivan aunque sea á costa de bajezas, tienen grandes y poderosos á quienes honran y respetan, y en cuyos auxilios confían; pero no tienen Dios á quien glorifiquen, á quien ruegen, de quien esperen, ni á quien amen. Si el hijo honra á su padre y el siervo reverencia á su Señor Yo, nos dice Dios por Malaquías (2), soy vuestro Señor y vuestro Padre, y sin embargo ¿dónde está el honor que me dáis?

Tan luego como Dios se da á conocer á sus criatu-

(1) Scim. 33 de Verb. Dom. cap. 7.

(2) Cap. 1.

ras exige de ellas el respeto, el vasallaje, la adoracion, el culto y la accion de gracias. En el cielo donde mejor conocen á Dios están los espíritus celestiales ocupados en cantar incesantemente las divinas alabanzas. Jesucristo que conocia mejor que todos á Dios ocupaba los dias en el alivio y la instruccion de los pueblos y pasaba las noches en oracion delante de Dios. La iglesia tambien nos manda orar y acudir al Señor con frecuencia, y para esto mismo ha construido sus templos, ha erijido tantos altares, ha instituido sus fiestas, ha consagrado sus ministros y nos recuerda tantos solitarios y vírjines cuya ocupacion continua fué orar y alabar á Dios, tantos mártires y confesores que hallaron su fortaleza, la santidad y pureza de su vida, el fervor de sus penitencias y todas sus virtudes en la oracion y todo lo alcanzaron de Dios por la oracion. Luego un cristiano que no ora es un hombre que no tiene fé, que no tiene religion, que no tiene Dios, que no le conoce supuesto que ni le ruega, ni le respeta, ni le alaba y le da gracias; y si le conoce y no le glorifica es mas criminal y mas digno de castigo su desprecio.

He aqui, hijos mios, el origen de tantas desgracias como pesan sobre nosotros y de que el Señor nos envíe tantos castigos. No hay quien piense en Dios, se ha agotado el manantial de las gracias del cielo porque no se le pide á Dios, y se alejan los hombres de Dios, huyen de su trato, evitan su encuentro, no hacen oracion, ni se acuerdan de otros bienes, ni tienen otros deseos que los de sus pasiones. Demos una ojeada por todos los estados y hallaremos en lo

General esta falta tan digna de llorarse. El trabajador y artesano ignora enteramente en qué día vive, ni sabe, si no se le recuerda, que es día festivo, ó si lo sabe es solo para ocuparle en sus diversiones y desahogos y no para dedicarle á orar á Dios. El comerciante no piensa sino en sus intereses, en los plazos que vencen, y lo que pueda aumentar su fortuna. El hombre de corte ni aun tiene el tiempo para el sosiego preciso que exige su naturaleza, ni aun su sueño está libre de cavilaciones y proyectos, ansias y pesares. La mujer piensa en sus trajes, en sus modas, en sus galas y adornos para dar realce á su hermosura ó reparar con el arte sus faltas y pérdidas. El guerrero ocupa su alma de la vanagloria, de la emulacion y los muchos cuidados que lleva consigo su profesion. El ambicioso piensa en conseguir honores y dinero, el rico en gozar de su abundancia, el pobre en salir de su miseria, y en todos se advierte el olvido de Dios, la indiferencia en lo que toca á Dios, el disgusto y falta de atencion en hacer las cosas de Dios, en todos se echa de menos el ejercicio de la oracion, de elevar sus deseos y consideracion á Dios, ó se ven solamente unas oraciones exteriores, superficiales, sin atencion y por cumplir con el mundo, ó divertir la imaginacion con los cánticos sagrados como pudieran hacerlo con las canciones y músicas de los teatros. No hay quien piense en Dios.

Hijos míos, ¿Qué locura y ceguedad es la nuestra? Es Dios nuestro Señor y nuestro soberano y no le adoramos; es nuestro bienhechor y no le damos gracias; somos polvo y ceniza y no nos humillamos en su presencia; recibimos sin cesar sus beneficios y somos insensibles é ingratos á las

manos que nos los conceden; somos hijos desnaturalizados que desconocemos á nuestro padre; somos infieles que no tenemos Dios, le llamaremos algun dia, invocaremos su nombre cuando nos llegue la tribulacion y nos volverá la espalda. ¿Qué nos cuesta acudir á él, y por qué somos pobres y necesitados pudiendo ser ricos y llenos de virtudes? ¿por qué somos débiles contra nuestros enemigos pudiendo derrotarlos y vencerlos? ¿por qué nos privamos de tantos bienes y de tantas ventajas como podemos conseguir por la oracion? Oremos, hijos míos, como buenos cristianos, como hijos sumisos de nuestro Dios, como que conocemos nuestra miseria y los peligros que nos rodean y que todo lo esperamos de Dios. No pongamos nuestra esperanza en el mundo ni busquemos nuestro apoyo en los brazos de carne. No acudamos en nuestras aflicciones y necesidades al favor, al crédito, al artificio, al engaño, al dinero, ¿acaso no hay Dios en Israel? ¿por qué nos liemos de avergonzar de pedir sus auxilios y contarle nuestras miserias? Es mejor esperar y confiar en Dios que esperar en los príncipes de la tierra. Es vana la confianza que se tiene en los hombres y al buscarlos solo solemos hallar frialdades, desprecios y desengaños. Dios es el mejor amigo, Dios es el mas poderoso, Dios es el mas compasivo y el mas rico para todos los que le invocan con espíritu de verdad y fervor. Resolvámonos á ejercitarnos en la oracion seguros de que por ella triunfaremos de nuestros enemigos, conseguiremos el alivio de nuestras necesidades, la humildad, la paciencia, la caridad, todas las virtudes y gracias con las que podemos hacernos dignos de la gloria. Amen.

PLATICA III.

De la utilidad de las oraciones públicas.

Os he hablado de la necesidad y utilidad, del poder y eficacia que tiene la oracion para alcanzar de Dios aquello que le pidamos rectamente; y antes de pasar á deciros las condiciones que debe tener la oracion, ó como debemos orar, quiero hablaros de las oraciones públicas, de las utilidades y eficacia de las oraciones solemnes y jenerales hechas por todo el pueblo para alcanzar algun bien ó implorar la misericordia de Dios, para que sepais apreciarlas y no os neguéis siempre que podais, á acudir á ellas aunque sea con alguna pérdida de vuestras tareas y de alguna parte de nuestros intereses.

Para quitar toda equivocacion y jénero de duda os manifestaré lo que quiero significar y dar á entender por el nombre de oraciones públicas. Puede llamarse oracion pública la que se hace en un templo ó sitio destinado para orar, donde la piedad y devocion reúne á muchos fieles

aunque cada uno ore por sus fines particulares y haga sus votos y propósitos, sin que tengan la misma intencion ni objeto unos que otros. La santidad del lugar y los afectos que escita en el alma la presencia de las imágenes, reliquias ú otros objetos de devocion harán á estas oraciones mas aceptas y agradables á los ojos de Dios; pero no entiendo ahora esto por el nombre de oraciones públicas. Se llaman tambien y son propriamente oraciones públicas, las que se cantan por los ministros de la iglesia en la celebracion de los divinos officios. Estas, como que se ofrecen en nombre de Jesucristo y por los ministros y representantes de Jesucristo; como que el sacerdote tambien pide por toda la iglesia, tienen su virtud propia y son mas agradables á Dios, y mas las que se hacen en los dias de fiesta con la asistencia de los fieles que unidos al sacerdote ofrecen sus súplicas al Señor y le prestan un rendimiento y adoracion acepto á su presencia; pero hay otras oraciones públicas que son las que se hacen con asistencia de los ministros sagrados, por toda una nacion, ciudad, pueblo ó comunidad dirigidas con una intencion y un fin, ó para pedir á una voz todos un mismo beneficio ó librarse de un peligro cuales son las que se hacen en ocasiones de calamidades públicas, como de hambre, peste, secura, esterilidad y otras de necesidad urgente que se llaman comunmente *Rogativas* porque todos están interesados en pedir al Señor y todos con un fin, con un deseo y con una intencion oran formando un solo cuerpo, asi como un solo espíritu y un solo deseo. Estas entiendo ahora por oraciones públicas, y de estas digo: que son mas útiles que las oraciones particulares y privadas de ca-

da uno; que son mas eficaces y mas propias para mover al señor y alcanzar lo que se pide en ellas ó darle gracias por los beneficios recibidos, y que en ellas se dá mas honor, mas culto á Dios y un testimonio mas espreso de fé y veneracion.

No es mi ánimo, hijos míos, rebajar en nada el mérito de las oraciones privadas, y mucho menos apartaros de que oreis siéndoos tan útil y provechoso y al mismo tiempo tan necesario este ejercicio. El alma devota huye del ruido del mundo y de todo lo que pueda distraer su atencion, no busca ser vista ni alabada de los hombres, entra en su aposento, cierra su puerta, se recoge en sí misma y sin ser vista mas que de Dios solo, le habla con su corazon y se humilla en su presencia. Este modo de orar es santo y laudable, es propio de las almas llenas del amor divino, es el que nos encarga Jesucristo en su evangelio y el que practicó él mismo con frecuencia. Jamás puede alabarse ni persuadirse bastante un modo de orar tan recomendable, y son bien dignas de nuestra imitacion y respeto aquellas personas que saben convertir en templo de Dios sus casas y su corazon en ara sobre la que se ofrecen y sacrifican al Señor. Esto no obstante digo: que en los casos particulares y urgentes, en las necesidades y calamidades públicas, asi como en aquellos dias señalados por la iglesia para las rogaciones é implorar los beneficios comunes, cuando se disponen oraciones públicas en el sentido que dejo dicho, estas tienen una virtud particular y propia, son mas aceptas á Dios, tienen mayor fuerza para conseguir lo que se pide y ceden en mayor honra de Dios y provecho nuestro en cuan-

to que unidos todos con un espíritu y un fin suplimos mutuamente nuestra tibieza y debilidad, y por consiguiente aunque cada uno ore en su retiro y en el secreto de su corazón como debe para purificarse y santificarse, debe también concurrir á las oraciones públicas, unir su corazón y su voz con la de la multitud que clama á su Dios, y rogar con los que ruegan por él.

No hay contradicción alguna ni se oponen las oraciones públicas á las particulares cuyas reglas tan justas y seguras nos propuso el mismo Jesucristo. Las oraciones públicas y las particulares son dos modos diversos de orar, pero no se contradicen ni se diferencian sino por razón del lugar donde se hacen y modo con que se hacen, y cada una tiene su mérito y estimación, y cada una debe practicarse en sus tiempos y sus ocasiones; y la iglesia depositaria de la verdad y asistida del Espíritu Santo ha dispuesto las ocasiones y tiempos en que la piedad de los fieles debe usar de una y de otra. Persuade á cada uno y le manda orar secreta y privadamente cuando trate de meditar las verdades eternas, de esponer á Dios sus propias necesidades ó de darle gracias por los beneficios particulares que le ha dispensado. Entonces puede jemer y levantar sus manos á Dios, ofrecerle su corazón, postrarse en su presencia y hacer otros actos de sumisión que son tanto mas sinceros y menos espuestos á la vanidad y arrogancia cuanto sean mas ocultos y apartados de los ojos de los hombres. Y en las ocasiones de calamidades y castigos públicos ó de beneficios comunes persuade oraciones públicas y dispone las preces, ritos y ceremonias con que deben hacerse.

Supuesto esto empiezo á manifestaros las ventajas de las oraciones públicas en las ocasiones que son convenientes. Si la oracion acompañada de las debidas condiciones es siempre eficaz y tiene tanta fuerza y poder para con Dios, ¿cuánto mas debe serlo aquella en que oran juntamente muchos con un mismo fin y piden con una misma intencion un favor á Dios? Jesuista mismo nos dá motivo para pensar asi: si dos de vosotros, nos dice por san Mateo (1), pidiéseis de comun acuerdo alguna cosa sobre la tierra os será concedido cuanto pidais por mi padre, y el que nada niega á tan pocos, dice san Juan Crisóstomo (2); ¿qué ha de negar á los que le piden en las reuniones y concurrencia de los fieles?

Esto mismo se deduce de la naturaleza de toda sociedad ó reunion que abraza á muchos particulares unidos con un solo fin, cuya fuerza y aprecio es siempre mayor que la de un particular solo. Comunmente vemos que las peticiones de una ciudad ó provincia siendo justas son recibidas de distinto modo y despachadas con mas prontitud que las de una persona particular en los tribunales de la tierra, y podemos decir que lo que pide á Dios la multitud y comunidad de los fieles unidos con aquel fin, debe tener mas aceptacion á los ojos de Dios y mover mas su ánimo que si aquello mismo se lo suplicara uno solo.

Así se observa en el modo de obrar de Dios quien au-

(1) Cap. 18.

(2) Sermon. 150.

tepone la multitud á los particulares; y si alguna vez en obsequio de sus amigos y para manifestar el aprecio grande que hacia de sus siervos, como de Abran, David, y otros profetas los ha preferido á los pueblos enteros, estos han sido favores particulares para con los que estaban tambien llenos de méritos, pero no ha sido su modo comun y constante de obrar. Vemos que siempre se ha manifestado propicio á los ruegos de los pueblos; que ha inclinado su piedad y mitigado su justicia cuando los pueblos han acudido á él en sus calamidades; que no ha durado mucho su ira despues que con sus obsequios ha acudido la multitud á aplacar el enojo de su Dios y á implorar su misericordia. *Me compadezco de las turbas* (1) dijo el mismo Jesucristo cuando se trataba solamente de reponer las fuerzas y dar el mantenimiento corporal á la multitud que le seguia al desierto. *He visto la aflicción de mi pueblo* dice el Señor (2), he visto su dolor y sus clamores han llegado hasta el cielo; me han conmovido gravemente y al fin, vencido de sus ruegos y súplicas los concederé lo que piden. Y si nosotros nos compadecemos y ablandamos facilmente cuando vemos una multitud de miserables que jimen y nos piden. Si nos compadecemos aun de aquellos que por sus crímenes son justamente condenados cuando los vemos implorar el perdon y la misericordia ¿no podremos decir que se compadecerá el Señor y atenderá á los votos y súplicas de los fieles reunidos para pedirle? ¿que su

(1) Marc. cap. 8.

(2) Exod. cap. 3.

corazon mas misericordioso que el nuestro, se inclinará á la misericordia y que nada los negará?

Podemos decir en cierto modo que las oraciones públicas y comunes de todo un pueblo son respecto á Dios como seria para nosotros la súplica de todos nuestros parientes, nuestros amigos y personas mas allegadas que todos juntos nos pidiesen algun favor. No podriamos negarle y nos inclinarian mas pronto que si fuera uno solo, y así debemos creer que sucede con Dios.

Es casi imposible endurecerse á los ruegos de muchos. Así lo creyeron los hermanos de José cuando despues de haberle conocido en el Egipto temieron que recordando las injurias que le hicieron los hiciese sufrir el castigo merecido acordaron echarse todos á sus pies y llamarle á una voz su padre suplicando que olvidase las injurias recibidas.

Hay otra razon para conocer la utilidad de las oraciones públicas y que sean mas eficazmente atendidas por Dios y es: que las oraciones para que sean oidas y agradables á Dios han de tener varias condiciones y estas las llenan mejor entre muchos que uno solo; la inocencia, la rectitud, el fervor y la intencion de unos suple la frialdad, la tibieza, las distracciones y malicia de los otros. La abundancia de unos suple la pobreza de los otros y el Señor por los buenos se compadece tambien de los malos. Entre los Ninivitas eran pocos los buenos, pero con los malos oró tambien un número grandísimo de niños que no estaban contaminados con los escesos de aquella ciudad; levantaron todos juntos sus voces á Dios, y Dios atendiendo á los buenos se compadeció de todos. Ved, dice san Juan Crisóstomo valiéndose de es-

te ejemplar, la fuerza y virtud de las oraciones públicas y comunes. Unos alcanzan por otros: la justicia de los buenos é inocentes cubre los crímenes de los malos, y uniéndose todos á pedir, todos reciben y gozan del beneficio.

Quiere tambien el Señor que le pidamos, però que le pidamos con fervor, con deseo, con ansia y no con indiferencia y frialdad, y las oraciones públicas parece que llevan consigo este fervor y ansia de lograr lo que en ellas se pide. Ni se juntarian los hombres y levantarían unánimemente sus voces si no estuviesen llenos de deseos, ansiosos de conseguir la gracia que buscan. Y cuando algunos estuviesen mas tibios é indiferentes, el fervor, el ejemplo, los cánticos y deprecaciones contribuyen á que todos se inflamen y deseen obtener lo que piden y se recompensa tambien la falta de solicitud y deseo de unos con las ansias y suspiros de los otros.

Puede tambien suceder que aquello que se pida en las oraciones particulares sea superfluo, inútil ó perjudicial, y el Señor no lo conceda por mas que se le pida por un alma justa y con las mejores disposiciones; pero en las oraciones públicas no puede haber este defecto. Solamente acudimos á él con este jénero de oraciones jenerales en las necesidades comunes, en las calamidades y conflictos urgentes, cuando tememos perecer con los males que nos amenazas como las guerras, hambres, pestes... Y en estos males el Señor quiere que nos acordemos de él y le pidamos como á Señor y Padre, como á oríjen de todo bien y de todo consuelo. Hay males que no pueden remediarse ni precaverse con todos los medios y auxilios de la tierra, y en ellos es pre-

ciso que no sabiendo que hacer dirijamos nuestros ojos á Dios que es el Señor de los ejércitos, el refugio de los atribulados y el protector de los que lloran en la desgracia. Dios nos manda orar y acudir á él en todos estos casos con el llanto, la ceniza y con el llanto, y por consiguiente lo que pedimos á Dios en las oraciones comunes y públicas sabemos que es justo, laudable y del agrado de Dios y tenemos por esta parte seguridad de ser oídos.

La iglesia nada practica sino sabia y santamente establecido y jamás caminamos mas seguros que cuando seguimos los caminos que ella nos señala como maestra de la verdad y dirigida por el Espíritu Santo. Pues la iglesia ha usado desde su origen las oraciones públicas y á imitacion de Jesucristo y de los apóstoles ha congregado á los fieles para que oren públicamente al Señor cuando se han visto cercados de la tribulacion. Desde que se dió á conocer la iglesia fomentó esta relijiosa práctica que empezó en el cenáculo donde permanecian los apóstoles orando unánimemente, aguardando al Espíritu Santo, y la ha continuado todos los siglos. Este ha sido el motivo de ordenar sus preeos, sus deprecaciones y el modo y forma de rogar al Señor en semejantes calamidades, y para esto se unian los fieles de todos los estados y formaban un solo cuerpo en amor y caridad como rodeando á Dios segun dice Tertuliano; costumbre que ha llegado á nosotros y está estendida por toda la iglesia. La práctica que vemos en los casos semejantes entre el pueblo de Dios, las escitaciones de los profetas á que clamen y recurran al Señor ofendido en las aflicciones públicas, los oráculos de Jesucristo y los testimonios de los

apóstoles, la costumbre jeneral de todos los pueblos cristianos y aún la de los mismos jentiles nos manifiesta lo útil y recomendable de estas oraciones y nos confirma en la persuacion y el ánimo de volvernos á Dios y postrarnos en su presencia y adorarle, de llorar á la vista de nuestro Señor y criador cuando nos allije uniéndonos para ello en las públicas oraciones.

Se ordena tambien la oracion segun os he dicho para dar gracias á Dios por los beneficios que nos concede, y cuando estos beneficios son públicos y comunes, cuando nos libra de los males que nos amenazaban á todos, cuando nos concede bienes que redundan en provecho de todos, todos debemos darle solemne y públicamente gracias y manifestar unánimemente nuestra gratitud al Señor. Segun esto la iglesia tiene dispuestas sus oraciones propias para semejantes casos, oraciones de accion de gracias y de reconocimiento, y es muy justo que todos nos unamos y manifestemos al Señor por medio de las oraciones de la iglesia el aprecio que hacemos de sus dones.

Aunque ningun motivo especial ni beneficio extraordinario recibiéramos de Dios, siempre son útiles y necesarias las oraciones públicas porque todos recibimos beneficios jenerales y ordinarios, sobre todos sale su sol y hace que caiga su lluvia, á todos nos dá el sustento y los frutos de la tierra, nos ha dado el ser y nos conserva la vida, todos somos criaturas suyas y en él y por él nos movemos, vivimos y somos, y como tales debemos honrarle como á nuestro criador, somos sus hijos y debemos venerarle como á nuestro padre, somos hombres y debemos darle culto como á nuestro Dios,

somos cristianos y debemos alabar á nuestro Redentor; pues por medio de las oraciones públicas cumplimos mejor estos deberes, le honramos de un modo mas digno y mas acepto á sus ojos. Verdad es que Dios nada necesita, que no será mayor su grandeza y majestad, su gloria y su poder porque nosotros le honremos, porque nada podremos darle ni ofrecerle que no sea suyo y que él mismo no nos haya dado, pero necesitamos nosotros honrarle y venerarle y el Señor se complace en los obsequios que le tributan sus criaturas. Un rey de la tierra no deja de ser rey porque sus vasallos no le honren y demuestren su sumision y su agradecimiento á los favores que los dispensa, nada aumentan su poder y grandeza unos obsequios y señales de gratitud, y sin embargo es muy propio que los inferiores y súbditos le honren y respeten y se complace tambien el rey en este honor que le tributan aunque no le sea necesario. Y así como, aunque los particulares honren, sirvan y obsequien á su rey, es muy útil y conveniente que en ocasiones particulares, despues de ganada una victoria, despues de concedida una gracia jeneral, en dias determinados por algun recuerdo memorable y otros semejantes, se reunan los grandes, los majistrados, los embajadores estranjeros, los comisionados de las provincias y toda clase de jentes para honrar y obsequiar al rey, porque con esto se le dá mas honor, resalta mas su majestad y poder, se da un testimonio público de sumision y recococimiento y un ejemplo á los pueblos del aprecio que deben hacer de la persona real; del mismo modo, aunque cada uno debe honrar á Dios, y manifestarle su sumision y gratitud por los beneficios que

le dispensa, aunque honremos á Dios por las oraciones particulares, le honrámos mas en las oraciones públicas reunidos y formando un cuerpo los fieles ricos y pobres, grandes y pequeños, de todo estado y condieion para alabar al Señor, manifestarle nuestra sumision, respeto y gratitud, para dar un testimonio público de que no nos avergonzamos de confesar su nombre y ofrecerle cuanto somos y cuanto tenemos, de alabarle y bendecirle en todo lugar de su dominacion. Aunque la oracion lleva siempre consigo el respeto y veneracion á Dios y cede en honra y alabanza suya, las oraciones públicas son una confesion y testimonio público de este obsequio y respeto, y dando este testimonio unánimemente los sacerdotes y la multitud, el pueblo cristiano compuesto de toda clase de personas cede en mas honra y alabanza del Señor le es mas grato y acepto; la mayor ostentacion y grandeza, el mayor número de jentes, asi como toda la magnificencia, los adornos y cuanto se emplea en su culto, todo manifiesta mayor aprecio y estimacion, mayor deseo de complacer, agradar y tener propicio al Señor, y todo prueba que le damos mayor honor. Asi lo quiere el Señor tambien y se queja si faltamos á estas demostraciones públicas de respeto. Si yo soy vuestro padre ¿dónde está el honor que me dais? y si soy vuestro Señor ¿dónde está el temor que me teneis? dijo el Señor á su pueblo por el profeta Malaquias (1), echándole en cara la suspension de las fiestas y solemnidades que le habia mandado; y asi

(1) Cap. 1.

es muy justo que lo hagamos y le demos el honor y gloria que le es debido como á nuestro comun padre, soberano y dador de todo bien y de toda consolacion valiéndonos de las demostraciones y señales públicas, significando el aprecio que hacemos de su persona y de sus beneficios por medio de las públicas oraciones. A él solo se le debe el honor y la gloria, dice el apóstol, y si el honor y gloria que damos á otro es el conocimiento de su escelencia y la opinion favorable que tenemos de su persona, cuanto mas público sea el conocimiento y la estimacion, cuanto sean mas públicos y universales los aplausos que debemos á Dios, tanto será mayor el honor y gloria que le tributemos, y cuanto seamos mas, unidos á darle estos obsequios, será tanto mayor el honor que le demos. Ved porque los profetas amonestaban á los pueblos que se uniesen para glorificar á Dios con sus súplicas y para manifestarle su veneracion. *Llamad á todos, congregad al pueblo* decia el profeta Joel (1) y el santo rey David deseoso de que alabasen y bendijesen todos al Señor con himnos, cánticos y musicas, decia: *dad á Dios la gloria y el honor.*

Pueblos y majistrados cristianos podemos decir con este santo profeta, personas de todo sexo, de toda edad y condicion, dad á Dios la gloria y el honor que se debe al Señor y criador de todo, pero dádsela por un público testimonio y por las oraciones públicas. Unid en un mismo

(1) Cap. 2.

acento vuestras voces, levantad vuestros clamores al cielo y honrad al Señor con estas señales públicas de vuestra piedad. Unios. He aquí hijos míos, otra circunstancia que hace mas aceptas y agradables al Señor las oraciones públicas. Nada aprecia el Señor mas que la caridad, nada encarga tanto como el amor de los unos á los otros, por esta señal quiso que fueran conocidos sus discípulos y que se tratasen como hermanos. No acepta el Señor la oracion del que no vive en caridad y se reconcilia primero con su prójimo. Pues la caridad es la que une á los fieles en las oraciones públicas, y forman por ella un solo cuerpo, se olvida cada uno de sus destinos, de sus honores y distinciones y como hermanos se presentan todos á pedir al padre de todos. Unos hijos que honran, que invocan y claman á su padre. ¡Ay hijos míos! Avivad vuestra fé y conoceréis facilmente qué grato debe ser á Dios y cuánto se complace rá con esta sumision y confraternidad de sus hijos. El mismo Jesucristo que quiso enseñarnos á orar y nos dió el ejemplo de la oracion mas perfecta, nos dejó una oracion pública, porque enpezando en ella por la invocacion del padre nuestro, todo cuanto pedimos es para todos; en ella oramos por nosotros igualmente que por nuestros hermanos, nada pedimos en particular, cuanto pedimos es para todos; prueba de que el mismo Jesucristo se complace en las oraciones públicas. Estas tambien son mas semejantes á los cánticos y alabanzas que dan sin cesar á Dios los ángeles y santos en el cielo, que todos con una voz, un espíritu y un afecto le confiesan y llaman santo, santo, santo. En estas damos tambien ejemplo y animamos á los de-

mas, para que viendo nuestras obras buenas glorifiquen tambien al padre celestial.

Concluyamos, hijos míos, y meditemos que por las oraciones públicas damos ejemplo á los demas hombres; nos hacemos semejantes á los ángeles y santos del cielo; damos honor y gloria á Dios de un modo que le es agradable y del mejor que podemos en el mundo; cumplimos con la caridad que nos encargó tanto Jesucristo; le damos la accion de gracias por los beneficios que nos dispensa á todos, y movemos su misericordia y bondad mas eficaz y poderosamente, de modo que podemos estar seguros de que en estas oraciones nos oirá, al menos por los justos y los inocentes que se unen con nosotros pecadores y nos concederá lo que pedimos. Pues asistamos y unámonos al concurso de fieles en las ocasiones en que se hacen públicamente oraciones al Señor y es preciso inclinar su misericordia cuando el Señor nos asije con alguna calamidad ó nos ha dispensado algun beneficio comun. Cuando en las oraciones ó témporas del año nos manda que roguemos á Dios públicamente nuestra Santa Madre Iglesia para que nos conceda propicio nuestro Señor los frutos de la tierra, los soles y las lluvias oportunas, la salud de nuestros cuerpos, como conducente para vivir en la tierra, y alabar en ella á Dios y conseguir el cielo. Unámonos y clamemos al Señor á una voz como los ninivitas en cuantas ocasiones nos fuere necesario acudir á este medio efficacísimo y poderoso para con Dios; pero asistamos con una atencion y devocion fervorosa, con un corazon puro, con un ánimo de agradar á Dios y aplacar su ira con nuestra penitencia y la enmienda de nuestra vida. Sin esto serán inútiles nuestras

rogaciones y desatenderá nuestras voces. Todo el oro y la plata que pongamos sobre sus altares, toda la melodía de las voces, todo el lujo y ostentación con que nos presentemos le será enojoso y abominable, provocaremos más su ira y su indignación y nos dirá como á los Fariseos: «*Este pueblo me honra con los labios y su corazón está muy distante de mí*» (1). No se ora más por levantar más la voz y hacer más prolongadas las oraciones; después de muchas palabras y cánticos nada habremos orado y nada podremos prometer-nos conseguir si nos falta lo esencial de toda oración que es el clamor y la compunción del corazón. Acompañemos á nuestras voces las condiciones que debe tener nuestra oración y unámonos á pedir al Señor sus beneficios y á cantarle sus alabanzas en la tierra, para que se las cantemos después formando coro con los ángeles y los santos del cielo por los siglos de los siglos.

(1) Matt. cap. 6.

PLATICA IV.

A quien, quienes y por quienes se ha de orar.

Así como es útil y necesario orar, es necesario también que sepais á quién habeis de orar, quiénes habeis de orar y por quiénes habeis de orar para que vuestras oraciones sean rectas y vayan bien dirigidas. «El que ora, dice muy » bien san Agustín (1), debe guardarse de pedir lo que » no debe y de pedir á quien no debe. A los demonios y á » los ídolos nada se debe pedir, y todo lo debemos pedir » á Dios Padre de los profetas, de los apóstoles, de los » mártires y de nuestro Señor Jesucristo; á Dios que es el » que ha criado el cielo, la tierra, el mar y todo lo que » tiene ser.» Siendo solo Dios el autor y fuente de todos los bienes, á él solo debemos orar, como que es el que puede darnos todo lo que pidamos, especialmente aquello que mas

(1) Sermo. 56 de Diver.

necesario nos es, que es la gracia y la gloria, y él solo tiene poder para librarnos de todo mal y sacarnos de la tribulación, por lo que el mismo Jesucristo nos dice; venid á mí todos los que trabajais y estais cansados. Por el nombre de Dios entendemos todas las tres divinas personas Padre, Hijo y Espíritu-Santo, y el que ora no debe escluir á ninguna. Podemos pedir á alguno de dos modos, dice mi anjélico doctor santo Tomás explicando esta doctrina (1), ó bien para que nos conceda alguna cosa por sí mismo, ó bien para que interceda y ponga su valimiento en favor nuestro para que nos la conceda otro. Del primer modo oramos á Dios porque todas nuestras oraciones deben dirigirse á que se nos conceda la gracia y la gloria, y esto solo Dios puede concederlo, pero del segundo hacemos tambien oracion á los ángeles y á los hombres, no para que Dios conozca por medio de estos nuestras oraciones, sino para que con sus ruegos y mediante sus méritos nos conceda Dios lo que pedimos. Según esto cuando oramos á los santos que son amigos de Dios y le alaban en el cielo, no pedimos que nos den y concedan aquello que buscamos en la oracion, sino que los pedimos que sean nuestros patronos é intercesores que oren con nosotros por nosotros y que por sus súplicas y méritos nos alcancen de Dios lo que pedimos. En este sentido oramos á María Santísima, á los ángeles y santos del cielo y podemos orar á los justos que estan en la tierra como nos dió ejemplo el mismo san Pablo encomendándose

(1) 2. 2, quæst, 85 art. 4.

en todas sus epístolas á las oraciones de los fieles. Si pues los santos mientras peleaban en la tierra podían orar por nosotros á Dios, mucho mas pueden hacerlo despues que han conseguido el triunfo y están seguros de su suerte, ya porque conocen y saben en el cielo las preces que los dirigimos desde la tierra, y ya porque fundándose la oracion en la caridad no podemos negar que los santos y los ángeles nos aman con la caridad mas perfecta. No debemos sin embargo olvidar que no imploramos de un mismo modo á Dios y á los santos. A Dios le pedimos directamente ó que nos conceda bienes, ó que nos libre de males; pero á los santos por su valimiento y amistad con Dios pedimos que tomen de su cuenta nuestras oraciones, que oren á Dios por nosotros y nos alcancen lo que pedimos, que compadecidos de nuestra miseria y debilidad nos ayuden y sean nuestros protectores para que nos conceda Dios lo que pedimos. Por esto usamos para pedir de dos fórmulas diferentes segun nos enseña la iglesia. Cuando invocamos al Padre, al Hijo, al Espíritu Santo, á la Santísima Trinidad ó á Dios en que incluimos siempre á todas las tres divinas personas decimos: *Oyenos; Ten misericordia de nosotros: Libranos, Señor.* Pero cuando invocamos á los santos decimos: *Rogad por nosotros: Interceded por nosotros.*

Podemos decir tambien á los santos y á Maria Santísima que se compadezcan y tengan misericordia de nosotros, y así en una de las oraciones que la iglesia dirige á la madre de Dios la ruega diciendo: *peccatorum miserere*, que tenga misericordia de los pecadores, no porque Maria Santísima ni los santos pueden compadecerse de nosotros en el mismo

sentido que Dios que es el que solamente puede darnos la gracia y sacarnos del pecado, sino en cuanto que, como he dicho, son misericordiosos y pueden orar por nosotros y alcanzarnos de Dios los auxilios para salir del pecado. Con esto entenderéis, hijos míos, que cuando delante de un santo ó una reliquia rezamos un padre nuestro, no dirijimos ni decimos el padre nuestro á aquel santo, sino que pedimos que ore con nosotros y pida á Dios con nosotros lo que pedimos en el padre nuestro, que sea nuestro abogado y medianero para con Dios, que nos ayude para que el señor nos atienda mediante su proteccion. Ni en esto hacemos agravio á Dios porque no hacemos sino desconfiar de nosotros mismos, tenernos por indignos de ponernos en la presencia de Dios, confesar nuestra sumision y humildad, y esto es del agrado de Dios así como el que invoquemos y demos honor á sus santos. Quiere concedernos por su medio muchas gracias para manifestarnos el aprecio que de ellos hace y estimularnos á que sigamos los ejemplos de los santos, y á que pidamos con frecuencia y confianza ayudados de los santos, sus auxilios y poderosa intercesion.

De aqui se conoce bien que no podemos invocar ni pedir á las almas que están en el purgatorio, porque en aquel lugar no pueden conocer ni oir por sí mismas nuestras oraciones; porque mientras sufren y estan castigadas como reas no están en estado de orar y pedir por otros á aquel mismo que las atormenta por sus ofensas; y porque no habiendo dirijido jamás sus oraciones la iglesia á las almas del purgatorio para que rueguen é intercedan por nosotros, es prueba de que en tal estado ni pueden orar por otros, ni nosotros

debemos pedir las como á los santos segun explica mi anjélico doctor santo Tomás (1).

Pueden y deben orar todos los que tienen uso de razon, sean justos ó pecadores, tanto por sí mismos y para sí como para los demas como encarga el apóstol Santiago: *Orad unos por otros para que os salveis*. Oró Jesucristo, los apóstoles y los santos, y oraron los pecadores como lo vemos en el publicano y en el buen ladrón. Y la razon porque todos han de orar es: porque todos necesitan los auxilios de Dios, y para alcanzarlos no es necesario que el que los pide esté en gracia y sin mancha alguna de pecado, puesto que la oracion impetratoria se funda en la bondad y benignidad de Dios. Todos tambien recibimos favores y dones de Dios ya comunes y jenerales y ya tambien particulares y privados, y todos debemos orar para dar gracias á Dios. No todos los que oran son igualmente oidos y aceptos al Señor; ni todos oran ni pueden orar de un mismo modo, y para que conozcáis los distintos estados en que puede hallarse el hombre y por consiguiente los modos distintos con que puede orar y conociéndolos, no solo hagais oracion, sino que la hagais del modo mejor que podeis, os diré con el catecismo de san Pio V, que:

Los que oran pueden ser justos y amigos de Dios, pueden tener su alma y su conciencia limpia, y estos ayudados de la gracia del Espíritu Santo, libre su ánimo de los cuidados terrenos, desembarazados de los peligros del mun-

(1) 2. 2. quæst. 83, art. 11.

do despues que han caminado de virtud en virtud, contemplan la bondad, el poder, la sabiduria y las perfecciones de Dios, en esta contemplacion se iluminan sus entendimientos con las luces de una fé viva; se inflaman sus deseos de las cosas celestiales, esperan con seguridad coseguir lo que pidan á su Dios: con perseverancia y humildad, y llevados en las alas de la fé y la esperanza, como hijos amantísimos de su Dios le manifiestan francamente sus deseos, sus afectos, sus necesidades, sus miserias interiores; saben que su Dios las conoce, pero le abren sin embargo su corazon como á un amigo, como á un padre, nada le ocultan, arrojan sus cuidados en él y pronuncian su tribulacion en su presencia. Le llaman é invocan en espíritu y verdad, porque no quieren su voluntad sino la de Dios, no buscan sino á Dios, no apetecen sino á Dios y le anteponen á todas las cosas criadas. Unidos tan estrechamente á su Dios, le bendicen, le adoran, le aman por su ser y su bondad infinita. No buscan los bienes y las cosas de Dios, sino al mismo Dios. Esto es invocarle con verdad, dice el padre San Agustin (1). ¿Por qué amas y das gracias á Dios? dice este santo. Porque me ha dado la salud. Sí, ningun otro sino él puede darla. Porque me ha dado una mujer rica. Verdad es, tambien él es quien la dá. Porque me ha dado familia, porque me ha dado riquezas. ¿Y por eso le amas? ¿Y por eso no buscas ni pides mas á tu Dios? Pues aun debes estar hambriento, aun debes llamar á la

(1) Ennar. in psal. 144.

puerta del padre de familias porque tiene mucho mas que darte. Con todos esos bienes que has recibido y con que te crees tan contento aun estás lleno de miseria y no lo conoces. Llevas contigo la carne mortal y pesada, aun no has recibido la estola de la inmortalidad, no han sido satisfechos ni saciados tus deseos y debes orar. «Bienaventurados» los que han hambre y sed de la justicia porque ellos serán hartos.» Si tu Dios es bueno porque te ha dado estas cosas terrenas que tú aprecias ¿Cuánto mas dichoso serás cuando él mismo te se dé? Has pedido y deseado tantas cosas de tu Dios, pues deséale á él mismo, porque no son todas ellas mas dulces y satisfactorias que él ni tienen comparacion alguna con él. El que antepone á Dios á todos los bienes que puede darle y que tiene recibidos, es el que propiamente invoca á Dios en verdad. Y si no; si todos esos bienes de que os congratulaís os los quita Dios ¿ya no le amareis? ¿Ya no habrá quien diga: El Señor lo dió y el señor lo quitó, se ha hecho segun ha sido su beneplácito, sea siempre bendito su nombre? ¿Os atreveréis á decir, Señor, ¿qué es lo que yo he hecho? ¿por qué á mí me quitas y á otros los das? ¿por qué empobreces á los buenos y llenas de riquezas á los malos? Entonces te alabas á tí mismo y acusas á Dios como injusto. No así, sino convertios de veras á él, acusaos á vosotros siempre y alabad siempre á Dios. Entonces serás recto cuando invoques y alabes á Dios en todos los bienes que te hace y le invoques tambien y no te quejes de Dios en los males que sufres.

Así oran los virtuosos y amando y apeteciendo á Dios mas que á todas las cosas, todo lo sufren, siempre estan

resignados, siempre contentos con lo que el Señor los dá, y el Señor tambien se complace en hacer la voluntad de los que le temen, en oír sus deprecaciones y en salvarlos. ¡Ay hijos míos! ¿qué no consigne, y cómo dejará de oír el padre de misericordias y Dios de toda consolacion á aquellas almas justas y santas, que le aman, que estan dispuestas á perderlo todo antes que ofenderle, que buscan su voluntad para cumplirla, que en todo alaban al señor y que tienen todos sus deseos, sus consuelos, sus esperanzas y sus pensamientos en Dios? Demasiado bueno es nuestro Dios para no congratularse con estas almas y atender á las súplicas de sus esposas y mientras llega la hora de darlas el premio y admitirlas al gozo de sus bodas eternas, en la oracion merecen estas almas justas los aumentos de gracia, y la vida eterna, consiguen para sí y para otros bienes espirituales y temporales, mitigan la ira de Dios y apartan sus castigos, y aunque no siempre consigan al momento lo que piden es, ó porque no es conveniente; ó porque el Señor lo dilata para el tiempo oportuno; ó porque lo estorban aquellos mismos para quienes piden.

Tambien pueden y deben orar á Dios los pecadores que oprimidos de pecados mortales conservan sin embargo la fé, muerta es verdad, y que no los da fuerzas para levantarse y subir á Dios; pero reconociendo sus pecados y aflijidos con el pesar y remordimiento de su conciencia, penitentes, humildes y pesarosos imploran la misericordia de Dios y le piden el perdon deseando reconciliarse y como el hijo pródigo volver á la amistad de su padre y ser uno de sus criados por no merecer ya el nombre de hijos. He dicho

que no solamente pueden sino que deben orar los pecadores con este jénero de oracion, porque la oracion es el medio que los queda para salir del pecado. Verdad es que no merecen ser oídos de Dios, que son enemigos de Dios, que por el pecado se ha apartado de Dios y solo pueden volver á Dios y entrar á su amistad por su gracia y su misericordia; pero con la oracion pueden mover la divina misericordia, pueden impetrar los auxilios necesarios. «Solamente me » dejaron mis labios al rededor de mis dientes» decia el santo Job (1). Y el pecador por la multitud de sus llagas, por la hediondez de sus malos hábitos, por el estado de enfermedad y de muerte en que se halla se reduce tambien á un estado en que no le queda sano sino los labios con que puede clamar y pedir al Señor el perdon y la misericordia. Estas oraciones y clamores del hombre pecador las oye Dios, no por justicia, porque no lo merecen, sino por su gran misericordia con tal que le pidan por sí, con humildad y perseverancia aquello que los es necesario para conseguir la salud y salir del pecado como enseña santo Tomás (2).

Jesucristo, que no vino á llamar á los justos, sino á los pecadores los llama y convida á que vengan á él todos los que trabajan y estan cargados para que los alivie y conceda el descanso. Tal era el publicano que desde lo último del templo y sin atreverse á levantar sus ojos á Dios, dándose

(1) Cap. 19. v. 20.

(2) 22. quæst. 83. ar. 16.

golpes de pecho decia: Señor, tened misericordia de mí que soy un grande pecador, y el Señor que atiende á los humildes le concedió el perdón y salió del templo en su amistad y gracia. Ejemplos tenemos en la Magdalena, en la Samaritana y otros muchos que pidieron al Señor misericordia y el Señor perdonó sus pecados, y por la misma misericordia que tiene con todos los que de veras le llamen y se vuelvan á él, se los perdonará, los olvidará y ayudará á levantar y salir de sus vicios y volver á su gracia.

Se dice que Dios no oye á los pecadores, y así es; hijos míos, no los oye mientras son y desean ser pecadores y continuar en su mal estado; no los oye en sus peticiones injustas y para satisfacer sus deseos y pasiones desarregladas como si le piden riquezas para poder ser viciosos, fuerzas y salud corporal para llevar adelante sus maldades y satisfacer sus pasiones, pero los oye por su bondad y misericordia cuando le piden de veras perdón, cuando desean salir de sus culpas y levantarse del cieno de sus pecados como tenemos infinitos ejemplos.

También pueden orar los infieles que no han sido alumbrados con la luz de la fé, y estos, si con sola aquella luz natural que ilumina á todo hombre que viene al mundo desean llegar al conocimiento de la verdad y piden al Señor que los ilumine, el Señor no los aleja de sí, que no quiere que ninguno perezca sino que todos lleguen al conocimiento de la verdad, que á nadie cierra las fuentes de su misericordia sino que quiere que todos beban en las fuentes de la salud, los ayuda, los acaba de mover y dispone que reciban la fé como vemos que sucedió con el Centurion que por disposi-

cien extraordinaria de Dios fué instruido y bautizado por san Pedro y lo vemos en los infieles que se han convertido y convierten, porque Dios á nadie escluye de su misericordia.

Oran por fin aquellos que no solamente son pecadores, sino que viven y quieren perseverar en el pecado, que se deleitan y congratulan en sus pecados y los cometen como si bebieran agua, sin remordimiento y sin escrúpulo, y tal vez con jactancia y vanidad, haciendo gala de sus atrocidades y sin pensar salir de ellas. Si un hombre ofendiese á otro hombre ¿se atrevería á pedirle cosa alguna mientras no se reconciliase con él, dejase de ofenderle y le diese señales de arrepentimiento y enmienda? Los hombres sin embargo, ofenden á Dios, son pecadores, son enemigos suyos, se burlan continuamente de él, faltan á su ley y viven en los vicios y tienen osadía para acercarse á su presencia y pedirle favores y gracias. Estas oraciones de los pescadores no son oídas de Dios. «Hacia este malvado oracion al Señor, se dice » de Antioco en los libros santos (1), de quien no habia de » alcanzar misericordia. Cuando estendais vuestras manos » para pedirme, dice tambien el Señor por Isaías (2) apar- » taré mis ojos de vosotros, y aunque multipliqueis vues- » tras oraciones, no os oiré, porque vuestras manos están » llenas de sangre.» Estos son aquellos que no oran con el alma y de quienes dice el Salvador que: le honran con los labios pero que su corazon está muy distante de él y que tan

(1) Mach. 2. cap. 9.

(2) Cap. 1.

lejos están de alcanzar el perdón por su oración que su misma oración es un nuevo atentado y atrevimiento contra Dios.

No digo que estos infelices no oren en su mal estado ni que esten esentos de orar, pero digo que deben disponerse á orar bien, á apartarse de la voluntad de pecar y á convertirse á Dios de todo corazón. Y si no debe pasar el sol sobre nuestra ira, ni debemos tomar el descanso sin reconciliarnos antes con el prójimo á quien hemos ofendido, ¿cuánto mas debemos volver á Dios. y no dormir sobre nuestras iniquidades?

Vemos segun esto hijos míos, que todos podemos orar á Dios, pero que los justos y virtuosos oran de un modo que es agradable y digno de ser oído del Señor. Que el Señor los atiende y concede lo que piden; que Jesueristo los dice que si permanecen en él y sus palabras permanecen en ellos y las cumplen sin olvidarlas pedirán todo lo que quieran y se los concederá. *Cuanto pidamos recibiremos de Dios*, dice san Juan (1), *porque guardamos sus mandamientos*; que los pecadores licenciosos y corrompidos, los que siguen de asiento en sus vicios sin querer salir de ellos oran en vano al Señor y que solamente son oídos aquellos que humildes arrepentidos y pesarosos llaman á su Dios con un corazón contrito y humillado y le piden fuerzas para salir de su mal estado: los que claman con temor y confianza, *sálvanos, Señor, que perecemos*.

(1) 1.^a cap. 3.

Luego si hemos de orar, preciso es que seamos justos, ó que seamos pecadores arrepentidos y penitentes; preciso es que preparemos nuestro ánimo para orar y que antes de todo depongamos el afecto al pecado, que empeemos por dolernos y arrepentirnos del pecado. Si tenemos la iniquidad en nuestro corazon, si abrigamos la injusticia, si nuestras manos estan contaminadas con las obras de la malicia y nuestros labios impuros por las palabras y conversaciones deshonestas, el Señor no nos oirá mientras no limpiemos nuestra alma ó nos presentemos á él pidiéndole que nos labe mas y mas de nuestras iniquidades. Con razon debe desconfiar el alma de alcanzar aquello que pide á Dios, dice el padre san Gregorio (1) mientras por su parte no quiere hacer aquello que Dios le manda; y aunque levante sus oraciones á Dios, esperará en vano ser oída si mientras atiende á ordenar sus súplicas y preces desatiende los remordimientos de su conciencia y no cuida ni desea salir de la culpa: entonces, dice san Juan en su primera epístola (2), entonces pediremos á Dios con confianza y nos dará cuanto pidamos, cuando de nada nos reprenda nuestro corazon. Y el Espíritu Santo nos dice (3) que será execrable la oracion de aquel que cierra sus oídos para no oír la ley de Dios. Justo es, hijos míos, y así lo haríamos nosotros, justo es que no reciba los beneficios de Dios el que no está

(1) Lib. 10. Mor. Cap. 2.

(2) Cap. 3.

(3) Prov. cap 28.

dispuesto ni quiere hacer aquello que le manda Dios.

Segun esto lo primero que debe hacer el pecador para orar y conseguir lo que busca de su Dios, es llorar sus faltas, lavar sus manchas con sus lágrimas para poder presentarse á Dios con un corazon limpio, contrito y humillado. Debe hacer mas, dice el padre san Agustin (1), debe tener algun amor de Dios porque sin este amor aunque solamente incoado é imperfecto, será vana su oracion porque con el amor se pide, con el amor se busca, con el amor se llama; con el amor se oye á Dios y se cumple lo que el Señor manifiesta. Debe conocer y poner delante de sus ojos el pecador que en la oracion vá á ponerse en la presencia de su juez; y que nada le irrita tanto como la falta de union y caridad, que no le perdonará si él no perdona y que el mismo Jesucristo nos amonestó diciendo: que cuando nos presentemos á orar perdonemos si tenemos alguna cosa contra nuestros hermanos; que si nosotros no perdonamos á los hombres no nos perdonará nuestro padre que está en los cielos; y que nos dijo: perdonad y se os perdonará.

Conocimiento de sí mismo, de su flaqueza y de su indignidad, lo que debe hacerle humilde y no atreverse á levantar sus ojos; dolor y sentimiento de haber ofendido á Dios, fé, creyendo en el poder y misericordia del Señor y confianza en su piedad que le concederá el perdon; atencion y gusto en oir la palabra de Dios ó leer los libros piadosos, evitar toda discordia y reconciliarse con sus hermanos si ha

(1) Lib. de moribus eccl. cath. cap. 17.

tenido enemistad con ellos; y acercarse movido del amor de Dios como un hijo que ha ofendido á su padre, tal es el modo con que debe prepararse y las disposiciones con que debe ponerse á orar el pecador. Sed ahora vuestros testigos y vuestros jueces y decidme. Cuando orais y acudis á Dios con vuestras súplicas, ¿os ha venido al pensamiento arrepentiros de vuestros pecados, renunciar á vuestras inclinaciones depravadas y romper con vuestros hábitos, con vuestras compañías y con vuestras obras pecaminosas? Orais, pero no dejais los caminos de perdicion; pedis un corazón limpio y casto y no quereis apartaros de los objetos de vuestras pasiones; confesad que orais sin preparacion alguna y que no quereis sinceramente lo mismo que pedis. Si vuestros votos y deseos fueran verdaderos y nacidos del corazón diriais con fervor como Samuel. Hablad; Señor, que vuestro siervo os escucha. Diriais con prontitud como Pablo convertido, Señor ¿qué quereis que haga? Diriais con resignacion como David: si es preciso que yo padezca, Dios mio; estoy pronto á sufrir con el favor de vuestra gracia, todo lo que fuere de vuestro divino agrado. Si con tales disposiciones oráseis y os acercáseis al Señor; aunque pecadores seriais atendidos y vuestra oracion sería fructuosa.

Pasaria á esplicaros por quienes podemos orar, pero lo suspendo para poderlo hacer con mas estension y no causaros molestia, y puesto que todos debemos orar, que á todos nos es necesaria la oracion concluiré respondiendo brevemente á las excusas y pretextos que suelen alegarse para no orar y desbaratando los ardides de que se vale el enemigo de las almas para estorbar este ejercicio santo, este

medio y recurso poderoso para conseguir la salvacion:

La oracion, oimos decir, es la ocupacion de las almas puras y justificadas, y yo soy un grande pecador; yo he ofendido mucho á Dios para atreverme á llegar á él por la oracion. Hijos mios; ¿no conoceis patentemente la falsedad de este discurso? ¿Qué diriais del enfermo que dijera: yo estoy enfermo, luego no debo llamar al médico. Yo estoy ciego, luego no debo querer salir de mi oscuridad. Yo he ofendido á mi padre ó mi señor, luego no debo buscar el modo de aplacarle y volver á su gracia. Por lo mismo que eres pecador debes humillarte, desear la salud de tu alma y por consiguiente debes orar. Tan lejos de escusarte porque eres pecador, ese es el oficio propio del pecador orar, jemer y pedir la ayuda de Dios con tus oraciones y tus lágrimas; ese es el recurso que le queda al pecador en su estado de desgracia. Por grande pecador se reconocia David cuando decia: mis iniquidades se han levantado sobre mi cabeza; se han agravado sobre mí como un peso insoportable, y decia sin embargo al Señor: la grandeza de mis males me hace esperar todo de vuestra bondad: si yo fuera menos miserable y menos objeto de lástima habria menos gloria en socorrerme. Tened lástima de mí segun vuestra grande misericordia y borrar mis pecados segun la multitud de vuestras bondades (1).

Pero nosotros, decís tambien, no sabemos orar: los santos padres, nos envian cuando decimos esto á que aprendamos de los niños. Apenas saben tartamudear y ya

(1) Psal. 50. v. 1 et 2.

saben importunar y hacer cuanto pueden para ser atendidos y socorridos por sus padres. Si acudis á Dios con la sencillez y confianza que los niños, como Padre no os despreciará. No, hijo mios, no es la oracion un esfuerzo del ingenio; una disposicion de ideas y palabras ordenadas y compuestas, ni una profunda penetracion de los misterios y consejos de Dios, que no pueda hacerse sino por las personas ilustradas: es un simple movimiento del corazon, una elevacion del alma, un recurso á Dios implorando el socorro de las miserias y necesidades que la afligen que pueden hacer los sabios y los ignorantes. Es la oracion una confianza humilde que hacemos á Dios, una manifestacion de nuestras necesidades, para obtener y alcanzar la libertad y el remedio y no son necesarias muchas luces ni grandes discursos para hacer á Dios esta manifestacion, no es necesario un entendimiento mas elevado que el de los demas hombres, la oracion no es un arte ó un método sobre el que sea preciso consultar á maestros hábiles para saber las reglas, es una obligacion en que todos nacemos instruidos, las reglas de esta divina ciencia estan escritas en nuestros corazones y el mismo espiritu de Dios nos las enseña. El hombre mas ignorante y sencillo que postrado delante de su Dios se aflige de haberle ofendido, siente haberle disgustado, se reprende y acusa de sus iniquidades y sin elevarse con pensamientos sublimes deja hablar á su corazon, se enternece, suspira, se confunde, promete y se resigna, puede decir que sabe orar y esclamar con el profeta (1), *Super omnes do-*

(1) Psal. 118 v. 99.

centes me intellexi: sè mas que los mismos maestros y doctores, que jamás pueden dar en sus lecciones y discursos dispuestos para orar el espíritu y la unción que solamente se halla en el corazon propio y en la mocion del Espíritu Santo.

No es la oracion, ni el Señor ha reservado el don de orar para ciertas almas justas y privilegiadas, no es una virtud de perfeccion sino de obligacion necesaria á los justos y á los pecadores y por consiguiente á todos se la dá Dios, es tan fácil para los sábios como para los ignorantes, no es necesario mas que tener corazon y querer ofrecérsele. Dios hace todo lo demas.

Menos admisible es la escusa de falta de tiempo y de falta de lugar. En todo tiempo y lugar se puede orar y si por vuestras ocupaciones, por vuestras tareas y vuestros empeños os hallais abrumados de negocios y cuidados, por lo mismo debeis orar mas; vuestros peligros son mayores y teneis mas necesidad de auxilios para no caer; por lo mismo que no veis en todo lo que os rodea sino vanidad debeis invocar incesantemente á Dios y pedirle que cierre vuestros ojos para no verla y vuestros oidos para no oir la mentira ni la calumnia. Si por vuestras ocupaciones no podeis asistir á los templos, vosotros sois templos vivos de Dios, y vuestra oracion en todas partes será agradable á Dios. Donde quiera que esteis y eleveis al Señor, vuestro corazon allí orais y el Señor os atiende. En el calabozo como san Pablo, entre los leones como Daniel, en un muladar como Job, en la cautividad como José, en la cruz como el buen ladron, en todas partes podeis orar.

Orad, y orad con la debida reflexion y humildad y se desvanecerán vuestras excusas, y conoceréis que podeis y que sabeis orar. Conoceréis mas, porque conoceréis al Señor en el trato confidencial de vuestras almas, *gustad y ved*. Acercaos y esperimentad las dulzuras de la oracion y nada puedo deciros mas persuasivo que remitiros á vuestra experiencia. Bien pronto despreciareis los vanos deleites de la tierra, os serán desabridos los gustos y placeres del mundo, y sin faltar á vuestros deberes, sin desatender á vuestras ocupaciones levantareis en vuestras tareas vuestra consideracion á Dios y suspirareis continuamente por los bienes y dulzuras de la gloria. Quiera Dios que llegue en todos nosotros el dia en que llenos del amor divino y sin tener tanto apego á los bienes terrenos digamos como el real profeta. ¡Cuándo, Señor, llegará el dia, que tenga la dicha de parecer delante de vos y no apartarme jamás de vuestra presencia! Asi nos lo conceda á todos y alabemos á Dios por toda la eternidad en la gloria.

PLATICA V.

Concluye el asunto de la anterior. Por quienes se ha de orar.

Aquello debemos pedir en la oracion, dice mi anjélico Doctor Santo Tomas (1) que debemos apetecer y desear: debemos desear bienes, no solamente para nosotros sino tambien para los demas, y asi debemos tambien orar por nosotros y por los demas. Asi lo exige la caridad que debemos á nuestros prójimos, y por esto dice san Juan Crisóstomo que la necesidad nos obliga á orar por nosotros mismos, y la caridad y amor fraternal nos recomienda el orar por los demas.

La caridad nos manda hacer bien á todos, y siendo un bien el orar por nuestros prójimos debemos orar por precepto de caridad, y Jesucristo que nos dió el ejemplo y la forma de orar nos enseñó á orar por todos empezando por las palabras Padre nuestro y no Padre mio, vénganos tu

(1) 2. 2. quæst. 83. art. 7.

reino, danos y no dame, porque el maestro de la union y caridad no quiso que cada uno pidiese para sí solo, sino que cada uno pidiese por todos, así como él oró y se sacrificó por todos.

Debemos orar, segun esto, por todos los hombres, y esto dice el apóstol San Pablo (2), «es bueno y acepto de-»
» lante de nuestro Dios y salvador que quiere que todos
» los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la
» verdad:» Debemos orar por todos sin escepcion alguna de pueblos, naciones y creencias; por los parientes y por los extraños; por los amigos y por los enemigos; por los fieles y por los infieles, deseando á todos en primer lugar los bienes espirituales y en segundo los temporales. Muy particularmente debemos orar por los prelados de la iglesia, el su mo Pontífice, los señores Obispos y demas sacerdotes, especialmente por aquellos que estan encargados de nosotros y han de dar cuenta á Dios de nuestras almas, quienes por lo mismo que estan en un lugar mas eminente y son mayores sus cargos, estan en mayor peligro y necesitan mas ser ayudados con las oraciones de todos. San Pablo se encomendaba á las oraciones de los fieles y rogaba que orasen por él y por todos los que se ocupaban en el ministerio apostólico para que Dios los iluminase en la predicacion de los misterios de Jesucristo; y cuando el Apóstol San Pedro estuvo cerrado en las prisiones por órden de Herodes, la iglesia hacia oracion sin intermision por él. La fami-

(2) Epist. 130. ad Roman.

lia de Jesucristo infiere san Agustín en una de sus cartas oró por Pedro, oró por Pablo nos alegramos de que vosotros esteis en la misma familia de Jesucristo y nosotros necesitamos incomparablemente mas que Pedro y Pablo los auxilios de vuestras oraciones.

Debemos orar tambien por los reyes y todos los que ejercen alguna potestad para que el Señor por su medio nos conceda una vida pacífica y tranquila. Sean buenos ó malos, justos é injustos debemos orar por todos los que nos rigen y gobiernan y así nos lo enseñó Jesucristo y nos dieron el ejemplo los primeros fieles. «Con los ojos en el cielo, decía Tertuliano (1) con nuestros ojos puestos en el cielo y nuestras manos extendidas porque están inocentes; con la cabeza y la frente descubierta; porque no tenemos de que avergonzarnos; y al fin, sin necesidad de tener quien nos lo avise y recuerde porque nos lo ordena nuestro corazón, oramos por todos los emperadores, los deseamos una vida dilatada; un imperio seguro, una tranquilidad interior, un ejército fuerte, un senado fiel, un pueblo con provida y ofrecemos por ellos nuestros votos al Señor deseándolos cuanto los conviene como hombres y como Césares.» «El cristiano, dice el mismo (2), de nadie es enemigo, ni aun del mismo emperador, porque sabe que habiendo sido constituido por Dios, es necesario que le honre, que le reverencie, que le ame y que

(1) Apolog. cap. 30.

(2) Lib. ad Scapulam cap. 2.

» quiera su salud y la de todo el imperio.... Sacrificamos
» por su salud á nuestro Dios que tambien lo es suyo, y co-
» mo Dios nos manda, rogamos con preces puras y sin-
» ceras.»

Debemos orar tambien por las personas justas y piado-
sas para que Dios las dé aumentos de gracias y virtudes y
les conceda el don de la perseverancia final. Por justo y
santificado que sea el hombre, mientras está en este mun-
do lleva el tesoro de la gracia en vasos de barro; anda por
un camino resbaladizo, está siempre rodeado de enemigos y
necesita mas auxilios que los otros para conservarse y conti-
nuar en la virtud. Asi lo quiere tambien el Señor, pa-
ra que ninguno se ensoberbezca y entiendan, aun los que
son miembros mas distinguidos de la iglesia, que se necesi-
tan unos á otros como miembros de un mismo cuerpo, que
no deben despreciar á nadie porque le son necesarios los
ruegos de los que no son tan buenos como ellos para que se
conserven en la gracia y alcancen los auxilios ulteriores pa-
ra no perecer y apartarse del camino justo.

Tambien debemos orar por nuestros enemigos como
repetidas veces nos lo encarga y manda Jesucristo. *Orad
por los que os calumnian y persiguen.* El mismo Señor nos
dió el ejemplo orando en la cruz por sus enemigos, para
confirmar la doctrina que tantas veces había enseñado con
sus palabras. Observa san Agustín (1) que tenemos enemi-
gos por quienes debemos orar y enemigos contra quienes de-

(1) Enarr. 4 in psal. 30.

bemos orar. Contra el diablo y sus ángeles debemos orar para que el Señor nos libre de sus asaltos y tentaciones; pero contra los hombres por enemigos nuestros que sean y daños que nos ocasionen no debemos orar, porque no debemos aborrecerlos y sí orar por ellos y descartarlos todo bien. Por los infieles, paganos, judíos, herejes y cismáticos debemos orar también para que el Señor los ilumine con la luz del evangelio, y para que los herejes vuelvan á la doctrina sana y los cismáticos al gremio y la comunión de la iglesia. El Señor por las oraciones de los fieles ha convertido á muchos infieles y vuelto á la unión de la iglesia á muchos herejes y cismáticos para que nosotros conozcamos lo útiles y agradables que le son estas oraciones y el grande beneficio que podemos hacer con ellas á nuestros prójimos extraviados. Por mas poderoso motivo debemos orar por los cristianos pecadores que son nuestros hermanos y miembros de un mismo cuerpo, para que por medio de una verdadera y sincera penitencia se conviertan á Dios, y debemos orar también por los fieles difuntos para que salgan de las penas del purgatorio.

Por estos debemos orar con tanto mayor afecto, cuanto que son unos justos que se hallan en un estado en que nada pueden merecer ni satisfacer por sí mismos, porque habiendo salido de este mundo y del estado de peregrinación ningún mérito pueden contraer y solo les queda el padecer hasta purgarse de sus manchas y nuestras oraciones y sufrimientos. Debemos ser mas compasivos y misericordiosos con ellos y ayudarlos mas con nuestras oraciones, cuanto que las penas que padecen son mas graves y mas terribles que

todos los tormentos de esta vida. El Señor atormenta á aquellas almas que ama con apartarlas de su presencia y no permitirles la entrada en la gloria, y con las penas sensibles de un fuego encendido por su justicia omnipotente que las allije de un modo admirable. Cuanto mas aman y desean unirse á su Dios, las es mas sensible su ausencia y separacion porque el que ama dice sin Agustin (1) y no goza ni posee lo que ama, preciso es que padezca y jima en el dolor. Y como el amor de aquellas almas es mas puro, mas santo y superior al amor que podemos tener á Dios en este mundo es su pena mayor y mas terrible. La pena sensible que padecen es superior á todas las que han padecido los mártires. Allí los corrige Dios en su furor. Allí ya no las corrige como padre, sino que las castiga como juez; no las oye misericordioso y aparta sus castigos, no se aplaca aunque le amen, sino que las retiene en los tormentos hasta que paguen el último cuadrante. Solo se aplaca y compadece de ellas el Señor con las preces de la iglesia y las obras satisfactorias de los justos de este mundo. Estas verdades católicas que creemos como fieles cristianos y que os he explicado en otra ocasion, deben movernos eficazmente á todos á orar por ellas y socorrerlas con nuestros sufragios, y tanto mas, cuanto que son las almas de nuestros padres de nuestros amigos, de nuestros majistrados y de aquellos que vivieron con nosotros y á quienes nosotros acaso dimos la ocasion ó acompañamos á cometer aquellos pecados que

(1) Enarr. in psal. 37.

ahora los hacen sufrir tantas penas. Desde aquel lugar profundo en que padecen levantan su voz y nos dicen como Job. Compadeceos de nosotros, tened misericordia de nosotros al menos vosotros que sois nuestros amigos y compañeros.

La caridad y tal vez el agradecimiento que las debemos nos obliga á orar por ellos, y sobre esto, nos obliga muchas veces un deber de justicia como en los hijos, parientes y herederos que tomaron los bienes que los dejaron en este mundo con la obligacion de rogar por ellas á Dios y cumplir sus piadosos encargos: pero nos obliga tambien la caridad de Dios, porque son sus amigas, la caridad de Jesucristo porque son miembros suyos y quiere que lo roguemos y aplaquemos por ellas; el amor que debemos tener á los ángeles y santos del cielo porque se aumentan en cierto modo su gozo y felicidad cuando entra un alma en la gloria y se junta con ellos á gozar de la bienaventuranza libre ya de todas las penas y tormentos; el nombre de cristianos que tenemos, porque formamos con ellas un cuerpo cuya cabeza es Jesucristo; y la caridad que nos debemos á nosotros mismos, porque llegando algun dia á gozar libremente de Dios, se acordaran de nosotros, se interesarán en favor nuestro y nos ayudarán con su intercesion á conseguir el cielo.

Puedo y debo deciros segun toda esta doctrina cómo verdades sentadas y admitidas por nuestra santa madre la iglesia: que no debemos orar por los ángeles y los santos que están en el cielo, porque estando ya gozando de la eterna felicidad de nada necesitan. Hace una injuria á un mártir

el que ora por un mártir; así como injuriaríamos á Jesu-
cristo ó á María Santísima si orásemos por ellos; y así tan-
luego como sabemos que la iglesia ha declarado solemnemen-
te santo á uno de los fieles difuntos no debemos orar por él
aunque debemos orar con él y todos los santos, invocándo-
los como á nuestros medianeros y abogados. Podemos orar
también por ellos en un sentido menos riguroso deseando
su honor accidental como rogando al Señor porque aquel
santo sea venerado en todas partes, que se le obsequie en
su día, que se celebre novenario, que sean conocidas sus
obras y milagros y otras cosas semejantes que ceden en
una gloria y honor accidental que no aumenta su felicidad
eterna.

Que no debemos orar por los ángeles malos sino contra
ellos y para que el Señor nos libre de sus astucias y tenta-
ciones, y tampoco por las almas de los condenados del infier-
no porque en aquel lugar no hay redención y de nada los
apróvechan las oraciones. No sabemos en este mundo quié-
nes son los que se condenan, se salvan ó pasan al purgatorio,
y por esta razón debemos orar por todos, aun por aquellos
que se matan á sí mismos, se arrojan á los ríos, se ahorcan,
envenenan ó quitan la vida de cualquiera suerte porque
pueden muy bien tener una contrición perfecta en los
momentos últimos, pueden hacerlo privados de juicio y no
ser culpables, y así la iglesia ora y hace á todos los fieles
los oficios correspondientes á los difuntos; pero por aque-
llos que sabemos que se condenan, como los infieles, no
podemos ni debemos orar.

Que por los hombres todos mientras viven sean justos

ó injustos, fieles ó infieles, amigos ó enemigos debemos orar segun antes he manifestado y aunque la iglesia aparta desus oraciones comunes y de la participacion de sus sacramentos á los excomulgados, esto no obsta el que cada uno en particular y como persona privada pueda orar por los que se hallen en tal estado, asi como puede hacerlos cualquiera limosna.

Que podemos y debemos orar por precepto de caridad todos en jeneral por las almas de los fieles difuntos que están en el purgatorio á lo que deben movernos tantas causas justas que reclaman nuestra piedad y nuestros sufragios en su favor y la creencia en que vivimos de que las son útiles y provechosas las oraciones de los vivos segun nos enseña nuestra santa madre la iglesia.

Para que con toda claridad percibais todo lo que en órden á la oracion os conviene saber os diré tambien: que los frutos ó efectos de la oracion, asi como los de toda obra buena, pueden ser meritorios, satisfactorios é impetratorios. Los efectos meritorios de la oracion, ó lo que es lo mismo, el merecer por ella, solo pueden lograrlo los justos que están en este mundo, porque sin que el que ora esté en gracia y amistad de Dios no puede merecer cosa alguna. Los efectos satisfactorios consisten en que por las obras buenas paguemos en cierto modo el reato de pena temporal que debemos por nuestros pecados perdonados ya por la contricion perfecta ó por el santo sacramento de la penitencia dignamente recibido; y estos frutos de la oracion son aplicables al que ora siendo justo y tambien á aquellos por quienes se ora si están en gracia

de Dios; y en este concepto, como las almas de los fieles difuntos están en gracia de Dios, las son aplicables segun la medida y disposicion de Dios, en cuyos arcanos no debemos entrar, los frutos satisfactorios de la oracion y debemos orar por ellas para que satisfagan cuanto antes la pena que deben y laven las manchas de sus pecados. Los efectos impetratorios consisten en que por las obras buenas que hacemos alcancemos de la benignidad y clemencia de Dios sus auxilios para salir del pecado y volver á su gracia, asi como algunos bienes temporales, ya para nosotros ó ya para los demas. Como la oracion por su naturaleza es una petition á Dios de sus favores lleva consigo toda oracion el ser impetratoria y asi pueden orar los pecadores por sí mismos, y los justos pueden orar tambien por los pecadores como el mismo Jesucristo oró por los que le crucificaban y san Esteban por los que le quitaban la vida; por esto, como he dicho, podemos orar por los judios, infieles, herejes y escomulgados para que el Señor los ilumine y conceda sus auxilios para convertirse y ponerse en camino de salvacion. Puede muy bien suceder, segun esto, que las oraciones hechas por otros, aunque las hagan los justos con devocion y fervor no aprovechen ni impetren de Dios cosa alguna por el impedimento que hay de parte de aquellos para quienes se ora. Asi dijo el Señor á Jeremias (1) que aunque le rogasen Moyses y Samuel no se

(1) Cap. 15.

ablendaría ni suspendería los castigos que habia dispuesto enviar á su pueblo. Sin embargo la oracion no queda sin fruto alguno para con Dios, es meritoria para el que la hace, aunque nada aproveche por su culpa para aquellos por quienes se hace; y asi orando por nuestros enemigos, por los pecadores, por los infieles ó por los que han sido destinados y están eternamente en el infierno, no podremos impetrar cosa alguna de Dios si estos no pueden alcanzarla por su estado de condenacion, ó por los estorbos que ponen ellos mismos para hacer que Dios los mire con piedad; pero siempre conseguiremos que sea meritoria para los que oremos; y en este sentido dice el real profeta (1): *Mi oracion se valverá á mi seno*; es decir: aunque por sus malas disposiciones ó por el estado en que se hallan no aproveche á aquellos por quienes oro, yo sin embargo no quedaré sin mi merced y el premio por mi oracion.

He dicho que por la oracion no solamente pedimos á Dios los favores y los auxilios que necesitamos sino que tambien damos por ella gracias al Señor por los bienes que nos concede. Habiéndoos explicado por quienes podemos orar en cuanto que en la oracion suplicamos y pedimos, debo deciros á quienes debemos orar dando gracias, ó á quienes hemos de dirigir nuestras oraciones de accion de gracias. Podemos y debemos dar gracias á Dios por los infinitos beneficios con que siempre y cada dia favorece á todo el jé-

(1) Psal. 54.

nero humano. Por los beneficios de la creación, de la conservación, de la redención, de la santificación y de los muchos que todos y cada uno recibimos de su bondad y misericordia infinita. «En esto, dice san Agustín (1), consiste» principalmente el culto de Dios, en que el alma no le sea» ingrata. Por esto aun en el mismo santísimo sacrificio se» nos encarga y avisa que demos gracias al Señor.» Por la acción de gracias reconocemos y confesamos á Dios por autor y dador de todos nuestros bienes y le devolvemos y referimos todo lo bueno que tenemos, lo que obramos, lo que queremos y lo que pensamos. «Lo que se nos dice en» el sacramento de los fieles, dice el mismo san Agustín (2), que levantemos nuestro corazón y le pongamos» en Dios, es un don de Dios del que el sacerdote nos» encarga y amonesta en seguida que demos gracias á nuestro Dios y Señor, y los fieles mismos le responden que» es muy digno y muy justo. No pudiendo nosotros por» nosotros hacer sin los auxilios divinos que nuestro corazón se eleve, que apetezca las cosas del cielo donde Cristo está sentado á la diestra de Dios Padre, y no las de la tierra, ¿á quién hemos de dar las gracias por esto sino» al mismo que lo hace, á nuestro Dios y Señor que librándonos del contijo del mundo nos eligió y predestinó» antes de todos los siglos?» «¿Qué siervo, dice san Juan

(1) Libro de spir. et litt. cap. 11.

(2) Lib. de dono pers. cap. 13.

» Crisóstomo (1), se ocupa en atender á sus cosas antes
 » de cumplir en el servicio de su Señor? Y si se exige tan-
 » to esmero, tanta obediencia y dar en el mundo tanto ho-
 » nor á los señores cuyo dominio es un nombre vacío, á
 » aquel que no solamente es nuestro verdadero Señor sino
 » que lo es de todos los principados y potestades, ¿por qué
 » no le hemos de honrar al menos con aquel honor que
 » respetamos á los señores que son hombres como nos-
 » otros?»

Podemos dar gracias á Dios; pagarle de manera alguna
 podemos, ¿Qué podremos retribuir al Señor por todo lo que
 nos ha dado? Nada tenemos nuestro propio sino el pecado
 y la fragilidad. Nada podemos ofrecer al Señor que no nos
 haya dado él mismo y sea de sus mismos dones y gracias.
 Aun la misma acción de gracias es un don que Dios nos da
 y por el vicio y corrupción de nuestra naturaleza no nos mo-
 vemos á dar gracias á la benignidad inmensa de Dios sin
 que seamos ayudados de sus auxilios. Con frecuencia ve-
 mos á muchos acudir al Señor á pedirle aquellas cosas que
 creen que les son necesarias, pero vemos muy pocos que
 vuelvan despues de haber conseguido el beneficio á darle
 las debidas gracias. «No es reprehensible, dice el padre san
 » Bernardo (2), que pidamos con instancia; pero mu-
 » chas veces nos niega el Señor lo que pedimos porque
 » despues somos ingratos. Tal vez es una clemencia del
 » Señor el negarnos nuestras peticiones porque no nos su-

(1) Hom. de Non contem. Dei Eccl.

(2) Sermon. 27 de Diver.

» ceda después que seamos juzgados tanto mas gravemen-
» ta cuantos mas beneficios hayamos recibido sin haber
» tenido agradecimiento. Podemos muy bien decir que
» en ocasiones es una misericordia de Dios el no tener
» misericordia, así como también que es una señal de su
» ira y su indignacion el tener misericordia, aquella mi-
» sericordia de que el padre de las misericordias dice por el
» profeta: *Tengamos misericordia del impto y no por eso*
» *aprenderá á obrar la justicia...* Feliz aquel samari-
» tano que conoció que nada tenia que no hubiese reci-
» bido y conservando el depósito volvió al Señor á dar-
» le las gracias, Feliz aquel que cuantas veces recibe al-
» gun don de Dios, vuelve á aquel que es la plenitud de
» todos los dones, á quien si nosotros no saltamos á dar-
» gracias y no nos conducimos como ingratos, podemos
» pedir siempre con confianza, porque hacemos lugar á
» la gracia y nos hacemos acreedores á mayores gracias.
» No hay cosa que nos estorbe tanto los adelantos es-
» pirituales como nuestra ingratitud porque reputando
» el Señor por perdido lo que ha concedido al ingrato se
» guarda de darle mas porque no pierda cuanto le dé.
» Feliz aquel que teniéndose por extraño é indigno da
» cuantas gracias puede aun por los beneficios mas pe-
» queños, confesando que es un don y beneficio lo que
» se dá á otro, tanto mayor cuanto es mas desconocido y
» mas extraño.»

«Incomparablemente es mejor, dice san Agustin (1)

(1) Serm. 42 de Divers.

» dar gracias á Dios por lo poco, que ensoberbecerse por
» lo mucho. Aquel que por lo poco dá humildemente gra-
» cias á Dios, es admitido por Dios á lo mucho, y á aquel
» que de lo mucho que ha recibido no dá gracias le quita
» el Señor todo lo que tiene. Asi nos dice: *Al que tiene se*
» *le dará, y al que no tiene se le quitará aun aquello que*
» *tiene.* ¿Cómo se dice que no tiene si tiene? Tiene el que
» no tiene, pero no sabe ni reconoce de dónde le ha veni-
» do y por eso Dios le quita sus dones y le deja con su ini-
» quidad.»

Debemos orar en accion de gracias, á Dios propia y principalmente porque él es el origen de donde nos dimana todo bien; porque suyo es cuanto tenemos y esperamos, porque la ingratitud es un vicio muy abominable á los ojos de Dios, que por él nos niega las gracias ulteriores y nos quita aun aquellas que nos ha concedido dejándonos con sola nuestra malicia y nuestra ingratitud, y porque siendo agradecidos á sus favores por pequeños que sean nos preparamos en cierto modo y nos hacemos acreedores á que el Señor nos aumente sus gracias y no nos niegue nunca lo que le pedimos, y si con tanta frecuencia se niega á nuestras súplicas es por piedad y misericordia suya para no habernos de castigar mas cuanto nos dé mas beneficios y no se los agradezcamos.

Podemos y debemos tambien orar en accion de gracias á Maria Santísima y á los santos, no porque nos den las gracias y favores que los pedimos como independientes de Dios sino porque conociendo y confesando sus méritos y sus triunfos alabamos y bendecimos á Dios autor de to-

do que se dignó honrar á sus santos y concedernos por su intercesion los favores que le pedimos. Las alabanzas que muy justamente damos á los santes se refunden en Dios á quien alabamos en sus santos por los dones y virtudes que se dignó concederlos y por los que le damos las gracias. Así san Agustín en un sermón en honor de san Cipriano dice (1)

« ¿qué son sino alabanzas de Dios las alabanzas de un mártir tan grande? ¿En honor de quién cede san Cipriano convertido á Dios de todo corazón sino en honor de aquel á quien ha sido dicho: *Dios de las virtudes, conviértenos*? ¿De quién es la obra de un san Cipriano doctor sino de aquel á quien se ha dicho: *enseñame tus justificaciones*? ¿De quién es la obra de un san Cipriano pastor de la iglesia sino de aquel que dijo: *yo os daré pastores segun mi corazón y os apacentarán con la verdadera y sana doctrina*? ¿De quién es la obra de un san Cipriano confesor, sino de aquel que dijo: *yo os daré palabras y sabiduría á que no podrán resistir todos vuestros enemigos*? ¿De quién es la obra de un san Cipriano tan fuerte para sufrir por la verdad tantas persecuciones, sino de aquel á quien se ha dicho: *Señor, tú eres la paciencia de Israel*, y de quien se ha dicho: *de él viene toda mi paciencia*? ¿Y últimamente, de quién es la obra de un san Cipriano vencedor en todos los combates, sino de aquel de quien se ha dicho: *en todo vencemos siempre por la virtud de aquel que nos amó*?

(1) Serm. de div. 114.

» No nos apartamos de las alabanzas de Dios cuando alabamos las obras de Dios en el soldado de Dios.»

Oremos, hijos míos, dando gracias á Dios y alabándole en sus santos, pero no olvidemos lo que nos dice el real profeta (1), *Rectos decet collaudatio*. A los que son rectos conviene alabar á Dios, y á la manera que á un pie torcido no le puede convenir un calzado derecho, dice el padre san Basilio (2) así á los que tienen torcidos los corazones no los sientan bien las divinas alabanzas. No deben tomarlas en su lengua los hipócritas é impíos que profanan el nombre de Dios cantando sus justificaciones. Justificaos y limpiad vuestros corazones de toda inmundicia y vuestras lenguas de toda impureza y entonces celebrad con alegría la gloria del Señor porque á vosotros toca publicar sus alabanzas. Cantadle cánticos dignos en lo posible de su Majestad porque el Señor es sincero en sus palabras y en todas sus obras resplandece un carácter de rectitud y fidelidad. El ama la misericordia y la justicia, pero se complace mas en llenar la tierra de los efectos de su misericordia, Témale enhorabuena la tierra y tiemblen todos sus habitantes porque es tan poderoso que con su palabra hace todo cuanto quiere. Habló y todo fué criado. Desvanece los designios de los pueblos y de los príncipes y los trastorna con las ocultas disposiciones de su sabiduría, al paso que sus decretos y consejos son invariables y eternos y pasan de jeneracion á jenera-

(1) Psal. 52. v. 1.

(2) in Psal. 52.

cion. Dichoso el pueblo que tiene al Señor por su Dios. Desde lo alto del cielo mira á todos los hijos de los hombres y registra á todos los habitantes de la tierra, y como él formó sus corazones conoce quíenes son los verdaderamente suyos y los que le rinden un culto sincero. No hay quien pueda esconderse de su vista ni librarse de su poder; pero los que le temen y esperan en su bondad donde quiera estan seguros porque los mira siempre con atencion para socorrerlos en los peligros y aliviarlos en sus necesidades. Bendecidle y alabadle en todo tiempo y en todo lugar de su dominacion; no se aparten de vuestra boca sus alabanzas mientras vivis en la tierra para que despues le alabeis con los ángeles y santos y juntándoos con ellos le glorifiqueis en el cielo.

Salmo 135. Versos 1.º á 3.º.

PLATICA VI.

De lo que debemos pedir en la oracion y como debemos orar.

Por lo jeneral no está entre los cristianos el defecto con respecto á la oracion en no orar , sino en orar mal. Conocen la necesidad que tienen de orar y saben muy bien que es una obligacion y precepto el recurrir á Dios á pedirle sus beneficios y á darle gracias por tantos como cada dia los dispensa. Los padres cristianos enseñan á sus niños á invocar á Dios y á María Santísima , á rezar el Padre nuestro, el ave María, la salve y otras oraciones. Cuidan todos y se esmeran en asistir á la misa al menos los dias de fiesta, al santo rosario , pocos son los que no le rezan diariamente en sus casas, y si no al menos se encomiendan á Dios persignándose, rezando el Padre nuestro , y no hay cristiano por pecador que sea que no ore y tenga sus devociones ó que cuando menos en sus desgracias, en sus aflicciones y necesidades no se acuerde de Dios. Siendo esto cierto lo es tambien que

son muy pocos los que oran bien y por eso son pocos los que reciben lo que piden. *Pedís y no recibís*, nos dice Jesucristo por el apóstol Santiago (1), *porque pedís mal*. Es necesario que nuestras oraciones vayan bien dirigidas, como pedia con instancia á Dios el real Profeta (2), porque sin esto no las atiende el Señor. Si van torcidas no llegan al Señor, ó llegan; pero las desprecia y tal vez aumentan nuestras culpas y nos atesoran la ira y la indignacion de Dios. Nuestras oraciones irán mal dirigidas ó por parte del que ora, ó por parte de la cosa que pide en sus oraciones el que ora, ó por parte del modo con que se ora.

Os he dicho ya lo que debe hacer el que ora y cómo debe prepararse el pecador para presentarse á Dios en la oracion y poder conseguir lo que desea. Hay un jénero de serpientes, observa san Agustin (3), que antes de llegar á la fuente á beber vomitan todo su veneno, y así, dice el santo, todo cristiano antes de ponerse á orar debe arrojar todo el veneno de su corazon, toda la ira, la envidia y afectos depravados. Sin que se prepare debidamente no serán recibidas de Dios sus oraciones. Orará mal y no recibirá lo que pide. Para que dirijais bien vuestras oraciones, voy á esplicaros hoy lo que debemos pedir en la oracion y el modo ó condiciones que debe tener nuestra oracion, que es lo que se necesita para orar bien ademas de la buena preparacion del que ora.

(1) Cap. 4, v. 3.

(2) Psal. 140, v. 2.

(3) De perf. just. ad. Julian. Comitem.

Podemos lícitamente pedir en la oracion, dice mi anjélico doctor Santo Tomás con el padre san Agustin (1) lo que podemos lícitamente apetecer y desear. Por esto nos dice Jesucristo por san Juan (2) *todo cuanto quisiereis, pedireis y se os concederá* y como no nos es lícito apetecer ni desear sino las cosas buenas, así tampoco podemos pedir en la oracion otras cosas que aquellas que sean buenas y nos sea conveniente el desear y tener. Nuestro Señor Jesucristo en la oracion del Padre nuestro nos enseñó lo que debemos pedir y el órden con que debemos pedir los bienes á Dios, y habiendo de esplicaros esta oración os manifestaré las cosas que debemos pedir en cada una de las peticiones que contiene, diciéndoos por ahora en jeneral que no podemos ni debemos pedir á Dios en la oracion sino aquellas cosas que son justas, buenas y convenientes para su mayor honra y servicio, porque si pidiéramos lo que no nos conviene nos rechazará el Señor diciéndonos: *no sabeis lo que pedis*.

Todo lo que sea injusto y malo, ó se desee con mal fin no podemos pedirlo en la oracion y será un atentado y una grave injuria contra Dios. Pedir á Dios que se aparte de nosotros, que nos deje vivir á nuestro antojo, que nos dé salud corporal para usar de ella en perjuicio de nuestra alma, que consigamos ganar un pleito injusto, enriquecernos ó conseguir un destino eclesiástico ó civil para gozar

(1) 2. 2. quæst. 83. art. 6.

(2) Joan. cap. 15.

las comodidades temporales y dejarnos cegar del amor del mundo sin elevar nuestros deseos al cielo; pedir á Dios que nos favorezca para obrar las maldades y continuar en ellas, que nos dé la mano y la ayuda para deshonrar y despreciar al mismo Dios; como para que nos ayude á dar la muerte á un enemigo, á cometer un robo, á lograr un deseo torpe; que nos conceda el que no sean descubiertos nuestros contratos y nuestras amistades ilícitas, que envíe males á aquellos de quienes tenemos envidia ó resentimiento, y en fin pedir lo que se oponga á la ley de Dios, sea para nosotros ó para nuestros prójimos, lejos de ser una oracion recta y un incienso suave y agradable á Dios que sube hasta el cielo, seria una oracion torcida y un humo sucio de una pez asquerosa que lejos de arder y agradar no hace sino inficionar y dar molestia y desagrado.

Jamás se atreveria un hombre á pedir á un rey de la tierra cosa alguna que fuese contraria á las leyes; pues del mismo modo no debemos pedir cosa alguna al Rey de los cielos que sea contraria á la ley santa que nos ha mandado cumplir. Seria querer hacer á Dios enemigo de sí mismo, seria volver la oracion contra el mismo Dios y decirle que se dejase herir y atormentar, que nos diese fuerzas para burlarnos de él y probocar su ira y su indignacion. Tales sin embargo son las oraciones imprudentes de muchos cristianos que se cargan de reliquias, que invocan á los santos, que rezan y ponen luces sobre los altares para conseguir mejor sus deseos y pensamientos injustos y reprobados. No, hijos míos, no es lícito pedir á Dios cosa alguna que sea contraria á la ley de Dios; ninguna cosa que sea injusto, ninguna que sea

pecado ú ocasion de pecado. Os diré, para que os sirva de regla en vuestras oraciones, que no pidais á Dios en secreto lo que no os atreveriais á pedir de modo que os oyese los hombres. Si estos oyese una por una las instancias que dirijis á Dios, ¿cuántas dejariais de hacer? ¿Cómo se avergonzaria de sí misma y de su oracion imprudente la mujer que pide que su mala correspondencia no se descubra, si esa oracion fuera oida de su marido? ¿La nuer a que quisiera ver muerta á su suegra y la suegra que desea la muerte de su nuer a si mutuamente se oyese n? ¿El enemigo que pide el valor y el acierto para vengarse de su contrario si este le escuchase? Pues lo que no os atreveriais á pedir en voz alta y de modo que los hombres os oyese n, no lo pidais á Dios en secreto, porque peor es y debeis avergonzaros y temer mas que os oiga Dios que el que os oigan los hombres.

En todas vuestras oraciones debeis dirijir vuestra voluntad y vuestros deseos á Dios, y por consiguiente debeis apartaros de pedir todo lo que pueda separaros de él y pueda ser ofensa suya. Debeis pedir las cosas buenas, justas y santas, y como Dios es el primero y principal bien, el origen y fuente de todo bien y el fin de todos nuestros deseos, lo primero que debemos pedir es al mismo Dios; el que le gocemos y seamos dichosos con su posesion. En seguida debemos pedirle en la oracion todas aquellas cosas que nos conducen y acercan á él y al goce de la misma bienaventuranza como la gracia, las virtudes y todos los dones espirituales que sabemos que Dios quiere que le pidamos y que siempre nos son útiles y necesarios. «Esta es la voluntad de

Dios, nos dice san Juan (1), vuestra santificacion. Dios quiere » que todos los hombres se salven » nos dice el apóstol (2), y como con estas peticiones conformamos nuestra voluntad con la divina providencia, podemos y debemos hacerlas absolutamente y sin condicion alguna.

Los bienes temporales y esteriores podemos tambien apetecerlos y desearlos, y por consiguiente podemos pedirlos á Dios lícita y santamente en nuestras oraciones, pero no como fin principal, sino solamente en cuanto nos sirvan y sean útiles para conseguir los bienes espirituales, en cuanto que por ellos podemos sustentar la vida corporal y pueden servirnos como de instrumento para practicar las virtudes. Debemos pedir en primer lugar el reino de Dios y su justicia, y despues los bienes temporales; lo primero como un bien nuestro, y lo segundo como cosas que nos son necesarias segun el estado y condicion de esta vida mortal.

Ademas de los bienes corporales y esternos como la salud, las riquezas, la hermosura, los honores y comodidades con otros semejantes, podemos pedir tambien los bienes del alma como el tener buen ingenio, facilidad para aprender, buena memoria para recordar lo pasado, y en fin podemos pedir despues de Dios y su gloria todos los bienes temporales correspondientes á nuestros cuerpos y nuestras almas, ya para nosotros, y ya tambien para nuestros prójimos, pero siempre con la condicion de que el Señor

(1) 2. Cap. 5:

(2) 2. Ad Tim. Cap. 2.

nos los conceda si son conducentes y nos aprovechan para conseguir los bienes eternos; siempre sometiendo nuestra voluntad á la suya y pidiéndolo bajo la condicion de que nos los dé si nos convienen.

Todo cuanto pedimos á Dios debemos pedirlo en nombre de Jesucristo para que nos los conceda porque así nos lo tiene prometido el mismo Jesucristo. *Cuanto pidiéreis al padre en mi nombre os lo dará* (1). Si pues hijos míos, queremos conseguir de Dios nuestras peticiones debemos hacerlas en nombre de Jesucristo nuestro salvador, y por consiguiente cuanto pidamos que sea contrario á nuestra salud eterna no lo pedimos en nombre de nuestro Salvador. El Señor, á la manera de un médico que conoce lo que conviene mejor á la salud de un enfermo y no le da aquello que pide, sino lo que mas conduce á su salud, así á nosotros cuando le pedimos en nombre de nuestro Salvador aun cuando no nos dé, podemos decir que nos oye y nos dá porque nos niega lo que pedimos perjudicial á nuestra salud espiritual.

El que busca á Dios, desea conseguir su gloria y pide en sus oraciones lo que le conviene para conseguir este fin. Dios le oye porque es suave, manso, misericordioso y lleno de benignidad para todos los que le invocan. Si muchos invocan á Dios y no son oídos es, dice el padre san Agustín (2), porque no invocan á Dios aunque oran en su pre-

(1) Joann. cap.

(2) Enarr. in psal. 85.

sencia. Llamas, dice el santo, á aquello que amas, aquello que deseas, aquello que tú quieres que te suceda. Si llamas á Dios para que te dé riquezas, para que llegue á tí una herencia, para que te se logre conseguir una dignidad, invocas aquellas cosas que tú quieres y deseas que te vengan y pones á Dios en tus labios y en tu corazón no para que oiga tus deseos, sino para que te ayude á conseguir lo que tú quieres. Dios es bueno si te concede lo que tú pides. Y si le pides mal, ¿no será misericordioso no dándote? Invoca á Dios como á Dios, ama á Dios como á Dios, por sí mismo y no por tus bienes, porque nada hay mejor que él, á él solo debes desear y en él debes poner tus deseos y pensamientos. Si así llamas á Dios, si invocas á Dios como á Dios, ten seguridad y confianza que te oirá y conseguirás cuanto le pidas.

No debemos pedir á Dios, según esto, sino lo que puede hacernos agradables á Dios. Orar por los bienes perecederos y no orar por el mismo Dios Autor de ellos, es hacer una injusticia, es envilecer á Dios, dice san Agustín (1), dirigir los ruegos y votos á Dios cuando con ellos se intenta conseguir un vil interés y lograr lo que apetece la codicia. Solo Dios es digno de nosotros; á él solo debemos buscar en nuestras oraciones, ó si buscamos alguna otra cosa es preciso que sea siempre mirando á Dios, y que tenga el primer lugar en nuestras oraciones. Permitido nos es pedir también los bienes temporales y las cosas que son ne-

(1) Enarr. in Psal. 30.

cesarias para la vida. Jesucristo nos enseñó á pedir las y la iglesia animada del Espíritu de santidad y rectitud dirige sus preeces comunmente por este jénero de bienes; pero debe ser siempre con la mira de no usar de ellos sino para gloria de Dios. Para que nuestras oraciones sean rectas y vayan bien dirigidas por parte de las cosas que pedimos es preciso que jamás pidamos cosas injustas, que vayan contra Dios ó se opongan á la ley de Dios; que ante todo pidamos y deseemos á Dios y su gloria; los bienes espirituales antes que los temporales; y que jamás pidamos los temporales sino en cuanto nos convenzan y conduzcan para lograr los bienes espirituales.

No basta para que nuestras oraciones sean rectas y que vayan bien dirigidas que pidamos lo que debemos pedir; es preciso tambien para que oremos bien que pidamos del modo que es debido; sin esto nuestras oraciones no serán atendidas. ¿Y cómo se ha de orar? Como quiere y nos manda Jesucristo que oremos; en espíritu y verdad. Es decir: con un afecto íntimo y ardiente del alma, con un deseo de servir y ser oídos de Dios, con fè, esperanza y caridad. En verdad, es decir, con fè y con intención de orar y conseguir lo que se pide de Dios; y en espíritu, es decir no solamente con las palabras sino tambien con el afecto del ánimo y con intención de unir nuestras palabras á nuestros deseos. Explicándonos Jesucristo el modo con que debemos orar quiso apartarnos del error de los gentiles y del de los judios. Estos, especialmente los fariseos apetecían orar en público y ser vistos y alabados de los hombres, y contra estos nos mandó orar en espíritu, orar sin ser vistos de los

hombres ni querer ser alabados de los hombres sino en oculto, cerradas las puertas no solo de nuestras habitaciones sino principalmente de nuestros sentidos y de nuestros afectos á todo lo que no se dirija y vaya encaminado á Dios. Los gentiles atendiendo mas á ejercitar la lengua que á mudar y convertir su alma hacian consistir sus oraciones en las muchas palabras bien ordenadas y compuestas sin atender al interior, y contra estos nos advierte que no nos asemejemos á ellos, que oremos en espíritu y en verdad, que no seremos mas atendidos porque oremos mucho y prolonguemos nuestras súplicas con largas composiciones, porque nuestro padre celestial sabe lo que necesitamos y no atiende á las palabras, sino al corazon. No es que Jesucristo condene las oraciones por ser largas si se hacen con fervor y devocion solo por ser largas como si se cansase de oir nuestras súplicas, sino que reprueba aquellas que se hacen sin afecto piadoso, sin disposicion interior y se hacen consistir solamente en hablar mucho. Una cosa es el hablar mucho, dice san Agustin (1) y otra es el tener mucho afecto. Vaya lejos de la oracion el hablar mucho, pero no falte el rogar mucho y la intencion perseverante y fervorosa. Rogar mucho es llamar y mover al que rogamos con todo el fervor de nuestro corazon y una constancia permanente y atenta, y esto se consigue mas bien con los gemidos, con el llanto, con el afecto, que con las muchas palabras. Debemos pues orar en secreto con Dios entrando dentro de nosotros mismos, apartándonos de todo

(1) Epist. 130.

lo terreno, sin miras de ser alabados ni vistos de los hombres, y poniendo toda nuestra consideracion, nuestros afectos y nuestras esperanzas en Dios, y no debemos poner nuestro cuidado principal en las palabras, en hacer prolongadas y bien dispuestas nuestras oraciones y súplicas sino en tener patente á Dios nuestro corazon y nuestros deseos dispuestos á hacerle dueño de todos nuestros afectos. Esto es orar en espíritu y verdad como Jesucristo nos mandó y como quiere que nosotros oremos.

De aquí se infiere con facilidad lo que dice el catecismo de la doctrina cristiana, que se ha de orar con fé, con atencion, humildad, confianza y perseverancia. Con fé, sin fé, hijos míos, ninguno puede orar, porque no creyendo en el poder y sabiduria de Dios, que sabe lo que oramos y cuanto le pedimos y que tiene poder bastante para concedernos nuestras peticiones no oráramos jamás. El que se presenta á la oracion ha de comenzar creyendo que Dios le vé, le atiende que es bastante bueno y bastante poderoso para recompensar á los que le buscan, que debemos todos anhelar por los bienes eternos, que tenemos necesidad de Dios para ser socorridos. El que no tiene bastante fé no puede orar sino con tibieza, con frialdad, con desconfianza y sin ninguna disposicion debida.

De la fé debe nacer la atencion porque persuadido el que ora que se postra en la presencia de Dios, que habla con Dios, que pide sus auxilios y favores á Dios, no ha de tener menos atencion que si hablara con un hombre. Sin la atencion y reflexion sobre lo que decimos y oramos diremos muchas fórmulas de orar pero nada oraremos. Si estamos

distraídos y pensando en otros negocios al mismo tiempo que rezamos, no oramos con el alma y por consiguiente no oramos. Nuestras palabras son vanas, no manifestamos con ellas nuestro pecho á Dios y puede decirnos que le honramos con los labios pero que nuestro corazon está muy distante de él.

De aquí nace la tibieza de nuestras oraciones y el poco fruto que sacamos de ellas; de nuestra falta de atencion nacida de nuestra falta de fé. Pedimos con frecuencia grandes gracias á Dios, gracias de que nosotros mismos nos reconocemos indignos; pero ¿las pedimos como si pidiéramos honores y riquezas á otro hombre? ¿oramos como el leproso ó con los sentimientos de nuestras desgracias tan fuertes y espresivas como el ciego del evangelio? Oramos continuamente, tomamos en nuestros labios las oraciones, los salmos y cánticos sagrados, las palabras que espresan la caridad, el fervor, la penitencia, pero las pronunciamos con un corazon frio y despues de haberlas pronunciado no dejan en nuestras almas señal alguna de virtud, ni obran mudanza alguna en nuestros corazones ni en nuestras costumbres. En medio de nuestras miserias y de la multitud de nuestras necesidades oramos con frialdad, con negligencia y cobardía, sin pensar en lo que pedimos y sin saber lo que decimos, de modo que por lo comun despues de haber rezado muchas oraciones, nos admiramos nosotros mismos de vernos precisados á dudar si hemos orado. «¿Cómo quieres que te oiga » Dios, dice san Cipriano (1), cuando tú mismo no te oyes?

(1) Lib. de ora. Dom.

» Esto es despreciar y ofender á la majestad de Dios al
» mismo tiempo que oras. Esto es tener los ojos abiertos y
» dormido el corazon cuando debe todo cristiano tener
» despierto y puesto en Dios su corazon aun cuando estén
» dormidos sus ojos.» No es orar ni pedir á Dios, hijos
míos, el pronunciar solamente con los labios las palabras
que dirigimos á Dios. ¿Qué diriais vosotros mismos de un
pobre que os pidiese un favor del modo que vosotros orais
á Dios? Cualquiera persona de este mundo ¿qué diría de
vosotros si la pidieseis sus gracias con tanta frialdad y disi-
pacion como vosotros se las pedis á Dios? Vosotros sabeis
bien como piden los hombres cuando se ven agobiados de
una afliccion ó necesidad considerable: ¡qué espresiones tan
enérgicas! ¡qué lenguaje tan espresivo! ¡qué demostraciones
tan tiernas! Si la lengua no es bastante elocuente, el cora-
zon se manifiesta, se derraman las lágrimas, los suspiros dan
á conocer la necesidad y los deseos. se insta, se llora, se
ruega, porque se desea con ardor. Hablad, instad, suspirad
y jemid delante de Dios y de este modo es seguro, que si
os conviene conseguireis lo que pidais con una oracion tan
fervorosa.

¿Cómo queremos ser oidos si en la misma oracion ten-
tamos á Dios? ¿Si nos ponemos á orar sin reflexionar que
nos vé, que nos oye y que estamos en su divina presencia?
No hablo de las faltas de respeto; de compostura y modestia
con que muchos estan al tiempo de orar y aun durante el san-
to sacrificio de la misa: de tantas posturas indecentes é im-
propias del lugar santo y tantas distracciones corporales co-
mo se advierten, en unos sentados, otros recostados, dormi-

dos, hablando con otros ó mirando sin recojimiento alguno á todas partes. Estos manifiestan bien su falta de atencion y que no oran á Dios ni piensan en Dios aun cuando hablen con él y le pronuncien con sus labios. Estos ofenden á Dios cuando imploran tan inmodestamente sus favores y el Señor los mira con la indignacion de que son acreedores. Hablo de las distracciones interiores, de los diversos pensamientos y cavilaciones que nos asaltan y con que nos olvidamos de Dios. Misericordia suya es el sufrir unas oraciones tan interrumpidas con pensamientos tan frívolos, tan vanos y tan indecentes y pecaminosos muchas veces. ¿Qué amigo sufriría el que hablándole su amigo interrumpiese á cada paso su conversacion y no le escuchase cuando quisiera contestarle por distraerse á hablar con cualquiera otro? ¿Qué juez sufriría que llamándole y puestos á pedirle la gracia de perdonar y ser favorable á nuestra causa nos ocupásemos en hablar en su presencia con los criados sin atender á explicar-nos ni manifestarle nuestros deseos? Dirijamos desde el principio de nuestras oraciones nuestro corazon y todos nuestros sentimientos á Dios, elevemos nuestra alma poniendo toda nuestra atencion y nuestra consideracion en aquello mismo que decimos, oremos con atencion que es una de las condiciones necesarias para orar.

Debemos orar tambien con humildad. La fé asi como debe escitar en nosotros sentimientos de atencion, y de convencimiento que tenemos por la fé de que hablamos con Dios en la oracion debe nacer el recojimiento, el respeto y la atencion, asi tambien debe escitar sentimientos de humildad con que no solo adoremos á la majestad y grandeza de

Dios, sino que nos deprimamos y sometamos á él diciendo: *¿como he de hablar yo á mi Dios no siendo sino polvo y ceniza.* Y no solamente á Dios, sino tambien á los demas hombres teniéndonos por los pecadores mas miserables y mas indignos como el publicano. Al pensar que nos ponemos en la presencia de un Dios tan poderoso y terrible, ante quien tiemblan los ángeles y se anonadan las potestades celestiales, y las grandezas de la tierra son como si no fueran, ó habremos de humillarnos, ó no hemos de tener fé. Abram tenia fé y acompañaba con su grande humildad la oracion. Moyses y Aaron tenian fé y oraban respetuosamente humillados delante de Dios. David tenia fé y creia que al orar se ponía en la presencia de Dios y por eso se olvidaba de que era rey hasta hacerse despreciable á los ojos del mundo por humillarse delante de Dios. Salomon tenia fé, y oraba por lo tanto doblando ambas rodillas y levantando sus ojos al cielo. Ester y Judith tenian fé y dejaban para orar y tributar el justo vasallaje al ser supremo los vanos adornos del lujo mundano y se cubrian de cilicios. ¿Podremos creer que tienen fé y que están persuadidos de que van á hablar con Dios y á rogarle y ofrecerle su corazon los que se presentan con un aire soberbio y altanero, con menos sumision que si fueran á hablar con otro hombre?

Pues, hijos míos, avivad vuestra fé y orad con humildad porque la oracion del humilde penetra las nubes, como dice el Espíritu-Santo (1). Contemplad que todos somos pobres

(1) Eccl. cap. 55.

y necesitados y que como pobres debemos presentarnos á las puertas del gran padre de familias pidiéndole que nos socorra. Somos pobres, miserables, ciegos y desnudos; solo Dios puede darnos el socorro y á Dios tenemos que pedirle; pero Dios aborrece al pobre soberbio, Dios se complace y atiende á los humildes; basta ser soberbio para ser rechazado de Dios, porque repetido tiene que los resistirá, y dará su gracia á los humildes; que salvará á los que son humildes de corazon; que tendrá su complacencia en manifestarse y dejarse rogar de los párbulos y sencillos por su humildad, y que se ocultará y retirará de los que se precian de sabios, altaneros y soberbios. Debemos decirle como el real profeta *Soy un pobre y necesitado, Dios mío, ayúdame.* Oremos con humildad hiriendo nuestros pechos sin acertar á hablar ni atrevernos á levantar los ojos como el publicano, confesemos humildemente nuestras enfermedades, nuestras miserias, nuestras faltas superiores á las de los demas hombres y el señor oyéndonos confesar que somos grandes pecadores nos dará sus auxilios para justificarnos. Arrojámonos cuando oremos, como el hijo pródigo que ha disipado toda su sustancia en los vicios, á los pies de nuestro Dios confesándonos por indignos de llamarnos hijos y rogándole que nos admita por sus siervos y esclavos. Tal debe ser la humildad con que debemos orar.

Debemos orar tambien con confianza. La infinita bondad y misericordia de Dios, el dulce nombre de padre, que le damos, el saber que desea nuestro bien, nos debe alentar y hacernos acercar á la oracion con la firme esperanza de que recibiremos lo que pidamos. Asi nos lo ha prome-

tido repetidas veces y ha reprendido nuestra falta de fé, nuestras dudas y desconfianzas haciéndonos ver que nos atenderá como padre, que no dará piedras á los hijos que le piden pan. Sabemos como cristianos que cuanto pedimos á Dios no nos prometemos conseguirlo por nuestros méritos sino por los de Jesucristo que es el hijo amado del padre que oró por nosotros y que nosotros unidos como hermanos y miembros de un mismo cuerpo de que es cabeza el mismo Jesucristo oramos en él y con él en nuestras oraciones, oramos en su nombre, y siendo dirigidas nuestras oraciones por Jesucristo, tomando para orar el nombre de Jesucristo debemos confiar que nos ha de conceder el Señor lo que pidamos; que no mirará la multitud de nuestros pecados sino á los méritos de Jesucristo, y que por este medio con este intercesor tan poderoso todo lo conseguiremos. No ora el que no ora con confianza, y cuando el Señor nos impone el precepto de orar, basta para que confiemos porque no nos le impondría si no fuese un medio para obtener los beneficios del Señor.

Debe ser tambien perseverante la oracion, y lo que no alcanzamos por los méritos lo alcanzaremos acaso por nuestra perseverancia en pedir. Debemos imitar al hombre de quien se nos dice en el evangelio que permitió reposar á su amigo hasta que le dió lo que pedia. En vano nos prometemos lograr lo que pedimos si no repetimos y perseveramos en nuestras súplicas. Es preciso clamar, rogar sin cesar, no bastan unos lijeros deseos, y el Señor fortaleceria nuestro espíritu de orgullo y de soberbia si nos concediera inmediatamente y tan luego como le dirigimos nuestros votos los fa-

vores tan grandes como le pedimos. Nada somos, nada merecemos, todo cuanto el Señor nos da es pura liberalidad y misericordia, y así quiere hacérselo entender dándonos sus gracias y obligándonos á instar, á jemer, á clamar para que no nos equivoquemos recibiendo fácilmente sus dones y creamos que Dios nos debe dar sus favores por fuerza ó porque nosotros los merezcamos. Por eso nos manda orar sin intermision, orar siempre sin desfallecer, orar de día y de noche. He aquí otra condicion que debe tener nuestra oracion, el ser continua, el orar con frecuencia. ¿Hay un instante en que no necesitemos de Dios? Luego si siempre le necesitamos siempre debemos orar. ¿Hay un instante en que no recibamos algun beneficio grande de Dios? Luego siempre debemos orar y darle gracias, orar y pedirle sus auxilios.

No os inquieteis, hijos míos, ni creais que quiero poneros un yugo insupportable ó llevaros al cielo por caminos difíciles. ¿Qué es orar? Os lo he repetido muchas veces y no quisiera que lo olvidárais nunca. Orar es elevar el corazón á Dios; es desear á Dios. Pues bien. En todas vuestras obras podeis elevar á Dios y ofrecer á Dios vuestros bienes y vuestros males, podeis desear siempre gozar de Dios y con este deseo evitar todo lo que se oponga á conseguir esta dicha; podeis siempre desear la honra de Dios y alabarle con este deseo en cuanto hagais de modo que, sea que comais, que bebais ó que trabajéis, si todo lo haceis y referis á Dios vuestra vida será una oracion continua. Siempre estais en la presencia de Dios, pues cuidad de obrar siempre como que Dios os vé y ved aquí muy sencillamente como siempre orareis.

Obrad así, amados míos, y vuestra vida y vuestras costumbres serán puras, irreprochables y santas. Pero sobre esto en vuestras oraciones particulares, en los domingos y cuando acudis al templo á orar ó rezais en vuestras casas, preparaos santamente para que vuestras oraciones vayan bien dirigidas, pedid siempre cosas justas y conformes á la voluntad de Dios y pedidlas con atencion, con humildad, con confianza y con perseverancia. Haced mas. Unid á vuestras oraciones y súplicas, vuestros ayunos, vuestras limosnas, vuestras penitencias y vuestros votos y ofrendas, porque *es buena la oracion con el ayuno y la limosna*. Estas son las dos alas con que sube al cielo la oracion, dice san Agustin. No seais mezquinos como Cain. Sed jenerosos con el que tanto os da y obligareis al Señor á oir vuestros ruegos como oyó los de Tobias y los del Centurion.

Haced cuenta cuando vais á orar que vais á tratar y á esponder vuestras súplicas á un rey de la tierra y orareis con las disposiciones necesarias. Hablemos como cristianos, hijos míos, y entendamos que cuando oramos nos ponemos en el lugar de Jesucristo, oramos en nombre de Jesucristo, representamos á Jesucristo. Pues oremos tambien lo mismo que Jesucristo con fervor, con sumision, con entera resignacion y confianza, de un modo digno de Jesucristo. Con razon podré yo deciros como el mismo Jesucristo á sus apóstoles. *Hasta ahora no habeis pedido nada en mi nombre, pero lo recibiréis*. No habeis pedido como debeis pedir. Habeis pedido muchas cosas á Dios, pero no las habeis pedido en nombre de Jesucristo y como Jesucristo nos

enseñó. Pedid ' así siempre y siempre recibireis. Vuestro gozo será lleno, nada podrá aumentárselo porque despues de sus dulzuras y consuelos espirituales en esta vida os concederá las delicias y gozos del cielo.

PLATICA VII.

Del respeto que se debe tener á los templos.

Dios está en todo lugar y por esto en todas partes podemos orar dándole el obsequio de nuestro culto y respeto, y elevar nuestro corazon pidiéndole el socorro de nuestras necesidades. Nosotros mismos somos templos vivos de Dios, y donde quiera que nos hallemos podemos ofrecerle el incienso de nuestros corazones y dirigir á él todos nuestros afectos: sin embargo, el Señor ha querido que se le destinen y consagren algunos lugares para ser honrado en ellos, para que los fieles concurran y se reunan en ellos á adorar á su Majestad y á pedirle sus gracias, á ofrecerle sus sacrificios y á cantarle las divinas alabanzas; no porque el Señor tenga necesidad de un lugar determinado cuando él llena todo el mundo y nada hay sin él, sino porque nosotros nos escitemos y movamos mas á honrar al Señor entrando en su casa que es casa de oracion, recordemos este deber y oremos con mas atencion y fervor en los templos que son las

casas de Dios en las que todo nos mueve á devocion, á recojimiento, á humildad, respeto y veneracion.

Como los templos son los lugares destinados á orar, todo cuanto hagamos en ellos que no sea orar es ajeno é indigno de los templos, y de aqui podeis conocer, hijos mios, el respeto, la veneracion y compostura que debemos tener en las iglesias como casas de Dios destinadas á la oracion. Habiéndoos explicado el modo con que debeis orar, quiero en este dia manifestaros algunas razones que os convenzan del respeto y veneracion que debeis tener á las iglesias que son los lugares especiales donde Dios quiere que le honremos y pidamos, para que las frecuenteis y esteis en ellas con aquella compostura, respeto, atencion y modestia que corresponde á un cristiano que tiene fé, y eviteis tantas irreverencias como se cometen al rededor de los mismos altares.

El Señor ha prometido que estará en sus templos, que en ellos tendrá sus ojos y su corazon para oir los ruegos de su pueblo todos los dias; él mandó que se le eligiera y santificara un lugar para ser adorado; luego un lugar que el Señor santifica y elije para sí, un lugar en donde el Señor tiene puestos sus ojos y su corazon, donde oye los clamores de su pueblo y donde está para recibir nuestros respetos y adoraciones, debe ser venerado y en él todos deben dar honor y gloria. Tal era la consideracion que en la antigua ley tenían los judios al templo de Jerusalem sin embargo de que no era sino figura de los nuestros. Era mirado como casa de oracion para todas las jentes y como un lugar terrible en que no debia echarse de ver otra cosa que la casa de Dios.

y la puerta para entrar en el cielo, y si estas consideraciones determinaban á los judíos y aun á los gentiles que entraban en el templo de Jerusalem á estar en él con respeto y un profundo recojimiento y veneracion, deben mover mucho más á los cristianos á estar en sus iglesias con modestia á entrar en ellas para adorar al Señor y confesar su nombre y á no profanar jamás los templos santos.

Donde estan dos ó tres congregados en nombre de Jesucristo, allí está él en medio de ellos, dice el mismo Jesucristo (1). Mucho mas estará en medio de la multitud de fieles que se reunen en las iglesias para alabarle y bendecirle; pues un lugar donde está Jesucristo, donde preside Jesucristo, donde Jesucristo como nuestro intercesor y medianero recoge nuestras súplicas y nos dá sus auxilios para orar debidamente, debe ser respetado y tenido en veneracion.

El hombre no es dueño absoluto de sí mismo ni puede vivir sin la dependencia de su Dios; Dios no le abandona ni olvida y mantiene con él su trato y su comercio, y este comercio consiste en dar y recibir. El hombre debe dar á Dios el tributo de su reverencia y adoracion, y sacar de Dios el socorro de sus necesidades y sus multiplicados beneficios. Pues el lugar propio de este comercio es el templo. Para esto declaró Salomon que habia levantado el de Jerusalem. «Para esto solo, dice (2), para que se ofrezca

(1) Matt. cap. 18, v. 20.

(2) 2 Paral. cap. 2, v. 6.

» incienso delante de Dios.» Ved el fin principal del templo, adorar en él á Dios. *Para que mires la oracion de tu siervo*, dice tambien (1). Ved aquí el lugar donde debemos acudir á por los favores de Dios. Luego todo lo que no sea adorar á Dios ó pedir sus auxilios es ajeno del templo, está fuera del comercio lejítimo del hombre con su Dios, y por consiguiente no debe llevarse al templo.

Debe movernos á la reverencia y devocion, á la composura y respeto debido á los templos la consideracion de que el lugar en que estamos es una tierra santa, es el palacio real del mismo Dios, que millares de ángeles le asisten y le sirven, la adoran y bendicen, que nuestros templos no contienen como el de Salomon la urna y el maná, las tablas de la ley y la vara de Aron, sino que en ellos está real y verdaderamente el cuerpo, la sangre, el alma y la divinidad de nuestro Señor Jesucristo, que en ellos se nos explica y enseña la ley de gracia, se nos perdonan los pecados, se nos dispensan gracias mucho mayores que en el templo de Salomon, se ofrece en sacrificio el mismo Jesucristo, que debemos alabar y orar á Dios porque son lugares destinados para esto. «Os encargamos y amonestamos, dice » un sumo pontífice(2), que cuando venis al santo templo de Dios procureis con toda diligencia hacer aquello » á lo que venis. Si creéis de todas veras que donde estais

(1) 2 Paral. cap. 6, v. 16.

(2) Stephani Sexti sermo apud Anastasium bibliotecarium in ejus vita.

» es el templo de Dios sin la menor duda cuidareis de no-
» hacer en él otras cosas que las que sean del agrado-
» de aquel en cuya casa y en cuya presencia estais. Aunque-
» Dios esté en todas partes, en sus templos debe ser bus-
» cado de un modo particular y pedir y desear en ellos
» lo que sabemos que le agrada. El Señor es misericordio-
» so, pero no quiere dar su misericordia á los ingratos, y
» ha dispuesto darla á los que se la piden y suplican, y con
» tanta mayor abundancia, cuanto se la pidan con mas
» compuncion, con mas jemidos, con mas fervor y con
» mayor afecto, porque él mismo dijo: Se la perdonan
» muchos pecados, porque amó mucho. El templo es el lu-
» gar propio para pedir; el mismo Señor dijo tambien: mi
» casa, es casa de oracion para todas las jentes. Si pues el
» templo es casa de oracion no es lícito hacer en él otra
» cosa que aquello para lo que está destinado, que aquello
» que conviene á su nombre, á saber: orar, cantar las di-
» vinas alabanzas, confesar los pecados, limpiarse de las cul-
» pas con los jemidos y las lágrimas de la verdadera contri-
» cion y arrepentimiento, y pedir con confianza el perdon
» y la misericordia. Hay motivos para decir que en el tem-
» plo está Dios de un modo mas especial. Allí están los co-
» ros de ángeles rogando por el pueblo y llevando las ora-
» ciones de los fieles á la presencia del Señor, y Dios de
» Sabaoth. ¿Con qué vergüenza, pues, se atreve á asistir al
» templo del Señor, el que se ocupa en palabras y conver-
» saciones ociosas? Si ha de tomar cuenta en su tremendo
» juicio de toda palabra vana ¿cuánto mas pedirá y cuánto
» mayor castigo impondrá á aquellas que se profieren en-

» tre la compañía y presencia de tantos santos y sin mirar
» miento ni respeto á un lugar consagrado á Dios? ¿Qué es-
» peranza queda de conseguir el perdón á aquellos que no
» solo se descuidan y desatienden el lavar sus culpas pasadas
» en el lugar de la propiciacion, sino que allí mismo las co-
» meten y aumentan?»

La modestia, reverencia y veneracion con que debemos asistir á los templos nos lo manifestó Jesucristo cuando tomando en sus sagradas manos un látigo lleno de celo por el honor de la casa de Dios arrojó del templo de Salomon á los que vendian los carneros, bueyes y palomas para los sacrificios y derribó las mesas y bancos diciéndolos: quitad todo esto de aqui y no hagais á la casa de mi padre casa de negociacion. Mi casa es casa de oracion ¿por qué la haceis vosotros cueva de ladrones? Para arrojar á nuestro padre Adán del Paraíso usó Dios del ministerio de sus ángeles; para castigar otros pecados ha usado de los mismos espíritus celestiales, de los hombres, y se ha valido de los elementos como del agua en el diluvio, del fuego y de las mismas fieras; pero contra los sacrilegos profanadores de su templo quiso que se armasen las manos adorables de su hijo hecho hombre y que los castigase. Para reprender y castigar otros crímenes Jesucristo, usó solamente de su palabra y su doctrina; pero contra los que profanaban el templo y manchaban su santidad, no solo usó de sus palabras sino que levantó su brazo omnipotente y con todo de ser un Salvador lleno de mansedumbre y bondad se armó del látigo y castigó á los delincuentes con sus manos, se valió Jesucristo de su omnipotencia y obró el milagro mas admirable en sentir de san

Jerónimo (1) porque mas que Lázaro resucitado, mas que dar la vista á un ciego de nacimiento, mas que el oírse la voz del padre en el Jordan y que la transfiguracion gloriosa del Tabor admira el que un hombre solo tan despreciable y reputado por tan vil en un tiempo en que le buscaban para crucificarle y en que estaban llenos de rabia, envidia y encono los escribas y fariseos á su vista y presencia echase por tierra sus ganancias y pudiese con un látigo arrojar á tanta multitud y derribar y romper tanto que no hubiera podido hacer un ejército. Debió, dice el santo, brillar y aparecer en sus ojos y su semblante una luz y resplandor de majestad divina. Si tanto castiga el Señor la profanacion de su templo; si levanta su brazo omnipotente Jesucristo y aparece su poder divino para castigar el atentado de los vendedores del templo de Salomon y los castiga con tanta severidad, prueba es de que le desagradan en gran manera las profanaciones y faltas de respeto del templo.

Sin embargo, hijos míos, el templo de Salomon no era sino una figura de nuestras iglesias, es mucho mayor la gloria de nuestros templos y son mas dignos de nuestro respeto. Ademas, los que vendian no estaban dentro del templo de Salomon, sino en el pórtico, en el atrio de los gentiles, que llamaban, y solamente vendian aquellas cosas que se necesitaban para los sacrificios segun la ley antigua. Jesucristo los arrojó y no permitió que se hiciese casa de comercio de la casa de su padre ¿cuánto mas castigará, y de cuán-

(1) Homil. 21. in Matth.

ta mayor pena son dignos los cristianos que en sus mismos templos, en los que se ofrece el santo sacrificio del altar y está real y verdaderamente presente el mismo Jesucristo, en donde se administran los santos sacramentos y se hacen funciones mucho mas santas que las de la ley antigua, en donde una multitud de ángeles adora con sumision y respeto al Señor al tiempo del divino sacrificio, cometen abominaciones mayores sin comparacion que los judíos en el pórtico de su templo? ¿Con qué severidad serán castigados los sacrílegos que hacen á la casa de Dios el lugar de sus citas, á las mujeres que llevan sus escándalos hasta los altares, á los que ocupan el tiempo en mirar deshonestamente á cuanto los rodea y en vez de adorar á la majestad divina adoran á sus corrompidos deseos y meditan ofender al Señor en el lugar destinado á las lágrimas de la penitencia?

En la casa de un juez ó de una persona ilustre no nos atrevemos á entrar sin ser llamados ó sin que nos lleve un negocio preciso; y si alguno se atreve á entrar sin el correspondiente decoro, ó no se le permite ó se le despi- de con afrenta. En la casa de Dios todos entran, pero por lo común sin ser llamados, sin llevar asunto ni negocio que tratar y se introducen sin respeto y sin veneracion. Todos deben acudir pero para rogar á Dios, para aplacarle, y la presencia de muchos, lejos de ser para pedir la indulgencia, es para provocar la venganza. Entran para llorar sus pecados y salen á cometerlos de nuevo. ¿Qué digo, salen? En sus mismas oraciones, en el mismo templo, al tiempo mismo que rezan y piden perdon están meditando sus crímenes y salen condenados y les sirve de pe-

cado su oracion, porque al tiempo que oran con la boca y piden perdon con sus palabras están meditando en su corazon cometerlos de nuevo. ¿Quereis saber en lo que han pensado muchos mientras han estado en la iglesia? Seguidlos cuando salen de ella y vereis que no dejan las malas costumbres que tenian y de que pedian perdon. Vuelven al trato deshonesto, al afan de los intereses, al vicio del vino, al regalo de la comida, de modo que puede conocerse y decirse que en la iglesia han pensado y meditado en aquello mismo que vuelven á hacer cuando salen de ella.

El ser las iglesias unos lugares destinados para honrar y venerar á Dios; el haber el Señor elegido los templos para entablar en ellos mas estrechamente su comercio con los hombres disponiendo que le adoren y ofrezcan en ellos sus incienso y le pidan sus gracias y dones; el ser casas de oracion consagradas á Dios y á escitar nuestro fervor y devocion. El respeto grande con que quiso Dios se honrase por todas las jentes el templo que mandó edificar á su nombre, los castigos con que amenaza á sus profanadores y la poca esperanza que le queda del perdon al que ofende al Señor en el lugar destinado para alcanzar sus misericordias, el hecho terrible de Jesucristo arrojando con su mano omnipotente á los que profanaban el templo vendiendo en el pórtico lo necesario para los sacrificios, la presencia de nuestro Señor Jesucristo, que está real y verdaderamente en nuestros altares, el augusto sacrificio de la misa, los santos sacramentos y el perdon de los pecados que se

nos concede en las iglesias, la multitud de ángeles que rodean el trono del Señor y escuchan nuestras oraciones; el ser la casa de nuestro padre, de nuestro Salvador, y de nuestro juez, todo esto y otras muchas mas razones que pudiera manifestaros deben obligaros y convenceros, amados míos, del grande respeto, del recojimiento y veneracion que debeis tener á los templos por pobres, por desamueblados y por despreciables que sean en su construccion, porque no á ellos sino al Dios que los habita es á quien debemos mirar. El ejemplo que debeis á los demas, el no escandalizar y hacer caer en pecados á los otros, el no distraer y quitar la atencion á vuestros prójimos es otra razon para que esteis con veneracion en el templo y no provoqueis la ira del Señor en el lugar de sus misericordias.

Todas estas son verdades infalibles y eternas, y nada he dicho que no esté conforme con lo que confesamos y creemos como cristianos y con la doctrina que habeis aprendido de vuestros padres, sin recurrir á ejemplos y castigos de Dios á los que han faltado á la veneracion y respeto á las iglesias que pudierais decir que eran invenciones y cuentos para amedrentar. Demos ahora una ojeada por lo que pasa con los cristianos de nuestros dias y miremos para llorar amargamente los escesos que se cometen al rededor de nuestros altares. Siento tener que heriros, pero como un médico que desea la salud de sus enfermos, me es preciso descubrir las llagas aunque cause algun dolor, para haber de aplicarlas la medicina oportuna y sanarlas. Yo echo de ver que en medio de los cristianos está reducido el Señor á aquella pobreza y mendiguez en que le faltaba, lo que no falta

á las aves ni á las fieras, que es el tener donde recostarse. »Las vulpejas tienen sus madrigueras y las aves del cielo sus nidos; pero el hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza. Las fieras perseguidas en los campos y los montes hallan seguridad y salvacion en sus cuevas y las aves se acogen á sus nidos; y Jesucristo perseguido en los caminos y los campos, en las plazas, en las calles, en las esquinas, en las tiendas, en las casas y por todas partes, no encuentra paz ni aun en la iglesia misma. En la iglesia donde la halla un ladron, un adúltero, un perjuro que goza quietamente de su inmunidad entre los altares. El Señor eligió las iglesias no solo como casas suyas sino tambien como casas de sus delicias y recreo, para complacerse en tratar con los hombres y dispensarles sus misericordias; pero hoy podemos quejarnos justamente de que las iglesias mismas son el campo de batalla donde se hiere y ultraja á la majestad divina, donde no está seguro el Señor de los insultos y desprecios de los mismos cristianos. El hijo pródigo dissipador de los bienes de su padre, entregado á la lascivia y á la vida licenciosa, marchó á cometer sus escesos á una rejion lejana donde no fuera visto de su padre respetando por lo menos su presencia, pero muchos cristianos molestan á su mismo padre presente en su casa, y lejos de procurarse una zahurda apartada para cometer sus escesos, convierten la casa misma de Dios en cueva de sus vicios, sus torpezas y sus pecados.

Qué vemos si no cuando entramos en los templos y acudimos á las festividades? No quiero hablar de aquellos que se contentan con una modestia y compostura pura-

mente exterior, que rezan con los labios, pero que no piensan en lo que dicen, ni piden nada á Dios, ni nada proponen, ni de nada se arrepienten. ¡Ojala que la falta de respeto fuera solamente interior y no faltásemos á Dios sino negándole el corazón! Cristianos hay que no solo hacen á la iglesia casa de tratos y de negociacion pensando cuando están en ella en sus asuntos, en sus intereses, en sus negocios domésticos: los hay tambien que en la iglesia misma y durante el santo sacrificio consienten en deseos impuros y llenan de abominacion su alma al tiempo que debian limpiarla para ofrecerla pura al Señor; pero es aun mayor la abominacion de aquellos que en la iglesia destinada para honrar interior y esteriormente á Dios, para protestar y confesar la grandeza, la soberania y el dominio del Criador que creemos presente, y para humillarnos á su vista con el alma y con el cuerpo; emplean el cuerpo y el alma en vilipendio de la divina presencia. La lengua libre, los ojos, los pies, el pecho, las manos, todos los miembros de estos profanadores no parece que atienden mas que á despreciar al Altísimo á porfía como si la casa de Dios no fuese casa de oracion y el lugar destinado para darle gloria no hacen escrúpulo de hablar en ella como si estuvieran en las plazas ó en las calles sin contenerse aun al tiempo que se celebra el santo sacrificio de la misa, faltando no solo á dar la gloria á Dios, sino impidiendo á otros que la den, quitándolos la atención. ¿De qué servirán para estos los ruegos de los sacerdotes pidiendo piedad para el pueblo, si el pueblo está provocando venganza?

No es menor el desenfreno de los ojos, que sin consi-

deracion ni respeto y de un modo que no se permitiria en la casa de un particular se estienden á mirar con descaro por todas partes, á examinar quien entra y quien sale, á mirarlo todo menos á lo que debe mirarse. En el templo es donde los trajes mismos desmienten á los que van á ellos que en vano dirán que van á orar, unos sin aseo, con desaliño, con lo peor que tienen como despreciando á Dios, porque no se atreverian á entrar de aquella forma en la casa de la persona menos respetable, otros, especialmente las mujeres, llenas de lujo y vanidad, con vestidos no solo costosos sino hasta indecentes, deseosas de ocupar los sitios mas públicos para ser vistas de los hombres y quitar las adoraciones á Dios atrayéndose las miradas de todos. No faltan quienes apenas se dignan doblar sus rodillas en la iglesia, se están de pié ó con una sola rodilla en tierra como insultando á la majestad divina; se buscan tambien las posturas mas cómodas recostándose y echándose de pechos sobre los mismos altares, se rie, se habla, se mira con descaro, seduerme.... ¿No es esto lo que vemos y lo que tenemos que reprender cada dia? ¿No es verdad que haceis á la iglesia el lugar de vuestras citas, que en ella se miran, se hablan con descaro y hacen los jóvenes lo que no pueden hacer en otras partes? Pues, hijos míos, esas inmodestias, esas posturas, sin decoro ni crianza, esos trajes de vanidad y de lujo, esos excesos que se advierten en los fieles que asisten al templo son muy impropios de unas personas devotas que van á pedir á Dios sus favores, á llorar sus culpas y que deben salir dispuestas á obrar bien. Son muy impropios de los que tienen fé y saben y creen que la iglesia es la casa de Dios. Son excesos que

no cometen los demonios que *creen y temen* y los que asisten y se presentan en la iglesia como si entraran en una plaza, que apenas se persignan, que miran con descaro á todas partes, que no se postran delante de Dios ó se postran á medias, que nada oran, ni piensan, ó piensan en los objetos que ven, que apenas acaba el santo sacrificio de la misa salen al pórtico para observar á todos los que salen, que no van en trajes honestos y decentes sino con lujo y vanidad para llevarse las atenciones, todos estos, ó no creen y solo vienen á la iglesia por cumplir con el mundo, ó si creen, son peores que los demonios que tiemblan y se estremecen en la presencia de Dios, y estos se burlan y se rien.

Vuestra conducta, si ha sido tal y tan impropia de un cristiano se opone á los designios de Dios. Dios llama y quiere que se congreguen los cristianos en su casa para que allí üesprendiéndose de los cuidados y afanes del mundo piensen en Dios y piensen en sí mismos. Para que allí reconozcan y den gracias por los favores que reciben de la infinita liberalidad del Señor y le adoren con mas aplicacion, con mas amor, para que le alaben todos juntos con aquella union que tanto le agrada. Todo cóspira en los templos á que elevemos nuestra alma al Señor y oremos del modo debido. Los salmos que se cantan y las oraciones que dirijen al Señor sus ministros en nombre de la iglesia no son otra cosa que suspiros y deseos que se dirijen á la patria celestial. La majestad de nuestras ceremonias, lo tremendo de nuestro sacrificio, las imágenes, los cánticos de alabanza, los ejemplos de algunos buenos cristianos, todo cuanto vemos y oímos en los templos concurre á favor nuestro y es muy pro-

pio para enternecernos, para movernos y escitarnos, para darnos fuerza y ayudarnos á elevar nuestras almas á Dios; el espíritu de Dios está con nosotros y para hacer una excelente oracion parece que deberia bastar entrar en la iglesia y unirse con los que oran en ella, dejándose enteramente llevar de los movimientos del corazon penetrado de la santidad del lugar en que se halla, de un corazon que no puede menos de conmoverse creyéndose en un lugar terrible, en la casa del Señor y la puerta del cielo. Quanto nos rodea y cuanto pasa en nuestras iglesias no puede menos de producir en nuestros corazones y sobre nuestras almas impresiones muy vivas y eficaces. San Agustin confiesa de sí mismo que estos socorros exteriores le hacian mas atento y mas sensible á las verdades divinas; que estas verdades santas acompañadas de la pompa de nuestras solemnidades y de la armonia de los cánticos sagrados se introducian con mas gusto en su alma y conmovian los sentimientos de una devocion tan viva y tan tierna que no podia contener las lágrimas y que hallaba una consolacion increible al dejarlas correr. En los templos está Jesucristo sumo sacerdote y única víctima digna de Dios y que todos podemos ofrecer á Dios, allí los débiles y tibios se hacen fuertes y fervorosos y los pecadores mezclados con los justos se hacen tambien justos. Allí, en fin, la iglesia esposa santa de Jesucristo envia al cielo sus jémidos y siempre merecen ser oidos, dice san Agustin.

Despues de esto, hijos míos, ¿Os atraveis á profanar nuestros templos con vuestras irreverencias y hareis de la casa de la salud y de las gracias, de los sacrificios y las in-

dolencias, lugares de vuestros escándalos y de vuestros delitos? ¿Aumentareis vuestras dolencias y vuestras llagas en la casa donde teneis abiertos los baños de la salud, y los tribunales del perdón se convertirán en lugares de suplicio? Entended que no podreis escusaros y decir como Jacob (1) «El Señor estaba verdaderamente en aquel lugar y no lo sabía,» porque bien clero os lo decimos sus ministros. Os lo dice el lugar mismo con las imágenes, con los altares, con los adornos, con las piedras mismas mudas y desnudas que recuerdan la reverencia debida á la mansion de Dios.

Este lugar es muy terrible, hijos míos. Acordémonos siempre al entrar en él: que es la casa de Dios y la puerta del cielo; que le debemos un profundo respeto; que aqui debemos recibir el despacho de nuestras súplicas y hacer presentes nuestras necesidades; que representamos los hombres alabando á Dios en el templo á los ángeles y santos que le alaban en el cielo, y que honrándole y bendiciéndole dignamente en la iglesia nos dará sus gracias para que nos hagamos dignos de alabarle algun dia en la compañía de los bienaventurados en la gloria.

(1) Gen. cap. 28. v 16.

PLATICA VIII.

De la confianza temeraria en la oracion.

Grande es la virtud de la oracion, hijos mios. A la manera que aquel que se pone al sol no puede menos de evitar las tinieblas y recibir su benéfico influjo, asi, dice el padre san Juan Crisóstomo (1), el que se aproxima á Dios por la frecuente oracion no puede menos de transformarse en un hombre espiritual, y dejar las tinieblas que continuamente nos rodean: y á la manera, dice el mismo santo, que los que tratan frecuente y amistosamente á los príncipes y poderosos no puede suceder que sean pobres; asi los que tratan con Dios en la oracion no pueden tener pobres sus almas y desprovistas de virtudes. La oracion nos hace fuertes y poderosos contra nuestros enemigos, y nos dá vigor para resistir y vencer las tentaciones; nos alcanza las virtudes y

*

(1) Lib. 1 de orando Deum.

el socorro de nuestras necesidades espirituales y corporales. Os he dicho ya que es la llave del cielo, que por ella conseguiremos de Dios cuanto pidamos, que como Padre que nos ama nada sabrá negarnos, y que así debemos orar con una gran confianza.

Aunque me he dilatado en los días anteriores manifestándoos cómo debeis orar, cuál debe ser vuestra preparación, cuáles deben ser vuestras súplicas, y de qué modo ó qué condiciones deben tener vuestras oraciones para que vayan bien dirigidas y sean tan del agrado de Dios que os conceda lo que pidais; aunque nada debeis ignorar ya en orden al modo de orar para que vuestras oraciones sean útiles, fructuosas y santas, quiero detenerme hoy á disuadirlos de un error en que incurren comunmente muchos cristianos apoyados cabalmente en el valor y eficacia de la oración. Confían demasiado, ó mas bien diré, confían con temeridad en que se salvarán rezando todos los días estas ó aquellas oraciones; se creen á cubierto de la ira y los castigos de Dios porque rezan algunas devociones, hagan algunas novenas, porque tengan especial devoción á este ó á aquel santo ó á la Santísima Virgen; creen que haciendo una limosna á tal ó á cual santuario, que llevando tal reliquia ó estampa, que teniendo puesto el escapulario ó la medalla no morirán sin confesion, no se condenarán porque los santos intercederán por ellos, no morirán de peste ni los cojerán los rayos, y en esta temeraria confianza viven tranquilos en sus vicios y desórdenes sin cuidarse de corregir su mala vida. Ponen una vela, dan limosna para una fiesta, se encomiendan todos los días á Dios y creen que lo han

hecho todo y que Dios los ha de salvar, y sus santos abogados los librarán del infierno. No hablo de aquellos que oran, piden á Dios y hacen limosnas para que el Señor los conceda las cosas injustas y malas que le piden y confían en que se las dará por los ruegos y la intercesion de sus santos cuyo error es demasiado culpable y grosero y contra lo que os he manifestado que solo podemos y debemos pedir á Dios las cosas que son justas, santas y conducentes á nuestra salvacion, y en ninguna manera las que son contrarias á la ley y los preceptos divinos: hablo hoy de los que piden estas mismas cosas buenas, su salvacion, su salud, su buena muerte y otras gracias semejantes sin poner de su parte otros medios que pedirlo así á Dios, á la Virgen, á los santos y á los otros fieles encomendándose á sus oraciones.

Ved á ese hombre usurero y metido en la avaricia y los intereses del mundo, que no teme engañar en sus tratos y vender á precios injustos, así como dar al fiado con ganancias escesivas, pues ese mismo manda todos los años que se digan ocho ó diez misas por las ánimas del purgatorio, reza todos los dias el rosario, oye sermones y con esto cree que cuando muera irá derecho al cielo. Una mujer vive en sus licencias y no guarda ni la fé que debe á su marido, ni la honestidad y decoro que debe como cristiana, pero alumbra la lámpara de nuestra Señora, oye misa todos los dias, reza tantas oraciones y confía que se salvará con esto solo. No hace limosnas un rico ni emplea sus bienes en alivio del pobre sino en juegos, en vanidad y en cosas superfluas, en cacerios, bailes y diversiones; pero hace todos los años una fiesta á san Anto-

nio ó á otro santo, tiene una capilla en una iglesia y con esto se cree seguro y que nada mas necesita para lograr su salvacion. Nada vemos mas comunmente, hijos mios, que esta especie de locura, esta ignorancia reprehensible. Ese culto que se dá á Dios, ese aparato magnifico con que se celebran las funciones de iglesia, el ser mayordomos, y el alistarse en las hermandades y cofradias para ganar indulgencias y librarse hasta del purgatorio, el hacer ostentacion de llevar el santo escapulario, el cargarse de reliquias y alumbrar los altares, y no salir de los malos hábitos y costumbres, no abandonar los vicios y pecados, indica bien las erradas ideas que tienen muchos cristianos de la oracion y la temeridad con que confian salvarse apoyados en tan débiles recursos. Para vuestro provecho y desengaño debo manifestaros, que aunque la oracion es muy provechosa para el alma; aunque la intercesion de los santos á cuyas oraciones nos encomandamos son muy poderosas, aunque debemos esmerarnos en dar culto á Dios y ofrecerle nuestros dones, y es muy útil y conducente el culto exterior y los testimonios y demostraciones públicas de nuestra fé para alcanzar sus dones y alentarnos á servirle; si nosotros no unimos á estas prácticas y devociones nuestra caridad de Dios y de nuestros prójimos, poco ó nada nos aprovecharán.

Tienen gran fuerza y son muy útiles las oraciones y súplicas de los santos en favor nuestro, dice el padre san Juan Crisóstomo. ¿Y cómo nos serán eficaces y provechosas? Entonces, dice el santo, cuando nosotros pidamos lo mismo por una verdadera penitencia. Entonces debe-

mos confiar en la oracion y no seremos rechazados cuando no contradiga á nuestras oraciones y prácticas devotas la malicia de nuestra vida, dice san Lorenzo Justiniano. Tenemos un poderoso intercesor y abogado en el cielo Jesucristo nuestro Dios y Señor; dice san Cipriano (1), que rogará y alcanzará el perdón de nuestros pecados con tal que nosotros nos arrepintamos de haberlos cometido; conociendo su gravedad los detestemos, prometamos sinceramente no volver por los caminos de la maldad y guardar en adelante los santos mandamientos. Para sanar y curar el hombre exterior es necesario que pidamos primero que se corrija y sane el hombre interior. Curado este fácilmente se curará aquel. Seamos misericordiosos y temerosos de Dios para que oiga nuestras oraciones. Si los santos ruegan á Dios por nosotros y nosotros no obramos el bien ni procuramos ser virtuosos, de nada nos aprovecharán sus oraciones. Si tenemos el atrevimiento de caminar adelante en nuestros vicios y confiar en sus oraciones y encomendarnos á ellos esperando librarnos de los castigos eternos ¿no pedrán de cirnos y echarnos en cara que «hemos querido hacerlos » servirnos en nuestras iniquidades y pecados? (2).» Entonces estarán prontos á escucharnos y servirnos, cuando procuremos imitar con nuestra vida y nuestras obras sus ejemplos y virtudes.

Poderosa y eficaz es la intercesion de los santos, di-

(1) Epist. 8.

(2) Ireni, cap. 45 v. 24.

ce santo Tomás de Villanueva, y debemos encomendarnos á sus oraciones; pero muchas veces no conseguimos lo que suplicamos por su medio porque nosotros mismos lo estorbamos y nos hacemos incapaces por nuestros delitos ocultos. Por éso, continúa este santo, habiendo dicho el real profeta; *Señor, padezco fuerza responded por mí*, él se respondió primero á sí mismo diciendo: «¿qué diré ó qué?» me responderá el Señor habiendo yo mismo sido la causa?» Como si dijera: ¿Qué me ha de hacer mi Dios, ó cómo me ha de librar de la violencia de mis delitos y mis vicios, si yo por mi gusto vivo de asiento y me complaco en ellos? A aquellos que viven sin dolor y sin penitencia y sin querer salir de sus pecados ¿cómo ha de poder servirlos de ayuda la oracion de los justos, dice san Juan Crisóstomo, si ellos mismos lo resisten con sus obras? Bueno es hacernos participantes y encomendarnos á las oraciones de los santos; pero ha de ser cuidando nosotros tambien obrar las virtudes de los santos. En tiempo del rey Eccequias estando sitiada Jesuralen por Sennacherib el Señor la protejió y la libró *por la intercesion de David su siervo* enviando un ángel que en una noche destruyó ciento ochenta y cinco mil soldados del ejército enemigo. Reinando mas adelante el rey Sedecias fué debastada y robada Jerusalem y el rey fué llevado cautivo á Babilonia: ¿por qué? En uno y en otro tiempo estaba la ciudad bajo el amparo y proteccion de David, es verdad, pero en tiempo de Eccequias las oraciones y la intercesion de David fueron secundadas con las piadosas oraciones del santo rey Eccequias y con las oraciones y penitencias del pueblo que se

congregó en el templo á pedir con fervor al Señor, lo que no sucedió en tiempo del impío y sacrílego rey Sedecias.

El pueblo hebreo tenía puesta toda su confianza en el arca del testamento, y sin embargo que habían experimentado muchas veces los favores que conseguían del Señor por su medio, habiéndola sacado al campo de batalla en una ocasión contra los filisteos quedaron hechos presa de sus enemigos y la misma arca quedó cautiva entre los incircuncisos: ¿por qué? Porque quebrantando y faltando á la observancia de la ley, dice Teodoreto (1), quisieron traer en su auxilio el arca donde estaban las tablas de la ley.

Luego es vana y temeraria la confianza en las oraciones y la protección de los santos si nosotros no oramos y nos justificamos apartando de nuestros corazones toda maldad y convirtiéndonos por una verdadera penitencia. Nosotros mismos impedimos los auxilios que nos alcanzarían los santos por el estorbo que ponemos para que nos lleguen y porque nos hacemos indignos de ellos por nuestros vicios y pecados. Luego la confianza en María Santísima arca santa de Dios, en su escapulario, en los santos y las reliquias, es tan vana y quedaremos tan engañados como los hebreos y con todas ellas y nuestras súplicas y votos seremos presa de los enemigos de nuestra alma y arrojados á las penas eternas, mientras vivamos metidos en la impureza, en la gula, en la envidia y en los vicios de que María Santísima y todos los santos son enemigos. Procuraremos en vano la amistad de la ma-

(1) Q. 1 in lib. 1. reg.

dre de Dios y de los santos mientras nosotros seamos enemigos de Dios y no procuremos su amistad por el arrepentimiento y la penitencia. Preciso es, dice el padre san Ambrosio (1) que orando y poniendo por intercesores á los santos oremos lo que ellos oraron, y que los imitemos tambien con nuestras obras: ¿Qué me aprovechará á mí pedir á Dios como el profeta real, que aparte mi corazon de la avaricia si yo me ocupo dia y noche en indigar medios para aumentar mi dinero?

Jesucristo mismo nos preservó de este error diciéndonos que «no todos los que dicen Señor, Señor, entrarán en el » reino de los cielos sino los que hagan la voluntad de » mi padre (2) y esta es la voluntad de Dios, dice el » apóstol (3), vuestra santificacion.» Solo el cumplimiento de la ley de Dios puede salvarnos y no hay otro camino, ni otra puerta para entrar en el cielo que la observancia de la ley del Señor, como espresamente nos lo dijo Jesucristo. *Si quieres entrar en la vida eterna guarda los mandamientos.* Por los frutos; nos dice el Señor que debemos conocer el árbol y así conoceremos al que es bueno y al que es malo; por sus obras y no porque diga: *Señor, Señor.* El árbol que no produzca fruto bueno será arrancado y arrojado al fuego. Los que no viven segun mandó Jesucristo, no son de Jesucristo

(1) In. Psal. 118.

(2) Matth. cap. 7. v. 21.

(3) 1. Thess. cap. 4. v. 5.

aunque recen de memoria todo lo que nos enseñó Jesucristo: Jesucristo nos dijo tambien que no serian bienaventurados los que hablasen, sino los que obrasen conforme á su ley. El que tiene el nombre de cristiano y deshonra con sus costumbres á Jesucristo de nada le serviria el nombre de príncipe al que no tuviese obras dignas de su título. Si pecamos siendo cristianos, seremos castigados con mas rigor, porque es mayor la culpa cuanto mayor es nuestra prerrogativa. La religion misma que profesamos acusa nuestros errores. De nada nos servirá invocar á Dios con solas las palabras, si le negamos con las obras. Aunque obrásemos milagros en nombre del Señor no nos conocerá por suyos si no obramos la justicia. No os alegréis, decia Jesucristo á sus discípulos, de que se sujeten á vuestro imperio los demonios, alegraos de que vuestros nombres estén escritos en los cielos. Aunque obráseis milagros yuviéseis los dones de Dios para conocer lo futuro y hacer todo jénero de maravillas en su nombre, si no cumplis los mandamientos de su ley, os dirá cuando le invoqueis: *Nunca os he conocido ni tenido por míos*, porque no son de Jesucristo los que viven en los vicios, los que no hacen la voluntad del padre que está en los cielos. No los conoce, es decir, los reprueba, no los tiene por suyos porque entre los suyos no debe haber sino pureza y santidad, no deben invocarle con los labios solamente sino con el corazón.

Esta es la doctrina de Jesucristo, doctrina que todos confesamos, y segun ella debemos conocer que son vanas

nuestras oraciones y prácticas piadosas, nuestras súplicas y plegarias á Dios, á María Santísima y á los santos, que no nos oirán mientras nosotros no procuremos limpiar nuestro corazón y darnos á conocer por cristianos con obras de cristianos y sentimientos de cristianos, mientras no los invoquemos en espíritu y verdad imitando sus ejemplos. Conoceremos que si somos hijos de Abram debemos hacer obras de Abram, es decir: que si queremos que los santos nos protejan es preciso que hagamos una vida pura como ellos. Conoceremos que si nosotros procuramos vivir y adelantar en la virtud serán poderosas y eficaces las oraciones de los demás por nosotros, pero que si nosotros fuéremos negligentes, perezosos y entregados á los vicios nadie nos podrá ayudar, como dice san Juan Crisóstomo (1). Que es preciso que digamos al Señor con la boca y con el corazón: *Tuyo soy, Señor, sálvame*, y mal podemos decirnos suyos mientras reconocamos por Señor de nuestra alma al afecto depravado que la domina, á la ambición, á la avaricia, á la lascivia, mientras seamos esclavos de los vicios, porque solamente seremos suyos cuando no reprenda nuestra conciencia á nuestras palabras y no estén estas en oposicion con nuestras obras. Bien podremos pasar las noches enteras en oracion, bien podremos interponer á todos los santos del cielo y á los justos de la tierra, pero si nosotros no amamos á Dios, si nosotros no procuramos salir del pecado y volver á su gracia, de nada nos servirá.

(1) Hom. 1. ad Thessal.

Luego no deberemos orar ni ejercitarnos en obras buenas y devotas, no deberemos vénéral y procurar dar culto á María Santísima y á los santos, no deberemos encomendarnos á sus oraciones si nada nos aprovechan y es una temeridad el confiar en ellas porque somos pecadores. Temeridad es, hijos míos, como os he manifestado, tener una vida estragada y libertina, vivir en un olvido y desprecio total de la ley de Dios y del cumplimiento de sus preceptos y creerse seguros y en camino de salvacion por tener costumbre de rezar algunas preces á María Santísima ó á algun santo de vuestra especial devocion. Pero no es esta la consecuencia que debéis sacar: seria privaros enteramente de todo recurso en el estado á que os han reducido vuestros vicios, ó llevaros á una desesperacion. Las oraciones que dirigamos á Dios, las preces á María Santísima y á los santos son muy poderosas y contribuyen mucho á nuestro provecho y adelantamiento espiritual, son muy eficaces para alcanzar las gracias que pedimos á Dios, pero ha de ser cooperando nosotros y poniendo cuanto esté de nuestra parte. El profeta Nathan aconsejando á Bersabe que entrase á hablar al rey David para que nombrase á su hijo Solomon por sucesor suyo en el reino la dijo: «Cuando tú estés hablando» con el rey yo entraré despues de tí, y confirmaré lo que» tú le digas.» He aquí, dice valiéndose de este suceso de la sagrada historia el padre san Juan Crisóstomo lo que debemos nosotros hacer con nuestros poderosos intercesores los santos: completar y confirmar sns súplicas, corresponder á su intercesion con nuestras buenas obras de humildad y de una piedad verdadera. Luego la consecuencia que debemos

sacar es, que si las oraciones no son eficaces y poderosas si nosotros no cooperamos con el cumplimiento de la ley de Dios; si es una temeridad reprehensible el esperarle todo y creernos libres de la ira y castigos del Señor porque invoquemos al Señor ó recemos algunas oraciones á los santos sin cuidarnos de hacer la voluntad de Dios y procurar nuestra santificacion, debemos evitar semejante temeridad y sin dejar de invocar á los santos, de venerar sus imágenes y reliquias, de acudir todos los dias á su poderosa intercesion, de llevar sus estampas, medallas y escapularios con nosotros, completar sus ruegos como Nathan, ejercitarnos en imitar sus virtudes, en dejar los vicios, en procurar la amistad de Dios y cuidar salir de los pecados y que nuestros nombres se escriban en los cielos. Debemos invocarlos con sinceridad y pedir con el corazon lo mismo que pedimos con las palabras.

A la manera, dice el padre san Juan Crisóstomo (1) que para formar una corona no basta que las flores sean escogidas y puras sino que es necesario tambien que sean puras las manos que las entretejen; así en las oraciones y cánticos divinos no basta que las súplicas sean santas; que los intercesores y abogados estén á favor nuestro si no es puro tambien nuestro corazon y nuestro ánimo.

Ni como, hermanos míos, ¿cómo pretenderemos ser oídos de Dios y obligar á los santos á que sean intercesores nuestros si nosotros mismos no queremos que

(1) Hom. 10.

Dios nos oiga? En vuestros apuros y conflictos, en vuestras enfermedades y peligros, en los momentos en que os sentis conmovidos al oír un sermón, al ver la muerte de un amigo, el castigo ejemplar que ha recibido otro, os volvéis á Dios y clamáis que os salve y mude vuestro corazón; pero un instante despues os desmentis á vosotros mismos, y al tiempo mismo que pedis á Dios sentiriais que Dios os oyesse y concediese vuestras súplicas. Pedis que Dios os salve; ¿y os será agradable ni querreis vosotros que Dios para salvaros convierta en amargura vuestros placeres, que os aparte de esa compañía que tanto os deleita, que os prive de ese destino que tanto os ensoberbece, que os despoje de esa salud de que no usais sino para ofenderle, de esas riquezas que os hacen tan temibles? ¡Salvadme, Señor, y transformad mi corazón! oraciones hipócritas y llenas de mentira que equivalen á decir: Señor, haced que yo os ame y os aborrezca, que os sirva y que sirva tambien al mundo, haced por mí lo que no podeis hacer con toda vuestra omnipotencia, que yo sea humilde y soberbio, casto é impuro, amigo y enemigo del mundo, que yo tenga la dicha de entrar en la gloria y haga cuanto esté de mi parte para condenarme, haced que yo me salve, y yo haré cuanto pueda consumir mi vida en los placeres del mundo. Tales son los votos sacrilegos que enviais al cielo orando á Dios y pidiendo á los santos con una vana esperanza de que os concederá la salud sin querer sanar vosotros mismos. Confíad en Dios, redoblad vuestras oraciones, valeos de la intercesion de los santos y de la poderosa mediacion de la reina de los ángeles, pero para que oreis

con fruto, para que no sean estériles y vanas, para que no sean temerarias, llenas de hipocresía y de mentira vuestras oraciones, orad con sinceridad y procurando la gracia y amistad del Señor, la pureza de vuestra alma y la rectitud de vuestro corazón. Así el Señor os atenderá; os ayudarán los ruegos de vuestros intercesores los santos, y empezando por imitar sus virtudes los acompañareis en la gloria donde el Señor os reconocerá por suyos y sereis bienaventurados para siempre. Amen.

PLATICA IX.

*De las primeras palabras de la oracion dominical: Padre
nuestro que estás en los cielos.*

Instruidos ya del modo, del espíritu, de la preparacion con que debeis orar y de cuanto os conviene saber en orden al ejercicio saludable de la oracion; su utilidad, su necesidad y la obligacion que teneis de pedir al Señor sus auxilios y darle gracias por sus beneficios, voy á explicaros la oracion dominical ó padre nuestro que es la mejor de todas las oraciones. Jesucristo mismo nos la enseñó, y en tan pocas palabras dispuso todo lo que podemos pedir santamente á Dios, y el orden con que los debemos pedir. «Jesucristo
» nuestro Señor y Salvador que entre los muchos consejos
» saludables, y los preceptos divinos con que atendió á la
» salud de su pueblo, le dió tambien la forma de orar, él
» mismo se dignó instruirnos en lo que habiamos de pedir.
» El que nos dió el vivir nos enseñó á orar, con aquella

» benignidad con que se ha dignado darnos todas las co-
» sas, para que el Eterno Padre nos oiga mas facilmente
» pidiéndole con la oracion que nos enseñó su Unico Hi-
» jo. Habia anunciado que vendria la hora en que los ver-
» daderos adoradores adorarian al Señor en espíritu y ver-
» dad, y cumplió lo que habia prometido, de modo que
» los que por su santificacion hemos recibido el Espíritu y
» la verdad, por su enseñanza hemos recibido tambien el
» modo de adorarle verdadera y espiritualmente. ¿Qué ora-
» cion puede haber mas espiritual que la que nos dió el
» mismo Jesucristo por quien nos fué enviado el Espíritu
» Santo? ¿qué deprecacion mas verdadera para con el pa-
» dre, que la que fué anunciada por la misma boca del hi-
» jo, que es la verdad por esencia? El orar de otro modo
» que el que nos enseñó Jesucristo no será solamente igno-
» rancia sino culpa, porque nos podrá decir con razon:»
» «rechazais los mandamientos de Dios por seguir vuestras
» tradiciones.» «Oremos pues, hermanos amados, con-
» cluye el padre san Cipriano de quien son todas estas pa-
» labras (1), oremos como nos enseñó nuestro Maestro.
» Debe sernos muy grato el rogar á Dios con sus palabras,
» y llevar á los oidos del Señor la oracion de Jesucristo.
» Conozca el padre las palabras de su hijo cuando roga-
» mos: el que tenemos en el corazon, tengámosle tambien
» en la boca, y siendo Jesucristo el abogado por nuestros
» pecados delante del Padre, pronunciamos las mismas pa-

(1) Tract. de Orat. Domin.

» labrás de nuestro abogado cuando pedimos por nuestros
» pecados, porque si ha dicho que cuanto pidamos al Pa-
» dre en su nombre nos lo dará, ¿cuánto mas eficazmente
» alcanzaremos lo que pedimos en nombre de Jesucristo si lo
» pedimos con sus palabras?»

Ademas de ser la mejor de todas las oraciones la oracion del padre nuestro porque nos la enseñó Jesucristo, lo es tambien porque es el compendio de la doctrina celestial como la llama el mismo san Cipriano. Nada se omite en ella de todo cuanto los fieles pueden y deben pedir á Dios. No es lícito pedir otra cosa que lo que está contenido en esta oracion, dice san Agustin (1), esta oracion dice el mismo (2), contiene las reglas de los santos deseos y cualquiera otra palabra que digamos ya para mover el afecto del que ora, ya para conciliar la atencion, ó ya para escitar el fervor, nada podemos decir sino lo que está contenido en la oracion dominical, si hemos de pedir con rectitud y como conviene. El que pide en su oracion lo que no puede pertenecer á la oracion dominical, aunque no pida ilícitamente pide carnalmente, que debe llamarse tambien ilícitamente porque á los cristianos no es lícito el pedir sino las cosas espirituales ó que se ordenan á ellas. Es libre, concluye el mismo san Agustin, es libre á cada uno usar de estas ó de aquellas palabras para orar diciendo y pidiendo con ellas las mismas cosas que se contienen en la oracion domi-

(1) Serm. 48 de diver.

(2) De perfect just. cap. 8.

nicol, pero no debe ser libre á cada uno el pedir otras cosas. Sin temor ni reparo alguno podemos pedir lo que se contiene en el padre nuestro por nosotros, por los nuestros, por los estraños y por los enemigos, aunque el uno pida por este y otro por aquel ó pida con mayor ó con menor afecto y deseo. Pero el que diga en su oracion, Señor: aumenta mis riquezas, dame mas bienes que á otros, haz que se aumenten mis honores, que sea poderoso en este mundo, y estas y otras cosas las pida poniendo en ellas sus deseos y sin ordenarlas á ser útil á los hombres segun Dios no puede hallar en la oracion dominical palabras á que pueda acomodarlas.

A la manera que en el credo se contiene todo lo que debemos creer y en los mandamientos de la ley de Dios lo que debemos obrar, así en el padre nuestro se contiene todo lo que debemos orar, y pedir en nuestras súplicas y acciones de gracias á Dios con el órden con que lo debemos desear y pedir.

La oracion dominical es una medicina cotidinna de todos los fieles, ya porque en ella se nos recuerdan las obligaciones que tenemos para con Dios, para con nosotros, para con nuestros prójimos, para con los enemigos; los peligros que nos cercan y la necesidad que tenemos de pedir el socorro á Dios; y ya porque por ella nos perdona el Señor las faltas leves, aquellos pecados veniales que cometemos cada dia como lo enseña la iglesia con la doctrina constante de los santos padres. «Por las fragilidades humanas y » faltas tolerables, y tanto mas frecuentes cuanto menores » son, dejó el Señor en su iglesia en el tiempo de su mise-

» recordia; dice san Agustín (1), una medicina diaria y es:
» el que digamos, perdónanos nuestras deudas así como nos-
» otros perdonamos á nuestros deudores, para que con es-
» tas palabras nos acerquemos al altar con la conciencia
» pura y recibamos santamente el cuerpo y la sangre de
» Jesucristo.» «Como tenemos que vivir en este mundo,
» dice también (2), y ninguno vive en él sin cometer pe-
» cado, el perdón de estos no se concede solamente por el
» agua del santo bautismo sino también por la oración do-
» minal y cotidiana. En esta teneis una especie de bau-
» tismo diario.»

Tiene la recomendación también la oración del *Pa-
dre nuestro* de su brevedad con lo que está al alcance de
todos y pueden fácilmente aprenderla los niños, los rudos
é ignorantes, las personas de toda condición por corto que
sea su talento y pueden también por su brevedad ejerci-
tarse en ella y tener oración todos sin grave molestia sa-
biéndola de memoria; por lo que todo cristiano luego que
tiene uso de razón, así como está obligado á adorar á Dios,
ofrecerle sus respetos y pedirle sus auxilios, está obliga-
do también á saber y entender la oración del *Padre
nuestro*.

Y en medio de que es tan breve y tan fácil de
aprenderse ¿cuántos misterios y qué doctrina tan sublime
contiene? En ella, hijos míos, está compendiado todo lo que

(1) Serm. 17.

(2) Serm. 213.

debemos obrar y desear como cristianos; toda la moral de nuestro evangelio; y si la rezásemos con reflexion y con la contemplacion debida, nada mas necesitaríamos para vivir en el amor y temor de Dios. Yo no puedo explicar ni decirlo mucho que sobre esta oracion nos dicen los santos padres y vemos el aprecio que hace de ella la iglesia que la reza en el santo sacrificio de la misa, en todas las horas del rezo divino, en sus deprecaciones y bendiciones, de modo que puede decirse propiamente que el *Pater noster* es la oracion de la iglesia. Para que os instruyais algun tanto y la receis con el respeto y atencion que se merece y rezando así saqueis fruto de vuestra oracion, voy á explicaros el padre nuestro y cada una de las peticiones que se contienen en él.

Decimos lo primero antes de empezar nuestras súplicas *Padre nuestro*. En toda oracion debemos dirijirnos y prepararnos para hablar con nuestro Dios, elevar nuestra alma y nuestra consideracion á Dios, debemos tambien conciliar la benevolencia de aquel á quien pedimos, y para esto nos ordenó Jesucristo que empezásemos por la palabra *Padre*. Esta debe recordarnos que vamos á tratar con el mismo Dios, debe avivar nuestra fé y llenar de afecto nuestra consideracion contemplándonos puestos en la presencia de Dios á pedirle sus gracias. Podríamos invocarle con el nombre de criador, Señor y otros que denotan su majestad y poder; pero Jesucristo Señor nuestro quiso omitir estos nombres que pudieran producir en nosotros sentimientos de temor y quiso que digésemos *Padre*: que debe llenarnos de consuelo, de confianza y de amor. Cuando po-

nemos en nuestros labios el dulce nombre de *Padre* debemos recordar nuestra miseria, y que no por nuestros méritos sino por la gracia de Dios que quiso reconciliarnos con él somos suyos; que redimidos con la sangre preciosa de Jesucristo y admitidos al gremio de la iglesia por medio del bautismo y los demas sacramentos somos hermanos de Jesucristo y herederos de la gloria, y siendo hijos de Dios, y hermanos de Jesucristo ¿con qué amor y con qué confianza no debemos pedirle? ¿Qué nombre podemos buscar que sea mas grato y que nos dé mas esperanza de conseguir lo que pedimos? ¿Qué podrá negar un padre á unos hijos que le piden? ¿Y á quién debemos invocar ni acendrir sino á nuestro Padre? ¿A quién debemos amar sino á nuestro Padre?

Llamamos y debemos llamar á Dios, *padre*, porque es nuestro criador. Nos sacó de la nada y nos formó á su imagen y semejanza, nos dió un alma racional lo que no hizo con los demas animales sobre quienes nos dió el uso y potestad, y por esta razon todos asi fieles como infieles debemos llamar á Dios *padre* y reconocerle por tal.

Tambien es y debemos llamarle *padre* por el amor y cuidado con que nos conserva y nos gobierna, por la providencia con que nos rige y mira por nuestra utilidad. No nos abandona y deja desamparados, siempre está con nosotros y en él estamos, nos movemos y somos, sin que caiga un cabello de nuestra cabeza sin su voluntad. Y como estamos rodeados de peligros y tentaciones, á la manera que los padres de este mundo cuando han de pasar sus hijos por caminos escabrosos y espuestos los ponen guardas para que los defien-

dan y ayuden en los peligros; así el padre celestial para que nos ayude y acompañe á cada uno en este camino que nos conduce al cielo entre riesgos y enemigos nos ha encomendado á los ángeles de nuestra custodia con cuya diligencia y proteccion podemos librarnos de los lazos de nuestros contrarios y ser guiados con toda rectitud sin que nos extravíen las tentaciones. Es tal, hijos míos, el amor y el cuidado que tiene nuestro Dios de cada uno de nosotros, que desde el instante de nuestro nacimiento nos señala á cada uno un ángel que nos acompañe, nos dirija y conduzca en todos los sucesos de nuestra vida y nos ampare y proteja contra nuestros enemigos. Incalculables son los beneficios que nos proporcionan estos espíritus celestiales, como lo vemos en muchos ejemplares que se nos refieren en la sagrada escritura, y cada uno de nosotros hemos experimentado en las inspiraciones que continuamente nos dan y sentimos en nuestra conciencia para que obremos bien, y las reprensiones y amarguras con que nos atormentan cuando obramos mal; en los peligros manifestos así corporales como espirituales de que nos libra sin poderlo esperar nosotros una mano poderosa y oculta, y en otros favores que recibimos cada día, todo lo que debe hacernos agradecidos y devotos á nuestros ángeles y encomendarnos á ellos cada día, y reconocidos á Dios, venerar su providencia adorable y el cuidado paternal que tiene de nosotros cuando para nada nos necesita.

Hé aquí, hijos míos, otro motivo de nuestra sumision y reconocimiento á Dios, su benignidad y misericordia con la que no solo nos cria y nos conserva sino que tambien nos

sufre, como si fuéramos necesarios ó le hiciésemos falta para alguna cosa. Desde que el primer hombre ofendió á su Dios y Criador no hemos dejado de faltar al Señor con nuestras continuas rebeldías y faltas sin número al cumplimiento de lo que nos manda, y sin embargo, no se agota jamás su benignidad y misericordia, nos espera, nos convi-da y nos ruega con el olvido y el perdón, y si nos castiga alguna vez, es con la compasión y afecto de un padre que desea nuestro bien y nuestra enmienda, jamás se olvida de sus misericordias y siempre nos deja abiertas las puertas de la reconciliación; no nos castiga por venganza sino por amor, y por muchas que sean nuestras iniquidades siempre es mayor su clemencia, lo que debe alentarnos á implorar-le y á acojernos á él por pecadores grandes que seamos como un hijo extraviado que vuelve al seno de su padre. «¿Por » ventura, dice el Señor por el profeta Isaias (1), puede » olvidarse una madre de su hijo chiquito y no compade- » cerse del hijo de sus entrañas? Pues aunque ella se olvi- » de yo nunca me olvidaré de tí: hé aquí te tengo escrito » en mis manos.

Adán le ofende y sin embargo el mismo Dios viste su desnudez y le ofrece un redentor y reconciliador que le vuelva á su gracia y le restituya á la gloria que había perdido por su culpa. Este es, hijos míos, el que sobresale entre todos los beneficios de nuestro Dios, el beneficio de la redención y por el que los cristianos tenemos un título muy

(1) Cap. 49.

particular para llamar á Dios nuestro Padre y alegar un derecho á sus misericordias. Eramos hijos prevaricadores, hijos de ira y de maldicion y el Señor nos amó tanto que nos envió á su hijo para que fuese nuestro abogado y la víctima de propiciacion que aplacase su enojo y nos volviese á su amistad. En virtud de la redencion obrada por nuestro Señor Jesucristo ya no somos esclavos sino libres, ya no somos amigos solamente sino que somos hijos tambien de Dios, hermanos de Jesucristo y herederos de la gloria. Por la redencion nos ha reconciliado Jesucristo con el Padre y habiendo instituido el santo bautismo y los demas sacramentos de su iglesia, por ellos nos incorporamos y formamos un cuerpo cuya cabeza es el mismo Jesucristo, somos la porcion escogida y predilecta y podemos clamar con la libertad de hijos reenjendrados en Jesucristo y admitidos á su gloria: *Padre nuestro.*

Segun esto, ¿cómo esplicaremos el amor, la piedad, la veneracion, el respeto, la gratitud y tanto como debemos á nuestro Criador, Gobernador y Redentor? ¿Y con cuánta confianza debemos implorar á un Dios por tantos títulos amable, que tantos y tan grandes beneficios nos concede, que es tan benigno y misericordioso, que nos ama con el cariño de un padre, y cuánto debemos complacernos en invocarle y procurar su gracia y amistad? Tales son, hijos míos, los afectos con que debemos empezar la oracion y con que debemos decir las consoladoras palabras de *Padre.*

Decimos tambien *Padre nuestro* y no padre mio, porque siendo uno mismo nuestro Dios, nuestro criador y Redentor, habiendo Jesucristo muerto por todos los hombres

y habiéndonos hecho hermanos suyos, todos somos hijos del mismo Padre y muy particularmente los fieles que tenemos una misma ley, unos mismos sacramentos, unas mismas promesas y unas mismas esperanzas. Jesucristo nos llamó sus hermanos, quiso que nos amásemos y tratásemos como hermanos y que fuésemos sus coherederos siendo él el hijo primojénito y nosotros todos adoptivos y reenjendrados por los dones de la misericordia con que se sirvió enriquecernos y hacernos miembros de su iglesia. Si debemos llamarnos hermanos debemos llamar tambien *nuestro* al que es el padre de todos. Como hermanos tambien debemos orar por todos y no cada uno por sí solo, porque todos debemos amarnos y la caridad nos escita á que roguemos á Dios por todos. Sean del estado y condicion, sexo y edad que fueren, á todos debemos incluir en nuestra oracion, á todos debemos desear los bienes que pedimos para nosotros, todos debemos contemplarnos como un solo cuerpo, ni debemos escluir de nuestras súplicas y oraciones á otros porque los creamos indignos de los favores de Dios, ni ensoberbecernos teniéndonos por mas ó mejores que otros porque de todos se vale el Señor para sus fines, todos nos necesitamos, todos nos ayudamos mutuamente como miembros de un cuerpo en que nada hay inútil, despreciable y que no sea necesario.

Decimos *Padre nuestro* porque el Señor es igualmente Dios de los pobres y de los ricos, de los grandes y de los pequeños, de los reyes y de los súbditos y todos sin distincion tenemos iguales derechos para invocarle, para acercarnos á él y para pedirle sus gracias. No conoce el Señor aceptacion de personas; á todos admite, á todos oye, todos participan

de sus gracias, sobre todos hace salir el sol, á todos conserva la vida con su adorable providencia. Los sacramentos que nuestro misericordioso Redentor instituyó son para todos y se administran á todos igualmente sean de la condicion que fueren; sus promesas y el reino de su gloria es para todos, y para todos tambien son sus castigos sin distincion, porque todos somos y todos apareceremos iguales ante la divina presencia sin otra distincion que la de los méritos y buenas obras de cada uno. ¡Qué recuerdos, hijos míos, y qué consuelos tan grandes nos suministran estas verdades eternas de nuestra religion! Con qué ternura y cuánto gusto debemos repetir padre nuestro, mirándonos todos hijos de un padre y creador, todos hermanos y enlazados unos con otros como miembros de un solo cuerpo, todos iguales en la divina presencia sin las enojosas y frívolas distinciones de nobles, plebeyos, ricos, pobres y tantas otras que se hallan en el mundo; ¡Con cuánto amor y cordialidad debemos elevar nuestra alma sobre todo lo terreno y fijar nuestra atención en el cielo!

He aquí amados míos, por lo que decimos tambien las palabras: *Que estás en los cielos*. Creemos y confesamos que Dios está en todo lugar, que llena el cielo y la tierra, que está tambien en el infierno y que sin él nada hay. No imaginamos que esté en una parte y en otra no como estamos los hombres, porque es espiritual, sin partes, ni division alguna, y lejos de estar él en las cosas, todas las cosas están en él porque él es el que todas las cria, las conserva y dirige á sus fines adorables; pero decimos: *Que estás en los cielos* porque en los cielos resplandece mas su poder y su omnipotencia, porque en el cielo reina y quiere

ser adorado y bendecido de los ángeles y los santos, porque el cristiano se mira como desterrado en este mundo y aspira á salvarse de sus peligros y llegar al término de su carrera que es el cielo con toda felicidad; porque contemplando á Dios en la mansion de la bienaventuranza mira con el tedio que se merecen las cosas de la tierra, se aflige poco ó nada por sus pérdidas ó sus aumentos y fija su corazón y sus deseos en la región de su Dios, aspira á las cosas del cielo y solo quiere habitar en la casa del Señor por toda la eternidad.

Tales son, amados míos, y muchas mas que pudiera recordar las ideas grandes, los pensamientos y reflexiones piadosas y santas que escitan en nuestra alma las primeras palabras que decimos en el padre nuestro, para levantar el corazón á Dios y pedirle mercedes. ¡Gracias infinitas sean dadas á nuestro Señor Jesucristo que se dignó ser nuestro maestro y enseñarnos á orar con la oración tan acepta y agradable á los ojos del eterno Padre y sin miedo de pedir lo que no debemos! Acordémonos cuando la rezamos que tomamos en nuestros labios las palabras que salieron de la boca de Jesucristo, que somos hijos que nos acercamos á rogar á un padre, padre que lo es por tantos y tan poderosos títulos; que como hijos debemos orar con amor, con confianza con respeto, pero sin el temor y la cobardía de los esclavos, sin miedo de ser desatendidos; y acordémonos que debemos obrar y vivir también como hijos de Dios, como conviene á los que se glorían en llamar y tener al mismo Dios por su padre. No desmintamos ni afrentemos con nuestras obras el honor de nuestro padre celestial. No puede

llamar padre á Dios, el que es enemigo suyo, el que persevera en el ánimo y afecto de pecar, no ora á Dios sino que le insulta ni puede llamarle *padre* el que obra mal, porque el Señor dice: que el que obra el pecado es siervo del pecado, de aquellos siervos que no permanecerán en la casa del Señor al lado de los hijos, es de aquellos hijos criados y educados por el Señor que le corresponden con desprecios. Llamemos á Dios nuestro padre, como él mismo nos lo enseñó y sin lo que jamás hubiéramos tenido atravesamiento á gloriarlos en el nombre de hijos; pero obremos como hijos y que así como nos congratulamos en tener á Dios por padre, así Dios se glorie y congratule de tenernos por hijos. No dejaremos de nuestra dignidad, no nos envilezcamos con las cosas terrenas, apetezcamos las del cielo y pensemos y obremos con preferencia á todo las cosas espirituales y santas. Seamos imitadores de Dios como hijos carísimos suyos, y llamándole padre con todo el afecto y sinceridad de nuestra alma procuremos al menos ser sus hijos por una perfecta reconciliación de nuestros pecados, por una buena voluntad y deseo, por el aborrecimiento y detestación del pecado, por la esperanza del perdón y sino como los justos y los hijos fieles que siempre le sirven y se conservan en su casa y compañía y amistad, al menos como el hijo pródigo, volvamos sobre nosotros y digámosle que hemos pecado y nos hemos hecho indignos de ser hijos, pero que queremos ser suyos, confiados en su piedad y misericordia invocarle, llenos de confianza *Padre nuestro*. El Señor nos oirá y echará sus brazos y perdonándonos en esta vida nos admitirá después á las dulzuras de la gloria.

PLATICA X.

*De la primera peticion del Padre nuestro: SANTIFICADO
SEA EL TU NOMBRE.*

Despues que con las primeras palabras de la oracion dominical elevamos á Dios nuestro corazon, avivamos nuestra alma, alentamos nuestra esperanza, nos escitamos á la caridad y amor de Dios como hijos que buscan á un padre benigno, lleno de amor y piedad, y que levantamos nuestra consideracion al cielo en donde fijamos nuestros deseos como en nuestra patria y la casa de nuestro padre, empezamos á pedir al Señor los bienes así espirituales como temporales contenidos todos en las siete peticiones que forman el completo de esta oracion, y antes de explicaros lo que pedimos en cada una de ellas voy á haceros observar con mi anjélico doctor santo Tomas (1) que en la oracion

(1) 2. 2. quæst. 83, art. 9.

dominical no solamente pedimos á Dios todas las cosas que podemos recta y lícitamente pedir y desear, sino que tambien las pedimos con el órden con que las debemos desear, de modo que esta oracion no solamente nos enseña á orar, sino que tambien dirige con rectitud nuestros afectos y deseos. En todas las cosas lo primero que debemos desear es el fin y despues aquellas cosas que sirven de medios para conseguir el fin que deseamos. El único y verdadero fin del hombre es el mismo Dios. Nuestros deseos se dirijen á Dios de dos modos, en cuanto que queremos la gloria de Dios en sí mismo, y en cuanto que queremos gozar nosotros de su gloria; lo primero pertenece á la caridad por la que amamos á Dios en sí mismo, y lo segundo á la caridad por la que nos amamos á nosotros en Dios. Segun este órden la primera peticion del padre nuestro es: *Santificado sea el tu nombre*, por la que pedimos la gloria de Dios en sí mismo. La segunda es: *Venga á nos el tu reino*, por la que pedimos llegar nosotros á la gloria de Dios y goze de su reino. Para conseguir este fin necesitamos poner y desear los medios y pedirlos tambien á Dios, y estos unos son directos que nos conducen por sí é inmediatamente al reino de Dios cuales son los méritos y obras buenas que hagamos obedeciendo á Dios y cumpliendo su ley, y por esto la tercera peticion es; *Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo*, y otros son menos directos ó como instrumentos y ayudas para conseguir los medios directos que son los merecimientos, y estos los pedimos en seguida diciendo: *El pan nuestro de cada dia dánosle hoy*, bien entendamos el pan sagrado de la comunión cuyo uso aprovecha tanto á las almas y las pro-

porciona las fuerzas para obrar santa y meritoriamente, y en este, como el mas augusto de todos se comprenden todos los demas sacramentos y auxilios espirituales; ó bien se entienda el pan corporal y en el pan, como primero y mas necesario alimento todo lo que nos es preciso para pasar y sostener la vida del cuerpo sin la que tampoco podemos hacer las obras meritorias. Hay tambien otros medios que nos conducen al fin de la bienaventuranza accidentalmente, en cuanto que por ellos se apartan los obstáculos que impiden conseguir el fin. Tres clases de males hay que nos estorban conseguir la gloria de Dios. Los pecados que nos escluyen de la gloria directamente porque ni los fornicarios, ni los que adoran á los ídolos, ni los adúlteros, ni los que obran acciones prohibidas entrarán en el reino de Dios, y en cuanto á esto decimos: «Perdónanos nuestras deudas asi como » nosotros perdonamos á nuestros deudores.» Las tentaciones que nos impiden el cumplimiento de la divina voluntad, y en cuanto á esto decimos: *No nos dejes caer en la tentacion*, en que no pedimos que no seamos tentados, sino que no seamos vencidos y arrastrados al lado que nos inclinan las malas tentaciones, y últimamente tenemos las penalidades de la vida que nos estorban el gozar de la salud, tranquilidad y todo lo que es necesario para sostener la vida corporal, y en cuanto á esto decimos: *Libranos de mal*.

Ved como en las pocas palabras del padre nuestro pedimos á Dios todo lo que podemos y necesitamos pedir y con el orden que debemos pedir.

La oracion dominical contiene siete peticiones formadas por las virtudes de la fé, la esperanza y la caridad, de las

que en las tres primeras, dice san Agustín (1), pedimos los bienes eternos y en las cuatro últimas los bienes temporales que nos son necesarios para conseguir los eternos. El que sea santificado el nombre de Dios, el que nos venga su reino y el que hagamos su voluntad así en la tierra como en el cielo, siempre ha de durar y aunque empecemos á gozar en este mundo estos bienes, solamente en la otra vida los gozaremos con perfeccion y para siempre. El que nos dé el pan nuestro de cada día, nos perdone nuestras deudas así como nosotros perdonamos á nuestros deudores, que no nos deje caer en la tentacion y nos libre de los males pertenece á las necesidades de esta vida, porque en la eterna en que esperamos santificar para siempre el nombre de Dios, gozar su reino y cumplir su voluntad, no necesitamos el pan cotidiano sea espiritual ó corporal, el perdón de los pecados, el no caer en las tentaciones, ni el librarnos de los males, porque ya no tendremos en aquel reino de Dios necesidad, pecado, tentacion ni mal alguno.

Pedimos para que Dios nos dé, y como los dones de Dios que llamamos dones del Espíritu-Santo son ocho, el padre san Agustín (2), hace ver admirable y elocuentemente que las siete peticiones de la oracion dominical corresponden á los dones y á las bienaventuranzas diciendo: Si el temor de

(1) In Enchir. cap. 115 et lib. 2 de serm. Domini in monte cap. 10.

(2) Lib. 2. de serm. dom. in monte cap. 11.

Dios es por el que son bienaventurados los pobres de espíritu, pidamos que el nombre de Dios sea santificado entre todos y por todos los hombres con un temor casto. Si la piedad es por la que son bienaventurados los mansos, pidamos que reine en nosotros para que seamos humildes y no le resistamos. Si la ciencia es por la que son bienaventurados los que lloran, pidamos que se cumpla su voluntad y así no lloraremos. Si la fortaleza es por la que son bienaventurados los que han hambre y sed de la justicia, pidamos que se nos dé el pan de cada día. Si el consejo es por el que son bienaventurados los misericordiosos, perdonemos para que nos sean perdonadas nuestras deudas. Si el entendimiento es por el que son bienaventurados los limpios de corazón, pidamos que no caigamos en la tentación, que no tengamos un corazón doble y apetezcamos no solamente los bienes eternos á que debemos ordenar todas nuestras obras sino también los temporales y terrenos. Si la sabiduría es por la que son bienaventurados los pacíficos porque ellos serán llamados hijos de Dios, pidamos que nos libre el Señor de todo mal y esta esención de todo mal es la que nos hace libres, y como libres, hijos de Dios que con el espíritu de adopción clamemos: *Padre, Padre.*

Jesucristo formó la oración del padre nuestro, y como las obras de Dios son perfectísimas, nada hay en esta oración que no sea santo, perfecto y ordenado de un modo superior á lo que alcanza el entendimiento humano, y cuanto mas la examinemos y contemplemos hallaremos mas sublimidad, y mas motivos de ser agradecidos al que con tanta benignidad quiso enseñarnos á orar. Veamos ahora que es lo que

pedimos en la primera peticion. *Santificado sea el tu nombre.*

La primera obligacion de todo cristiano es amar á Dios sobre todas las cosas; y no se le puede amar sobre todas las cosas sin que se le anteponga y se estime en mas que todos los demas bienes, sean nuestros propios, ó sean ajenos, y por esta razon antes de pedir para nosotros ó para nuestros prójimos nos enseña Jesucristo que pidamos las cosas que son propias del honor y gloria de Dios y que manifestemos este deseo. Asi cumplimos con el precepto de la caridad que nos manda amar á Dios mas que á nosotros mismos. No pedimos, ni deseamos que se agregue a la divina sustancia alguna cosa nueva que no tenga, porque siendo infinitamente perfecta de nada necesita y nada puede aumentársela ni disminuirse, su gloria no puede ser mayor; decimos solamente que sea santificado su nombre, es decir, que se aumente su gloria exterior consistiendo esta en que Dios sea conocido por todas las jentes, que se estienda su reino y le reconozcan y obedezcan todas las naciones, que le teman, le honren, le amen y le adoren que es el modo con que puede aumentarse su gloria, no para consigo mismo, porque es infinita y eterna, sino para con los hombres en cuanto que estos le bendicen, celebran y alaban su majestad y bondad. Como buenos hijos y celosos del honor de nuestro Padre pedimos antes que todo, que Dios, que siempre es santo, sea tenido y reconocido por santo de todos los hombres, que no sea despreciado y tenido en menos sino que sea conocido y honrado por todos con la fé, la esperanza y la caridad, que con palabras y obras sea bendecido y alabado por todos, lo que no á Dios, sino á los hombres es á quie-

nes aprovecha. «No pedimos, dice san Agustin (1), que
» el nombre de Dios sea santificado como si este divino
» nombre no fuese santo, sino que sea tenido por san-
» to por todos los hombres; es decir, que de tal modo
» conozcan todos á Dios que á nadie amen mas, á nadie
» teman mas y á nadie tengan por mas santo. No porque
» se diga:» «Dios es conocido en Judea, y su nombre es
» grande en Israel» »se ha de entender que Dios sea menor en
» una parte y mayor en otra; sino que se dice que allí es
» grande su nombre donde se le venera y nombra segun
» la magnitud de su majestad; y allí se dice que es
» santo donde se le nombra con mas veneracion y mas
» temor de ofenderle. Esto pedimos en esta peticion, que
» estendiéndose el evangelio por todas las diversas jentes
» conozcan todos los hombres al único Dios por medio
» de nuestro salvador Jesucristo.» Pedimos que á imitacion
de los bienaventurados en el cielo alaben y bendigan,
amen y celebren los hombres á Dios en la tierra. Las pa-
labras de la tercera peticion: *asi en la tierra como en el cie-
lo*, pueden referirse á todas las tres primeras de mo-
do que el sentido es: «*Santificado* sea el tu nombre,»
asi en la tierra como en el cielo. Venga á nos el
tu reino, asi en la tierra como en el cielo. Hágase
tu voluntad, asi en la tierra como en el cielo. Y segun
esto el sentido en que debemos entender esta prime-
ra peticion es: no que el nombre de Dios sea honrado y

(1) Cap 36.

alabado en la tierra del mismo modo que lo es en el cielo, con aquella grandeza y majestad, porque esto no puede ser, sino que lo hagan los hombres con un amor verdadero como en el cielo los santos; y que así como en el cielo todos le alaban y bendicen, así en la tierra no quede un hombre que no alabe y bendiga á Dios. Pedimos y deseamos que se celebre el nombre de Dios con honor, alabanza y gloria por todos los hombres, á imitación del honor y la alabanza que le dan los bienaventurados en el cielo. Que no se le honre y alabe con los labios solamente, sino que le honremos con todo nuestro corazón, nuestra alma, y todas nuestras potencias y que no haya uno que no alabe á Dios y confiese que de él y su divino nombre dimana toda pureza y santidad.

Pedimos que todos los infieles ilustrados por la divina gracia conozcan al verdadero Dios y consigan la verdadera salud por medio del bautismo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu-Santo. Ninguna otra cosa pidieron con mas instancias ni desearon tanto todos los santos que han vivido en el mundo como la gloria del nombre de Dios entre todas las jentes, y que fuese adorado en todas partes. «Envia, Señor, tu temor sobre las jentes que no te han buscado, para que conozcan que no hay otro Dios sino tú y canten tus maravillas,» dice el eclesiástico (1). Esto fué lo que con mayor fervor deseó el mismo Jesucristo; la gloria de su Padre, y la obra de su venida al mundo. «Esta es la

(1) Cap. 36.

» vida eterna, el que te conozcan por solo y verdadero y á
» tu enviado Jesucristo, nos dice por san Juan (1). Yo te
» he clarificado sobre la tierra: he concluido la obra que
» me has encomendado... He manifestado tu nombre á los
» hombres.»

También pedimos en esta petición que se destruyan y desaparezcan todas las herejías, y que todos los cristianos reconozcan, veneren, y obedezcan á la santa iglesia católica, apostólica romana fuera de cuya comunión y unidad á ninguno se dá el Espíritu-Santo que es el autor de la santificación. Pedimos que no se profane el nombre de Dios en hechicerías y supersticiones ni se jure por él en vano, y que todos los hombres, especialmente los sacerdotes le den á conocer, no con la vana ostentación de la sabiduría humana, sino con el celo y simplicidad del evangelio.

Pedimos que sea santificado el nombre de Dios en los pecadores volviendo todos á recobrar la salud y santidad y aquella pureza de alma que recibieron en el santo bautismo y que han perdido por el pecado, mediante la verdadera penitencia por la que vuelvan á ser templos puros y dignos del Espíritu Santo. Que se limpien todos de las manchas del pecado y procuren servir á Dios con un corazón puro y recto. Pedimos que conozcan todos que todos los dones y gracias que recibimos nos vienen de Dios y descienden del cielo del Padre de las lucés. Que las virtudes y dones espirituales, que la vida, la salud y todos los bienes espirituales y tem-

(1) Cap. 17.

porales nos vienen de solo Dios, de quien proceden todos los bienes. Que si el sol nos alumbra, calienta y conforta, si el cielo nos envia sus lluvias, si las estrellas nos aprovechan con su curso y su poderoso influjo, si la tierra nos socorre y alimenta con sus abundantes y variados frutos, si gozamos honor, reputacion, riquezas, tranquilidad, si tenemos algun bien de cualquiera especie que sea, todos nos vienen de Dios que los distribuye con su mano misericordiosa y todo se lo refiramos y agradezcamos á Dios y confesemos siempre que nada bueno hay en nosotros de nosotros, sino que todos son dones de Dios y así tambien hagamos todas nuestras obras en nombre de Dios y para mayor gloria de Dios diciendo con el profeta (1). «No á nosotros, Señor, no á nosotros, sino á tu nombre sea dada » la gloria.»

Pidamos, ademas, y exhortémonos á nosotros mismos con estas palabras *Santificado sea el tu nombre*, á honrar y venerar el santo nombre de Dios no solamente con nuestras palabras, sino tambien con nuestras obras, nuestras costumbres y ejemplos procurando por todos los medios como buenos hijos escitar á otros á que alaben y bendigan á Dios y que todos confiesen á nuestro Padre, viendo en nosotros obras y virtudes dignas de un Padre tan bueno y tan santo, de modo que sea manifiesta nuestra modestia á todos los hombres, que vean la rectitud de todas nuestras obras y sirvamos como una luz que alumbra á otros, de

(1) Psal. 115.

ejemplo para que los demos glorifiquen al Padre que está en los cielos. Nos exhortamos á ser santos y buenos porque es bueno y santo nuestro Dios: á perseverar en la gracia que recibimos en el bautismo ó que hemos recobrado en la penitencia y santificarnos y purgarnos cada dia de nuestros defectos y de nuestras imperfecciones y tивiezas.

Segun esto, hijos mios, ¿Cómo nos atreveremos á pedir que el nombre de Dios sea santificado, si nosotros no nos queremos santificar? ¿Cómo pedimos que todas las jentes le conozcan y le alaben si nosotros no le alabamos sino con los labios y no le honramos ni tenemos en nuestro corazon, si somos enemigos suyos, si no quisiéramos que reinase para que jamás castigase nuestros crímenes? ¿Cómo dicen santificado sea el tu nombre, tantos malos cristianos que lejos de desear que los pecadores y los infieles conozcan y amen y bendigan á Dios son sus lenguas el escándalo de los grandes y pequeños por los juramentos, blasfemias, palabras indecentes y por ese modo indecoroso de hablar de Dios á cada paso tan frecuente entre muchos jóvenes arrastrados de la impiedad y del mal ejemplo que ni la decencia ni el lugar donde estamos permite decir? ¿Cómo quieren hacer creer que desean que el nombre de Dios sea santificado los que hablan de Dios de un modo que no sufriria que se hablase de él el hombre mas despreciable y mucho menos en su misma presencia y sin respeto alguno y con una jactancia arrogante é insolente? Lejos de querer que el nombre de Dios sea santificado ¿no es mas bien hacer y contribuir á que el nombre de Dios se blasfeme y digan con razon donde está el Dios de los cristianos? ¿No es causar la ruina de

muchos cristianos que se dejan arrastrar de los malos ejemplos y de las costumbres que ven en los mayores y acaso en sus mismos padres? ¿Cómo procurarán que sea santificado el nombre de Dios, que las herejías y la infidelidad de los gentiles y dureza de los judíos desaparezcan, que se reduzcan á verdadera penitencia los pecadores todos, y que todos unidos y hechos miembros vivos de la iglesia alaben y bendigan á Dios en la tierra como le alaban y bendicen los santos en el cielo tantos hombres impíos como tenemos entre nosotros mismos, peores aun que los mismos infieles y aun que el mismo tentador de las almas el demonio que viviendo sin fé tienen por ocupacion denigrar á nuestra adorable religion tomándose el trabajo infernal de hablar contra ella, contra sus misterios, sus prácticas, sus ministros; de escribir impiedades publicando el veneno de las doctrinas falsas y corrompiendo la moral y la sociedad entera con sus máximas escandalosas y detestables cuyos fatales resultados experimentais ya y experimentaréis mas por la indiscreta libertad con que se permite hablar, leer y escribir contra la religion y la piedad? ¿Rezarán el padre nuestro, ó si le rezan, habrán reflexionado lo que dicen esos hombres que arruinan los templos, que empobrecen y reducen al mayor abatimiento á los sacerdotes, que no solo quitan los medios de proveer al culto divino, sino que se mofan de la fé de nuestros padres, escarnecen nuestras fiestas y quieren que desaparezcan de la tierra, quitan en cuanto pueden el honor á Dios y á sus ministros? Desgraciadamente está bien á la vista la conducta y os son conocidos los triunfos que ha conseguido la impiedad. No, hijos míos, no

es así como se santifica al nombre de Dios. Como buenos cristianos y buenos hijos pidamos y obremos lo que conviene á un hijo bien nacido, bien educado y que tiene razón y prudencia. El honor y gloria de nuestro padre. Esto es lo que primero debemos pedir siempre, y lo que manifiesta si amamos ó no á nuestro Dios. Esta es la prueba de nuestro amor á Dios porque amándole desearemos su gloria por cuantos medios podamos, y no podremos desear así su gloria sin amarle. A esta como primera y principal se reducen todas las demás peticiones como á su fin, porque sea que pidamos que nos venga su reino, que se haga su voluntad, que nos dé el pan cotidiano todo lo que pidamos y todo cuanto obremos y deseemos, todo lo debemos ordenar y referir á honra y gloria de Dios y á que sea santificado su nombre. Sin esto nuestras obras son estériles y sin mérito, son extraviadas porque no van dirigidas á su debido fin y término.

Procuremos, hijos míos, limpiar y purificar todas nuestras peticiones cuidando que todos nuestros deseos y nuestras obras se ordenen á que el nombre de Dios sea santificado. ¡Que todo cuanto emprendamos y obremos vaya animado del deseo de que veamos santificado por todos el nombre del Señor! Aunque sean buenas nuestras obras nos serán inútiles si no van acompañadas de este deseo. Santifiquemos el nombre del Señor con nuestra vida cristiana. El que dice en su oración *Santificado sea el tu nombre* es como si dijera, dice el padre san Gregorio Nisenio (1).

(1) Orat. 3. de Orat. Domin.

«Haced, Señor, que con los auxilios y ayuda de vuestra
» gracia sea inculpable, justo, piadoso, que me abstenga de
» toda obra mala, que hable siempre la verdad, que obre
» la justicia, que camine en la rectitud de la ley de vuestros
» preceptos, que sea templado, prudente, íntegro y
» tenga la sabiduría necesaria para obrar bien, que aspire y ponga mis deseos en los bienes del cielo, que
» aparte mi corazón y mi apego de los bienes de la tierra y que sea ejemplar de los demás por mi vida pura
» y angelical.» No desmintamos con nuestras obras lo que decimos con nuestras palabras.

Resolvámonos y fijemos en nuestra alma cuantas veces pedimos que sea santificado el nombre de Dios, los propósitos de vivir de un modo irrepreensible y ser ejemplares de buena vida para que mirándose en nosotros los demás alaben todos y santifiquen al Señor y no demos ocasión á que por nosotros se deshonre y blasfeme. Somos criados, somos domésticos, somos amigos, somos hijos de Dios, esperamos que nos tenga y reconozca por suyos, pues preciso es que le honremos y reconozcamos por nuestro, que demos honor al que es Señor, amigo, dueño y padre; que no nos avergoncemos jamás de su nombre, de ser hijos suyos, de confesarle delante de los hombres, de salir á la defensa de sus ultrajes especialmente escitando con nuestro ejemplo y nuestras buenas obras á que todos le alaben, á que todos le teman, á que nadie le ofenda en nuestra presencia, como no podríamos perdonar ni permitir el que á nuestros padres carnales los ultrajasen ú ofendiesen. Poderoso, santo, terrible es el nombre del Señor; él dá vista á los ciegos, movi-

miento á los tullidos, salud á los enfermos, vida á los muertos, y la santificacion á las almas; nada hay mas grande ni glorioso que el nombre de Dios, pero quiere el Señor que nosotros le santifiquemos con nuestros deseos anhelando que todos le alaben, confiesen y bendigan; con nuestros pensamientos porque él debe ocupar nuestra alma mas que todas las cosas; con nuestros ejemplos y nuestras obras, porque segun nos vean obrar, segun el respeto y adoracion que nosotros demos á Dios así juzgarán los demas y apreciarán á nuestro padre celestial, á la manera que segun vemos obrar á los hijos y criados de una casa juzgamos de los padres y señores de ella. Vivamos de modo que por nosotros juzguen los demas favorablemente de Dios, se muevan á honrarle y glorificarle y el Señor nos glorificará tambien en recompensa dándonos en premio para que sin miedo de perderle le honremos y glorifiquemos por siempre y para siempre con los bienaventurados en el cielo.

PLATICA XI.

De la segunda peticion del padre nuestro:

VENGA A NOS EL TU REINO.

Despues de la gloria de Dios y que su nombre sea conocido y santificado pedimos su reino que es el primer bien que podemos apetecer y en el que están contenidos todos los bienes. El reino de Dios que es á lo que se ordena toda nuestra religion, lo que anunció el Bautista, lo que predicó Jesucristo, lo que enseñaron los apóstoles, y acerca de lo que fueron estos instruidos por el mismo Jesucristo que habló con ellos acerca del reino de Dios, y lo que debemos buscar como término de nuestra carrera y descanso de nuestros trabajos. Veamos qué es lo que se entiende por este reino de Dios y lo que debemos pedir y contemplar en esta peticion.

Se llama reino de Dios la potestad y el imperio que ejerce sobre todos los hombres y sobre todas las cosas criadas en la tierra y en el cielo. El reino de Dios se llama tambien

su divina providencia con que todo lo rige y lo gobierna. En este sentido, dice el real profeta «que en las manos de Dios » están todos los confines de la tierra,» y en el mismo decia Mardoqueo: «Señor, Señor, Rey todo poderoso, en tu dominio están todas las cosas, y no hay quien pueda resistir » á tu voluntad. Eres Señor y dueño de todo y no hay » quien resista á tu majestad.»

Por el nombre de Dios se dá á entender tambien aquella providencia especial con que Dios ampara y cuida de sus justos y santos segun lo que dijo el santo rey David: *El Señor me gobierna nada me faltará.* No pedimos este reino porque siempre le ha habido y creemos y confesamos que Dios es el Señor supremo de todo y el que con su providencia todo lo dirige y gobierna aunque podemos muy bien pedir que las jentes todas confiesen y reconozcan este reino y providencia de Dios.

Tambien se llama reino de Dios la iglesia en la que reinan con él aquellos que de tal modo están en su reino, que ellos mismos son su reino. Este reino, dice san Agustin (1), es de milicia en el que aun se pelea con enemigos y á veces se los resiste y á veces se los domina y se manda sobre ellos, hasta que lleguemos á aquel reino pacífico en el que sin miedo de enemigos reinemos para siempre. De este reino dice Jesucristo que su reino no es de este mundo, porque Jesucristo no reina en nosotros como los principes de la tierra sino por las virtudes de fé, es-

(1) Lib. 20 de Civ. Dei cap. 9.

peranza y caridad por las cuales nos hacemos en cierto modo partes de este reino, y estando sujetos á Dios de una manera especial nos consagramos á su servicio y veneracion; de modo que como dijo el apóstol *Vivo yo, ya yo no, sino que vive en mí Cristo*, así podemos decir: *Reina yo, ya yo no, sino que Cristo reina en mí*. Este reino se llama *Justicia* porque está constituido sobre la justicia de Jesucristo Señor nuestro y de este nos dice el mismo Señor por san Lucas (1), *El reino de Dios está dentro de vosotros*. Porque aunque por la fé reine en todos los que están dentro del gremio de la iglesia, reina muy particular y principalmente sobre aquellos que se someten y sujetan á él por una fé, esperanza y caridad mas eminentes y se le ofrecen como miembros puros y vivos y á quienes dá el que sean reyes porque con su poder y gracia los concede que dominen á sus depravados deseos y que sirvan fielmente á Dios en santidad y justicia, á quien servir es reinar. Este es el reino de la gracia de Dios y de la perseverancia en ella, y en esta petición pedimos á Dios que venga á nosotros este reino de su gracia. «Entonces, dice el padre san » Ambrosio (2), viene á vosotros el reino de Dios, cuando habeis conseguido su gracia. El mismo Jesucristo » dice, el reino de Dios está dentro de vosotros.»

Finalmente entendemos por el reino de Dios aquella gloria y felicidad de que dando posesion Jesucristo en

(1) Cap. 17

(2) Lib. 5, de sacr. cap. 4.

el día del juicio último dirá á los buenos que la merecieron: «*Venid venditos de mi Padre y poseed el reino que* » *está preparado para vosotros desde el origen del mun-* » *do.*» Aquel reino que confesando sus culpas pedía con tanta ansia el buen Ladrón á Jesucristo pendiente de la Cruz cuando decía: Señor: *Acuérdate de mí cuando es-* *tuvieres en tu reino,* y de este reino es del que dice nuestro divino Salvador: «El que no renaciere del agua y del » Espíritu Santo no puede entrar en el reino de Dios:» y del que dice el apóstol: que ningún fornicario, ó in-mundo, ó avariento, entrará en el reino de Dios. Este es aquel reino en que destruidos todos los enemigos y puestos por escño de sus pies reinará Dios en todas partes; vencida ya la muerte y el pecado. Porque aunque reine ahora en todo y sobre todo como no es pacíficamente, y sin enemigos, como reina en guerra con muchos rebeldes á su imperio, que resisten á sus mandamientos y que si no con las palabras al menos con sus obras dicen: *No que-* *remos que el Señor reine sobre nosotros,* puede decirse que no reina perfectísimamente; pero será su reino pacífico y completo cuando vencidos y condenados todos sus enemigos, y gozando sus amigos de toda libertad y descanso amen al Señor disfrutando para siempre los bienes que Dios preparó para los que le aman, y que ni los ojos vieron, ni los oídos oyeron, ni el corazón humano pudo alcanzar cosa semejante.

Visto ya lo que entendemos por el reino de Dios, veamos qué es lo que propia y señaladamente pedimos en esta petición. Podemos decir que es tal la riqueza y abun-

dancia de bienes celestiales contenidos en esta petición que con ella pedimos todas las cosas que nos son necesarias para la vida espiritual y temporal. Están comprendidas todas las cosas que necesitamos en esta peregrinación, ó mas bien, en este destierro y que el Señor nos concederá, porque prometido nos lo tiene cuando dijo: «Buscad ante todo el reino de Dios y su justicia y todas estas cosas os serán añadidas.» Y como Dios y su reino es el fin á qué debemos dirigirnos, deseando y pidiendo á Dios el fin pedimos también todos los medios que nos son indispensables para conseguir el fin, así espirituales como corporales. Pidiendo que reine Dios sobre nosotros lo pedimos todo, por que puestos bajo su poderosa providencia nos dará con largueza y benignidad cuanto nos convenga y podremos decir como el real profeta (1), *el Señor me gobierna, nada me faltará*. Sin embargo pedimos particularmente que se dilate y aumente el reino de Jesucristo que es la iglesia: que los infieles y judíos se conviertan á la fé de Jesucristo nuestro Señor, y reciban el conocimiento del verdadero Dios, que los herejes y cismáticos vuelvan á la sanidad y se reduzcan á la comunión de la iglesia católica de donde se apartaron: que se verifique lo que el Señor anunció por boca de Isaias (2), «andarán las gentes con tu luz; y los reyes con el esplendor de tu nacimiento. Abre los ojos

(1) Psalm. 22.

(2) Cap. 60.

» en redor de tí y mira: todos estos se han junta-
» do y vinieron á tí: tus hijos vendrán de lejos, y
» tus hijas se levantarán de tu lado.»

Como en la misma iglesia hay muchos que confesando á Dios con las palabras le niegan con sus obras y tienen una fé muerta y desfigurada en quienes reina el pecado y el demonio, pedimos tambien que venga á estos el reino de Dios para que saliendo de la esclavitud de la culpa reine en ellos Jesucristo y sean restituidos á la dignidad de hijos de Dios. Pedimos al padre celestial que arrancando de raiz en su reino todas las herejias y cismas y apartando todos los escándalos y tropiezos limpie la era de su iglesia y que goce esta de una completa paz ocupándose en adorarle con piadosos y santos cultos. Que ni en nosotros ni en los demas hombres domine la iniquidad y reine el pecado sino que solo viva y reine Dios, no tengamos otro señor ni obedezcamos otras leyes que las de Dios.

Pedimos que el Señor nos dé en este mundo su gracia y que despues nos dé la gloria. «Esto es lo que deseas, esto es lo que pides orando y diciendo: venga á nos el tu reino, dice san Agustin (1), que vivas de modo que pertenezcas al reino de Dios que se ha de dar á todos los santos. Pides para tí el que vivas bien: que pertenezcamos al reino de Dios, que venga tambien para nosotros el reino y la felicidad que ha de venir para los santos y justos.» «No decimos, dice tambien el mismo santo pa-

(1) Serm. 48, cap. 4.

»dre (1), venga á nos el tu reino, como deseando que rei-
»ne Dios como si Dios no reinase. Su reino seremos nos-
»otros si creyendo en él adelantásemos en él. Todos los
»fieles redimidos con la sangre de su hijo único serán su
»reino. Este reino vendrá cuando despues que se verifique
»la resurreccion de la carne venga el mismo Jesucristo...
»He aqui lo que rogamos y deseamos; que venga para
»nosotros, porque si á su venida fuésemos del número de
»los réprobos, aquel reino vendrá para otros y no para
»nosotros; pero si estuviéremos en el número de aque-
»llos que pertenecen á los miembros vivos de su hijo
»unijénito, vendrá su reino para nosotros tambien.» «Pe-
»dir y desear que nos venga el reino de Dios, dice en otro
»lugar el mismo san Agustin (2), no es otra cosa que pe-
»dirle que nos haga dignos y acreedores á su reino, no nos
»suceda desgraciadamente que venga y no venga para nos-
»otros. Este reino vendrá, y sin embargo para muchos no
»ha de venir. Vendrá para aquellos á quienes el Señor di-
»ga: venid benditos de mi padre á recibir el reino que os
»está preparado desde el origen del mundo; pero no ven-
»drá para aquellos á quienes diga: apartaos malditos al
»fuego eterno. Cuando pues decimos: venga á nos el tu
»reino, pedimos que nos venga ¿qué es el que nos venga?
»El que nos balle el Señor entre los suyos, el que nos haga
»buenos y entonces vendrá tambien para nosotros su rei-

(1) Serm. 47, cap. 9 de diver. cap. 5

(2) Serm. 42.

» no.» «Cuando pedimos, venga á nos el tu reino no pedimos otra cosa sino que venga tambien para nosotros lo que no dudamos que ha de venir para todos los santos. » Luego los que en este mundo son justos y santos piden que perseveren y se conserven en aquella gracia que el Señor los ha dado porque no de otra ma nera llegará para ellos y los será dado el reino de Dios, que se concederá solamente á aquellos que perseveraren hasta el fin (1).»

Segun toda esta doctrina debemos conocer, que lo que pedimos en esta peticion es la gracia de Dios, sea que no la engamos para que se digne concedérmola, porque sin ella no podremos conseguir la gloria, ó sea que la tengamos para que nos conserve y dé la perseverancia en ella porque sin perseverar hasta el fin ninguno puede salvarse. La gracia de Dios que es por la que reina el Señor en nuestras almas, nos hace justos, santos y aceptos á sus ojos y por la que sacudimos el yugo de la servidumbre y esclavitud del pecado, del demonio y de nuestras pasiones y depravados deseos. La gracia de Dios sin la que no podemos conseguir la gloria, y que es la gloria misma que no es otra cosa sino una gracia de Dios perfecta, consumada é inamisible. Mientras estamos en esta vida mortal y vestidos de este cuerpo frágil, mientras que caminamos en este destierro y peregrinacion ausentes y desterrados de nuestra patria celestial tropezamos á cada paso y caemos muchas veces despreciando

(1) De dono persev. cap. 3.

la guía y el apoyo único en que podemos sostenernos y con que caminar con rectitud que es la gracia de Dios. Pero luego que saliendo del cuerpo entremos en la gloria y dejando el destierro entremos en la patria ni hallaremos tropiezos ni estaremos espuestos á caer : La gracia de Dios será permanente en nosotros, siempre estaremos constantes y firmes, se acabará todo vicio, toda molestia, nuestra flaqueza será fortalecida y confirmada en el bien, y el mismo Dios reinará en nosotros gozando de su presencia que es lo que forma el gozo de la gloria.

Ahora bien, hijos míos, ¿cuántas consideraciones deben movernos á pedir al Señor que nos dé su gracia para conseguir su reino, y con qué afectos de nuestro corazón y disposiciones de nuestra alma debemos pedirselas? Nuestra flaqueza, debilidad y miseria, la necesidad que tenemos de sus auxilios para obrar el bien, el estado de calamidad en que quedamos por el pecado de nuestro primer padre, la brevedad de esta vida miserable, la grandeza de los bienes que el Señor nos tiene prometidos en su reino, el fin para que Dios nos ha criado, todo nos debe mover á pedir con frecuencia y con instancias al Señor que nos dé el reino de su gracia. La hermosura de esta, la paz y tranquilidad que infunde en nuestras almas, las inquietudes y remordimientos de conciencia en que nos envuelve el pecado, nuestro interés espiritual y temporal, todo debe obligarnos á clamar al Señor que nos dé su gracia para conseguir su reino eterno.

Nada podemos hacer bueno, de nada somos capaces por nosotros mismos, no podemos pensar siquiera en las co-

sas buenas porque reducidos por el pecado á la debilidad y flaqueza solo tenemos la inclinacion al pecado, nos dominan nuestros corrompidos apetitos y concupiscencias, siempre estamos propensos al mal, solo con la gracia y ayuda de Dios somos capaces de hacer alguna cosa buena, la necesitamos para todo, ¿pues con cuánta frecuencia, con cuántas instancias y cuánto fervor debemos pedirle al Señor y decirle: venga á nos el tu reino? Contemplándonos á nosotros mismos, no hallando en nosotros sino hijos de un Padre pecador que atrajo la maldicion de Dios sobre toda su descendencia; hijos malditos arrojados justamente del paraíso en que el Señor nos colocó, dignos del aborrecimiento y castigo eterno de Dios, ¿cuánto debemos humillarnos y desconfiar de nosotros mismos? ¿Cuánto debemos abatirnos y orar humildemente al Señor como el Publicano sin alzar los ojos de la tierra pidiéndole que nos levante el destierro y nos conceda su reino? Esta vida presente rodeada de miserias, espuesta á cada paso, en que no hallamos sino injusticias, calamidades y desgracias, ¿por qué no deberá desengañarnos de su vanidad y su inconstancia y hacernos fijar la atencion en otra mas perfecta y eternamente dichosa, y convencernos y reducirnos á clamar gustosos al Señor: venga á nos el tu reino? Aquella vida eterna y feliz, aquellos gozos y dulzuras inesplicables, aquel sin fin de alabar á Dios y gozar todos los bienes imaginables... Si somos ansiosos de gloria, de descanso y felicidad, ¿cómo no hemos de aspirar á la que es superior á todas, á todos nuestros pensamientos y deseos, á la que tiene preparada el Señor para los suyos desde el origen del mundo? El reflexionar que esta vida es un

tránsito para la eterna; que no nos crió Dios para gozar los placeres, las riquezas y comodidades de la tierra sino para sí mismo y para su gloria, que por mucho que gocemos este mundo le hemos de abandonar al fin cuando menos lo pensemos; y que aunque ganemos y dominemos todo el mundo y muchos mundos mas que hubiese, de nada nos servirá si perdemos el reino de Dios, ¿no nos debe hacer mirarlo todo con desprecio por ganar á Jesucristo y pedir solamente como el real Profeta que nos dé el Señor el habitar en su casa eternamente? Y si habeis gozado alguna vez en este mundo las dulzuras y consuelos de la gracia, aquella paz interior que en todos los trabajos de esta vida halla en su alma el justo, aquella libertad con que se habla, se obra, se padece y se gloria el hombre en sí mismo cuando de nada le remuerde la conciencia, si recordais los dias de vuestra inocencia y sencillez en que aun no os habiais contaminado con los vicios, ni habiais entregado vuestro corazon á la vanidad, á la avaricia, á los afanes y negocios peligrosos del mundo, y los comparais con los sobresaltos, las inquietudes y disgustos que os ha ocasionado el pecado por mas que esté oculta en vosotros y no se haya hecho pública su ignominia y vuestra afrenta delante de los hombres, ¿no confesareis que es mejor un dia en los pórticos del Señor que mil en los tabernáculos de los pecadores, y que es mejor ser el último en la casa de Dios, que el mas distinguido y favorecido entre los malos? ¿No direis con el gozo y la resolution del apóstol (1) ¿Quién será capaz de apartarme

(1) Rom. cap. 8.

del amor de un Dios? Porque yo estoy cierto de que ni la tribulacion, ni la angustia, ni la persecucion, ni la espada, ni la desnudez, ni el hambre, ni cosa alguna hay que pueda apartarme de la caridad de mi Señor Jesucristo, y me glorio en perderlo todo y reputarlo por estiercol por lograr á Jesucristo.

Nuestro propio interes, hijos míos, nuestro interes espiritual de ser eternamente felices con la recompensa de la gracia divina que es la gloria, y nuestro bien temporal tambien, la paz y tranquilidad de esta vida, el estar libres de la inquietud y las perturbaciones que lleva consigo la maldad y el pecado debe movernos á pedir con sinceridad al Señor que reine en nuestras almas, que nos dé su gracia para servirle, que venga á nosotros su reino. Debe hacernos prudentes y hallando la margarita preciosa de la divina gracia, conociendo su inapreciable valor, venderlo todo por comprarla.

He aquí los afectos y disposiciones con que debemos pedir el reino de Dios. No basta conocer su grandeza y lo inestimable de su posesion, no basta desear y suspirar por él, no basta decir con las palabras venga á nos el tu reino ¿qué hacemos cuando queremos conseguir algun bien de la tierra? ¿qué hacemos cuando recurrimos á un médico para que cure nuestras dolencias, ó á un maestro para que nos enseñe alguna ciencia ú oficio? ¿qué hacemos para conseguir y conservar las haciendas de este mundo? No es suficiente el que pidamos, es preciso que pongamos todos los medios que son proporcionados para conseguir lo que deseamos. Pediremos en vano el reino de Dios por mas que le pidamos con fer-

vor y con vehemencia si al mismo tiempo no disponemos nuestra alma á que emprenda los medios que el mismo Señor ha señalado para conseguirle. En la parábola de las vírgenes necias nos dice Jesucristo que aunque vinieron á las puertas del esposo y llamaron: *Señor, Señor, ábrenos*, no fueron admitidas y se las excluyó del reino celestial porque no estaba fortalecida su petición de las obras buenas: porque es sentencia pronunciada por la boca del mismo Dios: que «no todo el que dice Señor, Señor, entrará en el reino» de los cielos. El reino de los cielos es semejante á un tesoro escondido en el campo, nos dice también Jesucristo (1), que el hombre que le halla le esconde, y del gozo que recibe, vá y vende cuanto tiene y compra aquella heredad.» Es decir, que es preciso desprenderse de todo, estimar sobre todo lo que vale mas, que es el reino de Dios, procurar antes de todo el reino de la gloria y de la gracia, aunque haya que sacrificar para conseguirle las riquezas, las comodidades, los placeres y todos los bienes de este mundo que deben despreciarse por lograr el campo donde está el tesoro, es decir: la gracia de Dios que nos dá derecho á la gloria.

Marcados nos dejó Jesucristo Señor nuestro los medios y el camino para conseguir el cielo. Repetidas veces dijo: que si queríamos entrar en los gozos de la vida eterna nos era preciso guardar los mandamientos y cumplir la voluntad del padre celestial; que era preciso dar fruto de obras buenas.

(1) Matt. cap. 13.

nas para no ser arrancados y arrojados al fuego. Que el reino de Dios padece fuerza, que hay que violentarse y mortificarse para entrar por él, porque es la puerta estrecha y que solo los esforzados le arrebatan; que es preciso renunciar con el afecto á todo cuanto se posee en este mundo y aspirar solamente al cielo, que para llegar á él es preciso que cada uno tome su cruz y le siga. En una palabra, hijos míos, para entrar en el cielo no basta pedir á Dios que nos venga su reino, es preciso apartarse de todo lo malo, renunciar á todo pecado y emplearse en obras buenas de virtud y santidad. Para esto el Señor nos ayuda, nos ampara con sus auxilios y es necesario que nosotros no desamparemos á Dios ni nos desamparemos á nosotros mismos. El Señor nos ha provisto abundantemente de recursos con que poder proporcionarnos la gloria. Sus sacramentos y tantos recursos como hallamos en la iglesia para salir del pecado, para aumentar la amistad con Dios, para escitarnos á su devoción, tantas indulgencias, buenos ejemplos y oraciones de los fieles, son otros tantos manantiales de gracias y medios que el Señor nos dá para conseguir su gloria. La ayuda de los ángeles y la intercesión poderosa de María Santísima abogada de los pecadores y de los santos y santas que reinando ya con Jesucristo en la gloria interceden por nosotros, son tambien medios poderosos que el Señor nos dá; de modo que nos ha provisto de recursos para caminar al cielo no solo sin temor de nuestros enemigos sino tambien con la fuerza suficiente para vencerlos y derrotarlos, y solo falta que nosotros queramos usarlos y no desamparemos á Dios, ni seamos tan necios que nos desamparemos á nosotros mismos.

Segun esto, amados míos, conoceréis la temeridad de los que dicen: venga á nos el tu reino, y no ponen los medios para dar el primer paso en el camino del cielo, no dejan sus malas inclinaciones, sus tratos injustos, sus amistades deshonestas, sus murmuraciones y envidias. ¿De qué sirve que pidais á Dios el reino del cielo si vosotros correis por el camino ancho del infierno? ¿Quereis que Dios dé su gloria á los malvados, á los que le ofenden cada dia, le desprecian, y se unen con sus enemigos para quitarle su reino si pudieran? Si hemos de pedirle con sinceridad, si no queremos insultar á Dios con nuestra oracion y que se nos convierta en pecado, si no queremos ser enemigos de nosotros mismos atrayéndonos la maldicion de Dios y que nos aleje con desprecio de las puertas de su gloria, pongamos al mismo tiempo los medios para entrar y seguir por el camino del cielo, para apartarnos del pecado, para conseguir la gracia frecuentando los sacramentos y haciendo cuanto esté de nuestra parte para cumplir la voluntad de Dios, y Dios nos ayudará y reconociéndonos por benditos de su padre nos admitirá en su reino. Con estas disposiciones pidamos al Señor que nos dé su reino, que se destruya el imperio del demonio y del pecado que no ejerza su tirania sobre nosotros, que reine Jesucristo en todo el mundo, y que las naciones todas abracen la ley de su evangelio y vivan bajo el yugo suave del Señor, que no se pierda uno solo, sino que todos se conviertan, se salven y formen el rebaño de Jesucristo.

Podemos también consolarnos y alentarnos con otras consideraciones llenas de piedad y de gozo que nacen de las

verdades contenidas en esta petición y formar resoluciones saludables y llenas del espíritu de Dios. Si tal es el reino de Dios que es el mayor de todos los bienes, si Jesucristo ha de reinar pacíficamente despues de juzgar á todos y vencer á sus enemigos, luego debemos suspirar por llegar á poseer el reino de Dios y con afecto de hijos desear que venga y llegue el dia del triunfo y reinado de Jesucristo, luego lejos de temer la muerte y aquel juicio final y terrible en que reinará plenamente Jesucristo debemos desear uno y otro y suspirar porque lleguen unos momentos que tantos bienes nos han de proporcionar. Si pedimos el reino de Dios ¿por qué no hemos de decir tambien con el profeta Real: ¡cuándo llegará el dia en que comparezca delante de mi Dios? ó con el apóstol: ¡Infeliz de mí cuando quedaré libre de este cuerpo de muerte! yo deseo con ansia disolverme y unirme á Jesucristo. La vida es un destierro y la muerte es su conclusion, el vivir es muerte y el morir un logro y ganancia grande. Con la muerte se acaba el pecado, se destruye la concupiscencia y se hace el tránsito á una vida eterna y del destierro al reino de Dios. ¿Por qué, podremos decir con san Ambrosio (1), hemos de apetecer tanto esta vida en la que cuanto uno mas vive, mas se carga de pecados? ¿Qué es la muerte sino la sepultura de los vicios y la vida de las virtudes? ¿Para qué oramos que nos venga el reino de los cielos si nos deleita la cautividad terrena? ¿Para qué pedimos con tanta frecuencia que se acelere y llegue el dia

(1) Lib. de bono mortis.

del reino, si nuestros deseos y mayores ansias son el servir en este mundo al diablo y no tenemos deseos de reinar con Jesucristo? dice san Cipriano (1). Los que no quieren reinar con Jesucristo, los que detesten la gloria de Jesucristo, los que no esperan la gloria de Jesucristo deben temer la muerte y el dia terrible del juicio; pero los cristianos que piden con ansia el reino de Dios deben gloriarse y mirar con serenidad y sin temor sus novísimos. Deben temer á la vista del juicio y de la muerte pero para corregirse, para velar y defenderse de sus enemigos, para lograr la sabiduria que empieza por el temor santo de Dios. Deben temer; no que venga Jesucristo, sino que venga y no los halle justos, vijilantes, puros y dignos de la corona. Persecuciones, trabajos, injusticias, cuanto los hombres nos hagan sufrir en este mundo ó el Señor nos envíe para probarnos, todo es momentaneo y de corta duracion, se acabará luego, caminamos á la alegría del reino de Dios; lloraremos, pero nuestras lágrimas se convertirán en gozo. Vendrá á nosotros el Señor y nuestro corazon se llenará de alegría y alegría que nadie nos quitará jamás.

Dejo á vuestra contemplacion las muchas consideraciones saludables que podeis deducir de las eternas y consoladoras verdades contenidas en las palabras con que decimos al Señor: *Venga á nos el tu reino*, y concluiré diciéndoos: que oremos sin cesar y hagamos obras dignas del reino de los cielos, que no confiemos en que somos hi-

(1) Lib. de mortalitate.

jos y herederos de Dios porque el Señor dijo á los judíos gloriándose de ser los elejidos y en ellos nos dijo á nosotros: que vendrian del Oriente y del Occidente muchísimos y se sentarian en el reino de los cielos con Ábran, Isac y Jacob y los hijos del reino serian arrojados á las tinieblas exteriores. No entrarán en el reino de Dios sino sus hijos, y cuando oramos y pedimos este reino debemos vivir y obrar como hijos y así solo será como nos haga participantes del reino de la gloria.

PLATICA XII.

De la tercera peticion del Padré nuestro.

**HAGASE TU VOLUNTAD ASI EN LA TIERRA COMO EN EL
CIELO.**

En pocas palabras, hijos míos, nos enseña nuestro divino maestro y redentor Jesucristo lo que debemos pedir á Dios como medio seguro para conseguir el fin á que nos ha destinado. No podemos hacer debidamente que el nombre de Dios sea santificado ni que venga á nosotros su reino sin poner todos los medios posibles, y todos los señala el Señor y nos enseña á pedirlos rogando: que se haga su voluntad así en la tierra como en el cielo. Este es el camino seguro porque solo el que haga la voluntad del Padre celestial entrará en el reino de los cielos. Pedimos en esta oracion, dice san Cipriano (1) no que Dios haga aquello que sea de su

(1) Tract. de orat. dom.

agrado, porque ¿quién puede estorbarle que haga todo lo que quiera? Sino que porque el demonio nos estorba y tienta continuamente para que nuestra voluntad no se conforme con la voluntad de Dios y nuestras obras con sus mandamientos, pedimos que se cumpla en nosotros la voluntad de Dios la que nosotros no podemos cumplir sin su voluntad, es decir, sin su ayuda y proteccion porque ninguno es fuerte por sí mismo si no tiene el apoyo de la indulgencia y misericordia de Dios.

Para que conozcamos mejor así el sentido como la necesidad que tenemos de hacer esta peticion á Dios conviene recordar nuestro orijen y el estado á que estamos reducidos. Enteramente sumisos y obedientes á Dios, y sin tener otra voluntad que la suya hubiéramos sido los hombres en la tierra si hubiera conservado nuestro primer padre la inocencia, justicia y santidad en que fué criado por Dios; pero por su desobediencia y caída, por la ofensa que cometió contra Dios, perdió su amistad, su gracia, quedó hecho reo de condenacion, le privó el Señor de sus dones sobrenaturales, se le rebelaron sus pasiones y apetitos y como todos pecamos en él, todos quedamos reducidos á la miseria y á la enfermedad como os he esplicado en distintas ocasiones. Es verdad que por el sacramento del bautismo se nos perdona el pecado orijinal, se nos lava con el baño saludable en virtud de los méritos de Jesucristo la mancha de la culpa y se nos levanta la pena de muerte y condenacion eterna; pero nos quedan en este mundo la ignorancia y la concupiscencia, nos queda la inclinacion al mal, la voluntad de la carne, la ley de los miembros que repugna y está continuamente en guer-

ra con la ley de la razón y por la que sucede que no hagamos todo aquello que queremos. En este estado tenemos necesidad de pedir humildemente á Dios, que no nos deje entregados á nuestra voluntad, que no tiene fuerzas sino para obrar el mal, porque desde su niñez están inclinados al mal los sentidos y los pensamientos del hombre, y nada bueno puede hacer sin la ayuda de Dios. Tenemos necesidad de pedir á Dios que no nos deje entregados á nuestro juicio corrompido por el que muchas veces llamamos malo á lo bueno y bueno á lo malo, teniendo por luz á las tinieblas y á las tinieblas por luz, lo que es amargo por dulce y lo dulce por amargo. Hemos quedado enfermos y no tenemos espedito el gusto para discernir cuáles son los manjares sanos y saludables, y mientras no nos restablecemos y volvamos á la salud, como no podemos discernir los alimentos, así tampoco podemos cumplir los ejercicios y operaciones que son propias de los que están robustos y sanos. Diré mas con la doctrina que nos enseña la iglesia: aunque seamos justos y con la gracia medicinal que nos dan los sacramentos por los méritos de Jesucristo recobremos la salud del alma, siempre quedamos enfermos según la carne por la que servimos y obedecemos á la ley del pecado, de que resulta que el hombre animal no perciba las cosas de Dios, ni pueda gustar lo suave y amable que es el Señor si no es ayudado de su divina gracia. Todos estamos propensos al mal y cada uno es arrastrado por sus malos deseos y vemos el ímpetu con que propendemos al odio, á la ira, á la venganza, á la soberbia, á la ambición y avaricia, á la vanidad y á casi todo jénero de males, sin que queramos re-

conocernos á nosotros mismos, ó si nos conocemos, nos sirve de poco nuestro conocimiento porque como enfermos y débiles no tenemos fuerzas para sobreponernos á nuestra enfermedad, vencer á nuestros enemigos y amar y honrar á Dios como es debido si no nos ayuda con su gracia.

Somos semejantes á los niños que dejados á su libertad se mueven á todo sin consideracion alguna, se entregan á juegos, parlerías y acciones imprudentes, por lo que nos avisa el Espíritu-Santo y nos reprende diciendo (1), «¿Hasta cuándo, niños, amareis la infancia y apetecerán los niños las cosas que los son perjudiciales? Y el apóstol nos exorta (2), no querais ser niños en vuestros sentimientos.» Y podemos muy bien decir que es mayor nuestro error y vanidad que el de los niños, porque á estos les falta solamente la prudencia humana que con el tiempo la alcanzan por sí mismos y abandonan las cosas de niños, pero á la prudencia divina que nos es necesaria para conseguir la salvacion ninguno podemos aspirar sin la ayuda de Dios y si Dios nos abandona nosotros mismos desechamos los bienes verdaderos y nos precipitamos voluntariamente en la perdicion. Podemos tener la prudencia de la carne, la prudencia y sabiduria de este mundo, pero la prudencia del espíritu que tan necesaria nos es para conseguir nuestra salud y obrar con acierto no la podemos lograr sino dándonosla y ayudándonos el Señor con su gracia. Asi es, que vemos con

(1) Prov. cap. 1. v. 22.

(2) 1. Cor. cap. 14 v 22.

frecuencia hombres tan sagaces y de tanta penetracion en los asuntos temporales, de tanto despejo y habilidad para las ciencias y las artes y que en la ciencia de la salvacion, en el camino de la ley de Dios son ciegos, ignorantes y cometen mil errores sin distincion de sábios, ignorantes, ricos, pobres, jóvenes y ancianos, sacerdotes y legos. Estas tinieblas de nuestro entendimiento, estas miserias y faltas de fuerzas, estas leyes de nuestras concupiscencias que tanto repugnan á la ley de Dios y nos cautivan bajo la ley del pecado nos son desgraciadamente bien palpables por mas que queramos desconocerlas, y contra este mal de nuestra naturaleza viciada no hay otro remedio mas oportuno y eficaz que acudir á Dios y decirle: *hágase tu voluntad*.

Tenemos necesidad de pedir á Dios que se aparte nuestra voluntad de todo lo que nos es perjudicial y nos dirija á las cosas que nos son saludables; que no permita que vayamos en seguimiento de nuestras concupiscencias, que no nos deje entregados á los deseos de nuestro corazon, sino que perfeccione en nosotros la obra que ha comenzado, esto es: que contenga en nosotros la fuerza de nuestra concupiscencia, que mortifique nuestra carne repugnante á nuestro espíritu, que la sujete y haga que se cumpla en nosotros su voluntad y nos dé el servirle con el cuerpo y con el alma de modo que podamos decir con el profeta. *Cor meum et caro mea exultaverunt in Deum vivum* (1), mi alma, mi corazon y aun mi carne se transportan de alegría y no tienen otro placer que en mi Dios.

(1) Psal. 83, v. 3.

Hechos ya participantes de las gracias y misericordias de Dios por nuestro Señor Jesucristo, libres de la cautividad y tiranía de Satanás, trasladados á la casa de Dios y reconocidos por hijos suyos, nos es necesario vivir segun las leyes de la casa y reino de nuestro padre y componer nuestras acciones de modo que sean del agrado de nuestro Dios y Señor, es necesario que cuidemos como hijos y súbditos obedientes de dirigir y conformar nuestra voluntad á la voluntad de Dios como regla única á que debemos sujetarnos y segun esto tenemos que pedir humildemente á Dios que nos dé el que hagamos su voluntad.

El mismo Jesucristo nuestro Redentor y maestro nos encarga con frecuencia que nos sometamos á la voluntad de Dios, y para que comprendais mejor lo que pedimos en esta peticion debo deciros que por voluntad de Dios se entiende todas las cosas que se nos proponen y enseñan para conseguir la vida eterna, bien correspondan á la fé, ó bien á las costumbres; ó hablando con mas claridad. La voluntad de Dios es todo lo que Jesucristo ó bien por sí ó bien por su iglesia nos ha mandado ó nos ha prohibido, bien en cuanto á lo que debemos creer ó en cuanto á lo que debemos obrar para conseguir la vida eterna, y de esta voluntad habla el apóstol cuando dice (1). «No seais imprudentes, sino entendedores de cualsea la voluntad de Dios.»

Segun esto, cuando decimos á Dios en la oracion del padre nuestro: *hágase tu voluntad*, pedimos: que nos dé el

(1) Eph. cap. 5.

que obedezcamos á sus mandamientos; que ya que no podemos vivir sin él, podamos vivir segun él; que todas nuestras obras las hagamos segun su voluntad y que para obrar tengamos siempre presente cual es la voluntad de Dios; que cumplamos todos aquellos oficios de que somos amonestados en las sagradas escrituras en que el Señor y criador de todo como en una carta, que nos envia nos explica su voluntad y como lejislador y rey supremo nos dá su ley. Pedimos que siendo el mismo Señor nuestro autor y nuestro guia obremos como corresponde á los que son nacidos, no de la voluntad de la carne sino de Dios, á ejemplo de Jesucristo que nos dice: «no vine para hacer mi voluntad sino » la voluntad de aquel que me envió, y se hizo obediente hasta » la muerte y muerte de cruz» y que como Jesucristo este- mos prontos á pasar antes por todos los tormentos que apartarnos de la voluntad de Dios y cumplimiento de lo que nos manda.

Para hacer con fervor esta peticion al Señor y empeñar- nos en ella con todo nuestro afecto basta contemplar la dignidad grande y el aprecio que Dios hace de los que cumplen su voluntad. El servir y obedecer á Dios es reinar, cualquiera que hiciere la voluntad de mi padre que está en los cielos, dice Jesucristo, este es mi hermano, mi hermana, y mi madre, es decir: le aprecio tanto como á un hermano, y estoy unido con él con todos los lazos de amor y benevolencia. Basta contemplar que por la obediencia se distingue el segundo Adán del primero. Aquel no hace su voluntad, sino la de aquel que le envió; y el primero hizo la suya y no la de Dios que le crió. Convencidos de la dignidad y

aprecio, de la dicha y felicidad de los que hacen la voluntad de Dios, del ejemplo de Jesucristo que imitamos, pediremos con todos los deseos de nuestro corazon que ni las tentaciones y peligros, ni los halagos y promesas, ni las grandes esperanzas de conseguir los bienes terrenos, ni el temor de perderlos, ni la prosperidad, ni la desgracia, ni criatura alguna nos aparte de cumplir la voluntad de Dios. Diremos como el real profeta «¡Ojalá que se dirijan todos mis caminos á guardar tus justificaciones! Llévame, Señor, por la senda de tus mandamientos, porque esta es la que ape-
tezo. Dame entendimiento para que aprenda los preceptos de tu ley. Endereza mis pasos segun tus palabras para que no reine en mí injusticia alguna.» Como los justos que no tienen ni quieren mas voluntad que la de Dios tendremos su ley en nuestro corazon y meditaremos en ella dia y noche. Tales son, hijos míos, los sentimientos y los afectos con que debemos decir, *Hágase tu voluntad.*

Pedimos á Dios una voluntad buena, pedimos la caridad que no podemos tener si Dios no nos la dá. «Esta voluntad buena, dice el Padre san Agustin (1) esto es, una voluntad sujeta con toda fidelidad á Dios, una voluntad inflamada en la santidad del amor divino, una voluntad que ame á Dios por sí mismo y al prójimo por Dios, no se difunde en nuestros corazones sino por la virtud del Espíritu-Santo.» Y esta voluntad sujeta, fiel, y llena de caridad es la que debemos pedir.

(1) Lib. de patient. cap. 25.

Conformando nuestra voluntad á la de Dios y sujetándola á Dios con las palabras de esta petición, por una consecuencia necesaria así como queremos todo lo que Dios quiere, así aborrecemos y detestamos todo lo que Dios aborrece, tales son las obras de la carne que enumera el apóstol escribiendo á los Galatas (1) cuales son la inmundicia, la impureza, la lujuria, y nos encarga que no obremos según los deseos de la carne, porque si viviéremos según la carne, moriremos; pero que si con el espíritu mortificásemos las obras de la carne viviremos eternamente. Decimos que no permita Dios que hagamos aquellas cosas á que nos inclinan nuestros sentidos, nuestros antojos y nuestra flaqueza, sino que en todo se gobierne nuestra voluntad por la suya y nos guiemos de su santo Espíritu, porque los que se guían y gobiernan por el Espíritu de Dios son los que pueden llamarse hijos de Dios. Entre los hombres del mundo sumergidos en los cuidados y pensamientos terrenos se llaman dichosos los que consiguen todo lo que apetecen y llevados de sus apetitos y deseos desordenados creen que consiste su felicidad en satisfacer sus placeres y lograr todos sus antojos. Los verdaderos cristianos, hijos míos, pedimos á Dios todo lo contrario: que no atendamos á los deseos de la carne, que reprima nuestra voluntad, y nuestro amor propio que nos es tan perjudicial y origen de todos nuestros vicios, sujetándonos á su voluntad divina. Tan temible es este amor propio y es-

(1) Cap. 2.

ta voluntad de hacer nuestro gusto, que de ella dice san Bernardo. (1): «¿Qué es lo que aborrece ó castiga Dios
» sino la propia voluntad? Acábase la propia voluntad y
» no habrá necesidad de infierno. Oigan y teman los
» que sirven á su propia voluntad con qué furor se rebela
» contra el mismo Dios de todo poder. En primer lugar
» haciéndose suya se sustrae y niega á la obediencia
» y sujecion del que debia servir como á su autor y
» criador. ¿Y se contentará con esta injuria? No. Procura
» en cuanto puede quitar á Dios todo lo que es suyo. ¿Re-
» conoce acaso límites la voluntad propia y ambicion hu-
» mana? El que por la usura gana una pequeña cantidad
» ganaria del mismo modo y querria para sí todo el mun-
» do si pudiese, y si no lo hace no es por falta de volun-
» tad sino de medios para lograrlo; y aunque consiguiese
» hacer suyo todo el mundo. ¿se contentaria con esto? Pe-
» ro no seria tan malo si al fin se contuviese dentro de
» las cosas temporales. Espantoso es decirlo, pero así es: se
» enfurece y acomete al mismo Dios: la voluntad propia
» en cuanto está de su parte destruye al mismo Dios. Ella
» quisiera que Dios no pudiera castigar sus pecados, que
» no quisiera castigarlos, ó que no tuviese conocimiento
» de ellos. Quiera que Dios no sea Dios, porque en cuanto
» está de su parte, quiere un Dios impotente, ó injusto, ó
» ignorante. ¡Maldad execrable y cruel que desea quitar
» al mismo Dios la omnipotencia, la justicia y la sabiduría!»

(1) Serm. 2, pro temp. pasch.

Pues contra esta mala voluntad nuestro, y enemiga de Dios pedimos que se sujete á la voluntad divina y que no domine en nosotros sino que prevalezca lo que nos manda Dios á lo que nosotros quisiéramos obrar.

No pedimos solamente que no nos conceda Dios lo que notoriamente es malo y emanado de nuestros deseos corrompidos, sino tambien que no nos dé lo que muchas veces le pedimos, como bueno y teniéndolo por bueno alucinados de nuestras pasiones ó de nuestro enemigo comun. Lleno de amor y piedad parecia el deseo del Príncipe de los apóstoles cuando intentaba retraer á Jesucristo de ir á Jerusalem, en donde presentia que habia de padecer la muerte, y sin embargo Jesucristo le reprendió agriamente porque se gobernaba por los afectos humanos y no por la conformidad de su voluntad con la divina. Los apóstoles Santiago y san Juan enojados contra los samaritanos que no quisieron hospedar á su divino Maestro le pidieron que mandase bajar fuego del cielo, que castigase su maldad. Ninguna cosa al parecer mas digna del amor de los discípulos, y sin embargo Jesucristo los reprendió diciendo (1). «No sabeis de qué espíritu tu sois hijo. No vino el Hijo del hombre á perder á las almas sino á salvarlas.» Ejemplos, que nos enseñan á desconfiar de nosotros mismos, á no acomodarnos á nuestra voluntad por justa y recta que nos parezca, á tomar consejo de personas prudentes, sábias y virtuosas antes de obrar.

(1) Luc. cap. 9.

Debemos pedir que se cumpla su voluntad aun en aquellas cosas que le pedimos que son realmente buenas como la vida, la salud, los bienes temporales porque todo lo debemos apetecer si nos conviene y es conducente para servir á Dios, de modo que jamás hemos de pedir que se haga nuestra voluntad sino que siempre sea cumplida la de Dios y que nosotros estemos dispuestos á obrar no como queremos sino como el Señor quiere, como nos dió el ejemplo el mismo Jesucristo en su congojosa oracion del Huerfano: *Padre mio, no se haga mi voluntad sino la tuya.*

En estas palabras: *hágase tu voluntad* pedimos al Señor aquella renuncia de nosotros mismos que Jesucristo nos impone como condicion indispensable para ser suyos: «El » que quiera venir en pos de mí, niéguese á sí mismo. La renuncia de nuestros apetitos y deseos, el odio del mundo, la resignacion y conformidad con la voluntad divina en todo cuanto nos envíe y en todos los estados en que nos coloque y á que nos destine su providencia.

«La voluntad de Dios es, nos dice el Padre san Cipriano » no explicando esta misma petición del padre nuestro, la » que cumplió Jesucristo y la que nos enseñó: La humildad » en el trato con las jentes, la constancia é integridad en » la fé, la vergüenza en las palabras, la justicia en los hechos, la misericordia en las obras, la rectitud y buen » ejemplo en las costumbres, no saber cometer injurias, » saber sufrir las que se reciben, conservar la paz con los » prójimos, amar á Dios de todo corazon, amarle porque » es nuestro padre, temerle porque es Dios, no estimar » cosa alguna mas que á Jesucristo porque él nos antepuso

» á todas unírnos inseparablemente á su amor, adherirnos
» fuerte é inseparablemente á su cruz; cuando se vilipendie
» su nombre ó su honor salir á la defensa y manifestar en
» las palabras nuestra constancia con que nos confirmemos
» mas y mas y no tengamos á deshonra ser suyos, en las
» dudas y cuestiones, la confianza y seguridad con que ha-
» blamos; en la muerte la paciencia con que logramos ser
» coronados: esto es querer ser coherederos de Jesucristo,
» esto es querer hacer lo que Dios nos manda, esto
» es cumplir la voluntad del Padre. Hagamos esta volun-
» tad de Dios si queremos vivir para siempre, dice el
» mismo santo, porque el que hace la voluntad de Dios vive
» para siempre, así como Dios vive también para siempre.
» No ameis al mundo ni á las cosas del mundo porque no está la
» caridad del Padre en los amadores del mundo. Cuanto hay
» en él no es otra cosa que concupiscencia de la carne,
» concupiscencia de los ojos, y ambición del siglo que no es
» de la voluntad del padre sino de la concupiscencia del
» mundo. El mundo y sus concupiscencias pasarán, y el
» que haga la voluntad de Dios vivirá para siempre.»

Pedimos al mismo tiempo que la renuncia de nuestra vo-
luntad y la conformidad con la divina, la resignación en
todo y con todo lo que el Señor disponga de nosotros donde
quiera que nos destine sin murmurar ni quejarnos de sus
disposiciones siempre benéficas, adorables, santas y que ce-
den en nuestro provecho porque es nuestro Padre, nos ama
y sabe mejor que nosotros lo que necesitamos. En todas
nuestras adversidades, en la pérdida de los bienes tempora-
les, de los amigos, en las enfermedades, en la pobreza, en

la ignominia, en la opresión y las injusticias que tuviésemos que sufrir siempre debemos resignarnos y decir al Señor: *hágase tu voluntad* como nos dió el ejemplo Jesucristo no obstante de preparársele el cáliz amargo de la pasión. Sea que Dios nos regale ó nos castigue, que nos dé la vida ó nos envíe la muerte, que los hombres nos honren ó que nos injurien, que nos dé riquezas ó nos envíe miserias nuestro Dios jamás debemos murmurar contra su voluntad y providencia, jamás debemos perder la igualdad de ánimo y la paciencia, jamás debemos corresponder con injurias á los que nos atormentan y siempre debemos adorar la mano de Dios que se vale de los hombres y las cosas para conducirnos á sus fines. Estos son los látigas y los palos con que el Señor nos corrige y nos castiga y no dedemos ser como los perros que no pudiendo vengarse de su señor muerden y devoran los instrumentos con que los castiga.

Pedimos á Dios que nos dé la equidad de ánimo y la conformidad necesaria para vivir en el estado que se ha dignado colocarnos y que á cada uno nos ha tocado por suerte, de modo que le sirvamos en él con tranquilidad todo el tiempo que fuere de su agrado porque en todos podemos servirle y conseguir la gloria. El casado y el soltero, el sacerdote y el viudo, el esclavo y el Señor todos pueden servir á Dios, todos deben resignarse en su estado y condicion, y todos hallarán bueno al Dios de Israel si son rectos de corazón. «Voluntad de Dios es, dice san Agustín (1) que algunas veces

(1) Enarr. in Psal. 35.

» estés sano, y que algunas estés enfermo; si cuando estás
 » sano dices que es dulce la voluntad de Dios y cuando es-
 » tás enfermo que es amarga, ya no eres recto de cora-
 » zon: ¿por qué? porque no quieres acomodar tu voluntad
 » á la voluntad de Dios, sino que quieres que la voluntad
 » de Dios se doble y acomode á la tuya, y la de Dios es rec-
 » ta y la tuya torcida. Tu voluntad debe arreglarse á la de
 » Dios, y no la de Dios á la tuya, y así serás siempre rec-
 » to de corazón. ¿Te sucede bien en este mundo? pues
 » bendice á Dios que te consuela. ¿Te suceden males y trá-
 » bajos? pues bendice á Dios que te corrige y te prueba, y
 » serás siempre recto de corazón y podrás decir: Bendeci-
 » ré á mi Dios en todo tiempo, siempre estarán sus alaban-
 » zas en mi boca.» «¿Quiénes son los rectos de corazón?
 » dice el mismo santo (1). Aquellos que no atribuyen los
 » males que padecen en este mundo á la ignorancia ú olvi-
 » do de Dios sino á su consejo adorable para su medicina.
 » Los que no presumen de su justicia é inocencia y tie-
 » nen á Dios por injusto en hacerlos padecer mas que á
 » otros que son mas pecadores. Si dices: yo soy pecador y
 » el Señor me castiga, pero ¿por qué no castiga á aquél que es
 » mas pecador y mas malvado que yo? ya está torcido tu
 » corazón. Van estraviados tus pasos porque tienes celos
 » de los pecadores viendo la paz en que viven. Déjate tú
 » curar porque sabe bien lo que hace el que conoce tus lla-
 » gas. Si el otro no es puesto en cura porque es desesperado sin

(1) I^a Psal. 63.

» mal! ¿no es un bien el medicinarte? Padece todo lo que Dios
» te envíe con un corazón recto. El Señor sabe bien lo que
» te dá y lo que te quita; sirva para tu consuelo lo que dá y
» no para tu corrupcion, y lo que te quita, para tu pa-
» ciencia y no para que blasfemes. Si blasfemas y te des-
» agrada tu Dios, es perverso y torcido tu corazón, no
» eres recto de corazón; quieres corregir á Dios y que haga
» lo que tú quieres, siendo así que tú debes hacer siem-
» pre lo que Dios quiere, lo que te manda y lo que te
» enseña.»

Concluiré, hijos míos, reduciendo toda esta doctrina á decirlos: que por la depravacion y corrupcion de nuestra naturaleza en que quedó sumerjida por el pecado del primer hombre no solo quedamos sin fuerza para obrar el bien, sino muy propensos al mal y á satisfacer nuestros desordenados apetitos y deseos. Que nuestra ignorancia y nuestra concupiscencia que quedan en nosotros aun despues del bautismo y de reconciliarnos con Dios, nos hacen débiles, enfermos y semejantes y aun peores que los niños para obrar en orden á nuestra salud eterna y conseguir el reino de Dios, y para todos estos males no tenemos otro remedio sino hacer la voluntad de Dios y no la nuestra que es nuestro mayor enemigo, y por eso pedimos despues del reino de Dios el que hagamos su voluntad.

Que pedimos con esto al Señor ya seamos justos ó pecadores, que nos dé el que cumplamos todo lo que nos manda ó nos prohíbe por sí ó por su iglesia en orden á la fè y á las costumbres; que no permita que seamos arrastrados á obrar segun nuestros antojos y deseos, que no solo no

vebrémos lo malo conocido como tal, sino tampoco aquello que nos parece bueno segun nuestra prudencia y no lo es segun su voluntad; que aun las cosas buenas y necesarias como son la salud, la vida, la paz y otros bienes temporales los pidamos siempre añadiendo si es de su agrado el dárnoslos ó con sumision á su voluntad y si nos convienen; que nos conformemos como debemos conformarnos por las palabras de esta peticion con la voluntad de Dios en nuestro estado, en nuestra salud, en nuestras desgracias y resignemos nuestra voluntad en la de Dios en todo y por todo lo que disponga de nosotros. Esto es lo que pedimos y debemos tener presente cuando hacemos esta peticion, ó al menos estar dispuestos á hacer en un todo la voluntad de Dios.

Debo advertiros con san Agustin (1) que oramos para que se cumpla la voluntad de Dios no solamente en nosotros, sino tambien por nosotros. Cuando decimos: hágase tu voluntad, queremos decir: hágase en mí que no resista á tu voluntad. La voluntad de Dios se hará en tí, aunque no se haga por tí, porque esta se hará en los justos cuando reciban el reino preparado desde el origen del mundo, y se hará en los malos cuando se los diga: Id malditos al fuego eterno. Una cosa es que se haga en tí y otra que se haga por tí. En tí se hará siempre, sea para tu bien ó tu mal, y por eso pides que sea para tu bien; pero es preciso que se haga tambien por tí.

(1) Serm. 48, de Divers.

¿Y cómo hemos de hacer esta voluntad de Dios? Así en la tierra como en el cielo, como lo hacen los santos Y los ángeles en la gloria íntegra, tranquila, gustosa y santamente, con aquella concordia y paz, sin error y sin que lo estorben las miserias de esta vida, con aquel amor que obedecen los santos á Dios en la bienaventuranza. Con nuestro cuerpo y nuestra alma sirviendo á Dios con el espíritu y la carne. Pedir que nos dé el Señor el que cumplamos nosotros su voluntad y empeñarnos al mismo tiempo en querer nosotros hacer la nuestra. Que se haga por nosotros su voluntad y vivir en los vicios, y obedecer á nuestra voluntad propia, y no aquietarnos á las disposiciones de Dios, y quejarnos de nuestros trabajos; y blasfemar en el estado en que nos ha puesto, y murmurar de lo que nos dá y nos quita; y pedirle con tanta frecuencia los bienes terrenos y no pensar en los eternos; y sobre todo, pedir que se haga su voluntad y vivir en un olvido de su ley y despreciar sus mandamientos, y guiarnos por nuestros caprichos y deseos, y dejar á Dios por seguir al mando, á la vanidad, á nuestras concupiscencias... ¡Ay hijos míos! esta es la mayor locura, es un insulto al mismo Dios, medítadlo bien. Yo os diré que no es esto hacer la voluntad de Dios así en la tierra como en el cielo; no es hacerla como la hizo Jesucristo que no vino á hacer su voluntad sino la del Padre celestial que le envió, que fué obediente hasta la muerte y muerte de cruz y que moriremos eternamente si no hacemos la voluntad de Dios porque solamente los hombres de buena voluntad cantarán con los ángeles la gloria á Dios en las alturas.

PLATICA XIII.

De la cuarta peticion del padre nuestro:

EL PAN NUESTRO DE CADA DIA DANOSLE HOY.

Las tres primeras peticiones del Padre nuestro se ordenan á la vida y los bienes eternos, y las cuatro últimas á la vida de este destierro. Aunque debemos esperar confiados en la divina bondad y misericordia y nuestras buenas obras que ha de llegar un dia en que nada de este mundo necesitamos y scamos semejantes y compañeros de los ángeles en el cielo, como mientras vivimos en este mundo somos carnales y llevamos un cuerpo sujeto á tantas miserias, tenemos necesidad de muchos socorros para el cuerpo y para el alma, y por eso nuestro Maestro y Señor Jesucristo nos manda y nos enseña que despues de los bienes eternos pidamos humildemente á Dios los bienes asi espirituales como temporales que necesitamos para pasar esta vida, y que

nos aparte y libre de todos los males que pueden estorbar-nos el paso del camino del cielo que nos dejó señalado el mismo Jesucristo. «Decimos de este modo: *el pan nuestro » de cada día dánosle hoy*. Danos los bienes eternos, da-
» nos los temporales. Nos has prometido el reino, pues no
» nos niegues los socorros. Nos darás en tu presencia los
» gozos eternos, danos on la tierra el alimento temporal,
» como se espresa san Agustin (1).»

Conviene tener presente que los bienes temporales y terrenos no se deben desear y pedir á Dios por sí mismos y poniendo en ellos nuestro fin y descansando en ellos sin aspirar á otra cosa, como si fuesen absolutamente bienes y siempre nos fuesen convenientes como los bienes espirituales, sino solamente en cuanto que así lo requiere el orden establecido por Dios, ó en cuanto que son unos medios y socorros necesarios para conseguir los bienes espirituales. Los bienes temporales, dice san Agustin, no los hemos de pedir como bienes nuestros, sino como cosas necesarias para nosotros. El hombre se ordena á Dios como á su último fin y los bienes de la vida se deben enderezar por la misma razón á los bienes divinos. Es tan necesario seguir este orden y gobernar nuestros deseos y peticiones segun nos señala nuestro Señor Jesucristo, que no nos es lícito desviarnos de él en manera alguna y nuestro error consiste por lo jeneral en trastornar este orden y pedir con preferencia y sin el debido fin los bienes temporales pudiéndonos decir que no

(1) Sermone 9 de diversis.

sabemos pedir como conviene; y esta es la razon porque pedimos mal y serán rechazadas nuestras súplicas con la respuesta del Señor: *no sabeis lo que pedis*. Si pedimos la salud, las riquezas, los bienes temporales, y todo lo que puede sernos útil en esta vida sin acordarnos de la otra, con intencion de pasar una vida cómoda, de aumentar nuestras riquezas, de gozar de mayor reputacion y tener mas medios para hacernos temer y respetar, aunque no tengamos intencion de emplearlos en fines y destinos notoriamente malos, pedimos mal, porque no pedimos como conviene y segun el orden que conviene. Debemos pedirlos solamente en cuanto que nos son indispensables para conservar la vida, en cuanto que con ellos podemos practicar las virtudes necesarias para conseguir la gloria, podemos ayunar, hacer limosnas, enseñar bien á otros, dar culto y alabanza á Dios. En una palabra, solo nos es lícito pedirlos en cuanto nos sean necesarios y convenientes para conseguir la gracia de Dios y su gloria y como medios para lograr este fin, y no haciendo de ellos nuestro fin y el objeto de todos nuestros deseos como si nuestro vientre y los bienes terrenos fuesen nuestro Dios. Debemos pedirlos despues de los bienes espirituales y eternos, si nos convienen para conseguir nuestra salvacion y ordenarlos siempre á la honra y gloria de Dios como encarga el apóstol diciendo: «sea que comais, que bebais, ó hagais cualquier otra cosa, hacedlo todo á gloria de Dios».

Tal es, hijos míos, el fin y las condiciones con que debemos pedir los bienes temporales y no debemos errar torpemente buscándolos con ansia como si hubiéramos de ser

eternos, como si fuera nuestro destino este mundo y como si no debiéramos buscar ante todas las cosas el reino de Dios y su justicia y los bienes temporales solo como añadidura, solo en cuanto que nos son necesarios para el camino corto que hacemos en esta vida en que vamos de paso para la eternidad.

Antes de empezar á esplicar lo que pedimos y esperamos de nuestro Dios y Señor en estas peticiones nos advierte el catecismo de san Pio V la necesidad y precision que tenemos en esta vida de los bienes temporales, y para ello nos recuerda, como lo hace en cuantas ocasiones oportunas lo cree conveniente, nuestro primer origen y la caída y estado de miseria á que quedamos reducidos por el pecado. Esta verdad de nuestra religion conviene que la tengamos siempre presente para humillarnos, para someternos al Señor, para ser agradecidos á sus beneficios, y para entender la economia admirable de nuestra augusta religion porque nuestros misterios serian inesplicables sin tener por sentado el pecado original y aun nosotros mismos seriamos un misterio incomprensible.

Criado el primer hombre en un estado feliz y de inocencia no hubiera conocido necesidades ni desgracias. Los vestidos para cubrirse, la casa en que vivir, las armas con que pelear, las medicinas para curarse no eran necesarias ni lo hubieran sido conservando el hombre la inocencia y sumision á su Dios, y por consiguiente su naturaleza fuerte y robusta sin esposicion á las enfermedades, ni á la debilidad ni á la muerte. Contento en un estado feliz hubiera recibido frutos abundantes y suavísimos que espon-

táneamente hubiera producido la tierra y se hubiera ocupado en alabar y bendecir al Señor hasta que en cuerpo y alma hubiera sido trasladado á la gloria. Faltó á la obediencia del mandamiento que el Señor le impuso, y no solo quedó sujeto á la muerte y desterrado del paraíso sino también espuesto á las penalidades del hambre, la sed, el cansancio, las enfermedades, los odios, las venganzas y á todos los males que lloramos sobre la tierra. La tierra también dejó de ser pródiga con el hombre, el Señor quiso que produjese espinas y abrojos y que no diese fruto sino con el sudor y el trabajo del hombre. «Maldita será la tierra en tu trabajo, » dijo Dios al hombre después de su pecado, con fatigas » comerás de ella todos los días de tu vida, espinas y abrojos te producirá, y comerás la hierba de la tierra. Con » el sudor de tu frente comerás de tu pan, hasta que te vuelvas á la tierra de que fuiste formado; porque polvo eres » y en polvo te has de volver.»

Podemos y debemos conocer según esto, que nuestras penalidades y miserias, el frío, el calor, y todo cuanto sufrimos; que todas las necesidades que tenemos provienen del pecado y son un justo castigo del pecado; que después del pecado tenemos que trabajar y sudar en unas cosas ú otras para ganar el sustento, y que á veces después de muchos trabajos y fatigas, después de muchos gastos se desgracian nuestros frutos por las tempestades, los vientos, las piedras, los hielos y otros muchos contratiempos que nos desbaratan en una hora las tareas de un año ó muchos años porque así lo quiere el Señor, bien en castigo de nuestros pecados, ó bien para que conozcamos que de nada sirven

nuestros esfuerzos si el Señor no los echa su bendición. Podemos y debemos conocer, en una palabra, que son casi innumerables las cosas que necesitamos para conservar la vida, y las miserias y flaquezas que nos sobrevinieron por el pecado; que en estas necesidades no tenemos otro recurso que Dios, porque ni el que planta ni el que riega es cosa alguna si Dios no dá el crecimiento, y que por consiguiente con la fé, con la confianza de hijos, con la humildad de pecadores, con el fervor de grandes miserables y necesitados debemos acudir á Dios, desconfiando de nuestras riquezas, de nuestra salud, de nuestra habilidad y talento, de nuestra industria, porque todo nos puede faltar y de todo nos puede privar Dios en un momento, á que nos dé el socorro de nuestras necesidades corporales, y como lo que mas necesitamos es el alimento, pedimos el pan entendiendo bajo este nombre la comida, la bebida, el vestido y todo aquello sin lo que no podemos cómodamente vivir y decimos á nuestro Dios segun nos enseña Jesucristo. *El pan nuestro de cada dia dánosle hoy.* Explicaré en cuanto pueda estas cortas palabras que ninguna está de mas, que contienen mucha instruccion y doctrina y que debemos entender para pedir como conviene y arreglar al mismo tiempo nuestras costumbres á lo mismo que pedimos y pretendemos alcanzar de Dios.

Sabemos que en el estado de pecadores y desterrados en que nos hallamos estamos condenados al trabajo para procurarnos lo necesario, para socorrernos y conservar nuestra vida; pero sin embargo se nos manda por Jesucristo que pidamos á Dios el *pan nuestro* todos los dias para que

confeñemos y conozcamos que todo nos viene de la mano de Dios, que lo recibimos de su providencia y divina bondad, que no abandona á sus hijos, siendo así que provee también á los malos y aun á las aves y las fieras á quienes no niega el oportuno alimento. Ved la diferencia que hay entre el verdadero cristiano y entre los que viven olvidados de Dios y entregados á la maldad y desprecio de su fé y su religion: estos atribuyen todos sus bienes y socorros temporales á su industria, á su trabajo, á su fortuna sin atribuirlos ni agradecerlos á Dios; y el verdadero cristiano aunque sabe que debe trabajar y poner los medios convenientes para ganar el alimento, porque no ignora la sentencia justa del Señor por la que debe comer el pan con el sudor de su rostro, atribuye á Dios todo lo que recibe y cree firmemente que serian inútiles todos sus esfuerzos y trabajos si el Señor no los bendijese. De aquí es que el cristiano debe trabajar y poner los medios prudentes, evitando aquella ansiedad y demasiada solicitud que manifiesta poca fé y confianza en el Señor que nos prohibe Jesucristo diciéndonos: «no queráis ser demasiado » ansiosos y solícitos diciendo: ¿qué comeremos, qué beberemos ó con qué nos vestiremos? esto es propio de las jentes que » no tienen fé;» y encomendando á Dios sus trabajos persuadidos que no de ellos sino de la bendicion y bondad de Dios vienen todos los bienes y que no son obra nuestra sino dones de Dios. Con este temor de Dios debemos trabajar y pedir á Dios el pan y así le comeremos con gozo de nuestro corazon y accion de gracias, y sin esto aunque tengamos muchos bienes no nos saciarán y será pan de dolor el que comamos por abundancia de todo que disfrutemos, como lo

remos con frecuencia en los malos que no son mas felices porque sean mas poderosos.

Pedimos simplemente *el pan* y no otro jénero de bienes para manifestar que no tenemos avaricia y ansiedad, que no queremos mas que lo necesario para cubrir nuestra necesidad y nos contentamos con lo suficiente y no apetecemos lo que es supérfluo, que pedimos el alimento frugal y el vestido decente contentándonos con lo necesario para alimentarnos, y cubrirnos sin apetecer la escesiva abundancia de comida, ni el lujo y vanidad de los vestidos y demas regalos y vanidades del mundo. Por esta razon decimos tambien *el pan nuestro*, no porque nosotros podamos proporcionárnosle sin la ayuda y la gracia de Dios como ya os he dicho, sino para manifestar que pedimos solo lo necesario, lo que precisamos para nuestra conservacion y lo que exige la necesidad de esta vida y el decoro de nuestro estado, como dice san Agustín (1), y no las cosas superfluas, las que nos son sobrantes y por consiguiente no deben llamarse nuestras.

Decimos tambien *el pan nuestro* para manifestar que debemos procurarnos el alimento y demas que necesitamos por medios lícitos y justos ayudados de Dios y no con malas artes como con los juegos, robos, usuras y otros medios reprobados con los que no podemos llamar ni decir que es nuestro lo que así tuviésemos mal ganado, sino que es ajeno, y solo puede llamarse nuestro lo que el Señor nos dá

(1) Epist. 124. cap. 7.

adquirido con nuestro sudor y nuestras honestas ocupaciones y trabajos; y segun esto pedimos tambien al Señor que aun de lo nuestro legitima y lícitamente adquirido nos conceda una voluntad para usarlo con sobriedad, con justicia y como convenga para su mayor agrado y servicio.

Llamamos tambien al *pan nuestro* porque no lo recibimos para nosotros solos sino para distribuirlo con nuestros hermanos especialmente con los pobres como hijos todos de un mismo padre, en lo que se nos recomienda la obligacion de dar limosna, porque no es nuestro lo que nos sobra sino del pobre que no lo tiene y sentados todos á una mesa del Padre celestial no es justo que no alargue el que tiene de sobra á aquel que carece de lo necesario.

Decimos el *pan nuestro de cada dia* para evitar la avaricia y demasiada ansiedad por los bienes terrenos, para manifestar que debemos contentarnos con lo necesario sin procurar hacer tesoros en la tierra, porque debe estar nuestra atencion fija en el cielo, y porque la demasiada solicitud y abundancia lleva consigo muchos deseos inútiles y perjudiciales que arrastran al hombre á su perdicion. Es la avaricia la raiz de todos los males y la que hace al hombre apostatar de su fé como dice el apóstol, porque el que se deja llevar del demasiado deseo de los bienes del mundo está dispuesto á cometer todo esceso por lograrlos y no repara en faltar á su Dios y perder su fé; y para que evitemos este vicio pedimos solamente el pan de cada dia. El decir cada dia nos recuerda tambien la necesidad que tenemos de orar con frecuencia y acudir á Dios todos los dias, y la confianza que de-

bemos tener en su bondad que no permite que padezcan indigencia los que le temen ni que carezcan de bienes los que le buscan.

Evitamos tambien los escesos de la gula porque pidiendo el pan de cada dia no solo no queremos la escesiva abundancia de los bienes sino tampoco los manjares esquisitos y regalos, de modo que deben avergonzarse con estas palabras los que tienen fastidio y hastio de los alimentos ordinarios y comunes y solo apetecen manjares esquisitos y regalados sin tener otro Dios que su vientre, y debemos aprender todos á pedir solo lo necesario, á usar de la frugalidad y templanza y á no poner nuestros deseos en el lujo de los manjares, las comidas y bebidas como si hubiéramos nacido para comer, sino á contentarnos con lo necesario y comer para vivir y no para regalarnos.

¿A cuántas reflexiones cristianas y piadosas no dan lugar las palabras siguientes en que decimos á Dios: *Dánosle?* La omnipotencia de Dios, su infinita bondad y misericordia, la providencia con que todo lo rige y gobierna y con que todo lo tiene en su mano y lo distribuye á quien es de su agrado, todo lo confesamos y veneramos con estas palabras, y que de él es de quien nos dimana todo bien que descien- de á la tierra del padre de las luces. Nuestra miseria y pobreza porque todos somos pobres y mendigos de Dios, aun los ricos y poderosos del mundo y tienen estos necesidad de pedir á Dios que los dé, aunque hayan recibido con abundancia, para que confiesen asi que Dios es quien lo dá, y para que se lo conserve porque todo lo perderán si el Señor retira su mano, porque muchos se han acostado ricos y se

han levantado pobres, y para que no confien en sus riquezas y conozcan que lo que poseen no es por su poder y por sus méritos sino porque Dios se lo dá y se lo conserva. Decimos que nos dé Dios, dice san Juan Crisóstomo (1). «No » solo porque no nos falte el sustento, sino porque nos le dé » la mano del Señor, la cual comunicando su virtud saludable y por lo mismo provechosa al pan de cada día, hace » que el alimento aproveche al cuerpo y que el cuerpo sirva al alma.» No decimos *dámele*, sino *dánosle*, porque no es propio de la caridad cristiana el procurar cada uno para sí solo, sino que lo es el trabajar y procurar la utilidad ajena, el desear el bien á todos, y porque lo que Dios nos dá nos lo dá para todos, como antes os dije, para que lo partamos con los demas, y no para que unos lo gocen con demasía y dejen á los otros en la miseria. «Es » de los hambrientos, dicen por esta razon san Basilio y san » Ambrosio (2), es de los hambrientos el pan que tú escondes, es de los desnudos el vestido que encierras y te roe » la polilla. Es el rescate y libertad de los miserables el dinero que tienes enterrado.»

Añadimos la palabra de, *hoy*, para recordar nuestra debilidad y flaqueza, que no pasa un día, una hora, un momento en que no necesitemos alguna ayuda y socorro temporal sea el que fuere, y significamos con el nombre jeneral de *pan*, que ni aun en un día ni para un día podemos prepararnos por nosotros el sustento y en todos tenemos que re-

(1) Hom. 14, oper. imperf. .

(2) Hom. 6 var. arg. serm. 84.

clamarle y pedirle á Dios, y que así como en todos los días necesitamos de Dios, así todos los días debemos pedir á Dios y elevarle nuestras súplicas y acciones de gracias. Nuestra necesidad es diaria y todos los días debemos orar. «Es un » atrevimiento y desvergüenza, dice san Agustín (1), el » pedir á Dios riquezas, pero no lo es el pedir el pan cotidiano, una cosa es pedir con que ensoberbecerse y otra cosa es el pedir con qué vivir.»

Diremos ahora explicada esta petición: que por la culpa de nuestro primer padre quedamos privados de la dicha y felicidad en que el Señor crió al hombre y en que todos hubiéramos pasado la vida; que quedamos sujetos á tantas miserias y penalidades como nos afligen, á tantas privaciones como experimentamos y que para atender al socorro de nuestro cuerpo tenemos necesidad de pedir á Dios el *Pan de cada día*, esto es, todo lo que nos es indispensable para nuestra conservacion y salud, y la tenemos también de poner los medios convenientes, porque el Señor nos condenó al trabajo y no nos dará sino lo procuramos como él nos manda. Que no debemos pedir abundancia y cosas esquisitas sino el pan, que no debemos tener avaricia sino contentarnos con lo necesario para el día; que no debemos confiar en nosotros ni nuestros bienes; porque nada son si Dios no los bendice y nos los conserva, ni debemos tampoco ser demasiado ansiosos por los bienes de la tierra confiando en que el Señor no nos ol-

(1) Serm. 48 de divers. cap. 8.

vida y nos dará aquello que nos convenga; que debemos procurar un pan nuestro, esto es, por medios lícitos y ocupaciones decentes sin cometer injusticias, fraudes ni robos, que debemos partir nuestro pan con nuestros hermanos que son todos los hombres y especialmente los pobres y pedir no para nosotros solos y para atesorar sino para todos como ordena la caridad y para distribuir lo que nos sobre entre los demás; y que al fin como todos los días necesitamos alimento, como nada hay que no nos venga de Dios, como ni un solo día podemos subsistir sin el socorro de Dios, así debemos orar todos los días y pedirle con humildad, con confianza, sin ambición, con caridad para nosotros y para todos nuestros hermanos el *pan nuestro de cada día*. Que ponga su mano y bendiga nuestros bienes, nuestros frutos ganados y todo cuanto tenemos y en cuanto trabajamos para que se nos conserve, se aumente y sirva para bien de nuestros cuerpos y provecho de nuestras almas.

No debemos sin embargo contentarnos con esto, amados míos. No debemos limitarnos á pedir este pan usual que sostiene nuestro cuerpo y que es comun á los fieles y á los infieles, á los buenos y á los malos, que se reparte por Dios á todos indistintamente, que hace salir el sol sobre los buenos y los malos y que caiga su lluvia sobre los justos y los pecadores. Nuestra alma también quedó enferma, debilitada y con necesidad de continuos socorros, y para esta tenemos un *pan nuestro* que no es pan de todos, un pan de vida que es Jesucristo, una mesa á que nos convida á comer su pan y á beber el vino que nos ha mezclado.

Como son varios los alimentos del cuerpo y los comprendemos todos bajo el nombre de pan, así todos los auxilios y socorros del alma los pedimos al Señor bajo el nombre de pan. Todos sus divinos auxilios sin los que no podemos hacer obra alguna buena; la palabra divina, los santos sacramentos, el mismo Jesucristo que nos dice de sí mismo (1), *Yo soy el pan vivo que descendí del cielo*, y principalmente el manjar más esquisito de nuestra alma que es el mismo Jesucristo contenido sustancial y verdaderamente en el augustísimo sacramento de la Eucaristía, hé aquí, hijos míos, el pan que debemos pedir á Dios cada día y con que debemos fortalecer nuestras almas en los trabajos de este viaje para la eternidad.

La palabra divina hijos míos, la explicación de la doctrina cristiana y los consejos del evangelio es el pan sensible y usal que se dá á los buenos y á los malos, en sentir de san Agustín (2), es el pan cotidiano que piden los hijos y que se dá cada día no para que vivan los vientres sino las almas. ¿Con cuánto deseo debemos pedir á Dios este pan, y con qué gusto debemos recibirle? Yo os diré con el catecismo de san Pio V. que á la manera que es una señal de muerte cercana el tener hastío y no poder tomar alimento ó no admitir el estómago lo que se toma, así es una señal de una salvación desauiciada ó de una muerte eterna del alma el no apetecer la palabra de Dios ó el no quererla oír

(1) Serm. 48 de divers.

(2) Cap. 8.

cuando se propone, profiriendo contra Dios aquella voz de la impiedad: «apártate de nosotros que no queremos saber » tus caminos.» Os diré: que el castigo que envía Dios á los hombres cuando está mas ofendido es: «un hambre y » sed, no de pan ni de agua, sino de oír la divina palabra» como dice por el profeta Amos (1).

No basta oír, ni es alimento suficiente para el alma oír la divina palabra. «Come bien y dijere mal, dice san Agustín (2), el que oye la palabra de Dios y no obra segun » ella, no se nutre con un jugo útil, sino que eructa fastidio » samente indejestiones y crudezas.» Es preciso procurar el fruto de la divina palabra, la santidad y justicia, porque *son bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia*, y esta justicia debemos buscarla en los auxilios que el Señor nos dá, en los santos sacramentos, en Jesucristo *que se hizo por nosotros justicia y sabiduría*, que es el alimento que sacia y no se consume, que es la fuente de agua viva que salta hasta la vida eterna, que es el que nos refriera y dá el valor en las aflicciones y trabajos llenándonos de gozo como á los apóstoles, delante de los tribunales y de los tormentos; y sobre todo en el pan sagrado de la Eucaristia que debemos recibir despues de purificadas nuestras almas con el sacramento de la penitencia. Este es el alimento que dá mas vigor y fortaleza á nuestras almas, el que las une con Jesucristo con una union íntima,

(1) Cap. 8.

(2) Serm. 28.

verdadera y real, porque el que come este pan está en Jesucristo y Jesucristo está en él; este es el pan que llena el alma de gracia y en el que recibe la prenda de la gloria como os he manifestado. explicando los efectos y admirables virtudes de este sacramento. Cuando somos tan solícitos de nuestros cuerpos, cuando tanto nos afanamos por los bienes terrenos, cuando vienen tantas súplicas á los altares para impetrar los bienes de este mundo y el socorro de las necesidades temporales, ¿cómo hay tanto descuido, tanto hastío y tanto abandono de los bienes y los alimentos del alma? ¿Cómo es que la mesa santa está desierta y que no hay quien pida el pan sagrado para alimentarse y fortalecerse en este destierro? El que no nutre su cuerpo, el que tiene repugnancia á los alimentos, morirá, ni deja esperanza alguna de su salud, y lo mismo habremos de decir del que abandona y resiste los alimentos del alma. He aquí porque debemos pedirlos tambien todos los dias, porque todos los dias tenemos necesidad de ser socorridos, los llamamos nuestros, porque el Señor ha dejado en su iglesia recursos abundantes para la salud y conservacion espiritual de sus hijos; y aun al mismo sacramento de la Eucaristia, al cuerpo y sangre de nuestro señor Jesucristo le podemos y debemos llamar nuestro pan de cada dia, porque todos los dias se ofrece á Dios en nuestros altares y se dispensa á las almas piadosas que le piden; y porque debiéramos recibirle cada dia, ó al menos vivir de tal manera que pudiéramos recibirle dignamente todos los dias. Ahora bien, hijos míos, si el sacramento adorable del altar es pan de cada dia ¿por qué, dice san Ambrosio, tú le recibes solamente de año en año?

Alimento para el cuerpo, y alimento tambien para el alma pedimos á Dios en esta peticion, y debemos procurar para llegar á la vida eterna en que acabadas todas las miserias no se conocerá mas el hambre ni sed, sino que todos sere-
mos hartos gozando de Dios para siempre.

PLATICA XIV.

De la quinta peticion del Padre nuestro:

PERDONANOS NUESTRAS DEUDAS ASI COMO NOSOTROS
PERDONAMOS A NUESTROS DEUDORES.

Despues de suplicar al Señor no solamente los bienes espirituales y eternos, sino tambien los temporales y pertenecientes á esta vida, le suplicamos el remedio de los males del alma y del cuerpo, tanto de esta vida como de la eterna. Pedimos primero los bienes eternos que son el fin último á que debemos dirijirnos, los medios espirituales y temporales que nos son necesarios para conseguir el fin, y últimamente que nos libre de los males y nos quite los estorbos que nos impiden conseguir el mismo fin. Y como los mayores males que podemos tener y los estorbos que nos impiden mas llegar á nuestro fin último son los pecados, pedimos al Señor «que nos perdone nuestras deudas, asi como nosotros perdonamos á nuestros deudores.»

Para explicar esta peticion y que la hagais con fruto es preciso recordar y dar por sentadas ciertas verdades de nuestra fé, porque segun creemos debemos orar y caminar de acuerdo simpre con nuestra fé en nuestras oraciones. Debemos en primer lugar creer y confesar que todos mientras vivimos en este mundo somos pecadores, esceptuado nuestro Señor Jesucristo y María Santísima que no tuvieron pecado alguno, y que aunque por el bautismo se nos perdonen todos sin escepcion, despues los cometemos de nuevo, ya mortales, ya veniales, por lo que todos debemos orar pidiendo á Dios que nos perdone nuestras deudas.

Creemos que por el pecado contraemos un débito á la justicia divina faltando á la ley que nos impone el mismo Dios y que todos estamos obligados á cumplir, y que este débito tenemos obligacion á satisfacerle al Señor bien con la penitencia ó bien sufriendo las penas y castigos correspondientes á su maldad en la otra vida, de modo que nada ha de quedar sin pagarse.

Que nosotros no podemos satisfacer á Dios por nuestros pecados, porque no tienen nuestras obras mientras estamos en el estado de culpa mérito ni virtud alguna para agradar ni aplacar á Dios, y que todos los méritos y satisfacciones de los hombres reciben su valor de los méritos, pasion y muerte de nuestro Señor Jesucristo que pagó por nosotros y lavó con su sangre los pecados de los hombres y los reconcilió con el Padre sin lo que jamás hubiéramos conseguido el perdon. Que en virtud de los méritos y satisfacciones de nuestro Señor Jesucristo nos perdona Dios nuestros pecados en este mundo si le pedimos el perdon con las dis-

posiciones que debemos y el Señor exige de nosotros y nos restituye á su gracia y amistad.

Somos pecadores y tenemos que satisfacer á la divina justicia por nuestros pecados; no podemos satisfacer á Dios dando una paga correspondiente á la deuda infinita que contraemos por la culpa con que le ofendemos; ni alcanzan todas nuestras obras á conseguir el perdón. Dios sin embargo nos perdona nuestras culpas en virtud de los méritos, pasión y muerte de nuestro Señor Jesucristo, y este perdón tenemos que pedirle con las disposiciones debidas recurriendo á nuestro Dios como á un padre lleno de misericordia y compasión y diciéndole: «perdónanos nuestras» deudas así como nosotros perdonamos á nuestros deudos.»

Somos pecadores, hijos míos, y si dijéramos que no tenemos pecado nos engañamos á nosotros mismos y no decimos la verdad, dice el apóstol y evangelista san Juan. El hombre cuando peca quita á Dios el debido honor y obediencia, quebranta su ley y hace una injuria á la majestad infinita de Dios. Esta ofensa de Dios, dejaría Dios de ser justo si no la castigara y por consiguiente es una deuda que el hombre contrae y que tiene que pagar ó pedir á Dios que se la perdone. Deuda y obligacion de todo hombre es amar á Dios de todo corazón con toda su alma y con todas sus fuerzas. También es deuda de todos la obediencia, el culto, veneracion y otras obligaciones que tenemos para con Dios, y de estas no pedimos á Dios que nos perdone porque sin cumplirlas no podemos conseguir la vida eterna. Entendemos solamente por deudas

nuestros pecados y ofensas cometidas contra nuestro Dios y Señor. Son deudas nuestras porque son obra de nuestra propia voluntad y malicia, porque nosotros solos obramos el mal y nuestra perdicion es toda nuestra así como los auxilios de la gracia son todos emanados de la voluntad del Señor que en manera alguna es autor ni causa de nuestros pecados. Por estos pecados y deudas nuestras tenemos que satisfacer á Dios, y aquí es, hijos míos, donde debemos recordar el beneficio grande de nuestra redencion y la misericordia con que el Señor se apiadó de los hombres y los sacó de la esclavitud del demonio, del pecado y de la muerte eterna. El Señor nos manifiesta su poder, su bondad, su sabiduría, su amor y liberalidad en todas las obras de sus manos; pero nos lo manifiesta mas dándonos á su unigénito Hijo. Sumerjido el hombre en sus miserias, reducido á la esclavitud del pecado, deudor á la divina justicia jamás hubiera podido pagar sus deudas y hubiera quedado para siempre en enemistad y desgracia de Dios y sin esperanza de su gloria; ni otro destino que pagar en los tormentos y penas eternas el justo castigo de sus ofensas. Pero el Señor tuvo misericordia y envió la redencion á su pueblo. El mismo hijo de Dios se hizo hombre y tomó á su cargo el satisfacer por los pecados de los hombres con su pasión y muerte; y en virtud de esta satisfaccion infinita de nuestro Señor Jesucristo nos perdona Dios nuestros pecados y nos hace herederos de su reino como lo confesamos y creemos en el símbolo de nuestra fé cuando decimos: *creo el perdon de los pecados.*

Llenos de confianza, de amor, de gratitud, acojiendo-

nos á los méritos de nuestro Salvador y Redentor Jesucristo, levantando nuestra consideracion al precio de nuestro rescate que es la sangre del hombre Dios derramada sobre la cruz y la muerte mas afrentosa y cruel, considerando nuestra indignidad y nuestras culpas, como hijos delincuentes acudimos á Dios, no como á nuestro Juez, que si atendiera á nuestras iniquidades ¿quién podría sufrir el estar en su presencia? no para entrar en cuentas con él, porque ¿quién podría pagarle y salir justificado? sino como á un padre lleno de misericordia, á un Padre clementísimo pidiéndole que nos limpie de nuestros pecados y nos libre de las penas que merecemos por ellos: que *nos perdone nuestras deudas*.

Sin embargo de que es infinita la piedad y misericordia de Dios y que Jesucristo satisfizo por nosotros, ni se nos aplican los méritos de nuestro Señor Jesucristo, ni nos perdona Dios nuestros pecados por sola la razon de que se lo pidamos. Es preciso que nos acerquemos á Dios con las debidas disposiciones; que conozcamos la malicia y gravedad de nuestros pecados; que nos arrepintamos y dolamos de ellos con todo nuestro corazon, con propósito de no volverlos á cometer, que como hijos reconocidos volvamos á Dios con amor y temor y con una confianza grande de que Dios nos perdonará si humillados y contritos le invocamos. Al contemplar la enormidad de nuestras culpas, al sentir los crueles remordimientos de nuestra conciencia que nos perturba con la memoria de nuestras malas obras y nos dice en todas partes ¿qué seria de tí si te sobrecojera la muerte? no debemos desconfiar de Dios ni decir como Cain mi iniqui-

dad no puede perdonarse. No debemos caer como Judas en una desesperacion, porque á todos nuestros pecados sobrepuja la bondad y misericordia infinita de Dios. No debemos mirar á un Dios vengador y justiciero sino misericordioso que no quiere la muerte del pecador sino que se convierta y viva: pero tampoco debemos abandonarnos á una indolencia y confianza temeraria. Dios no nos perdona si no nos convertimos y le pedimos el perdón de nuestras culpas con toda la amargura y dolor de nuestro corazon, con un verdadero arrepentimiento.

Para disponernos á pedir á Dios el perdón de nuestras deudas como debemos y escitarnos á un verdadero arrepentimiento de nuestros pecados conviene mucho que los recordemos y traigamos á la memoria, no para gloriarnos de ellos, sino para contemplar su malicia y enormidad, para recordar la traición y bajeza con que saltamos al cumplimiento de lo que hemos prometido á Dios; para que conozcamos nuestra temeridad y soberbia que siendo unas criaturas viles y miserables, habiendo recibido de nuestro Dios, nuestro Criador y Redentor tantos y tan inesplicables beneficios hemos tenido la osadia de ofender á la majestad infinita del Señor y levantar nuestras manos atrevidas contra nuestro bienhechor y nuestro padre: ¿y para qué? para enajenarnos del Señor que es el sumo bien y entregarnos á la servidumbre del demonio que es nuestro cruel enemigo; para sacudir el yugo suave del Señor y romper el vínculo del amor y caridad de nuestro Dios y correr en pos de nuestra lascivia; de nuestra destemplanza, de nuestros desarreglados apétitos, para vivir en el pecado. El conocimiento de lo que es el pecado, de la

ofensa que cometemos contra un Dios tan amable y tan bueno cuando pecamos, debe herir y angustiar saludablemente nuestro corazón, hacernos detestables á nosotros mismos y que convertidos al Señor le pidamos humilde y fervorosamente que nos perdone.

Los frutos y efectos desgraciados del pecado, tantas miserias y desventajas en que incurrimos por él, los precipicios á que nos arrastra, la pérdida de la caridad y gracia de Dios, la fealdad en que queda el alma hecha esclava del demonio y sujeta á sus pasiones, el reino del cielo que perdemos y el infierno que nos espera, la ira del Señor que irritamos contra nosotros; aun en el mundo tambien, la deshonra, las inquietudes, la tribulacion y angustia del que obra mal... ¡Ay, hijos míos! Nada mas necesitaríamos para abandonar los pecados y pedir de veras el perdón de todos ellos que conocer al mismo pecado y los males sin cuenta que nos acarrea. Yo no tengo reparo en deciros como el mismo Dios á su pueblo por el profeta Jeremias: «Mira » qué malo y qué amargo es el haber tú desamparado á tu » Dios y Señor, y no hallarse en tí el temor de Dios.»

Y sobre todo el haber ofendido á Dios por ser quien es, porque es nuestro padre, nuestro criador, que nos ha redimido y llenado de tantos beneficios, que nos vé, nos sufre, nos conserva, nos espera y nos ama; por ser quien es y por su bondad infinita debemos dolernos de nuestros pecados y pedirle humildemente el volver á su gracia.

Así reconocidos, humillados y dispuestos; penetrados de la maldad de nuestras culpas y de las deudas que nos oprimen; convencidos tambien de que no tenemos sino per-

versidad y malicia y que con nada podemos pagarle; confesando su poder, su misericordia y el recurso que tenemos en los méritos de nuestro Señor Jesucristo le decimos con la mayor confianza: *perdónanos nuestras deudas*.

Si nosotros acudimos al Señor con tan santas disposiciones; si entrando en nosotros mismos examinamos nuestra conciencia, descubrimos la fealdad y el horror de nuestros pecados, tememos por los males que nos hemos ocasionado y las penas en que hemos incurrido; si viéndonos sin Dios procuramos volver á él y con un verdadero sentimiento y pesar, con un carazon contrito y pronunciando nuestros labios los afectos de nuestra alma le pedimos el perdón y la gracia de volver á su amistad, está tan inclinado á nosotros que sin embargo de haberle ofendido y ultrajado por pensamientos, por palabras, por obras, negándole la obediencia y destruyendo todo su poder y providencia en cuanto ha estado de nuestra parte, no solo quiere perdonarnos como un Padre lleno de compasion y benignidad, sino que nos manda que le busquemos y pidamos el perdón; él mismo nos enseña las palabras con que le hemos de pedir, él nos busca y como un Pastor celoso que no quiere perder ninguna oveja de su rebaño, corre hasta alcanzar al pecador extraviado y le carga sobre sus hombros para traerle al redil y hacerle entrar en la senda de los pastos saludables. Voces tuyas son, hijos míos, tantas inspiraciones, tanto pesar y amargura, tantos buenos deseos como continuamente sentimos, y que engolfados en nuestras pasiones dejamos pasar y desatendemos en perjuicio nuestro.

El Señor está siempre pronto para perdonarnos y nos

oirá en el día que le invoquemos, nos mirará con compasión como á san Pedro, nos perdonará y prometerá su reino como á la Magdalena y al Buen-Ladron, de modo que no podemos dudar de que con su ayuda y favor, que está pronto á concedernos, está en nuestra mano el recobrar la gracia y volver á la justicia y santidad. Creemos el perdon de los pecados y sabemos que por grandes y muchos que sean todos nos los perdona Dios si acertamos á arrepentirnos, y para eso hay en su iglesia sacramentos y ministros que nos los dispensan y tantos auxilios para ayudarnos á salir del mal y obrar el bien.

El conocimiento de la bondad y misericordia de Dios y su voluntad de perdonar como un Padre compasivo debe aumentar nuestra fé, dar aliento á nuestra esperanza, y encender nuestra caridad y traernos como hijos á la presencia de Dios y decirle con toda sinceridad y fervor: *perdónanos nuestras deudas*; y por esta peticion no solo nos perdonará el Señor los pecados veniales y aquellas faltas leves que cometemos cada día, sino que tambien nos dispondrá á acercarnos al sacramento de la penitencia, por el que se nos perdonan los pecados mortales recibido realmente, ó á lo menos con el deseo y propósito de recibirle unido á un dolor verdadero de haber ofendido á Dios, porque sola la peticion no tiene tanta eficacia.

Decimos: *Perdónanos y no perdóname*, porque quiere el Señor que nos amemos como hermanos y que pidamos por todos que cuidemos de la salud de todos y roguemos por todos cuando rogamos por nosotros, que no deseemos mal á nadie y apezcamos el que todos sean amigos de Dios y vivan en su gracia.

Nos estrecha mas y mas á la union y amor que debemos tenernos todos los hombres y á la caridad que tanto nos encargó Jesucristo la condicion que ponemos para que Dios nos perdone y es según nos enseñó el mismo Señor: «asi » como nosotros perdonamos á nuestros deudores.» Es decir, como nos lo explica el mismo Jesucristo por san Mateo (1), «que si perdonáreis á los hombres sus pecados, tambien vuestro padre celestial os perdonará vuestros delitos.» Mas si no perdonáreis á los hombres, ni vuestro padre os perdonará vuestros pecados.» De suerte que si queremos que nos perdone Dios nuestros pecados, es necesario que perdonemos á los que nos han injuriado ó hecho mal. Requiere el Señor de tal manera el perdón y el olvido de las injurias, la reconciliacion y el amor de unos con otros, que desecha los dones y menosprecia los sacrificios de los que viven en la enemistad y en los odios.

Ann la misma ley natural nos inclina á ser y producirnos con los otros como quisiéramos que los otros hiciesen y se condujesen con nosotros, y es la mayor temeridad pedir á Dios que nos perdone y no perdonar nosotros á nuestros prójimos. ¿Queremos ser perdonados por Dios? Pues preciso es que nosotros perdonemos primero, y si siete veces al dia pecare alguno contra nosotros y otra tantas volviese diciendo: me pesa, debemos perdonarle siempre, como nos lo encargó el mismo Jesucristo (2). La corrupcion de nuestra natura-

(1) Cap. 6.

(2) Luc. cap. 17.

leza, la mala inclinacion que tenemos de resultas del pecado hace que ninguna cosa lleve el hombre mas á mal y con mayor repugnancia que perdonar las injurias y olvidar los agravios reconciliándose con sus enemigos; de aqui es que son tantos los pretextos y excusas que se alegan, y son tantos los odios, las enemistades, los pleitos y venganzas que alteran la union y caridad de los cristianos. Pero, hijos mios, al olvido y perdon de las injurias, al amor de nuestros enemigos nos obliga y nos alienta la ley de Jesucristo que nos lo manda, el ejemplo de Jesucristo que nos lo enseña, el premio que se nos ofrece en recompensa, la cualidad de ser todos hermanos é hijos de un mismo Dios, y la necesidad de cumplir el pacto para que Dios nos perdone que es el que nosotros perdonemos si queremos ser perdonados. Nada nos recomendó tanto nuestro divino Redentor que se entregó por nosotros á la muerte y oró por los mismos que le crucificaban. «Digamos, pues, todos los dias, digámonos:» lo de corazon y cumplámonos lo que decimos: *perdonanos nuestras deudas asi como nosotros perdonamos á nuestros deudores*, dice san Agustin (1). Hacemos un contrato con Dios. Esto te dice tu Señor: perdona y perdono. ¿No has perdonado? tú eres quien te perjudicas y no yo. ¿Teneis enemigos? Amadlos. Por mas furioso y mas mal que te quiera tu enemigo no puede hacerte tanto daño como tú mismo te haces si no le amas. El puede hacer daño á tu casa, á tus ganados, á tus hijos, á tu

(1) Serm. 48 de divers.

» mujer y cuando mas á tu cuerpo si tiene la ocasion y la
» fuerza. ¿Pero tiene poder como tú para hacer daño á tu
» alma? *Amad á vuestros enemigos.* Creed en primer lugar
» que esto puede hacerse, y pedid que se haga en vosotros
» la voluntad de Dios.... Perdonad vosotros y se os perdo-
» nará, y si no lo hiciéreis perecereis. ¿Por qué traéis siem-
» pre el corazon por la tierra? Oid que se nos dice: *arriba*
» *los corazones*, estendéos, amad á los enemigos. Si no amas
» al enemigo que se arma contra tí, ama al que te se hu-
» milla, al que te dice: hermano te he ofendido perdóna-
» me. Si ni aun á este perdonares, no te digo que quites la
» oracion de tu corazon, sino que serás quitado del libro
» de Dios.

¿Cómo nos perdonará Dios nuestros pecados, direis, si para ello hemos de perdonar á nuestros enemigos, reconciliarnos con ellos, olvidar sus injurias y amarlos y esto nos es tan difícil ni podemos, por mas que hacemos olvidar los agravios que recibimos? No desconfíeis de vuestra salvacion, hijos míos, porque al tiempo que veis la necesidad de perdonar á los enemigos, hallais en vosotros la repugnancia y dificultad de hacerlo, ni mucho menos dejéis por eso de orar y rezar con devocion el *Padre nuestro*. El apeñito y los afectos de la carne son contrarios á los afectos y deseos del espíritu, y aunque el espíritu esté pronto la carne está enferma. En esto consiste la guerra que interiormente experimentamos entre nuestras pasiones y nuestra razon, y nuestro mérito consiste en dominarnos, sujetar las pasiones, hacer cuanto podamos por vencerlas y obrar no lo que queremos sino lo que debemos. Nuestras pasiones nos incli-

nan á la venganza, pero el espíritu y la razon nos mandan perdonar, pues lo que debemos procurar es mantenernos firmes en el deseo y la voluntad de perdonar y no desconfiemos aunque nuestras pasiones nos esciten á la venganza y contradigan nuestros buenos deseos. Si no buscáis ni aprovecháis las ocasiones favorables de vengaros, si visitais á vuestro enemigo cuando está enfermo, si no le negais el habla cuando le hallais, si le socorreis en sus necesidades, si obráis con él como con todos los demas y no os desahogais contando vuestras ofensas y las injurias recibidas ni denigrando su honor y reputacion, sino que procurais olvidarlo todo aunque os cueste repugnancia y teneis sujeta vuestra voluntad á la de Dios y un deseo verdadero y sincero de perdonar y pedis al Señor que os dé todo aquel espíritu recto y caridad verdadera que necesitais para perdonar y amar á vuestros enemigos, no desconfiéis de que os perdone Dios ni dejéis de decirle humildemente: «Perdónanos nuestras deudas así como nosotros » perdonamos á nuestros deudores.» Si aun no teneis tan buenas disposiciones y no habeis dejado el odio y el deseo de venganza, orad tambien, porque decís la oracion de la iglesia y en nombre de la iglesia en la que hay muchos que perdonan de todo corazon á sus mas crueles enemigos y porque orando pedís á Dios sus dones, los dones de una verdadera penitencia y caridad, y por consiguiente, aquella buena voluntad que debeis tener para con los que os han ofendido. Pidiendo á Dios que nos perdone, pedimos juntamente que nos dé fuerzas para cumplir el deber de perdonar á nuestros enemigos. «Si han de decir *perdónanos*

» *nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nues-*
» *tros deudores* tan solo aquellos que aman á los enemigos,
» no sé qué hacer ni qué decir, dice san Agustín (1). ¿Os diré
» que si no amais á los enemigos, no oreis? Tan lejos de esto,
» que os diré todo lo contrario; orad para que los ameis. ¿De-
» beré deciros que si no amais á vuestros enemigos no digais en
» la oracion del padre nuestro: *perdonanos nuestras deudas*
» *así como nosotros perdonamos á nuestros deudores*? Si no
» lo decís, no sereis perdonados; y si lo decís y no lo ha-
» ceis, tampoco os perdonará Dios. Luego debéis decirlo y
» hacerlo y así es como Dios os perdonará.»

Es preciso, hijos míos, para que hagamos con fruto es-
ta peticion á nuestro Dios, que vengamos á su presencia hu-
millados, arrepentidos y contritos; porque el Señor no con-
cede el perdón sino á los verdaderos penitentes; es preciso
que al mismo tiempo que pedimos perdón á Dios detestemos
nuestros vicios, dejemos nuestras malas costumbres, nos
apartemos de las malas compañías, de los tratos deshonestos
y de todo lo que nos ha sido ocasion de pecado: es preciso
mai; que lavemos nosotros nuestras manchas y pecados con
nuestras lágrimas, que nos mortifiquemos y castigemos á
vista de la majestad de Dios á quien hemos ofendido, de la
apostasía que hemos cometido contra Dios por entregarnos
al servicio y esclavitud del pecado, que oremos, que suspire-
mos y hagamos violencia á Dios con nuestros ruegos y nues-
tras humillaciones y penitencias postrándonos como el hijo

(1) Serim. 48 de divers.

pródigo confesándonos por indignos de ser sus hijos, reconociéndonos por grandes pecadores como el publicano y confiando en su bondad y misericordia infinita que no nos abandonará. Pedir que Dios nos perdone y no querer nosotros y estorbárselo nosotros y repugnarlo nuestro corazon al tiempo mismo que lo dicen nuestros labios, no es querer ser perdonados. Es querer seguir por el camino ancho que lleva al infierno el no apartarse de la ocasion, el seguir en el mal ejemplo y escándalo que se dá con una conducta públicamente desarreglada, con unas palabras indecentes, con una amistad deshonesta, con unos odios que pasan entre las familias de padres á hijos, con los juegos, los malos matrimonios, la mala educacion de los hijos y con tantos otros desórdenes y pecados.... No, hijos mios, por mas que digamos al Señor: *perdónanos nuestras deudas*, clamaremos en vano si nosotros no nos arrepentimos como la **Magdalena**, si no lloramos amargamente como **Pedro**, si no dejamos nuestra mala vida como muchos grandes pecadores que se arrepintieron y los perdonó el Señor y fueron grandes santos. Con tales afectos y disposiciones debemos pedir el perdon poniendo al mismo tiempo los medios. Para esto nos dejó el Señor el sacramento de la penitencia para remision de los pecados; el sacramento de la Eucaristia para que siendo el alimento de nuestras almas nos fortifique y haga temibles á nuestros enemigos. Y entonces diremos que queremos con sinceridad que Dios nos perdone y que queremos sanar, cuando tomemos con frecuencia las medicinas de nuestras almas que son los santos sacramentos. Tambien contribuye mucho para que Dios nos perdone el que seamos compasivos

y misericordiosos, porque tendrá el Señor misericordia de nosotros si nosotros la tenemos de nuestros prójimos, y por eso se nos dice que la limosna libra de la muerte, limpia de los pecados y hace hallar la misericordia y la vida eterna. «No solamente dá limosna, dice san Agustin (1), el que » dá la comida al hambriento, la bebida al sediento, el » vestido al desnudo, el hospedaje al peregrino, el que » oculta al que huye, el que visita al enfermo ó al encarcelado, » el que redime al cautivo, alivia al débil, consuela al triste, » corrige al que hierra y aconseja al que busca deliberacion ó » hace otras obras de misericordia, sino tambien el que perdona las injurias y admite de todo corazon á su amistad » y pide á Dios por el que le ha ofendido. Hay muchos » jéneros de limosnas que si las hacemos sirven de ayuda » para que se nos perdonen los pecados; pero ninguna limosna es mayor que la que hacemos perdonando de todo » corazon á los que nos han ofendido. Es menos grande » el ser benéfico para con aquellos que no nos han hecho » mal alguno, que el amar á los propios enemigos, hacer » todo el bien que se puede á los que nos han hecho algun » mal y cumplir con lo que nos manda el Señor: amad á » vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen y » orad por los mismos que os persiguen.»

Si esta es la limosna mas grata y acepta al Señor, es tambien la que podemos hacer todos por pobres que seamos. No olvidemos jamás estas máximas de salud, y estos medios

(1) In Enchir. cap. 72.

tan suaves y fáciles con que podemos conseguir el perdon de todos nuestros pecados, y cuidemos disponernos siempre de modo que podamos decir con verdad y de todo corazon á nuestro Dios: *perdónanos nuestras deudas asi como nosotros perdonamos á nuestros deudores*. Dios nos perdonará si nosotros perdonamos, y despues de su gracia en esta vida nos dará su gloria en la eterna.

PLATICA XV.

De la sesta peticion del Padre nuestro:

NO NOS DEJES CAER EN LA TENTACION.

No solamente los pecados nos estorban conseguir el fin dichoso de nuestra bienaventuranza privándonos de la gracia y amistad de Dios, sino tambien las continuas tentaciones que nos rodean por todas partes mientras estamos en este mundo y que convierten nuestra vida en una milicia y guerra continua sobre la tierra. Cuanto mas procura el hombre convertirse á Dios, evitar el pecado, entregarse al cumplimiento de los preceptos divinos y á los oficios de piedad y devocion, cuanto mas se niega á sus pasiones, á los deleites y vanidades del mundo y se esmera en arreglar su voluntad á la voluntad de Dios, tanto se enfierecen mas sus enemigos, le acometen con mas fuerza y aumentan todas sus malas artes para derribarle; y de aqui es, que aun despues de perdonados los pecados, despues de

reconciliados con Dios y admitidos á su gracia tenemos necesidad de pedir al Señor sus auxilios, su poderosa protección para vencer las tentaciones y no volver al estado de culpa que con tantas veras hemos aborrecido. Para salir del pecado cometido pedimos á Dios que: «nos perdone nuestros» tras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros» deudores» y para no volverlos á cometer, para preservarnos de caer de nuevo en los pecados pedimos que: *no nos deje caer en la tentación.*

He dicho, hijos míos, que aunque hayamos conseguido la gracia de Dios, aunque por su ayuda y mediante la virtud de los santos sacramentos hayamos salido del estado miserable del pecado y podamos llamarnos justos, tenemos necesidad de pedir á Dios que *no nos deje caer en la tentación*, que nos dé sus auxilios y no nos desampare en la guerra que tenemos que sostener con nuestros enemigos porque nada podemos sin su ayuda y socorro; y si consideramos nuestra ignorancia, nuestra debilidad y flaqueza, nuestra fuerte propensión al mal conoceremos que aunque nuestro espíritu esté pronto, la carne está enferma y debilitada. Adán cayó en el pecado sin embargo de haber sido enriquecido por Dios con tantos dones y gracias, con un conocimiento y una libertad perfecta, con abundantes fuerzas y sin la propensión al mal que tenemos nosotros. El príncipe de los apóstoles san Pedro, lleno de amor y celo por su Divino Maestro, después de haber sido testigo de su vida y de sus obras, después que con el mayor esfuerzo y confianza prometió que no le negaría aunque hubiere de morir con él, aterrado con la pregunta de una criada negó y

perjuró que no conocia á aquel hombre, y la columna tan fuerte de la iglesia fue derribada con un ligero soplo. Otros muchos varones piadosos y santos ocupados en servir á Dios y celosos de su honor y gloria han caido en pecados enormes por la fragilidad de la naturaleza humana y las tentaciones del enemigo comun que no dejó sin tentar ni aun al mismo Jesucristo. ¿Cuánto no deberemos temer nosotros metidos continuamente en tantos peligros, acometidos y rodeados de enemigos estraños que lo son el mundo y el demonio, y de los que son mas terribles y furiosos, que son nuestros enemigos domésticos, nosotros mismos, nuestra carne con sus apetitos y pasiones?

Cada uno es tentado por su concupiscencia. Nuestra carne es nuestra Eva interior. Es la Dalila con quien tiene convenida nuestra entrega y perdicion el enemigo filisteo y se vale de nuestros apetitos para cautivar nuestro corazon y perder nuestra alma. «A cada uno de nosotros, dice el » padre san Cipriano (1), nos observa y rodea el demonio » nuestro enemigo y á la manera de un enemigo que nos » tiene sitiados examina y registra los muros, observa en » nosotros si hay alguna parte menos sólida, menos vijilante y estable por la que pueda penetrar al interior de » nuestra alma. Presenta los objetos que llamen nuestra » atencion y aviven por su hermosura y sus encantos nuestra concupiscencia carnal para destruir nuestra castidad » valiéndose de nuestra vista. Se vale de nuestros oídos

(1) Tract. de Zelo et Livore.

» para destruir el vigor y gravedad cristiana con músicas
» provocativas. Incita nuestra lengua con los insultos, nos
» instiga con las injurias á las venganzas y las muertes.
» Para hacer al alma esclava del dinero la propone las ga-
» nancias y los tratos injustos; promete los honores de la
» tierra para perder los de la gloria; presenta los bienes y
» placeres falsos y aparentes para quitarnos los verdaderos,
» y cuando no puede engañarnos y perdernos con la astu-
» cia y el fraude, se presenta á las claras, amenaza, pro-
» mueve los terrores de una cruel persecucion; siempre
» está inquieto contra los siervos de Dios, siempre incau-
» sable, siempre dispuesto á perjudicar: en la paz engaña-
» dor, en la persecucion violento.»

El mundo está coligado tambien con el demonio pa-
ra arrastrarnos al pecado y llevarnos á la condenacion
eterna. Cuanto hay en él es concupiscencia de la carne
concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida, y estas
concupiscencias son los instrumentos de que se vale el de-
monio para tentarnos. Los deleites terrenos y carnales,
la curiosidad desmedida y la soberbia, he aquí como es-
plica san Agustin nuestras concupiscencias, y de donde di-
manan todos nuestros pecados. Nos lo explica aun con mas
claridad este mismo santo cuando nos dice (1), «Dos
» cosas hay que hacen caer al hombre en el pecado:
» el placer y el deleite, ó el dolor. El deleite le lleva con
» halagos, el dolor le impele. Contra los deleites es ne-

(1) Serm. 42, de Divers.

» cesaría la continencia y contra los dolores la paciencia.
» He aquí los modos con que se le sujiere al alma que
» cometa el pecado: ó bien se la dice: obra y recibirás es-
» to, ó bien: obra para que no padezcas. Al deleite pre-
» cede la promesa, al dolor las amenazas. Los hombres pe-
» can, ó bien por gozar los deleites, ó bien por no sen-
» tir los tormentos y privaciones. Lleva el enemigo preve-
» nido el error y el terror. El error para engañarnos
» y atraernos, y el terror para acobardarnos y dejarnos caer.
» Cerrad la puerta de vuestros apetitos contra el error y
» la de vuestro temor contra los terrores y persecuciones,
» concluye el mismo san Agustin.»

Demasiado sabemos, hijos míos, las frecuentes y terribles tentaciones que nos siguen y acometen en todas partes y que el demonio ayudado del mundo y de nuestra carne nos acomete sin cesar ya ocultamente ya á las claras. Es un espíritu poderoso, es un fuerte armado, es un leon en su ímpetu, un dragon en sus asechanzas, son innumerables las artes de que se vale para dañar y está poseido de un odio, de una envidia y de un furor incomparable contra los hombres. Su maldad y todas sus artes se encaminan á perdernos y privarnos como él se privó á sí mismo, de la herencia de la gloria y hacernos participantes de su eterna condenacion. Este enemigo perverso nunca se cansa, nada deja por acometer, á nadie perdona habiéndose atrevido á tentar á nuestros primeros padres en el paraíso y á nuestro Señor Jesucristo en el desierto. No hay estado ni condicion que se vea libre de este enemigo infernal, y como lo sabeis hay tentaciones y pe-

ligros en la casa y en la calle, en el camino y en la plaza, en el hombre y en la mujer, en el casado y el soltero, en el pobre y en el rico, aun en la misma iglesia en que venimos á pedir á Dios el perdón de nuestras culpas y los auxilios para no ofenderle nos acometen las tentaciones, y nuestra vista, nuestros pensamientos, nuestros deseos y otras muchas cosas hay de que se vale el demonio para hacernos pecar aun en el mismo lugar santo. Ni aun nos deja en el descanso del sueño escitando en él las ideas torpes para que nos alijamos y entristezcamos ó para lograr derribarnos.

Bien sé que los que se precian de despreocupados y fuertes, que mucha parte de los hombres de nuestros días se rien y miran con desprecio cuanto decimos de tentaciones y de diablos, que todo es, según ellos, una invención para acobardar á las jentes sencillas, y que no creen en el infierno ni en los espíritus malos que nos tientan, ni en la guerra que decimos que tenemos que sostener y de que es preciso que triunfemos para ser coronados, porque, nosotros, dicen, no tenemos semejantes tentaciones, jamás nos inquieta el demonio ni sentimos esa guerra y esa inclinación al pecado. *Vos ex Patre Diabolo estis.* Verdad es, hijos míos, que llega el hombre á tal estado que se habitúa y connaturaliza de tal manera con el pecado, que lejos de sentir las tentaciones se complace en ellas, las procura, las sigue y se gloria de ser malo. Estos son un mismo cuerpo con el diablo, no los tienta, son suyos, están ya afiliados en su esclavitud y sería una necedad el derribar al que está caído y conquistar al que se entrega por

sí mismo. El demonio los tiene por hijos suyos y lejos de tentarlos se vale de ellos para pervertir y tentar á los demas. ¡Ay hijos míos! esta es la mayor tentacion, el no sentir las tentaciones, el no ser tentado á la manera que el no sentir los dolores es la señal mas desesperada en un enfermo.

Dejad esos vicios que os dominan, apartaos de esas compañías que os pierden, emprended una vida nueva, cristiana y ejemplar y el demonio redoblará sus esfuerzos para volveros á sus prisiones, os recordará los dias de vuestros placeres, os presentará humillaciones y desprecios, os hará tomar hastio á la nueva vida y que os sean pesadas las prácticas que abrazásteis con tanto fervor; bastará que os resolvais á seguir á Jesucristo para que el mundo os desprecie, para que vuestros amigos se burlen y huyan de vosotros llenándoos de dictérios y hablando en vuestra ausencia peor que si hubiérais cometido grandes crímenes; el demonio y el mundo no os perdonarán y procurarán vengarse, y vuestra misma carne, vuestras pasiones se resistirán mas cuanto mas trateis de refrenarlas y contenerlas. Mientras el hombre vive entregado á sus antojos no siente las tentaciones del demonio porque él mismo es su mayor enemigo. De aquí es que cuanto mas se resuelve el hombre á servir á Dios y cumplir su ley es mas acometido de los espíritus malos que le rodean para devorarle, y es mayor la guerra que tiene que sostener contra los príncipes de las tinieblas. «Hijo, dice el Espíritu-Santo (1), » cuando te llegues al servicio de Dios está firme en la jus-

(1) Eccl. cap. v. 1.

» ticia y en el temor de Dios y prepara tu alma á la tenta-
» cion.» Su comida es escojida (1) y no se complace en
acometer á los que están sumerjidos en los vicios, á quienes
halla precipitados voluntariamente con él, sino á los justos y
siervos de Dios como espone esta sentencia del profeta Ha-
bacuc el padre san Gregorio (2). Lleno de perversidad y
astucia usa de mil artes y condesciende con muchas de nuestras
buenas obras para llevarnos mas facilmente á la perdicion; se
vale de la misma virtud para robarnos las virtudes, y tiene la
sagacidad de empezar por dejarnos caer en faltas leves para
llevarnos insensiblemente á los pecados mas graves. A Cain
no le persuadió desde el principio la muerte de su hermano,
hubiera abominado tan horrendo crimen viendo de repente
toda su maldad, le sujirió primero que ofreciera á Dios lo
peor de sus bienes y que no cometia en ello pecado alguno;
encendió despues en su corazon el fuego devorador de la en-
vidia y asi le condujo insensiblemente á la muerte de su her-
mano, á negar su delito y á la desesperacion. Ninguno lle-
ga de repente al último estremo de la impiedad. Hay un
pudor y aborrecimiento natural al pecado en nuestras almas
de que no podemos desprendernos de una vez y solo empe-
zando por el desprecio de las cosas pequeñas nos conduce el
demonio á los mayores escesos. Una risa inmoderada si se
reprinde se suele tener por una cosa inocente y sin malicia
alguna, pero de la risa se pasa en seguida á la chocarrería
desmedida en el hablar, del hablar mucho se pasa á hablar

(1) Cap. 1.

(2) Libr. 32 moral. cap. 10.

torpemente y de hablar torpemente se pasa á obrar sin poder, sin respeto y sin vergüenza. Llega uno á cometer una muerte y en su orijen fué una sola palabra, la palabra enjendró una discordia, de la discordia se pasó al odio, á las enemistades, á las injurias y á la muerte. Judas no empezó por vender á su maestro, pero empezó por lo que apenas era reprehensible, por el apego al dinero y el ansia de atesorar. Si tan multiplicadas y peligrosas son las tentaciones y asechanzas de nuestro enemigo tan poderoso y tan constante en acecharnos y tan empeñado en perdernos, conviene orar siempre y estar vijilantes para que jamás nos encuentre desprevenidos y no nos dejemos engañar; es preciso evitar hasta las faltas que nos parecen ligeras y perdonables porque son la raíz de que brotan los grandes pecados. Necesitamos mucho, hijos míos, la gracia y los auxilios de Dios para que viviendo en un cuerpo mortal y un mundo corrompido no cedamos á nuestras concupiscencias dirigidas y agitadas contra nosotros por el enemigo comun. Por justificados y fuertes que seamos ¡qué difícil no es respirar un aire pestilente y no contagiarse! ¡no dejarse arrastrar de la blandura de los placeres, de la brillanted de las riquezas, del deseo de los deleites! ¡qué raro y difícil no es no mancharse en el lodo de tantos vicios y no caer del estado de la humildad cristiana con los vientos de los honores, de las riquezas y de las alabanzas humanas! Tenemos pues necesidad de recurrir á Dios, de implorar los auxilios necesarios de su gracia para vencer las tentaciones que nos acometen por todas partes, diciendo: *no nos dejes caer en la tentacion.*

Conviene que sepáis lo que entendemos por tentacion

para que conozcaís lo que pedimos á Dios y la necesidad que tenemos de suplicarle que no nos deje caer en la tentacion. Tentar es experimentar ó probar á otro, y la tentacion es hacer este experimento ó prueba que puede hacerse para bien ó para mal, y así hay tentaciones que nos vienen de Dios y las hay que nos vienen del demonio nuestro enemigo, á la manera que de un modo tienta y examina un padre ó maestro á su hijo ó discípulo, y de otro le prueba un sofista, el uno para enseñarle, y el otro para engañarle; el uno para ejercitarle, y el otro para alucinarle; así decimos que Dios tienta á los hombres cuya virtud quiere probar, no porque ignore las disposiciones, sentimientos y afectos de las almas porque todo está desnudo y patente á sus ojos y nada le podemos encubrir, sino porque quiere manifestar á otros la virtud de los suyos, que sirvan de ejemplo á los demas, que alaben por eso á su Majestad y bendigan y den gracias al Señor. Hay muchos que creen que han adelantado en el servicio de Dios y en la perfeccion cristiana, que se creen unidos firmemente á Dios y confían en que siempre le amarán porque no se han experimentado ni conocido á sí mismos, y cuando el Señor los envia la desgracia ó la tribulacion ó permite que el demonio los tienta conocen por experiencia propia lo mucho que los falta para ser perfectos. Permite el Señor las tentaciones para que se prueben á sí mismos los hombres, para que vean su flaqueza y debilidad, para que desconfíen de sí mismos y para que aprendan; y en este sentido dice el Espíritu-Santo (1). *El que*

(1) Eccl cap. 54, v. 9.

no ha sido tentado ¿qué sabe? Este modo de tentar es propio de Dios que tienta para hacer manifiesto el amor con que le sirven los justos y aumentar sus méritos y recompensas. Asi leemos que tentó Dios á Abran para que sacrificase á su hijo y con su pronta obediencia, su fé y religion mereció una gloria inmortal para con Dios y los hombres.

Asi fué tentado el santo Job para que resplandeciese su virtud y fuese el ejemplar y modelo de paciencia mas esclarecido para todos los hombres. En este sentido rogaba el real profeta: *Pruébame Señor y experimenta mi corazon*; asi se le dijo por el ángel á Tobías que: *porque era acepto á Dios fué necesario que la tentacion le probara*; asi tienta el Señor á los suyos cuando los envía la pobreza, la enfermedad, la persecucion y demas jéneros de calamidades, para probar su paciencia, es decir, para que conozcan ellos mismos y los demas si es sólida y verdadera su virtud, para que sirvan de ejemplo á los otros y para aumentar sus dones y sus recompensas, y en este sentido dice el apóstol Santiago (1): «Bienaventurado aquel
» que sufre la tentacion porque luego que sea probado
» recibirá la corona de vida que prometió Dios á los que
» le aman.... Tened á gran gozo cuando fuéreis aco-
» metidos de grandes y varias tentaciones teniendo por
» cierto que sufriendolas con paciencia se prueba vuestra
» fé y que la paciencia perfecciona vuestras obras.»

Las tentaciones del diablo no son para instruir sino para destruir, no para enseñar sino para engañar, no para que aprovechen los hombres y adelanten en la justicia y santidad sino para perderlos y hacerlos reos de la condenacion eterna como tentó á nuestros primeros padres. Dios no nos deja caer en la tentacion impeliéndonos al pecado ú obligándonos á cometer el pecado porque le aborrece y en ninguna manera es autor ni causa del pecado y estamos muy distantes de pedir en esta peticion que Dios nos lleve ó conduzca al pecado que esto seria una blasfemia, pero nos deja Dios caer en la tentacion negándonos sus auxilios, permitiendo que seamos vencidos de nuestros enemigos. Somos débiles y flacos, nuestros enemigos son poderosos y fuertes, y nosotros no podemos vencerlos sin la ayuda de Dios. Esta ayuda nos la niega el Señor justamente porque nunca está obligado á dársela, porque nosotros mismos nos olvidamos de pedirla y nos metemos voluntariamente en las tentaciones, porque retira el Señor sus auxilios por nuestros pecados, porque apartándonos de su servicio buscamos á sus enemigos y el Señor nos deja abandonados á sus enemigos y nosotros. El Señor nos deja caer en la tentacion, no obligándonos á pecar; sino desamparándonos y no dándonos sus auxilios. Tambien decimos que Dios nos deja caer en la tentacion cuando abusamos de los beneficios y bienes que nos dá para nuestro aprovechamiento y los convertimos en nuestra perdicion, disipando como el hijo pródigo los bienes de nuestro padre en los vicios y el desenfreno de las pasiones. Asi los beneficios temporales que Dios nos dá, los dotes de

un entendimiento despejado, de una ciencia brillante, de unas riquezas, honores, dignidades y otros muchos que pudieran ayudarnos á obrar la justicia, la misericordia y todo jénero de virtudes con la gracia y los auxilios del Señor, por nuestro vicio y malas inclinaciones dejándonos Dios vienen á servirnos para nuestra mayor ruina y perdicion.

El Señor es bueno, hijos míos, y no permite que seamos tentados sobre lo que pueden nuestras fuerzās. Permite que los buenos y piadosos sean tentados, pero viene en su ayuda luego que le invocan y no consiente que caigan en la tentacion; y por esto oramos que no permita que seamos vencidos de la tentacion, que no nos desampare en los peligros, que no cedamos á la tentacion. Nuestros enemigos nada pueden contra nosotros, si Dios no los da su permiso y así todo nuestro temor, nuestro recurso y nuestra esperanza debe dirigirse á Dios. Dios permite que nuestros enemigos nos tienten ó para nuestro castigo cuando no queremos invocarle y nos dejamos llevar de nuestras pasiones, ó lo permite para nuestra mayor gloria hallándonos firmes. De modo que en las tentaciones debemos humillarnos siempre y acudir á Dios con temor y reverencia y así nos socorrerá y sacará triunfantes de todos los peligros; y si confiamos en nosotros mismos, si nos olvidamos de Dios ó despreciamos sus socorros caeremos en las tentaciones, y esto es lo que pedimos en esta peticion: que no permita que nos olvidemos de sus gracias, que le llamemos en nuestra ayuda y nos dé el que le invoquemos en los dias de la tribulacion, que no nos deje ser engañados de las tentaciones ó que nos asuste el terror y las amenazas y castigos faltándonos su gracia, que nos dé

fuerzas para la pelea y la ciencia y virtud necesaria para conseguir el triunfo.

Nuestra es la culpa y obra nuestra son nuestras caídas y pecados, porque no acudimos á Dios, porque nos falta aquella fé con que los santos vencieron los reinos y se sobrepusieron á los mayores tormentos, porque nada hacemos de nuestra parte ni nos proponemos por modelo á Jesucristo que tanto sufrió por nosotros, ni pensamos en su gloria que perdemos por el pecado, en el infierno á que nos lleva un vil deleite, porque queremos ser fuertes sin pelear, sin orar, sin leer libros devotos, sin contemplar la pasión de Jesucristo y los ejemplos de los santos, sin hacer reflexion sobre los bienes eternos y los castigos del infierno, porque no nutrimos y alimentamos nuestras almas con los sacramentos y la divina palabra, y hallándonos débiles nuestros enemigos nos derriban con facilidad; porque no refrenamos nuestros sentidos, nuestros apetitos y deseos y se vale de ellos nuestro comun enemigo para nuestra ruina, porque no queremos armarnos con las armas del ayuno y mortificacion, de la oracion y humildad, del menosprecio de las pompas y vanidades del mundo que es como nos enseña la doctrina cristiana, y nos dió el ejemplo Jesucristo, que se huye y vence de nuestros enemigos el mundo, el demonio y la carne.

No pedimos por esto no tener tentaciones; es útil y fructuosa para los hombres la tentacion, porque no hay corona sin triunfo, no hay triunfo sin pelea, y no hay pelea sin enemigos que tienten y acometan... La tentacion nos hace sumisos, humildes, vijilantes y atentos á Dios esperando su ayuda en la pelea para conseguir el premio. Dios

es nuestro refugio y nuestra ayuda y hace que las tentaciones aumenten nuestros méritos y den á conocer nuestra virtud. Nuestra vida es una continua guerra sobre la tierra y esta guerra nos facilita los méritos y los premios sabiendo vencer ayudados de Dios. Sin embargo podemos licitamente pedir á Dios que no nos envíe tentaciones, que no permita que seamos tentados especialmente en aquellos vicios á que estamos mas propensos. La tentacion es por sí misma peligrosa para la salud, y la humildad cristiana nos inclina á evitarla, á no desearla, no buscarla, no esponerse á ella. Cuando el Señor permite que nos vengan las tentaciones debemos tolerarlas, pero no amarlas. «¿Quién hay, » dice san Agustín (1), que apetezca y desee las molestias » y las dificultades? Se nos manda que las toleremos, pero » no que las amemos. Ninguno ama aquello que to- » lera aunque ama el tolerar.» No siempre nos oye Dios cuando le pedimos no ser tentados, porque sabe muy bien que nos convienen las tentaciones para escitar nuestra vigilancia, nuestra fé y para sujetar nuestra arrogancia y soberbia.

No estando en nuestra potestad el ser ó no ser tentados, debemos estar dispuestos á tolerar las tentaciones con un ánimo cristiano, á resistirlas fuertes en la fé, confortados con la ayuda y poder del Señor á decir apoyados en la virtud divina como Job: «Ponme, Señor, á tu lado » y cualquiera mano pelee contra mí.» O con el real

(1) Lib. X conf. cap. 28.

profeta: «No temeré los males porque tú estás conmigo.» Seamos vigilantes, humillémonos á nosotros mismos, prevengámonos del ayuno, la limosna y la oracion, resistamos al demonio y á los demas enemigos de nuestra alma y no nos vencerán; no nos dejarán caer en la tentacion, nos temerán y huirán de nosotros. Pidamos humildemente al Señor que: *no nos deje caer en la tentacion*, y con esto le suplicamos que no consienta ni permita jamás que sucumbamos á las instigaciones de nuestros enemigos. Le pedimos su auxilio para sujetar los apetitos rebeldes de nuestras concupiscencias y deseos. Le pedimos que ninguna criatura nos incite ni provoque al pecado y sea motivo de separarnos del amor de Jesucristo. Que ni el mundo con toda su malicia, ni las persecuciones, ni las calumnias, ni las vejaciones y molestias nos provoquen á la ira, á la impaciencia, á la venganza sino que conservemos constantemente hasta la muerte la fé, la esperanza y la caridad de Dios. Pedimos que cuando Dios nos envia justos castigos por nuestros pecados los sepamos aprovechar para nuestro bien y no los convirtamos en daño. Pedimos que ninguna tentacion de demonio nuestro enemigo por pequeña que nos parezca nos derribe de modo que caigamos en ella y seamos hechos esclavos y presa suya. Pedimos no solamente por nosotros, sino por todos los cristianos, para que el Señor que tantos recursos nos dejó para vencer, dé la habilidad á nuestras manos para saber manejar las armas y hacer la guerra, nos dé á todos la proteccion de la salud y nos acoja bajo su sombra contra todos los enemigos de nuestras almas, para que conseguida la victoria le demos eternamen-

te las gracias y llenos de alegría uniendo nuestras voces y cánticos con los ángeles celebremos el triunfo en el cielo y nos congratulemos en la gloria del Señor, y en los castigos de los enemigos que tanto nos tentaron en el mundo, y procuraron nuestra miseria y perdición.

PLATICA XVI.

De la sétima peticion del Padre nuestro:

MAS LIBRANOS DE MAL.

Decimos últimamente en la oracion del Padre nuestro: *mas libranos de mal*, con lo que reducimos todas nuestras peticiones y las comprendemos bajo esta sola formando en ella como el compendio de todo cuanto hemos pedido y podemos pedir á Dios. «Diciendo al Señor: libranos de mal, » dice san Cipriano, nada nos queda que pedir, porque » pedimos de una vez la proteccion de Dios contra el mal, » y conseguida esta quedamos defendidos y seguros contra » todos los tiros y asechanzas del demonio y del mundo. » ¿Qué miedo podrá tener en este mundo el que tiene á » Dios por su defensor?»

Podemos decir tambien que habiendo pedido á Dios en las anteriores peticiones que nos libre de los pecados perdonándonos nuestras deudas y no dejándonos caer en las tentaciones que son los males de culpa, pedimos últimamente.

que nos libre de los males de pena que tambien nos sirven de estorbo para trabajar en la carrera de nuestra salvacion. Voy á manifestaros lo que comunmente entienden los santos padres por este mal que pedimos á Dios aparte de nosotros en esta peticion, y con esto sabreis lo que pedimos al Señor en ella y os advertiré tambien el órden y modo con que debemos conducirnos en esta última súplica.

Tertuliano, san Basilio, san Juan Crisóstomo, san Agustín y otros muchos santos entienden por esta palabra *mal* el demonio que es principalmente el *malo*. Aquel es y puede llamarse absolutamente *malo* que está en el último grado de malicia y no puede salir ni arrepentirse de ella. El que es el autor y origen de los males y pecados de los hombres á quienes por su envidia y malas sujestiones incita á que ofendan á Dios y caigan en todo jénero de pecados. El que es el verdugo y ministro de la divina justicia de quien se vale el Señor para castigar á los malvados. Es el *malo* el demonio porque tiene declarada una constante y cruda guerra á los hombres aunque en nada le hayamos ofendido porque constantemente nos persigue con un odio y enemistad irreconciliable, procurando por todos los medios nuestra ruina, y si hallándonos firmes en la fé y que segun nos enseña Jesucristo le resistimos con la vigilancia, la oracion y la humildad de modo que no logre vencernos y arrastrarnos al pecado, nos atormenta, nos aflige, nos proporciona contradicciones y desgracias para que en alguna peligrosos y caigamos en la culpa como lo vemos en el santo Job, y en otros muchos varones pialosos.

Siendo el demonio el mal principal y el enemigo mayor de donde nos dimanen los mayores males que son los pecados y tentaciones, pedimos en primer lugar el auxilio de Dios para que nos libre del *mal* que es el demonio. Razon porque no decimos que nos libre de los malos, sino solamente del malo como nos enseñó Jesucristo, dando á entender que todos los males que nos hacen los hombres hemos de atribuirlos y referirlos al diablo que los incita y sugiere el obrar mal y que se vale de ellos como de instrumentos para hacernos daño, y que todo nuestro odio, venganza y mala voluntad debe dirigirse contra el diablo y no contra los hombres, que por su impulso y sugestion nos ocasionan males y perjuicios. Y asi, si nuestro prójimo nos ofende debemos pedir á Dios que no solamente á nosotros sino tambien al mismo prójimo que nos injuria y perjudica nos libre del enemigo malo y de los lazos que nos tiende el demonio; y á la verdad debemos dolernos mas de la mala suerte de nuestros mismos enemigos y perseguidores que de la nuestra, asi como es mas sensible la desgracia de un frenético que la de los amigos que le sirven y contra quienes se enfurece si no se le sujeta. No es miserable el que padece las injurias, sino el que las hace padecer como que este obra como ministro y esclavo del diablo autor principal de todo lo malo.

Puede entenderse tambien por nombre de *mal* todos los peligros, incomodidades, desgracias, infortunios que pueden sucedernos ó amenazarnos, bien sea al cuerpo, al alma, á los bienes temporales que cada uno posee, al honor, fama y buena reputacion; en una palabra, todos los males de

pena ya sean de esta ó de la otra vida; de modo que pedimos á Dios que no permita que seamos castigados y oprimidos con las calamidades de este mundo ni de la eternidad. Pedimos á Dios que por su amor y bondad paternal nos libre de los peligros del agua, del fuego, de los rayos y tempestades; que aparte de nosotros y de nuestros frutos y sembrados el granizo, la sequía, la peste, la carestía, el hambre, los alborotos y sediciones, las guerras; que nos libre de las cárceles, las prisiones, los destierros, las traiciones, las asechanzas de nuestros enemigos, de las envidias y que no se conozcan entre nosotros hombres malos, facinerosos y perjudiciales. Pedimos también que los bienes temporales, á saber: las riquezas, los honores, la salud, las fuerzas y la misma vida que el Señor nos dá, no se conviertan en daño y perjuicio de nuestras almas. Que nos libre de una muerte repentina y violenta, de que provoquemos su ira y sus venganzas, y mas que de todo de la condenacion eterna. Y en una palabra, que nos libre de todos los males pasados, presentes y venideros para que ayudados de su misericordia estemos siempre libres del pecado y seguros de toda perturbacion é inquietud como se dice en las oraciones de la santa misa en seguida del pater noster y en las letanias que tiene dispuestas para pedir al Señor sus beneficios nuestra madre la iglesia.

No es menester mucho para manifestar los muchos trabajos y calamidades á que estamos espuestos en esta vida sin que haya uno que pueda eximirse ni por valor, ni por riquezas, ni por talento, ni por privilegio al-

guno, porque ya la enfermedad, ya la pobreza, ya la pérdida de los bienes, ya la desgracia de un amigo y tantas molestias como tenemos que sufrir todos los días, sin pasarse uno que no vaya señalado con alguna incomodidad ó disgusto como nos enseñó Jesucristo en aquella sentencia de su evangelio (1), *Bástale al día su malicia*; ya en la pobreza, en los cuidados que llevan consigo las riquezas, en el estado de la juventud y en el del matrimonio, en el de sacerdote y de religioso, en el que vive retirado en su casa y en el que anda por caminos, en todo y en todas partes hallamos molestias, amarguras y aflicciones y males. Nos dijo muy bien el santo Job que: «el hombre nacido de mujer vive poco tiempo, está lleno de muchas miserias, sale como flor y luego se marchita y huye como la sombra sin permanecer en un mismo estado.» Y Jesucristo Señor nuestro nos manifestó la condición de esta vida diciéndonos que teníamos todos necesidad de tomar cada uno su cruz y seguir por el camino de las aflicciones y molestias.

Sea que el demonio por sí ó valiéndose de los hombres nos ocasione perjuicios y males, ó sea el que fuere el medio por donde nos vengan, nada nos sucede ni puede venirnos sin que el mismo Dios lo permita, bien para castigarnos ó para corregirnos ó para aumentar nuestros merecimientos y ejercitar nuestras virtudes, en cuyo sentido dice el profeta Amos (2), «si habrá mal en la ciudad que no le haya

(1) Mat. cap. 6.

(2) Cap. 5.

» hecho el Señor?» y de todos puede librarnos por grandes que sean, y en todos debemos pedirle con fervor y con confianza que *nos libre de mal*.

Nuestro amantísimo y benignísimo Padre nos libra de los males de varios y distintos modos. Porque unas veces detiene las calamidades que nos amenazan, como leemos que fué libertado Jacob de los enemigos que habia suscitado contra él la matanza de los Siquimitas, porque dice la Escritura Sagrada (1), que «el terror de Dios se apoderó» de todas las ciudades del contorno y no se atrevieron á «perseguir á los que se retiraban.» Otras libra de los males en medio de ellos conservando íntegros y sin lesión á sus siervos como libró á los tres niños arrojados al horno encendido en Babilonia, á Daniel en el lago de los leones y á otros muchísimos mártires en los tormentos mas acervos y crueles. Otras nos libra de los males, en cuanto que atempera á nuestras fuerzas las incomodidades y tribulaciones de esta vida y no nos envia trabajos superiores á lo que podemos sufrir. «Nos darás el pan del dolor y á» beber las aguas de nuestras lágrimas, con medida» dice al Señor el real profeta (2) ¿qué es con medida? pregunta san Agustín (3). Oid al apóstol que nos dice, responde el mismo santo: «Dios es fiel y no permite» que seais tentados sobre lo que no podeis sufrir,»

(1) Gen, cap. 35.

(2) Psal. 79, v. 6.

(3) Enarr. in Psal. 79.

esta es la medida, para que os instruyais, para que os consoleis, para que jamas os oprimais y caigais en abatimiento. Tambien libra el Señor de los males dando sus consolaciones interiores con que se fortifiquen los justos en medio de los trabajos y conforme á esto dice el real profeta (1). «Segun la muchedumbre de mis dolores en mi corazon, asi tus consolaciones alegraron y confortaron mi alma.» Sobre lo que dice san Agustin que son muchos los dolores pero tambien son muchas las consolaciones, son amargas y punzantes las llagas, pero son abundantes y suaves las medicinas. Asi oimos decir al apóstol: «estoy lleno de consuelo, estoy rebotando de gozo en todas nuestras tribulaciones. Es verdad que cuando estuvimos en Macedonia no tuvimos descanso alguno, ninguna tribulacion nos quedó por padecer; guerras y contradicciones por fuera; temores y sobresaltos en nuestro interior; pero el Señor que consuela á los humildes, nos consoló tambien.... Bendito sea el Señor y Dios Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de toda consolacion que nos dá aliento en todas nuestras tribulaciones, para que podamos nosotros consolar tambien á todos los que se hallan atribulados por la misma exortacion y aliento con que somos alentados nosotros mismos por Dios. Porque asi como en nosotros son abundantes los trabajos que padecemos por Jesu-

(1) Psal. 93.

» cristo, así tambien son abundantes los consuelos interiores que nos dispensa Jesucristo.

Y á la verdad, hijos míos, no pueden menos de experimentar un consuelo divino y un gozo grande en sus males los cristianos que contemplan que padecen las desgracias, las persecuciones, las incomodidades y molestias y cuantos pesares los afligen por la voluntad y disposicion de Dios que así le ordena; que Dios está y asiste á sus siervos de un modo muy particular en sus tribulaciones; «con él
» estoy en la tribulacion, le sacaré de ella y le llenaré de
» gloria» dice el profeta (1). Los que contemplan que padeciendo se hacen semejantes á Jesucristo que padeció por todos nosotros, que los trabajos, las persecuciones, las adversidades y la cruz es el camino por donde se llega al cielo porque si convino que Jesucristo padeciese para entrar en su gloria, preciso es que sufran tambien y padezcan los cristianos, porque no es el discípulo ni el esclavo de mejor condicion que su Maestro y su Señor. Que conviene que entremos en el reino de los cielos por medio de las tribulaciones y que solo muriendo á nosotros mismos viviremos para Dios y que sufriendo como Jesucristo reinaremos con Jesucristo.

El Señor nos consuela tambien en las desgracias y todos podemos aprovecharnos de este consuelo, proponiéndonos la pequeñez y la corta duracion de los trabajos de esta vida y los bienes tan grandes y eternos de la otra.

(4) Psal. 90.

Bienaventurados son los que habitan en la casa del Señor, le alabarán por los siglos de los siglos. Se acabará para siempre el llanto, el luto y el dolor y todo será gozo y felicidad. ¿Y á qué precio no debe comprarse una felicidad y un descanso eterno? ¿Nos pediría mucho el Señor si nos pudiese toda nuestra vida llena de trabajos y sufrimientos? ¡Qué bondadoso es nuestro Dios! Trabajamos pocos años para ganar la gloria, y aun en esos pocos no nos falta ningún día la consolación, el gozo y el aliento. «Lo que en esta vida es momentaneo y una tribulación que pasa en poco tiempo, dice el apóstol, nos gana y consigne los gozos de la eternidad.» Ved aquí, hijos míos, el precio con que compramos los tesoros eternos; un momento de tribulación, una desgracia que pasa y en la que el mismo Señor nos alienta y nos sostiene es el trabajo con que ganamos una merced y premio eterno, un bien que ni los ojos han visto, ni los oídos han oído, ni el corazón del hombre ha podido ni acertado á desear otro semejante, el gozo y la posesión del mismo Dios todo el conjunto de bienes y felicidades preparados por el mismo Dios para los que le aman. Y si el cristiano considera también los males y castigos eternos, las penas sin fin, el fuego devorante y el gusano roedor que nunca acabará, la compañía de los demonios en el infierno sin esperanzas de redención, sin alivio, sin consuelo y sin otra ayuda que la desesperación eterna, ¿con cuánto gusto se conformará con los trabajos momentáneos y leves de esta vida por no incurrir en los eternos, por salvar su alma y no ser desgraciado para siempre? Consuela el Se-

fior y libra de los males á los justos de un modo invisible y oculto pero siempre real y verdadero de modo que se verifica siempre que: «es la salud de
» los justos y su protector en el tiempo de sus tribulaciones» y si unas veces hace pública y manifiesta esta proteccion y otras no, no por eso deja de consolarlos y fortalecerlos en sus trabajos. «No menos fue protector el Señor de los mártires macabeos que fueron
» consumidos por el fuego, que de los tres niños que libró de la voracidad del fuego del horno de Babilonia.
» A unos y á otros ayudó y consoló, dice san Agustín (1), á aquellos en oculto, á estos en público. A
» unos los libra visiblemente, á otros invisiblemente los corona. Unos fueron preservados de la muerte, pero
» quedaron en la tentacion de esta vida espuestos á los peligros. Vencido un tirano tenian que pelear aun con el enemigo mas poderoso que es el diablo. Mejor y con mas seguridad quedaron libres los macabeos. Una tentacion
» vencieron los tres niños quedándolos las demas, y los macabeos las vencieron todas concluyendo su vida que
» toda ella es una tentacion continua.»

Habremos de decir, hijos míos, segun toda esta doctrina que: si todos los males nos los envia Dios, si nos vienen de su mano ya para castigarnos, ya para corregirnos, ya para acrisolarnos y purificarnos mas y mas; si nada nos sucede sin que el Señor lo permita y ordene

(1) Serm. 501 de divers.

por sus altos é incomprensibles juicios para los fines de su adorable providencia; si puede librarnos de los males y tribulaciones de esta vida de tantos y tan eficaces modos y en todos los trabajos nos ayuda y consuela, justo y conveniente es que en todos acudamos á Dios y le reguemos que *nos libre de mal*, y aunque no nos libre visiblemente, aunque no nos dé aquello que nosotros le pidamos y quisiéramos, pidámosle que nos libre de mal y no desfallezcamos teniendo por cierto que es poderoso para librarnos y que si no lo hace es porque es de su agrado y voluntad el que padezcamos, el que vivamos en pobreza, el que perdamos la salud, el que nos priven de lo que nos pertenece y nos librará invisiblemente dándonos la paciencia, la consolacion y equidad de ánimo, y aun el gozo en las tribulaciones haciéndonos comprender que con ellas ganamos la eterna felicidad, nos asemejamos á Jesucristo, le seguimos por el camino de la cruz y remaremos en el cielo con Jesucristo. Pidámosle que *nos libre de mal* y resignados en su voluntad siempre justa, nos librará de las tribulaciones y desgracias que nos aflijan si así nos conviene, y si no nos consolará en ellas, nos dará la paciencia y resignacion necesaria para sufrirlas, no nos oprimirá sobre lo que pueden nuestras fuerzas, y hará que los trabajos y molestias de esta vida momentanea las dirijamos de modo que ayudados de su gracia nos sirvan de precio para comprarlos bienes de un reino eterno con Jesucristo, nos sirvan de aviso para evitar los castigos del infierno y de gozo por ser hallados dignos en este mundo de ser atribulados y perseguidos, porque esta es una señal de no ser del mundo y de que Jesucristo nos ha escogido por suyos.

Pero si los bienes y males han de suceder de todos modos, si nada puede venirnos sino dispuesto y ordenado por Dios y cuando y como lo dispone su invariable providencia: ¿Para qué, podreis decir, para qué hemos de pedir á Dios que nos libre de los males si no hemos de mudar ni alterar la voluntad inmutable y eterna de Dios? De todos modos ha de sucedernos lo que Dios haya dispuesto. He aquí hijos míos, una de las tentaciones con que el demonio intenta retraer á muchos cristianos del ejercicio saludable de la oración cuya temeridad os he manifestado en otro día y podeis conocer vosotros mismos. También ha dispuesto el Señor que vivais sesenta ó setenta años y esos mismos vivireis porque su disposicion es invariable, pero estaos en esa confianza sin comer ni beber, arrojaos desde un precipicio, esponeos á los peligros mas inminentes, gobrareis con prudencia y cordura? No, porque el Señor quiere que los hombres pongamos los medios para conservarnos y no mudamos comiendo y bebiendo la voluntad del Señor sino que la cumplimos. Pues del mismo modo diremos de los bienes y los males que el Señor nos envía. Nos sucederá segun la voluntad de Dios, y en esta voluntad de Dios está incluido el que nosotros oremos y le pidamos que nos libre de los males y nos conceda sus bienes y para esto oramos, no para alterar ó mudar la voluntad del Señor, sino para cumplirla y para que nos libre de aquello que ha dispuesto librarnos mediante nuestras súplicas.

Bien sé que no dudareis de esta verdad por mas que declame contra ella la irreligion de nuestro siglo que quisie-

ra ver arruinado de una vez el culto de Dios y las oraciones de los fieles que es lo que llama *fanatismo*; pero cuando quisierais dudar de ella no os lo permitiría vuestro corazón, ese sentimiento natural profundamente impreso en nuestras almas por el que sin deliberar invocamos á Dios y le pedimos su auxilio en los momentos de nuestras tribulaciones y en todas nuestras desgracias. ¡Válgame Dios! ¡Ay Dios mío! y otras espresiones semejantes son las que primero decimos en cualquier mal que nos sucede. No debo detenerme á manifestaros esta verdad que vosotros confesais y creéis y de que os he hablado al manifestaros la necesidad que todos tenemos de orar: presencio y veo que acudis en vuestros males á Dios pidiéndole que os libre de ellos, y voy á declararos el defecto que soleis cometer para que le eviteis.

Es muy comun acordaros de Dios en vuestras desgracias temporales cuando estais enfermos, cuando perdeis alguna alhaja, cuando vuestros hijos, vuestras mujeres y aun vuestros ganados padecen algun mal, cuando hay sequera, hambre, carestía, peste ú otras calamidades temporales; y no se os ve pedir á Dios con tanta frecuencia ni con tanto fervor los bienes eternos. No invocais á Dios con tanto deseo cuando caeis en el pecado, cuando veis que se blasfema su nombre, cuando le ofenden vuestros hijos... Es decir, hijos míos, que por lo comun trastornais el orden de vuestra oracion pidiendo antes de todo y sobre todo que el Señor os libre de los males y tribulaciones de este mundo. No debe ser así, ni es este el orden con que nos enseñó á orar nuestro Señor Jesucristo. Este Señor que

nos mandó invocarle en el día de la tribulación nos señaló el modo con que debíamos hacerlo. Quiso que antes que le piliésemos que nos librara de mal, le suplicásemos que *sea santificado el nombre de Dios; que venga á nosotros su reino* y las demás peticiones por las que como por ciertos grados debemos llegar á esta última. Si cuando nos duele la cabeza ó tenemos una enfermedad, cuando perdemos la libertad ó la hacienda, cuando nos vemos acosados de los enemigos, del hambre, de la guerra, la peste ú otras calamidades temporales acudimos á Dios y sin acordarnos de las primeras peticiones solamente pedimos que nos libre de los males que nos aflijen, saltamos al orden establecido por el Señor y obramos contra el precepto en que nos manda buscar primero el reino de Dios y su gloria.

De tal modo debemos pedir á Dios que nos libre de los males y calamidades, que pidamos antes y con mayor fervor y deseo la santificación del nombre de Dios, su reino, el que se cumpla su voluntad así en la tierra como en el cielo, las gracias que necesitamos cada día, el pan de la palabra divina y los auxilios de los santos sacramentos tan necesarios para sostener á nuestra alma, la remision de nuestros pecados, y el triunfo contra nuestras tentaciones y enemigos espirituales, y despues, que nos libre de los males, incomodidades y molestias, de las injurias y persecuciones no tanto por nuestro bien temporal cuanto porque nos estorban el servir á Dios y procurar la vida eterna; y tambien debemos pedir siempre entregándonos y sometiéndonos á la voluntad de Dios y en cuanto sea de su agrado y disposicion el librarnos de los males de esta vida.

Debemos tambien poner todos los medios humanos conducentes para evitar y para librarnos de las enfermedades de los peligros y encuentros perjudiciales, de las injurias de los hombres depravados y de todo lo que puede sernos nocivo, sin tener una confianza temeraria en Dios, y al mismo tiempo poniendo en Dios toda nuestra esperanza que oye á los justos que claman á él en sus tribulaciones como oyó á Abraan, á Jacob, á José, á Job, á David, á Tobias, á Judith, á Ester, á Susana y á otros muchos santos, porque escrito está que «clamarán los justos, y el Señor los oirá y » los sacará á salvo de todas sus tribulaciones.» A diferencia de los infieles y de los hombres que tienen poca fé y mucha perversidad no debemos poner la confianza en los medios y recursos humanos inventados y dispuestos por la naturaleza ó por la industria, sino que debemos poner estos, y toda la confianza y la esperanza en Dios que es de donde todos los medios toman su virtud y sin la que son inútiles. ¿Qué son los muros y los grandes ejércitos cuando Dios no ayuda ni quiere dar la victoria? El sonido de las trompetas los derriba y una mujer sola los aniquila como lo vemos en la Escritura sagrada.

Ultimamente, hijos míos, pedimos en esta peticion lo que no se nos concederá en esta vida sino despues que dejando el peso de nuestra mortalidad quedemos libres del mal de la ignorancia, de la concupiscencia, y de la corrupcion quedando sorprendida la muerte con nuestra victoria como lo esplica san Agustin (1). En las tres últimas peticio-

(1) Lib. 2 de pecc. meritis et remissione cap. 4.

nes de la oracion dominical pedimos primero; la remision de los pecados que hemos cometido; segundo, la gracia para evitar en adelante los pecados no cayendo en las tentaciones, y últimamente quedar libres del mal de nuestra concupiscencia y de todos nuestros enemigos. Esto último se nos cumplirá solamente en la otra vida. Entonces quedaremos libres de todo mal porque no tendremos concupiscencia con que pelear ni que nos incline ni arrastre al pecado sino que seremos como los ángeles de Dios. De modo que pidiendo á Dios que nos libre de todo mal venimos á pedirle, que nos dé su gloria y la herencia de su reino que debe ser el asunto principal de nuestras peticiones, y el objeto de todos nuestros deseos y suspiros; y así venimos á pedir siempre al Señor en la oracion que tan admirablemente nos enseñó el mismo Jesucristo, el reino de Dios que es el fin para que hemos sido criados. Elevemos nuestra alma hasta los cielos y teniendo por pasajeros y pequeños los males de esta vida pidiéndole que nos *libre de mal*, suspiremos hijos míos, porque nos conceda aquella mansion eterna y feliz en que libres de todos los peligros y tentaciones gocemos de todos los bienes sin experimentar ni temer mal alguno.

PLATICA XVII.

De la última palabra de la oracion Dominical:

AMEN.

Concluimos la oracion del Padre nuestro con la palabra *Amen* que es una espresion hebrea y que la Iglesia ha conservado principalmente por reverencia á Jesucristo Señor nuestro que la usó repetidas veces, y por los misterios que encierra su significacion y los frutos que debemos sacar de ella. Importa mucho empezar nuestras oraciones con atencion y fervor y por eso elevamos nuestro corazon y ponemos nuestra confianza en Dios con la dulce palabra de *Padre* que decimos al principio de la oracion del Padre nuestro, y no importa menos que las concluyamos con devocion, y por eso decimos *Amen* al concluirla, que es como recorrer todo lo que hemos pedido y ratificar todas nuestras peticio-

nes, por lo que llama san Gerónimo á la palabra *Amen*, *sello de la oracion dominical*. *Amen*, quiere decir *así sea*, como dice el catecismo de la doctrina cristiana, y diciéndola despues del *Padre nuestro* renovamos nuestros deseos, elevamos á Dios nuestra alma de nuevo y es como si de una vez pidiéramos todo lo que acabamos de pedir *amen*. *Así sea*: hágase y cúmplase todo lo que hemos pedido.

Tambien tiene esta palabra fuerza de afirmar y equivale á decir: *Verdaderamente*. *Cierto es*. Así la usó Jesucristo repetidas veces diciendo: *amen amen dico vobis*. *En verdad en verdad os digo*. Y en igual sentido la usaron los apóstoles. Y en este sentido cuando decimos al fin del *Padre nuestro amen* es como si dijéramos: estos son los verdaderos deseos de nuestro corazon, así lo sentimos y deseamos como lo pedimos. Tambien es una confirmacion que Dios nos hace y que recordamos en prueba de que nos dá lo que pedimos y es como si se nos otorgase nuestras peticiones y nos diese el Señor su bendicion, como si alcanzásemos lo que pedimos.

Manifiesta tambien la alegría y consolacion, el regocijo interior del alma, aquel amor en que se enciende y los afectos en que se inflama el que se acerca y conversa con Dios. Habla con Dios el que ora y podemos decir con san Cipriano que por un modo inefable está mas cerca de la divina Majestad que los otros; que le enriquece con dones y gracias singulares y que á la manera que los que se arriman al fuego si están frios se calientan y si están calurosos se abrasan, así los que se llegan devotamente á Dios por la oracion se calientan en el amor divino salen mas fervoro-

sos y encendidos segun la medida de su devocion y su fé. Su alma se enardece por la gloria de Dios, su entendimiento se ilustra de un modo admirable y se llenan de las dulzuras y consuelos inesplicables del Señor. Ejemplo tenemos en Moyses cuyo rostro brillaba con un resplandor divino cuando salia del trato y coloquio con Dios, en tal manera que no podian mirarle los Israelitas, y vemos tambien en las almas verdaderamente devotas aquella paz, aquel gozo, aquella dulzura que nada las perturba y manifiesta sus consuelos y su alegría interior. El que ora se ejercita en conocer á su Dios y conocerse á sí mismo y cuanto mas conoce el hombre estos objetos tanto mas se humilla y tanto mas venera á su Dios, le adora con una devocion mas fervorosa y experimenta qué suave es el Señor y qué bienaventurado son los que ponen en él sus esperanzas. De aqui es que conociendo su bajeza y debilidad y la benignidad infinita de Dios se entregan enteramente á él seguros de que los proveerá de cuanto necesiten para la vida temporal y para la eterna y se esplican con las palabras de mayor alegría y accion de gracias. Esta santa alegría y confianza en el Señor, estas dulces sensaciones del alma que se pone en las manos de su Dios se esplican con esta palabra *amen* que decimos al fin del Padre nuestro.

Al acercarse los santos al Señor por medio de la oracion empiezan perturbados por el temor, lamentan su miseria y su debilidad, continuan cobrando alientos y concluyen rebotando de gozo con la esperanza de la eterna felicidad como lo vemos en los salmos del santo rey David. Pues asi acojiéndonos á la oracion debemos llegar con temor á

nuestro Padre implorando su piedad y su misericordia, alentar nuestra fé y confianza, encendernos en el amor divino y concluir llenos de alegría entregándonos enteramente al Señor y suspirando por la gloria. Sentimientos que espresamos por la palabra; Amen.

Examinemos ahora si perseveramos en la oracion del Padre nuestro con tanta atencion, si continuamos con tanta esperanza, si nos inflamamos en la caridad y amor de Dios de modo que salte de gozo y rebose de alegría nuestro corazon, y conoceremos si decimos con el interior lo que espican nuestros labios cuando al fin de la oracion decimos *Amen*.

Tambien cuando en las oraciones públicas se responde por los ministros ó el pueblo *amen*, como se hace comunmente se significa el consentimiento y union de su voluntad y afectos con el sacerdote ó el mismo deseo y los mismos votos como si dijéramos: asi mismo es como lo pedimos y deseamos; eso mismo pedimos al Señor. Tambien nosotros pedimos al Señor los mismos beneficios: quiera el Señor concedernos lo que pedimos. «Cuando el obispo ora solo, dice » san Agustin (1) el pueblo ora tambien con él y como » suscribiendo á sus palabras responde *amen*.» «La palabra » *amen*, dice el mismo santo (2) es vuestra suscripcion, » vuestro consentimiento, vuestra estipulacion y aceptacion.» De modo que esta respuesta es la señal de nues-

(1) Lib. 2 epist. parmen. cap. 7.

(2) In fragmento serm. contra Pelag.

tro consentimiento, de nuestra misma fé y nuestros mismos deseos con el sacerdote que pide por el pueblo. Manifestamos con ella nuestra vijilancia y atencion, nuestra union en los mismos sentimientos y que damos por cierto cuanto el sacerdote dice. Tambien manifestamos nuestra alegría en las festividades religiosas y cánticos de alabanzas á semejanza de la alegría y los cánticos de los ángeles del cielo que alabar dia y noche al Señor conformándose y cumpliendo siempre su voluntad, y segun esto dice el padre san Gerónimo (1). «Hasta hoy es alabada la fé del pueblo romano. » ¿En qué otra parte se frecuentan las iglesias con tanto esmero y cuidado? ¿En dónde resuena tanto á semejanza de los cielos el trueno de la voz *amen*? » Es la palabra *amen* una aclamacion del pueblo que se regocija y congratula en las oraciones y acciones de gracias que se tributan al Señor como siente san Justino mártir (2). «Concluidas las preces y la accion de gracias, dice este santo, cada uno de los que se hallan presentes del pueblo con voces llenas de regocijo aclama, *amen*.»

Ademas de estas tiene la palabra *amen* una significacion mística cuando se pronuncia por el mismo sacerdote que celebra el santo sacrificio de la misa y reza ó canta la oracion del *pater noster* como nos hace observar el catecismo de san Pio V. En las demas oraciones y preces públicas se responde por el pueblo, y al fin de ellas dice por sí ó por el ayudante que le representa *amen*, en manifestacion

(1) Lib 2. comm. in epist. ad Gal.

(2) Apolog. 2.

como os he dicho, de su asentimiento, de su atención, conformidad y alegría; pero cuando en el sacrificio de la misa reza el sacerdote la oracion dominical el ayudante ó el pueblo responde: *mas libranos de mal* y el concluir con la palabra *amen*, por costumbre universal y constante de la iglesia se reserva para el mismo sacerdote que celebra como propia del representante del mismo Dios, y la razon que señala de esta diferencia y costumbre es: porque el sacerdote al orar por todos y ofrecer el santo sacrificio es el mediador é intérprete entre Dios y su pueblo. Ofrece á Dios los votos, las preces y las oblaciones del pueblo, y tambien manifiesta y esplica al pueblo la voluntad de Dios. En nombre del pueblo y de todos los fieles cristianos presentes y ausentes ofrece á Dios el cuerpo y la sangre de nuestro Señor Jesucristo, á cuyo inculpado sacrificio se sigue la oracion dominical. Esta es una oracion comun que hacen todos los que asisten á la misa y que contiene todo lo que pueden pedir á Dios lícita, lejitima, justa y santamente. El pueblo responde: *mas libranos de mal*, dando á entender que los que se hallan presentes por quienes se ofrece ó quienes juntamente con el sacerdote ofrecen el sacrificio, rezan por su boca la oracion dominical y piden á Dios en nombre de su hijo Jesucristo todo lo que los es necesario así para la vida eterna como para la temporal; y el sacerdote hablando despues en nombre de Dios responde *Amen*, como declarando que Dios ha oido las preces que los fieles le han dirigido en nombre de su hijo y acompañado con el precioso sacrificio de su cuerpo y su sangre; que ha concedido el

Señor lo que fielmente le han pedido por la virtud y méritos de Jesucristo. «La palabra *Amen*, dice el catecismo » terminantemente, equivale á decir: *ten entendido que » han sido oídas tus oraciones*. Porque es como una res- » puesta de Dios que despide con agrado al que ya con » sus oraciones ha conseguido lo que pedia. Este sentido » está comprobado por la perpetua costumbre de la igle- » sia de Dios, la cual no quiso que cuando se pronun- » cia el *Pater-noster* en el sacrificio de la misa, dijese » la voz *Amen* los ministros que responden *sed libera-* » *mos á malo*; sino que la reservó como propia para el » mismo sacerdote quien como medianero entre Dios y » los hombres responde al pueblo, «que ha alcanzado lo que » pedia á su Majestad.» No es rito comun de todas las ora- » ciones sino propio de la oracion del Señor. Porque en » las demas es accion de los ministros responder *Amen*: » por cuanto en esas solo significa esta voz el consentimien- » to y deseo nuestro; pero en esta, es respuesta de Dios » quien se ha dignado conceder lo que se pedia.»

Se concluye tambien la oracion del *Pater-noster* por el mismo sacerdote, porque siendo toda ella obra y doctrina de nuestro Dios así como la empieza, así debe tambien concluir la el representante del mismo Dios teniéndonos nosotros por menos dignos de concluir la oracion del Señor.

Conocereis, hijos míos, segun esta doctrina y la explicacion de la palabra *amen* que tan frecuente repetimos, las sublimes y diversas ideas, los puros y santos afectos, los muchos sentimientos de piedad que debe escitar en nuestras almas y la devocion con que debemos pronunciarla.

En ella y con ella debemos recojer toda nuestra atencion y unirnos á lo que pedimos con el sacerdote en las oraciones de la iglesia; juntar nuestros deseos y nuestros afectos, asentir y aprobar todo lo que se pide al Señor por nosotros, confiar en que el Señor nos ha de oir, y cumplir nuestras súplicas, y dar cuanto pidamos en nombre de Jesucristo; nos avisa el fervor y devocion con que debemos continuar nuestras oraciones y que si debemos preparar nuestra alma para orar, si como pobres y miserables, cobardes y tímidos hemos de dar principio á nuestras oraciones con temor y temblor debemos continuarlas con confianza y concluir las encendidos en el amor divino, llenos de los dones y gracias de Dios, ricos de sus misericordias y beneficios, inflamados en deseos de servirle penetrados del conocimiento de nosotros mismos y de la bondad y misericordia de Dios que debemos adquirir tratándole en la oracion y manifestando nuestra alegría y nuestra accion de gracias complacidos y resignados entera y completamente en la voluntad de Dios.

En la oracion del padre nuestro, debemos oir la palabra *amen* que responde el sacerdote con una respuesta que nos dá el mismo Dios, como un despacho favorable de nuestras súplicas, lo que debe contribuir tambien á hacernos agradecidos, atentos, aprovecharnos de sus dones, á no decaer de su gracia y á no hacernos indignos de que por nuestros vicios nos prive de su amistad y volvamos á ser vencidos de nuestros enemigos, á perseverar en los buenos propósitos y deseos de amarle, servirle y cumplir su voluntad.

Ultimamente, hijos míos, cuantas veces digamos la pa-

labra *amen*, bien sea en la oracion del *pater noster*, en las demas preces y súplicas, rezando ó respondiendo nosotros á las oraciones del sacerdote, acordémonos que Jesucristo mismo usó esta palabra misteriosa y que no debemos profanar-la ni decirla con los labios sin que sienta su significado nuestro corazon; levantemos al cielo nuestra consideracion, contemplemos los cánticos de gozo y alegría con que alaban á Dios en la gloria los ángeles y los santos conformes con la voluntad de Dios y satisfechas ya todas sus peticiones y deseos, y suspiremos con una caridad ardiente por aquel premio eterno, por aquel gozo inesplicable, por aquella patria dichosa, por aquella mansion feliz en que acabadas todas las molestias del camino y valle de lágrimas cantemos sin fastidio el verdadero *amen* de un modo que no sabemos ahora explicar pero que sabemos que es lo que nos hará dichosos uniéndonos íntimamente á Dios y sin temor de perderle por los siglos de los siglos. Amen.

PARAFRASIS

DEVOTA DE LA ORACION DEL PADRE NUESTRO.

Padre, tú eres aquel que enjendras hijos espirituales mediante tu gracia vivificante, y yo podré gloriarme de ser en realidad uno de tus hijos, cuando me una á tí con un amor verdadero. Tú, padre, puedes hacer todas las cosas, porque todas las has criado de la nada, dame el que te sirva con un amor filial, que te ame con todo mi corazon y que á tí solo adore, quiera y reverencie.

Nuestro eres porque con tu bondad infinita atraes á tí y convidas con tu amor y con tu misericordia á todos los hombres sin que haya quien se esconda del calor de tus beneficios porque tú eres el autor, el origen, y la fuente de todos. ¡Cuándo te amaré con tanto fervor que aparezca y se manifieste en mí tu bondad! ¡Ah! si yo te amara como debo, ¿con qué difusion y prodigalidad derramarias sobre mí tus misericordias?

Que estás en los cielos, pero estás tambien en la

tierra por esencia, presencia y potencia. Estás el los cielos de un modo distinto que en la tierra. En los cielos estás en los ángeles y los bienaventurados que son los cielos de los cielos, y estás de un modo tan inefable en ellos como si fueras todo para ellos y no estuvieses en las demas cosas. Tambien son cielos los justos que viven en la tierra, que apartados de los negocios terrenos, puros, sencillos y conservando su corazon libre del contagio del mundo procuran tener su conversacion y sus afectos en el cielo, y en estos estás tambien por tu divina gracia, que es de tanto precio y estimacion, que sin ella todo cuanto hay en el mundo nada vale. ¡Cuándo estará mi alma tan limpia y resplandeciente como el cielo, y adornada con las estrellas de todas las virtudes! Entonces habitarás y estarás gustoso en mí, cuando purificado mi corazon y purgado de toda mancha con la llama del amor divino pueda presentarte un hospedaje puro, inmaculado y digno en cuanto sea posible de tu infinita santidad.

Santificado sea el tu nombre. Tu divino y admirable nombre ocupe mi corazon sobre todos los afectos y los bienes terrenos. Si no te amo sobre todas las cosas desprendiéndome de todos los sentimientos de la carne, el peso de estos mismos sentimientos tendrá ligado y pegado enteramente mi espíritu á la tierra: ¡cuándo lograré el que sea santificado en mí tu nombre! ¡Cuándo habitarás en mí por tu gracia y tu divino amor de modo que ocupado todo mi corazon no tenga lugar alguno en él la tierra y todo lo que es terreno y transitorio! ¡Cuándo llegará aquel dia dichoso para mí en que quedando libre de todo lo que es mor-

talidad sea un espíritu contigo por una union santa, eterna y dichosa!

Venga á nos el tu reino, de manera que no reine mas el pecado en mi cuerpo mortal. Continuamente quieren reinar en mí, unas veces la vanagloria, otras la lascivia, otras otros jéneros de vicios; pero yo no quiero que reine en mí otro que tú, Señor y rey de todos los que dominan, que eres el único eterno é inmortal. Entonces, Dios mio reinarás enteramente en mí cuando yo te ame con todo mi corazon, porque el que sabe amarte, el que lo pierde todo por amarte reina contigo, y el que te posee, lo posee todo para siempre sin temor de perderlo. Estimen enhorabuena los hombres los reinos del mundo y déjense alucinar y arrastrar de su falsa gloria y sus bienes aparentes; para mí apetezco mas un dia en los pórticos de tu reino que mil años que se me pudieran conceder de vida entre los deleites y placeres de los pecadores. En este mundo soy un desterrado, soy un peregrino sobre la tierra y solo he nacido para buscar la ciudad eterna en que tú reinas; pues este es el único reino que deseo y sé muy bien que si buscó de veras este tu reino y tu justicia, no tengo que inquietarme por lo demas, porque tú me has ofrecido dármelo por añadidura.

Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. Sé muy bien que ninguno puede poseer tu reino si no fuere recto y justificado. Ninguno puede ser recto sin cumplir tu voluntad, ninguno puede hacer tu voluntad sino por un don tuyo, porque ninguno viene á tí, si tú no le traieres con tu gracia. Por eso te pido, que se haga por mí tu voluntad: que me concedas el que yo haga en la

tierra tu voluntad por gracia, así como en el cielo la hacen los bienaventurados por gloria. Purifica mi corazón, amantísimo Padre mío, para que arroje perfectamente de mí mi amor propio, refrene y sujete mi voluntad para que siempre se haga en mí y por mí y tu voluntad y se acabe la mía. Sí, Dios mío, acábase en mí todo lo que sea voluntad propia, ámete á tí solo de todo corazón, y unido intimamente contigo con un amor grande y verdadero, á tí solo quiera y no tenga otra voluntad que la tuya.

El pan nuestro de cada día dánosle hoy. No pido bienes con que satisfacer mis apetitos sino los que basten para atender á las necesidades de mi alma que mientras habita en el cuerpo ha menester sustentarse. No busco la concolación y el regalo de la carne, busco principalmente el mantenimiento espiritual. Quiero el pan de los ángeles, el aumento de tu divino amor con el que solamente se nutre y se sacia mi alma. ¡Cuándo se me concederá comer el pan de tu amor divino hasta hartarme y sin que jamás me canse ni fastidie! Dame siempre este pan de tu amor para que me alimente en este mundo con el mismo manjar de que se sacian los ángeles y los santos en la gloria: dame el que coma de las migas que caen de la mesa de mi Señor. Inquieto estará continuamente mi corazón hasta tanto que mi alma sea confortada con este pan divino que por eso se llama cotidiano, porque cuanto mas se desea cada día, cuanto mas se come, se experimenta y se siente tanto mas abundantemente nutre, tanto mas alienta al alma y tanto mas se desea y apetece.

Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdo-

namos á nuestros deudores. ¡Ay Señor, y cuánto te debo! ¿Quién podrá enumerar los pecados que yo he cometido, y quién podrá sufrir los que cada día estoy cometiendo? He aquí las deudas que te pido me perdones. Bien sé que solamente el amor y caridad, que uniéndome á tí con un verdadero amor, aunque te haya ofendido, te aplacaré y volveré á conseguir tu gracia. ¡Cuándo te amaré con un amor tan grande que sienta yo en mí que me has perdonado mis pecados y que me has devuelto á tu gracia y amistad? No tardes ni difieras darme el perdón de todas mis iniquidades segun la multitud de tu infinita bondad y misericordia, y puesto que quieres y me pides que yo tambien perdone á mis deudores, desde ahora mismo los perdono á todos y estoy dispuesto á hacerlos todo bien en todo tiempo y en todas las circunstancias.

No nos dejes caer en la tentacion. Perfecciona, Padre y dueño mio, la obra que has comenzado y acompáñenme tus misericordias todos los dias de mi vida. Dicho me tienes que solamente aquel que perseverare hasta el fin será salvo. Ninguno puede perseverar sin tí porque en este mundo tropezamos á cada paso y no hallamos sino tentaciones y peligros. Caminamos entre tinieblas y estamos rodeados de enemigos que nos vijilan sin descansar de noche ni de dia. Por eso pido y deseo con fervor unirme intimamente á tí, porque unido con mi Dios, con mi guia, mi luz y mi defensa caminaré seguro y sin temor de ser vencido.

Mas libranos de mal, no de los males que me convenga padecer en este mundo para ser probado en el camino de la tribulación; dispuesto estoy á llevarlos todos con gusto

to con la ayuda de tu divina gracia; sino de los males y penas del infierno que separan al hombre de tí para siempre. Tambien de las penas del purgatorio, no porque me creatan puro y justificado en tu presencia que pueda evitar aquellos tormentos y no tenga necesidad de ser acrisolado con el fuego que purifica á los tuyos de sus leves imperfecciones , sino que no permitas que esté mucho tiempo en aquel lugar privado de tu vista y atormentado con el deseo de ver tu cara que los ángeles ven siempre y siempre desean estar viendo porque nunca se cansan de tanta felicidad. Todo consiste en una sola cosa, Padre mio, en que yo te ame con todo mi corazon y con todo mi alma. Si yo te amo de este modo en este mundo la llama de mi amor borraré y consumiré las manchas de mis pecados , y en la hora de mi muerte purgado de todas mis imperfecciones con las lágrimas, los afectos y los dulces impulsos del mismo amor divino, abandonando este cuerpo mortal , despues de haberte deseado todo el tiempo de mi destierro, mi alma volará y se encaminará á tí sin detencion.

¡Cuándo, Dios mio , seré yo tan dichoso que te ame con un amor tan verdadero y tan puro, que me libre á mi muerte de las penas y de la dilacion de gozar tu presencia! Yo te lo pido y tú solo puedes concedérmelo. Te suplico que te dignes darme esta gracia de tu bondad y misericordia. Dios mio y Señor mio que vives y reinas por la siglos de los siglos Amen.

PLATICA XVIII.

De la salutacion anjelica

ó

AVE MARIA.

Sí debemos orar y dirijirnos á Dios como autor de todo bien y de quien dimana todo don y toda consolacion y misericordia, podemos y debemos dirijirnos tambien á los santos, aunque en un sentido distinto, como os he dicho, y consiste en alabar y dar gracias á Dios por los méritos y virtudes que ha querido que resplandezcan en ellos y porque sean nuestros abogados é intercesores para con Dios. ¿Y á quién entre todos los santos hemos de dirijirnos mas principalmente que á la que es la reina de todos ellos, la mas enriquecida de los dones del Señor, la que está llena de sus gracias, en la que se manifiesta y resplandece mas su poder y su sabidoria infinita? ¿A quién mejor y con mas confianza que á María Santísima que tuvo la dicha de ser la escogida para Madre de Dios y Señora nuestra? Y des-

pues de haber oído á Jesucristo y su celestial doctrina, la oracion que nos dejó para enseñarnos á dirigirnos á Dios, ¿podremos menos de esclamar con la mujer del evangelio que de entre las turbas levantó su voz llena de una fé viva y dijo: «bienaventurado el vientre que te trajo y los pechos » que mamaste?

Con razon, hijos míos, despues de las peticiones que hacemos á Dios, nos enseña la iglesia las oraciones con que hemos de venerar é invocar la proteccion de María Santísima. Estas son, como dice el catecismo de la doctrina cristiana: *El Ave María, y la Salve* que voy á esplicaros, hablándoos hoy de la primera.

El *Ave María* es el testimonio de la constante devocion que siempre ha manifestado la iglesia á María Santísima, y la oracion con que la veneran todos los fieles que se precian de ser sus devotos en todos los pueblos y en todos los siglos. La iglesia la usa en sus rezos públicos y está bien persuadida de la utilidad y el fruto que todos los cristianos pueden sacar de usarla con frecuencia y por eso nos anima y nos recuerda con su ejemplo esta práctica y devocion tan saludable. Se llama comunmente SALUTACION ANJELICA y hablando propiamente no podemos decir que ha sido compuesta por los hombres, sino que diremos mas bien que el Espíritu-Santo ha sido el autor de esta santa y divina oracion, aunque ha querido enseñárnosla por tres órganos distintos, á saber: por el arcánjel san Gabriel, por la prima de María Santísima santa Isabel, y por nuestra santa Madre la iglesia. Conserva el nombre de la salutacion del ánjel, porque el ánjel fué el que pronunció la par-

te primera y principal cuando vino á saludar á nuestra Señora la Virgen María y la anunció el altísimo misterio de la Encarnacion del Hijo de Dios y la manifestó su grandeza y felicidad sobre todas las criaturas. Jesucristo nos dejó el ejemplo perfecto y el modo cumplido con que debemos orar enseñándonos el Padre nuestro, de modo que para hablar con Dios fuimos instruidos por una persona divina, y para que hablásemos como conviene con la Madre de Dios fué necesario que nos instruyese un ángel; y que como esta Virgen y Madre incomparable no tiene otra cosa igual ni tan perfecta despues de Dios, aprendiésemos á saludarla usando de las palabras de un ángel que es la criatura mas perfecta despues de la Madre de Dios.

Esto manifiesta el aprecio y estimacion grande que debemos hacer de esta oracion y que debemos tenerla por la principal despues del Padre nuestro, como que fué compuesta por el mismo Dios y se nos enseñó por boca de sus siervos; y de aquí podemos conocer que serán oidos los que honran con ella á Maria Santisima; que nos es utilísimo recordar con frecuencia el misterio de nuestra reparacion con cuyo motivo saludó el ángel á la virgen con esta oracion que nosotros repetimos; que es muy acepto y agradable á Maria Santisima oir de boca de los cristianos aquellas mismas palabras con que fué declarada madre de Dios, cuya incomparable prerogativa abraza todas las demas cualidades y virtudes que la adornan en un grado superior á todas las criaturas, y que si nos gloriamos de buenos cristianos debemos venerar, invocar y recurrir con frecuencia á Maria Santisima con esta oracion tan de su agrado y de nuestro Dios y Señor.

Así lo hacemos comunmente todos, y no es creíble que haya cristiano que deje pasar el día sin encomendarse á María Santísima y rezar al menos por una vez el Ave Maria, y para que lo hagais con mas fruto conviene que sepais lo que en ella se contiene y los afectos y disposiciones con que debeis rezarla y hacer que la recen vuestros hijos y familias.

Las partes del Ave Maria son tres: la salutacion, alabanza y peticion: la salutacion son aquellas palabras por las que el arcángel san Gabriel anunció á María Santísima el misterio de la Encarnacion del Hijo de Dios que son las siguientes: «Dios te salve María llena eres de gracia el Señor es contigo.» La alabanza son las palabras del arcángel y de santa Isabel que repetimos diciendo: «bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre Jesus.» Y la peticion es aquella breve oracion que ha añadido nuestra Madre la Iglesia en que decimos: «santa María Madre de Dios ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte.»

Cuando saludamos á la bienaventurada Virgen María, seguimos el ejemplo del ángel y usamos de sus mismas palabras para manifestar nuestro culto y el obsequio singular que tributamos á Dios por la inestimable dignidad de madre de Dios á que quiso elevar á una criatura suya, y para manifestar tambien nuestro gozo y que nos congratulamos con ella. Esta primera parte de la salutacion anjélica está ordenada á dar las gracias y las debidas alabanzas á Dios, porque adornó y enriqueció á la Santísima Virgen con la abundancia de los dones del cielo; y á felicitar y congratularnos con

esta Señora por su dicha tan extraordinaria, porque concibió y parió al que es dueño y Señor de todo el mundo, por la plenitud de gracias y bendiciones que obtuvo, por la elevación en que ha sido colocada en el cielo, por todo lo que es digna de todas cuantas alabanzas podamos darle: *Dios te salve*: es decir: te felicitamos llenos de alegría, Virgen Santísima, porque por tu profunda humildad y cumplida obediencia destruiste la soberbia y desobediencia de nuestra primera madre Eva; y pariste al que fué nuestro Redentor y borró el decreto de nuestra eterna condenación. Dios te salve llena de gracia, adornada de todas las virtudes, arca de la gloria espiritual, urna de oro que contiene el celestial maná; mar espiritual, margarita celestial que contiene al mismo Jesucristo, cielo resplandeciente donde está el que no cabe en los cielos; puerta de los cielos de la que dijo el profeta. *He aquí la puerta cerrada y ninguno entrará por ella*. Dios te salve hermoso paraíso de castidad en el que plantado el árbol de la vida, produce para todos frutos abundantes de salud; del que nace la fuente del evangelio que distribuida en ríos copiosos de misericordia llevan el consuelo y refrigerio á todos los creyentes. Dios te salve mediadora entre Dios y los hombres, fuente de la luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo; tesoro de vida, raíz de todos los bienes, pozo del agua siempre viva y cristalina, zarza que siempre estás encendida en el fuego espiritual y que jamás te consumes; monte del que se desprende la piedra angular sobre que se ha de plantear todo el edificio; templo magnífico de la gloria. Dios te salve, Tálamo en que Jesucristo Señor nuestro se desposó con la na-

turalaleza humana. Dios te salve elejida entre millares por el mismo Dios antes que nacieses; reconciliacion divina con los hombres. Dios te salve gloria de todos los patriarcas y profetas, esperanza de todos los cristianos, prenda firme de salud, reina de los ánjeles y Señora de todas las cosas criadas. Dios te salve Reina del mundo, entrada del cielo, puerta del paraíso, tabernáculo de Dios, estrella del mar, escalera celestial por la que el rey Supremo bajó á la tierra y el hombre que estaba sumergido y postrado sube y se exalta hasta los cielos.

No acabaria, hijos mios, si me detuviese á referir las alabanzas que hallamos en los santos padres san Basilio, san Juan Crisóstomo, san Juan Damasceno, san Agustin, san Ildefonso, san Bernardo, y todos los demas, de quienes son las que acabais de oir y los nombres con que la celebran y engrandecen; y todo lo compeudiamos y reunimos en las palabras primeras de esta salutacion cuando decimos *Dios te salve*. Decimos en seguida: *Maria*, para manifestar que nos dirigimos á esta criatura dichosísima y recordar con placer los misterios que encierra este nombre. Significa Reina y Señora de todo lo criado, y el cristiano que oye ó pronuncia este nombre entiende desde luego que es la hija del Eterno Padre, la madre del Verbo que se hizo hombre, la esposa del Espíritu Santo y que todo lo que hay grande y admirable en el órden de la naturaleza, de la gracia y de la gloria está reunido en ella para elevarla sobre todo lo criado. Es un nombre de grandeza, de poder y de autoridad. No lleva consigo el temor como el nombre terrible del Señor porque todo su poder y autoridad no

la ejerce con nosotros para castigarnos, sino para ayudarnos y como una madre llena de cariño procurarnos todo género de bienes, pero debe escitar en nosotros gratitud, amor, veneracion y reverencia tal, cual se debe á la reina de los ángeles, y suprema Señora del cielo y de la tierra. Tiemblan los demonios y todas las potestades del infierno al oír el nombre dulcísimo de *María*; pero el cristiano le venera y contempla como el nombre de su madre y su Señora y solo concibe deseos de honrarla y darle el culto que corresponde á su grandeza y majestad. Confiesa y publica con el padre san Anselmo, que ignora quien es Dios y lo infinito de su poder y majestad el que no concibe una idea sublime de la grandeza de *María*, y que ignora la virtud y significacion de este nombre el que no hace profesion pública de estarla sujeto, el que no la da el respeto y veneracion debida y no se gloria de contarse en el número de sus siervos y esclavos, porque esta sola cualidad es mas grata y cede en mas honor nuestro, que si nos contásemos entre las familias de los reyes mas poderosos y temibles. La guia para caminar con rectitud y acierto en este valle de lágrimas, el aliento para seguir con confianza, la ayuda, la misericordia, la gracia, todo lo halla el cristiano en el nombre de *María* y se congratula en él como en su Señora, su ayuda, su proteccion y todo su refugio y esperanza.

Decimos en seguida con el ángel: *Llena eres de gracia*, con lo que no solamente la damos la verdadera alabanza que solo se debe á la virtud y santidad, sino que confesamos su pureza y la reconocemos por la escogida en-

tre todos los descendientes de Adán, la única que fué preservada por Dios del pecado y del decreto de condenacion eterna, la que fué concebida sin contraer la mancha del pecado orijinal por virtud del mismo Dios que desde la eternidad la eligió para madre suya. *Llena eres de gracia.* Tambien leemos que el proto-mártir san Esteban estuvo lleno de gracia y que los apóstoles fueron llenos del Espíritu-Santo, pero fué su plenitud muy diferente de la de Maria, porque ni en aquel habitó corporalmente la plenitud de la divinidad como en Maria; ni estos concibieron por obra del Espíritu-Santo, como Maria. Indudablemente aquella que estuvo mas próxima á la fuente de toda gracia que es Jesucristo; aquella que fué elejida para un cargo y elevada á una dignidad superior incomparablemente á la de todos los demas santos fué enriquecida con gracias mas abundantes. A los demas santos, dice san Ildefonso, los dá Dios su gracia en parte; pero en la Virgen Maria se infundió la plenitud de la gracia. En Jesucristo Señor nuestro estuvo la plenitud de redundancia.

Estuvo «lleno de gracia y de verdad y de su plenitud recibimos todos,» nos dice el evangelio. En los apóstoles, en san Esteban y demas santos hubo la plenitud de suficiencia, en cuanto que recibieron tanta gracia cuanta necesitaban para desempeñar el ministerio apostólico, para padecer por Jesucristo y para cumplir dignamente el cargo á que eran destinados por Dios. En la Santísima Virgen estuvo la plenitud de abundancia porque concibió al mismo autor de la gracia. *Hallaste gracia delante de Dios,*

dijo el ángel á María, es decir: no has tenido la gracia como la tiene el mismo Dios; no las has rechazado como el ángel prevaricador; no las has perdido como el primer hombre; no la has comprado con el dinero como pretendia Simon Mago; no las has escondido como el siervo malo y negligente, sino que la hallaste por la bondad del mismo Dios que te ha enriquecido con ella; por la conmiseracion del que ha querido salvar á los hombres y sacarlos de la miseria, del pecado y de la muerte.

La dijo el ángel y decimos nosotros con él: *Elena de gracia*, con lo que no solamente decimos que Maria Santísima es acept a y agradable á los ojos de Dios, sino que manifestamos el principio y motivo porque tuvo la felicidad de agradar á Dios. La gracia la hizo acept a á los ojos de Dios, y digna de su amor y su predileccion. El mismo Señor la previno con su gracia y sus abundantes dones: jamás hubiera podido preservarse del pecado por sí misma así como jamás hubiera podido por sí misma salir de la nada. De sola la bondad y liberalidad de Dios sacó los dones tan magníficos, los auxilios tan poderosos y las gracias tan abundantes y admirables que la elevaron sobre todas las criaturas y la hicieron superior á todos los ángeles y los santos; pero Maria Santísima correspondió con tanta fidelidad á todas estas gracias que podemos decir con verdad que nunca fué inútil ni estuvo ociosa en ella la gracia. Siempre la recibió con gratitud y por eso produjo en ella los aumentos que no alcanza á comprender nuestra debilidad y la flaqueza de nuestras almas. Siempre la conservó con el esmero, vijilancia y cuidado con que debe

y puede guardarse la alhaja de mas precio y de una estimacion infinita. Podemos decir muy bien, que hizo tanto aprecio y estimacion de la gracia, cuanto Salomon de la sabiduría quien aseguraba que debía preferirse á todos los tesoros de la tierra y á todos los bienes de fortuna.

Con las palabras: *Llena eres de gracia*, recordamos que María Santísima fue agradable á los ojos de Dios, no por su descendencia real, no por la hermosura de su cuerpo, no por los dones naturales de su alma, sino por los dones de la gracia sobrenatural con que fué adornada; por la práctica de todas las virtudes con que fué enriquecida, por la humildad profunda, por la obediencia pronta, por la paciencia inalterable, por el celo ardiente y fervoroso, por aquella caridad consumada, por aquella perfecta pureza de corazón, de alma, de sentidos, de pensamientos, de afectos que jamás tuvieron otro objeto, ni se ocuparon de otra cosa que de amar á Dios, y procurar en todo su servicio.

Hé aquí, hijos míos, lo que debemos contemplar cuando decimos: *Llena eres de gracia*. Y si despues de considerar así á la Reina de los cielos volvemos la consideracion á nosotros mismos, confesaremos que á la bondad y misericordia infinita de Dios debemos tambien nosotros tantos auxilios como incesantemente nos dá para conseguir nuestra eterna salud y felicidad; el tiempo que nos concede para arrepentirnos y hacer penitencia; para aumentar nuestros merecimientos y buenas obras, tantas inspiraciones saludables, tantos buenos ejemplos y tantos auxilios de todo jénero con que nos atrae, nos convida y nos llama para sí. Debemos reconocer todos estos beneficios como unos fa-

vores que no merecemos y de que somos indignos y recordar estas gracias con una fiel correspondencia, comprendiendo que en el estado del pecado no podemos agradar a Dios, que mientras vivamos en la culpa somos enemigos de Dios, y que por mas que tengamos abundancia de todos los bienes, inútiles y aun perjudiciales nos serán delante de Dios porque solo seremos aceptos á sus ojos por la gracia que nos dé el obrar las virtudes.

El Señor es contigo. Como el alma se une á su Dios por la gracia, el ánjel que declara á María Santísima llena de gracia la dice tambien con razon que el Señor está con ella con una presencia y asistencia muy particular: *El Señor es contigo.* ¿Qué mal podria temer, ó de qué bien podia estar privada María Santísima si el Señor estaba con ella? Teniendo María Santísima la certidumbre de que Dios estaba con ella, tenia todo lo necesario para tranquilizar y llenar plenamente de gozo su alma; no solo porque Dios es el verdadero y único bien, sino porque ella lo estimaba así y no reconocia ni queria otro bien que su Dios. Dios estaba con María Santísima como su fortaleza, su protector y su refugio, de modo que podia decir: «si anduviese » por entre las sombras de la muerte, no temeré los malos porque tú estas conmigo.» Dios estuvo en María Santísima como su luz y su guia, como objeto de su amor á que siempre estuvo unida su alma y como fin de todos sus deseos, porque ninguna otra cosa apeteció sino á su Dios. ¿Qué bien, pudo decir con mas verdad que ninguna otra criatura, qué bien puedo hallar en el cielo, ó en la tierra digno de mi corazon del que, tú

Señor, eres el dueño supremo, el todo, y la parte?

El Señor que está igualmente en todas partes por su sustancia simplísima; que en las criaturas racionales está por el conocimiento; en solos los buenos por amor y que está de tal modo en estos que también está con estos por la union y conformidad de voluntad, está en María de un modo mas singular y por una razon mas esceleinte. Tuvo tal union con ella que no solamente se unió á su voluntad sino también á su carne; y de su sustancia y de la de la Virgen unidas quiso que se hiciese un solo Cristo: el que aunque ni todo de Dios ni todo de la Virgen, fuese sin embargo todo de Dios y todo de la Virgen y no fuesen dos hijos sino uno solo el hijo de ambos.

El Señor es contigo. Ni solamente, dice san Bernardo, ni solamente está contigo el Señor hijo á quien vistes de tu carne, sino también el Señor Espíritu Santo por cuya virtud concibes; y el Señor Padre que enjendró á quien tú concibes. El Padre está contigo que á su hijo unijénito le hace también hijo tuyo. El hijo está contigo que de un modo admirable toma carne en tus entrañas sin detrimento de tu virginidad: y el Espíritu-Santo está contigo que con el Padre y el Hijo te santifican y consagran. De manera, hijos míos, que las palabras: *el Señor es contigo* en la boca del ángel y en las nuestras cuando las repetimos significan la union y conformidad de la Virgen María por la gracia. Significan también la union que habia de tener con Dios como Madre suya y por ambas prerogativas debemos saludarla y congratularnos. Y pueden significar también aquella union que tiene ahora con Dios en la gloria, á la que

nosotros debemos aspirar, si hemos de invocarla y honrarla de un modo que la sea grato por medio de la union y conformidad de nuestra voluntad con la voluntad de Dios, no consintiendo en separarnos jamás de lo que el Señor nos manda que es como lograremos que el Señor esté con nosotros.

Alabamos á María Santísima despues de saludarla con las siguientes palabras del ángel y de santa Isabel: «Bendito tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto» de tu vientre Jesus. Asi alabamos á la Virgen Santísima porque concibió y parió al Señor del mundo, por la plenitud de gracias y bendiciones que obtuvo y por la elevacion que ahora goza en el cielo por todo lo que merece que la demos las mayores alabanzas. El ángel nos dá á entender que todas las gracias y favores del Señor que estuvieron distribuidas entre las demas criaturas estuvieron reunidas en María Santísima. Debemos entender que fué criada en gracia y en un grado mas escelente que el que tuvo nuestra madre Eva en el instante de su creacion. Que fué mas fuerte, mas casta, mas fiel y en una palabra, mas perfecta en todos los dones y virtudes que todas las mujeres que nos recomienda la Sagrada Escritura quienes podemos decir que fueron figuras y sombras imperfectas de la escelencia de la Santísima Virgen. En las demas no pudo hallarse imágen alguna del privilegio que es incommunicable á todas y que solo fué concedido á María Santísima y es, el ser Madre de Dios y ser al mismo tiempo Virgen. Tiene la pureza de que se glorian las Vírgenes como de un tesoro, y tiene tambien la fecundidad que hace la gloria de las madres. Estos dos bienes, que separados tiene cada uno

su precio estuvieron unidos en la persona de María Santísima por la virtud del Espíritu Santo, y esta gracia de tal modo ha sido reservada á María Santísima que ella es la sola Virgen y Madre juntamente así como solo Jesucristo es Dios y Hombre juntamente.

Esta maternidad divina que es la prerogativa especial é inestimable de María Santísima es también el origen y fundamento de todas las demás, por lo que el ángel la dijo: *Bendita entre todas las mujeres* para manifestarnos la razón de su felicidad. De modo que es bendita entre todas las mujeres y sobre todas las cosas criadas, no precisamente por ser Madre de Dios, sino porque habiendo sido la elejida para ser Madre de Dios recibió la abundancia de gracias que convenian al estado á que era destinada, debiendo decir con el testimonio de los santos Padres que fué mas bienaventurada por su santidad que por su dignidad.

Bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre. El Espíritu Santo que preside á su iglesia y la inspira sus sentimientos puso estas palabras en la boca de santa Isabel cuando despues que fué María Santísima saludada por el ángel fué á visitarla, y equivalen á decir: tú eres la mas feliz y dichosa de todas las madres, pero toda la causa de tu felicidad es el fruto de tu vientre, el niño que llevas en tu seno. «No porque tú eres bendita es bendito el fruto de tu vientre, dice el padre san Bernardo (1) sino porque te previno en las bendiciones de dul-

(1) Ilom. 3, in evang. Missus.

» zura el mismo fruto de tu vientre, por eso tú eres bendita. El fruto de tu vientre es verdaderamente bendito porque en él han sido benditas las generaciones y de su plenitud de que recibimos todos, has recibido también tú, aunque de un modo diferente que todos los demás. Por eso tú eres bendita, pero entre todas las mujeres, y aquel es bendito, no entre los hombres, no entre los ángeles sino que es como dice el apóstol, «sobre todas las cosas Dios bendito por todos los siglos.»

La iglesia añadió á las palabras de santa Isabel el nombre propio del fruto del vientre de María que es *Jesus* para manifestarnos que Jesus es el autor de todas las bendiciones y gracias de la Santísima Virgen María, que no solo es su hijo sino tambien el Salvador de todos los hombres en quien el Padre Eterno nos bendijo con la bendicion espiritual.

Siendo tal la dignidad y elevacion de María Santísima, estando en el goce de una gloria mayor que la que disfrutaban todos los santos y siendo mayor su poder para con Dios, despues de saludar y alabar á esta criatura dichosísima concluimos implorando su intercesion poderosa, rogándola que ya que por nuestros pecados somos indignos de que nos oiga su Hijo, nos presente á él y le pida por nosotros, y para esto concluimos con la deprecacion que nos enseña nuestra madre la iglesia: «Santa María madre de Dios, » ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de » nuestra muerte.» Invocamos de nuevo el dulcísimo nombre de María para escitar su bondad y misericordia representándola su santidad y la singular cualidad de madre de Dios que tanto la agrada á esta Señora y que es el funda-

:

mento de todo su poder y grandeza. La pedimos de todas veras que ruegue á Dios por nosotros confesando que está llena de bondad y clemencia para con nosotros, que quiere pedir é interceder por nosotros, y que tiene poder bastante para alcanzarnos de Dios lo que pida por medio de su hijo y nuestro Señor Jesucristo, no porque ella nos dé lo que pedimos sino porque nos lo alcanza de Dios con su intercesion por medio de Jesucristo único conducto por donde el Señor nos concede sus gracias.

Nos llamamos á nosotros mismos pecadores en la presencia de María Santísima humillándonos así, y confesando nuestra miseria por la que somos indignos de que nos oiga, para que movamos su bondad y su misericordia, tanto mas cuanto mas la ponemos de manifesto nuestra necesidad y pobreza y como hijos que claman á su madre imploramos su patrocinio en jeneral para todos los momentos de nuestra vida y muy particularmente para la hora de nuestra muerte. Aquel es el momento que ha de decidir nuestra suerte y destino por toda una eternidad y en el que necesitamos mas la divina misericordia: por esta razon imploramos la intercesion de Maria Santísima para aquella terrible hora para que no nos perturbemos con el temor de la muerte y las tentaciones del demonio; para que recibamos dignamente todos los auxilios de la iglesia y los santos sacramentos que nos sirvan de preparacion y viático para la eternidad; para que en los trabajos de la enfermedad y agonias de la muerte conservemos el espiritu de penitencia, de confianza en Dios, de perserverancia en su gracia y para que al fin muramos en su amor.

Tales son, hijos míos, los votos y súplicas que dirigimos á María Santísima en la salutacion anjélica ú oracion del Ave María, y tales son las alabanzas que ponemos en nuestros labios y con que veneramos á esta criatura dichosísima Madre de Dios y Señora nuestra. Pero nuestras súplicas serán inútiles, nuestras alabanzas serán vacias y aun serán desagradables á esta Señora si nosotros no somos los primeros á venerarla honrando y venerando á su Hijo Santísimo. No podremos alabarla como es debido y pediremos su intercesion inutilmente mientras seamos enemigos de Dios y vivamos en el pecado; por esto debemos prepararnos para alabarla purificando nuestro corazon y pidiéndola que ruegue por nosotros que somos pecadores para que dejemos de serlo y salgamos de la esclavitud de nuestros enemigos. Esto es lo que debemos pedirle con sinceridad antes de todo porque el pecado es el mayor mal de todos. Pidámosla la gracia, pero la gracia de que está llena, la gracia delante de Dios, la gracia que la hizo bendita entre todas las mujeres, y despues pidámosla que nos alcance la salud para los enfermos, el perdon para los reos, la fortaleza para los débiles, el consuelo para los aflijidos, la ayuda para los que se hallan en peligros y á todos la libertad de todo mal y una muerte dichosa que nos sirva de entrada á la felicidad eterna.

Virgen Santísima. «Acuérdate de tus siervos, recomiendales las súplicas de todos, confirma la fé, y aumente la
» esperanza de todos. Que todos se reunan á la unidad
» de la verdadera iglesia; que el Imperio aumente sus troyeos: auxilia á todo el ejército; dá la paz á todo el mun-

» do; libra de los peligros y tentaciones á todos, y ruega
» porque á cada uno en el día de su retribucion se le con-
» ceda una esencion de toda pena y de todo reato y la en-
» trada en la gloria. ¿A quién recurriremos sino á tí? Tú
» tienes palabras de vida eterna. Tú intercedes continua-
» mente por nosotros. Tú eres la que siempre has obrado
» y no dejas nunca de obrar las cosas grandes entre nos-
» otros. Tu nombre es santo y tú eres anunciada por los
» ángeles y los hombres, bendita en todas las jeneracio-
» nes (1).»

*Ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de
nuestra muerte. Amen.*

(1) S. Germ. Episcop. constantino.

PLATICA XIX.

De la Deprecacion del

AVE MARIA.

La suprema dignidad y escelencia de la Santísima Virgen María, su elevacion sobre todas las criaturas, la abundancia de dones celestiales con que el Señor la enriqueció, la cualidad incommunicable de ser Madre de Dios, la plenitud de gracia con que el Señor la previno y el ser la escogida y bendita entre todas las mujeres, nos dá claramente á conocer que tiene tambien un poder superior al de todos los demas santos y bienaventurados, y que por consiguiente debemos honrarla y venerarla de un modo particular y superior. Asi nos lo enseña nuestra Madre la Iglesia y gobernada por el Espíritu-Santo conserva para dar culto y veneracion á Maria Santísima la oracion del *Ave María* con que fué saludada por el arcánjel san Gabriel

cuando fué enviado del cielo á anunciarla el misterio de la Encarnacion del Hijo de Dios. Ninguna cosa podemos decir mas grande en obsequio de esta divina Señora, ninguna mas digna de su grandeza, ni que sea mas de su agrado. El ser un ángel del cielo el que nos la trajo á la tierra; el motivo y fin de esta salutacion que fué la ejecucion del misterio de la Encarnacion del Verbo Eterno y de la redencion del jénero humano; la persona á quien nos dirijimos en ella que es la primera y mas escelente de todas las criaturas por sus méritos, la verdadera Madre del Hijo de Dios, la Esposa única del Espíritu Santo y la Reina de todas las criaturas; las alabanzas que en ella se contienen, nos manifiesta bien que esta es la oracion mas escelente y que ninguna podemos inventar para alabar á María Santísima que sea comparable con ella. Podemos muy bien decir que fué decretada en el consejo de las tres divinas personas, ¿qué podremos pensar ni decir nosotros que sea mas sublime ni mas grande?

No debemos sin embargo detenernos en alabar á María Santísima y celebrar su dicha y felicidad: Es la Madre de Dios y es muy digna de nuestra grande reverencia y amor, pero nada tenemos que desear para su exaltacion y felicidad; ha conseguido la corona de justicia que no puede perder y á que nosotros no podemos dar el mas pequeño aumento. Alegrémonosenhorabuena de su felicidad, de la dignidad y gloria á que ha sido elevada, manifestemos nuestra alegría y cantemos sus alabanzas, publiquemos sus virtudes y llamémosla bendita entre todas las jeneraciones; honremos su nombre y procuremos que en todos los lugares, en todos tiem-

pos, y todas las criaturas la reconozcan y que no haya corazón que no la ame, lengua que no la bendiga y que reciba en la tierra el culto, las alabanzas y bendiciones con que la veneran los santos y los ángeles en la gloria: así cumpliremos como hijos y siervos de María, y ya que en nada contribuyamos ni aumentemos su gloria y felicidad esencial, inalterable ya é independiente de cuanto nosotros podemos hacer, contibuiremos á su gloria accidental, á la exaltación de su nombre y á que las jentes todas la alaben y bendigan. Debemos reconocer su poder, su intercesión y valimiento y al tiempo que la bendecimos y alabamos interesarla que pida por nosotros y que emplee su benéfico influjo en provecho nuestro que somos necesitados, miserables y pecadores. Debemos recordar que es nuestra Madre, que quiere y que puede socorrernos en nuestras necesidades y debemos al paso que la recordamos sus grandezas implorar para nosotros sus auxilios y poderosa intercesión. Ved aquí, hijos míos, porque en seguida que alabamos á María Santísima con la salutación del ángel concluimos diciendo la deprecación que nos enseña la iglesia. «Santa María Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores res ahora y en la hora de nuestra muerte.»

Confesamos como cristianos que todo don perfecto nos viene de Dios y que todas sus perfecciones y gracias las reciben las criaturas de la bondad de su criador. Que Jesucristo es el origen y principio de todas las gracias y que todas se nos comunican por la virtud de sus méritos infinitos. Que estas gracias á la manera de unas aguas saludables han regado toda la tierra y han sido derramadas en to-

dos los siglos por Jesucristo que es un río que subió hácia su orijen para santificar á los antiguos patriarcas de quienes deciendo Jesucristo segun la carne. Un torrente que arrastra á las potestades del infierno y deja sumerjidos los pecados. Un baño que dá aliento y fortaleza á nuestras almas. Y en una fuente de agua viva que tenemos siempre abierta en los santos sacramentos, que nos apaga la sed de las cosas y bienes temporales, y que salta hasta el cielo para guiarnos allá y ser allí un torrente de delicias inesplicables y santas de las que nos hartaremos por toda la eternidad. Que por medio de Jesucristo que es nuestra cabeza distribuye Dios todas sus espirituales bendiciones que nos dan derecho al cielo y nos hacen aptos para ganar la gloria eterna. Jesucristo pues es el orijen y fuente de todas las bendiciones de Dios, y á él es á quien debemos referirlas todas, á la manera que todos los rios salen del mar y todos deben volver á él. De Jesucristo es de quien está escrito que es digno de poseer la potestad, la sabiduría, la divinidad, y de recibir la gloria, las alabanzas y bendiciones de todas las criaturas. Ante su trono ofrecen sus coronas los príncipes del cielo, y así como María Santísima recibió de él mayores gracias y dones mucho mas escelentes, así tambien le da gracias con grandísima sumision y respeto. Debemos pues con ella y por ella bendecir á Jesucristo reconociéndole como el objeto de todas nuestras buenas obras. La misma Virgen Santísima vé con gozo á sus devotos siervos alabar á su amado hijo; ella le bendice en las bocas de todos y los dice con mas celo que el profeta: venid, hijos, yo os manifestaré las maravillas que ha obrado en mí el

Señor: alabadle y glorificadle conmigo; es nuestro común Padre y Señor, glorifiquemos todos su adorable nombre. Hé aquí lo que pide María Santísima de nosotros como nuestro primero y principal deber y la ofenderia el que no se propusiese la honra de su hijo y su gloria como fin último de todas su obras, aun de aquellas mismas con que alaba y engrandece su felicidad y los dones que el Señor la ha dispensado; y hé aquí lo que debemos nosotros pedir á María Santísima y por lo que la son tan agradables y mueven tanto su corazon las palabras en que la decimos que *ruegue por nosotros pecadores*.

Quiere Maria Santísima que reconozcamos que todas nuestras gracias y bienes nos vienen de Dios por medio de Jesucristo, que todas nuestras obras las refiramos á Jesucristo y dirijamos á su mayor honra y gloria, que cuidemos de emplearnos en obras dignas de Jesucristo y sobre todo de amarle y bendecirle sin apartarnos de su amistad y su gracia por el pecado, y por esto quiere que la pidamos que ruegue al mismo Señor, que interceda por nosotros que somos pecadores.

Nosotros también debemos querer esto mismo, hijos míos, y la idea que concebimos de María Santísima, la predileccion con que Dios la distingue, la abundancia de gracias que disfruta, el valimiento que el Señor la dispensa, su bondad, su compasion, su misericordia, nuestro estado de miseria y de peligros en que vivimos, lo mucho que nos interesa el conseguir la gloria y concluir felizmente la congojosa y atribulada carrera de esta vida miserable, todo debe inclinarnos á pedirle con instancias y con humildad que «rue-

» gue por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte.»

Es verdad que solo Dios es el autor de todas las gracias y beneficios y que á él solo debemos alabar y bendecir con María Santísima, reconociéndole como dador y origen de todos los bienes. Pero tambien lo es que María Santísima es madre de misericordia, refugio de pecadores, consuelo de los aflijidos, medianera y abogada nuestra en el cielo. Tambien lo es que emplea su poderosa intercesion para reconciliarnos con Dios, que alcanzamos mas facilmente de Dios lo que pedimos por su medio, que se interesa con su hijo en favor nuestro y que por lo mismo debemos acojernos á su amparo, implorar su ayuda y sus auxilios para que consigamos por ella vivir santamente y tener una muerte dichosa. ¿Qué negará el Señor á María Santísima en el cielo cuando tantos favores la dispensó en la tierra? ¿Qué pedirá María Santísima que no la sea concedido? Debemos implorar la proteccion y amparo de María Santísima porque esta es la voluntad de Dios que quiere que todos la consigamos por María. El Padre Eterno oirá cuanto le pida su Hijo, el Hijo oirá todo lo que pida su Madre, y esta Madre que se complace en ser Madre de pecadores oirá lo que nosotros la pidamos desde este valle de lágrimas. Ved aquí, dice el padre san Bernardo, la escala de los pecadores, lo que debe alentar nuestra confianza, lo que debe llenarnos de consuelo; no dejaremos de ser oidos porque María Santísima siempre hallará gracia delante de Dios y pidiéndola para nosotros no la rechazará el Señor.

Teniendo María Santísima tan poderoso valimiento con

su hijo y nuestro Señor Jesucristo origen de todos los bienes verdaderos, debemos confesar que puede interesarse por nosotros y alcanzarnos nuestras peticiones, debemos confesar tambien que María Santísima quiere y se complace en oír nuestras súplicas, en oír nuestros votos, en interceder por nosotros y que en medio de la gloria incomparable que disfruta no se olvida ni desatiende á sus hijos escarriados y pecadores que la llaman y piden su proteccion desde este mundo. Sí pues, hijos míos, María Santísima puede y quiere socorrernos, si tan eficaz y poderosa es su intercesion, si no niega Jesucristo á su Madre lo que pida para nosotros, si tanto nos interesa conseguir los dones del Señor que han de hacernos felices para siempre, recurramos á esta Señora, invoquemos á María Santísima, pidámosla su ayuda y proteccion y digámosla en todas nuestras necesidades con fervor y devocion: «Ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte.»

Pero no basta pedirlo y decirlo á esta Señora, hijos míos. A pesar de su poderosa intercesion y valimiento, á pesar de su voluntad y deseo de servirnos, aunque es misericordiosa y abogada de pecadores, aunque la pidamos con instancias no conseguiremos que interceda por nosotros ni nos dará el Señor lo que pidamos por su medio. ¿Sabeis por qué? Porque no nos oirá si pedimos lo que no debemos pedir ó del modo que no debemos pedir. Debemos pedir por su intercesion lo que pedia y apetecía para sí esta Señora. No la sabiduria, como Salomen, no los honores, las riquezas, el poder ni los bienes perecederos del mundo, sino la gracia, aquella gracia que María Santísi-

ma halló con tanta abundancia en la presencia de Dios, aquella gracia sin la que no podemos salvarnos, aquella gracia que necesitamos para obrar y vivir como conviene á los cristianos y devotos de María: ¿por qué la rogamus con tanta instancia para conseguir otros bienes de menos precio y estimacion, que nada nos aprovechan si no tenemos la gracia y no los ordenamos á conseguir la gloria? Por esta razon no decimos á nuestra Señora y Madre de Dios que ruegue por nosotros que somos pobres, que somos perseguidos y atribulados, que tenemos enfermos, encarcelados, en destierro, que tenemos mala suerte, que se desgracian nuestras empresas y negocios, que no gozamos los placeres y deleites; sino solamente que somos pecadores, porque esto solo debemos tener por mal, porque es lo que debemos aborrecer mas que todos los males, porque el pecado es la mayor miseria, porque mas que por todos los bienes debemos suspirar por la gracia y asi debemos pedirla que nos alcance salir del pecado, preservarnos del pecado, y que nos conservemos en la amistad de Dios en el tiempo de la vida y en la hora de la muerte. Todos los demas bienes temporales podemos pedirlos tambien á Dios, como sabeis, y por consiguiente podemos interponer la mediacion de María Santisima para conseguirlos. La salud de cuerpo, el alimento y los bienes necesarios para nuestro sustento, la libertad para los encarcelados, el perdón para los reos, el buen temporal para los frutos de la tierra, el buen éxito de un negocio que nos interesa y todo lo que pueda sernos útil ó nos libre de algun mal, pero siempre pidiendo antes de todo y mas que todo la gracia del Señor, el perdón de

nuestros pecados, el don del Señor que nos haga obrar el bien y merecedores de su reino; y despues los bienes temporales si nos convienen y como nos convengan; siempre que nos sean útiles y conducentes para conseguir la gracia y la gloria.

Si nos estamos de asiento en el pecado, si no nos inquietamos viviendo en la culpa y enemistad de Dios, si no clamamos y suspiramos á Maria Santísima para que nos logre salir del pecado y de los lazos en que nos tienen apriisionados los enemigos de nuestra alma, y la ofrecemos nuestros votos, levantamos las voces de nuestras súplicas, corremos á ponernos bajo su proteccion y á implorar su poderoso valimiento para que nos alcance la salud del cuerpo, la vida del padre ó del consorte, que nos libre de la peste, que prosperen nuestros bienes ó nos logre gracias puramente temporales, no estrañemos que Maria Santísima no nos oiga y por consiguiente no nos alcance del Señor nuestros desos, porque pedimos mal, porque pedimos lo que no debemos pedir, ni nos es conveniente, porque somos demasiado carnales y terrenos y tenemos nuestro corazon muy apegado á los bienes de este mundo. Elevémosnos hasta el cielo, no apetezcamos tanto las cosas de la tierra, pidamos y suspiremos por nuestra patria como desterrados en esta valle de lágrimas, pidamos como pecadores arrepentidos y contritos la gracia de Dios, y Maria Santísima nos ayudará, será nuestra intercesora y abogada, nuestra Madre que alcanzará para nosotros los dones del Señor que nos hagan agradables en su presencia.

Preciso es tambien que pidamos á Maria Santísima co-

mo debemos pedir. No basta que pidamos la gracia y que para ello honremos y bendigamos á la Madre de Dios. Si nos contentamos con pedir solamente con los labios, si no nos resolvemos á enderezar los afectos de nuestro corazon, si no ponemos los medios necesarios para salir del pecado y conseguir la gracia, buscaremos en vano y pediremos sin fruto la intercesion de María Santísima. Mientras seamos enemigos de Jesucristo, mientras no sigamos la ley y los ejemplos de Jesucristo, mientras deshonremos á Jesucristo con nuestras obras de iniquidad, con nuestros tratos ilícitos, nuestras compañías detestables, nuestro corazon endurecido en el mal, no podemos ser amigos de su Madre ni prometernos su proteccion. Pedir una cosa con la boca y desear lo contrario con el corazon; pedir que nos dé María Santísima su proteccion para salir del pecado y buscar nosotros las ocasiones del pecado, y no apartarnos de las tentaciones y peligros que nos llevan al pecado, y congratularnos y hallar nuestro gozo y satisfaccion en el pecado, hijos míos, es no querer pedir lo que pedimos; es pedir de un modo muy poco conducente para conseguir nuestros ruegos; es injuriar á María Santísima á quien no puede agradar la mentira de nuestros labios y los deseos depravados de nuestro corazon; es por lo menos un culto vano, y supersticioso; son vacías nuestras palabras; y si nada pedimos, porque nada deseamos conseguir, no extrañemos que María Santísima no emplee su valimiento en favor nuestro, ni reconozca por hijos suyos á los que no viven conformes con la imájen de Jesucristo su hijo y se han abandonado á la esclavitud y servicio del demonio.

Entremos en nuestra conciencia, detestemos nuestros vicios, temamos al pecado, procuremos salir de él por los medios abundantes que nos proporciona nuestra santa religión, huyamos de las ocasiones, pidamos con sinceridad y verdaderos deseos, arreglemos nuestra vida y nuestras costumbres, limpiemos nuestro corazón de sus malos afectos y María Santísima se complacerá en interceder por nosotros. Es Madre de pecadores, quiere que se salven todos, que se aprovechen todos del fruto de la redención, que ninguno se pierda ni salga del rebaño del Pastor Divino, pero no es Madre de los pecadores obstinados y endurecidos, de los que quieren vivir y morir en el pecado, sino solamente de los que se reconocen, se arrepienten y desean salir de su estado poniendo los medios que están á su alcance. A estos los oye, los favorece, intercede por ellos y los ayuda á levantar, y son innumerables los beneficios y auxilios que los alcanza de que vemos continuamente ejemplos.

Diremos pues, hijos míos, que debemos honrar y venerar á María Santísima mas que á todos los santos como que es la criatura mas digna y de mas merecimientos delante de Dios que la elevó á la cualidad de Madre suya y para eso la llenó de todas sus gracias. Que con ninguna oración daremos el debido culto á María Santísima ni de un modo que la sea mas agradable que con la oración del *Ave Maria* compuesta por el mismo Dios, que nos recuerda el misterio de nuestra redención, que contiene todas las alabanzas y las glorias, y todos los bienes y celestiales bendiciones de que podemos congratularnos con María Santísima. Que elevada ya en los cielos sobre todos los tronos y

potestades, coronada con la corona de justicia y recompensada con el premio que la preparó el Padre, el Hijo y el Espíritu-Santo, su felicidad y gloria es inamisible, inalterable, eterna, y que si nada podemos aumentar su gloria esencial, podemos gloriarnos y alabar á Dios por ella y desear su gloria accidental que consiste en que procuremos y hagamos que todos la reconozcan, alaben, bendigan y hagan pública su bienaventuranza. Que al paso que contemplamos las glorias de María Santísima debemos reflexionar sobre su poder y valimiento y convirtiéndonos á nosotros mismos, reconociendo nuestra debilidad y flaqueza interponer su intercesion y pedirla que ruegue por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte, como nos enseña la iglesia nuestra madre. Diremos por fin con la doctrina de la misma iglesia que para que logremos el patrocinio y mediacion de María Santísima es preciso que la pidamos antes de todo la gracia de Dios y salir del pecado y despues los bienes de esta vida si nos convienen, y que al mismo tiempo pongamos los medios para que el Señor nos perdone y para salir de nuestro mal estado, porque no tendremos la gracia de la Madre si no procuramos la del Hijo, ni María Santísima es madre ni dispensa sus favores á los pecadores obstinados sino á los arrepentidos y que piden de veras el perdon.

Señalado nos queda el modo de ser verdaderos devotos de María Santísima. Un auxilio poderoso tenemos en su intercesion; es una Madre cariñosa que puede y quiere socorrernos. Pecadores somos, pero se congratula en favorecer y ayudar á los pecadores que procuran levantarse y

salir de sus vicios. Clamemos, hijos míos, clamemos á esta Madre jimiendo y llorando, arrepentidos y contritos; clamemos en todas nuestras tribulaciones, en todas las tentaciones y peligros poniendo los medios conducentes y Maria Santísima obrará como Madre, nos alcanzará los auxilios del Señor y rogará por nosotros mientras vivamos en este velle de lágrimas, y muy particularmente en la hora de nuestra muerte para que consigamos hallar gracia delante de Dios y ser bienaventurados para siempre Amen.

PARAFRASIS

Devota de la oracion del

AVE MARIA.

Dios te salve, Madre de gracia, Madre de misericordia; que tuviste la dicha de concebir y parir al mismo Dios hecho hombre. *Dios te salve* Reina del cielo y de la tierra que fuiste preservada de todo pecado, esenta de todas las miserias del pecado y verdaderamente dichosa por toda la eternidad. *Dios te salve*, Fuente de salud cuya multitud de privilegios es innumerable, cuyo lustre y nobleza es eterna y cuya gloria es inesplicable. *Dios te salve* Paz y gozo del mundo que reconciliaste al cielo con la tierra, á los hombres con Dios.

Maria, nombre dulcísimo y mas suave que la miel y que el panal; nombre despues del nombre de Jesus tu hijo, sobre todo nombre y en el que tambien despues del nombre de Jesus son benditas todas las naciones de la tierra; nombre ante el cual se dobla toda rodilla en el cielo, en la

tierra y en el infierno. *Maria*, luz que iluminas á todos los espíritus y con la que podemos arreglar y dirigir nuestras costumbres. Señora nuestra en cuyo piadoso servicio conseguimos la felicidad eterna. Estrella del mar de este mundo con cuyo continuo influjo y brillante resplandor somos alumbrados y dirigidos al puerto de la salud verdadera. Mar de gracias y de santidad, del que salen ejemplos de todas las virtudes y todos los beneficios y privilegios de los santos.

Llena eres de gracia. Todos los hijos de Adán han traído consigo y sobre sí la ira y maldición: pero tú hallaste gracia delante de Dios. A los demás justos y santos se los ha dado la gracia por partes, pero en tí se infundió toda la plenitud de la gracia. Tú eres llena de gracia, que jamás diste entrada á pecado alguno; eres llena de gracia porque todas tus obras fueron hechas en gracia y sobresaliste en todas las virtudes. Hubo también otros santos llenos de gracia, pero tú lo eres de un modo muy diferente de aquellos, porque entra mas abundancia de licor donde hay mas capacidad y es mayor el vaso para recibirle. ¿Y quién podrá decir lo incomparable de tu capacidad sabiendo que recibiste en tu seno al que no cabe en los cielos?

El Señor es contigo. Contigo en el corazón, contigo en tu vientre, contigo en los auxilios y favores. Contigo está el Hijo á quien vistes de tu carne; contigo está el Espíritu Santo por cuya virtud concibes; contigo está el Padre que enjendró desde la eternidad al que tú pariste en el tiempo: el Señor está contigo y en tí como está un rey en su solio, un esposo en su tálamo, un amigo íntimo en su amigo, y mucho mas íntima y estrechamente. También

está el Señor en mí, porque ¿cómo podría yo vivir ni subsistir sin él? Pero en tí está de un modo mucho mas escelente, por una comunicacion mayor de sus bienes, y por la asumpcion de la naturaleza humana.

Bendita tú eres entre todas las mujeres. Verdaderamente bendita porque libre de la maldicion de todas las mujeres, ni fuiste estéril, ni perdiste la virginidad, ni pariste en la tristeza y el dolor. Llevaste en tu seno á Dios, que lleva á todo el mundo, enjendraste al mismo que te enjendró, alimentaste, al que dá el alimento á todos los vivientes, no conociste varon y diste á luz al mas escelente varon. Verdaderamente bendita, que fuiste mas alta que los cielos, mas grande que la tierra, mayor que todo el universo, pues llevaste en tu vientre al que no puede ser contenido dentro de término ni límite alguno. Verdaderamente bendita, porque el Hijo de Dios libró á todo el género humano de la maldicion con la carne que tomó en tus purísimas entrañas.

Y bendito es el fruto de tu vientre, Jesus. Porque fué concebido sin corrupcion, nacido sin dolor, y dado á luz como destructor del pecado. Justamente es bendito el «que» es sobre todas las cosas: Dios bendito por todos los siglos.» A quien el Padre eterno constituyó cabeza de los ángeles y los hombres y llenó sin medida de toda gracia y bendicion. Tú fuiste el árbol de la vida puesto en el paraíso de la iglesia que prodojo un fruto tan dulce, tan útil y tan precioso, que á tí te hizo bendita, y á nosotros nos libró de la maldicion y la muerte del pecado, y nos atrajo las divinas bendiciones.

Santa Maria Madre de Dios, que eres santa y prodijio se santidad; piélago insondable de dones y de gracias. Madre de Dios verdadera, que pariste á Dios hecho hombre, y piadosa Madre nuestra porque nos amas con el cariño de Madre, y no tienes á menos el ser y que te llamemos Madre de los pecadores.

Ruega por nosotros pecadores. No te decimos lo que has de rogar, porque tú sabes mejor que nosotros lo que más nos conviene. Tú eres santa, y ¿qué pedirás para nosotros sino la santidad? Tú eres llena de gracia ¿qué pedirás para nosotros sino la abundancia de las gracias? Nada mas te decimos sino que ruegues por nosotros.

Ahora y en la hora de nuestra muerte. Un auxilio duplicado necesitamos: uno para vivir bien y otro para morir santamente. Alcánzanos uno y otro para que libres en la vida de todos los males del alma y del cuerpo caminemos y perseveremos en la virtud y santidad, y cuando nos llegue la hora de la muerte libres de las asechanzas y lazos del demonio; santos, purificados y sin marcha salgamos de este mundo y vayamos á gozar de la presencia de Dios en la patria celestial por los siglos de los siglos. Amen.

PLATICA XX.

De la Salve y demas oraciones que dirijimos á María Santísima.

El culto y veneracion de María Santísima en la iglesia es tan antiguo y tan constante como la misma iglesia. La conformidad que se observa en este asunto en todas partes á pesar de la discordancia que hay acerca de otros: las preces y oraciones que en todas partes se dirijen á María Santísima; los dias solemnes que se celebran en honor y memoria de sus misterios; tantos templos, capillas, santuarios y altares dedicados á Dios bajo la advocacion de la Virgen María; sus imágenes espuestas á la veneracion pública de los fieles en todas partes; su nombre que se invoca en el mismo sacrificio de la misa: el comun consentimiento y práctica jeneral de todos los santos, de los sumos pontífices, de los obispos, de los doctores y los pueblos todos, sin embargo de las artes y empeño obstinado de los herejes en desarraigar de los cristianos la tierna devocion y afecto de la Madre de Dios; el ardor y entusiasmo de to-

dos los verdaderos católicos no solo en defender el dogma de que María Santísima es Madre de Dios , sino tambien en ensalzar y publicar sus grandezas, su santidad y sus prerogativas y privilegios, tanto mas cuanto mas se ha opuesto sin descanso el espíritu del error ; el celo que advertimos en elojiar frecuentemente á María Santísima con tantas, tan tiernas y afectuosas oraciones ; en edificar tantos templos bajo su nombre, la costumbre tan universal, tan constante y tan recomendada de alabar á María Santísima manifiesta bien, no solo que la devocion á esta Señora nos viene por una constante tradicion que ha sido impugnada solamente por los enemigos de la iglesia y los que han sido rechazados de su seno ; sino tambien la confianza que han tenido en su autoridad para con Dios, en su bondad para con los pecadores, en su patrocinio y misericordia los cristianos de todos los tiempos, de todos las edades y de todas las condiciones.

En todo tiempo han creido los cristianos que se proporcionan la proteccion de María Santísima, que la tienen propicia é inclinada á su favor honrándola con el culto que se merece, invocándola en sus necesidades, acogiéndose á su proteccion, sin que por esto se perjudique en nada el honor, el culto y veneracion que debemos dar á Dios, como supremo Señor, autor de todo lo criado y dador de toda gracia. Creemos y confesamos que podemos dirigir al mismo Dios directamente nuestras oraciones y súplicas, sin que nos valgamos de la intercesion de María Santísima, pero creemos tambien que son mas atendidas y despachadas mas favorablemente interponiendo en nuestro favor á

esta divina Señora. Creemos y confesamos con los padres del santo concilio de Trento y la doctrina católica que los santos que reinan con Jesucristo en el cielo ruegan á Dios por los hombres, y que principalmente es saludable y provechoso invocar á la Santísima Virgen y acudir á su poderosa intercesion para conseguir las gracias que necesitamos de su Hijo y Señor nuestro Jesucristo, que es el único Redentor y Salvador nuestro y por quien solamente podemos lograr la gracia y la gloria.

En testimonio y conformidad de esta creencia nos dirigimos á Maria Santísima con varias oraciones, salutationes y cánticos admitidos por la iglesia y que usa tambien en sus rezos la misma iglesia ademas del *Ave María*, ordenados todos á elojiar y publicar las alabanzas de esta Señora, á invocarla como á nuestra Madre, Madre de nuestro Redentor, Reina del cielo, Puerta de la gloria, Señora de los ángeles, Luz del mundo, Estrella del mar, Madre de misericordia, vida, dulzura, esperanza nuestra, y á pedirla en nuestro favor su intercesion poderosa, que ruegue por nosotros y nos alcance el perdon de nuestros pecados, la gracia de Dios y su gloria. Tal es la que comunmente usamos y conocemos con el nombre de LA SALVE, que aprendemos desde niños para ser devotos y encomendarnos á Maria Santísima.

En esta como en todas las demás deprecaciones y cánticos que la dirigimos la damos el debido honor y alabanza por su dignidad y la abundancia de sus gracias, la reconocemos y confesamos por Madre de Dios y Señora nuestra y concluimos pidiéndola su amparo y su intercesion en

favor nuestra del modo que debemos hacerlo. Voy á hacer una ligera esplicacion de la **SALVE** para que conozcais el gozo y la confianza con que debemos invocar á **Maria Santísima** y el modo con que debemos procurar y pedir su intercesion.

Saludamos á **Maria Santísima** llamándola **Reina y Madre**. Es **Madre de Dios** y nada puede aumentarse á este glorioso título. Nos dió á nuestro salvador ¿qué mayor gracia podemos pedir? Y siendo **Madre de Dios** ¿con qué confianza no podemos recurrir á su amparo? ¿Qué pedirá á su **Hijo** que no la conceda? También es **Madre nuestra** y **Madre** de todos los hombres y he aquí, hijos míos, otra de las grandezas de **Maria** y otro título para que nosotros la honremos y confiemos en su proteccion. **Maria Santísima**, dicen los santos padres, tiene un **Hijo**, y es al mismo tiempo **Madre** de muchos hijos. Tiene un **Hijo**, porque uno solo es el hijo de **Dios** á quien concibió en sus entrañas y es **Madre** de muchos porque á todos nos dió al autor de la gracia. Es **Madre nuestra**, porque nos ha devuelto la vida que nos quitó nuestra primera madre **Eva**. Es **Madre nuestra**, porque es **Madre** del **Hijo de Dios** que se dignó llamarnos sus hermanos. Es **Madre nuestra** porque á todos nos adoptó por hijos suyos en la persona de san **Juan** á quien la encomendó como hijo nuestro divino salvador desde el patíbulo de la cruz. ¿Qué motivo mas poderoso podemos hallar para honrar á **Maria Santísima**, y para acudir á su intercesion con toda confianza? Sí **Moises** contiene los brazos de **Dios** levantados para castigar al pueblo judío; Sí **Aron** quemando el incienso en la presencia de **Dios**

mitigó su justicia dispuesta ya á enviar fuego del cielo que redujese á ceniza aquella nacion feroz y rebelde; si Josue que no era sino un siervo de Dios vió detenerse el sol en medio de su carrera obedeciendo el mismo Dios á la voz de un hombre ¿qué no podemos esperar nosotros siendo María Santísima nuestra medianera y abogada para su Hijo y nuestro Señor Jesucristo? ¿Cuántas gracias no debemos dar á Dios porque nos ha dado esta Madre tan poderosa? Por María vino Jesucristo á nosotros, por Jesucristo llegamos nosotros al Padre y nosotros llegamos á Jesucristo por María. ¿Qué temeremos del Padre si Jesucristo se interesa por nosotros? ¿Y qué no debemos esperar de Jesucristo si se interesa con él María Santísima su Madre y Madre nuestra?

Siendo María Santísima nuestra Madre es también nuestra vida, dulzura y esperanza porque es nuestra abogada, intercesora y medianera. Ejerce para con Jesucristo el mismo oficio que Jesucristo para con el Padre que siempre interpela por nosotros. ¿Pódrems buscar un abogado mas elocuente y que sea mas amado de nuestro juez, que esta Madre de misericordia? Reune todo lo que podemos desear para poder persuadir y mover á nuestro juez, que es su Hijo Jesucristo y para obtener de él cuanto pida por nosotros. Si el rey Salomon dijo á su madre Bethsabé: pide madre mia, todo lo que fuere de tu agrado, porque un hijo nada puede negar á su madre ¿de cuánto valor y peso será la oracion de una Madre tan santa como María dirigida á un Hijo infinitamente mas poderoso y mas santo que Salomon? ¿Qué podrá negarla cuando levante delante de su trono aquellas manos inocentes y puras que le sostuvieron, cuan-

do le manifieste el seno virjinal en que fué concebido y los pechos que le alimentaron? ¿Què violencia tan amable no harán en el mejor hijo las prendas del amor de la mejor Madre? ¡Feliz y dichosa aquella alma que acierta á interesar y rogar á María Santísima y á poner en ella sus esperanzas! ¡Feliz el alma que llena de respeto y veneracion para con Jesucristo aprende desde la niñez á implorar la proteccion de María!

Es verdad que el poder de esta Señora no es absoluto é independiente como el poder de Dios, pero aunque dependiente y que haya de suplicar es eficacísimo. Cuando imploramos á María Santísima no levantamos un trono opuesto al trono de su Hijo, ni un tribunal de misericordia opuesto á un tribunal de justicia, sino que presentamos al mismo Juez una abogada y protectora á quien el mismo se complace de que nos acojamos y que nos lleguemos á él por su medio; invocamos á una Madre tan dispuesta á servirnos, y ayudarnos que san Bernardo desafia al mundo entero á que le diga si ha habido alguno que despues que ha implorado la proteccion é. invocado el nombre de María no haya experimentado su socorro.

Es tambien una Madre llena de bondad; de clemencia, de amor y de misericordia. Basta el que seamos necesitados para mover su caridad, basta que necesitemos su auxilio para escitar su celo: nuestras mismas miserias son causa suficiente para que nos haga participantes de su largueza. Se aflige por nuestros males y nos mira como Madre que lleva á sus hijos en su seno: atiende á nuestras necesidades y ella misma se anticipa á nuestras peticiones y nos

proporciona los auxilios. María Santísima oye y recibe á todos y para todos, dice san Bernardo, tiene abierto el seno de su misericordia. El cautivo, dice este mismo santo, halla en María la redencion, el enfermo la salud, el triste el consuelo, el justo la gracia y el pecador el perdón, ¿con qué confianza no debemos invocarla en todas nuestras necesidades? ¡O dulcísima María! dice san Buenaventura, el pecador se hace detestable de todo el mundo, pero tú no le abandonas, le abrazas con amor de madre, le alientas y le ayudas como á un hijo enfermo y no le dejas sin haberle primero reconciliado con Dios. Si tal es la misericordia de esta divina Madre nuestra podemos decir muy bien con santo Tomás: que en cualquier peligro en que nos hallemos y sea el que fuere el estado á que nos hayan reducido nuestros vicios, siempre podemos esperar conseguir la salud eterna por el favor y la proteccion de la Madre de Dios. En las manos de esta Señora, dice san Pedro Damiano, están todos los tesoros de las misericordias del Señor. Ved, hijos míos, si acertadamente la saludamos cada dia llamándola Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra.

No tenemos necesidad mas urgente, ni tiempo de mayor peligro que la hora de nuestra muerte. De esta depende todo porque es la que decide de nuestra suerte eterna. Pues en estos momentos en que el mundo y todo lo que ha servido para nuestra distraccion y engrandecimiento nos abandona y desprecia, no nos vuelve la espalda la Madre de los allijidos, vuelve á nosotros sus ojos llenos de piedad y misericordia, y el siervo y devoto de María que

en aquella hora terrible la invoca no queda desconsolado; experimenta su peculiar proteccion, y nunca es mas poderosa su ayuda, nunca favorece con mas liberalidad á sus devotos que en aquellos momentos en que están mas necesitados. La iglesia nuestra madre conoce la necesidad que tenemos de mayores auxilios en la ocasion de los mayores peligros que es en la hora de la muerte, y por eso sobre los socorros que nos dispone para aquellos momentos nos enseña y acostumbra en sus preces pedir á María Santísima esta asistencia particular: «Ruega por nosotros pecadores,» «ahora y en la hora de nuestra muerte,» la dice cuantas veces usa de la salutación anjélica, «protéjenos del enemigo,» y recibemos en la hora de la muerte,» dice en uno de sus cánticos y lo repite á cada paso; tan persuadida está que la proteccion y auxilio de María Santísima nos es necesario en aquel terrible conflicto. Y ¿es posible que María Santísima se olvide en aquellos momentos de los que la invocan especialmente si fueron sus devotos y la honraron y amaron durante su vida? ¡Ay hijos míos! ¡Qué consuelo tan imponderable será para nosotros pensar en la hora de la muerte que en nuestra vida hemos sido siervos y devotos amantes de María! ¡Con qué satisfaccion y confianza invocaremos su nombre, su proteccion y su ayuda contra nuestros enemigos! ¡Qué no podemos prometernos del supremo juez robustecidos con la proteccion y cubiertos con el manto y distintivo de su amantísima Madre! Yo no temo asegurar que en aquella hora de afliccion y de temor y desconsuelo la confianza en María Santísima tranquiliza el ánimo, alienta el espíritu, dá la paciencia y sufrimiento, mi-

tiga los dolores, y disipa el miedo y el terror que lleva consigo la presencia de la muerte. Yo no temo asegurar, que los que durante su vida han sido devotos de María Santísima mueren por lo comun, con una suave y religiosa tranquilidad, con una confianza y un amor tan tierno al nombre dulcísimo de María que hace presajiar la felicidad eterna que los está preparada.

Segun esto, amados mios, ¿con qué gozo y confianza deberemos invocar á María Santísima? ¿Con qué celo y qué solícitud deberemos procurar ser devotos suyos? ¿Con qué afecto deberemos suspirar por gozar de su amistad y contarnos en el número de sus favorecidos? ¿Con qué fervor tambien deberemos honrarla y venerarla y procurar que la alaben y bendigan todas las jeneraciones? Es Madre de Dios que ha puesto en ella la plenitud de sus dones. Es Madre nuestra y todos los dones de Dios los recibimos abundantemente por su medio; nos compadece en nuestras miserias, nos reduce en nuestros estravios, nos consuela en nuestras aflicciones, nos socorre en nuestras necesidades, nos reconcilia con su Hijo Jesucristo, pide incesantemente por nosotros como una Madre llena de amor, de piedad y misericordia, es nuestro consuelo, vida, dulzura y esperanza en la vida, y lo es tambien en la hora de nuestra muerte. De aqui es que jamás ha habido un justo en la iglesia de Jesucristo, que no haya profesado una tierna devocion á esta divina Señora: puede decirse que la devocion á María Santísima es una de las señales de estar elegido para la gloria; que es el carácter comun de todos los escojidos, y que es tal su benéfico influjo, que es útil y provechosa aun

para los mismos pecadores; que no han debido desconfiar de su salvacion los que han conservado el amor y devorcion á María Santísima que al fin puede mucho en ellos para impetrar su conversion, y que aun en los que son relajados nunca es estéril y vacía.

Gloriémonos hijos míos, de ser devotos de María Santísima, de cantar sus grandezas y maravillas, regocijémonos llamándola incesantemente nuestra Madre. ¡Qué satisfaccion tener por Madre nuestra á la misma Madre de Dios! Invoquemos llenos de consolacion á una Madre tan poderosa, y tan dispuesta á servirnos que es Madre de misericordia, nuestra vida, nuestra esperanza y nuestro consuelo; pero llamémosla como desterrados hijos de Eva, suspiremos jimiendo y llorando en este valle de lágrimas para que esta Señora vuelva á nosotros sus ojos misericordiosos.

Así lo decimos con la iglesia y así es como debemos pedir y procurar la intercesion de María Santísima, con sentimientos de compuncion y dolor de nuestras culpas, con las lágrimas en nuestros ojos por nuestros pecados y animados de un verdadero arrepentimiento. Nada mas propio ni mas justo en María Santísima, amados míos, que exigir de los que la invocan y quieren alcanzar los favores de Dios por su intercesion, de todos los que aspiran á la dicha de ser sus devotos que renuncien enteramente al pecado. No puede recibir esta Señora en el número de sus siervos á los que son esclavos del demonio y enemigos declarados de su Hijo. Es preciso que no nos engañemos. Maria Santísima es nuestro amparo, Madre de pecadores, refugio de los aflijidos hijos de Eva, pero de aquellos solamente

que la invocan jimiendo y llorando; de aquellos que quieren y desean convertirse; que detestan el pecado y sus miserias y se acogen á María Santísima implorando su ayuda. ¡Bienaventurado el pecador que busca á María Santísima con ánimo de renunciar y detestar el pecado! ¡Bienaventurado el cristiano fiel que implora todos los dias la proteccion de María y la ofrece sus votos, sus preces y las señales mas sinceras de su tierno amor y devocion! ¡Bienaventurado sobre todos el que se propone amar y ser devoto de María Santísima imitando sus virtudes, su humildad, su paciencia y resignacion, su obediencia y su completa conformidad en la voluntad de Dios! Bienaventurado sobre todos el que estudia en María Santísima la vida de perfeccion, se la propone por modelo de pureza, de oracion, de retiro y desprecio del mundo, de todas las virtudes y pide sin cesar su ayuda para no caer en este valle de lágrimas, para perseverar hasta el fin en la amistad del Señor y práctica de las virtudes entre tantos enemigos como nos rodean, para ver á Jesus, fruto bendito de su vientre despues de este destierro dirijiendo á este término todas sus ansias y deseos, como que esta es la única dicha que ha de hacerle feliz eternamente y lo que continuamente debe apetecer y pedir.

Hijos míos, sin ser amigos de Jesucristo, sin dejar de ultrajar al Hijo con una vida relajada, lo repetiré siempre aunque os sirva de molestia, no podemos ser devotos ni siervos de María. Nuestro primer paso para buscar el amparo de esta Señora es el mismo que el que debemos dar para buscar á nuestro Dios; el arrepentimiento y detesta-

ción del pecado. Entonces nos ayudará esta Señora y nos alcanzará los auxilios divinos. Invoquémosla con este ánimo y resolución santa: Invoquémosla jimiendo y llorando por nuestros estravios y pecados. Invoquémosla entregándonos á su devoción y servicio, procurando que sea el ejemplar y modelo de nuestra vida, deseando imitar sus virtudes para hacernos acreedores de sus gracias.

Con estas disposiciones y preparado nuestro corazón con estos afectos celebremos y engrandezcamos á María Santísima, invoquémosla como á nuestra Madre, abogada, protectora consuelo y esperanza y pidámosla con toda la confianza de hijos los auxilios que tanto necesitamos en este valle de lágrimas; que tienda sobre nosotros sus ojos misericordiosos en la vida y en la hora de nuestra muerte y sobre todo que nos alcance el que después de este destierro veamos y gocemos á Jesús fruto bendito de su vientre.

¡O clementísima! ¡O piadosa! ¡O dulce Virgen María! Ruega Señora por nosotros, para que seamos dignos de alcanzar las promesas de nuestro Señor Jesucristo. Amen.

PARAFRASIS DEVOTA

DE

LA SALVE.

Dios te Salve Reina y Madre. Bajo tus banderas, Señora, quiero militar en adelante, me someto enteramente á tu dominio para que tú me rijas y gobiernes del todo sin dejar nada á la direccion de mi ignorancia. Cuanto yo hiciere de mi cuenta habrá de ser miserablemente destruido porque, tú Señora, sabes bien que estoy lleno de putrefaccion desde las plantas de los pies hasta la corona de mi cabeza. Y ¿cómo me atrevo á presentarme á tí, ni cómo tomarás á tu cargo siendo una criatura tan noble, tan pura y sin la mas pequeña mancha el rejir y encaminar un corazon que no puede ofrecer otra cosa que el horror y fetidez de los pecados en que está envuelto? Porque eres:

Madre de misericordia y no pueden ser súbditos de una Madre de misericordia sino los miserables y pecadores. Tú empleas tus cuidados y tu solicitud en beneficio de los miserables; á estos has adoptado por hijos tuyos, de estos has querido ser

Señora y tomarlos bajo tu direccion, y por eso te llamamos la Madre de misericordia. Haz que nosotros miserables nos consolemos contigo, que nos sujetemos y vivamos contigo como con nuestra Señora; que te amemos con toda nuestra alma porque tú eres: *Vida*. Verdadera *vida* que con tu humildad venciste á la muerte que nos trajo la soberbia y nos alcanzaste la vida de la gracia. ¡O vida de todas veras amable, vida apetecible, vida deleitable! ¡O vida que nutres á los que te gozan con alimentos del cielo! El que quiera encontrarte es preciso que se atormente, que reuncie á los placeres y deleites de la tierra, que desprecie las pompas y vanidades del mundo y aquel que mas se mortifique y muera mas al mundo, poseerá tanto mas esta dichosa vida. Pero eres tambien

Dulzura. Dulzura verdadera que alcanzándonos la divina gracia nos quitas la amargura del pecado. ¡O dulce que nos adquieres las dulzuras de la gracia y recreas con la contemplacion de la suavidad de la gloria. Señora cuya sola memoria llena de dulzura nuestro corazon, cuya grandeza y majestad eleva á nuestra alma, cuya pureza é inmensidad de gracias y dones hace rebosar en alegría al corazon que las contempla! ¡Qué violencia tan dulce sabes hacer para llevarte nuestros corazones y con cuántos consuelos y beneficios nos obligas á ser tuyos! Yo te entrego gustoso toda mi alma y mi corazon, gobiérnale con el tuyo, ponte al lado de tu Hijo y consérvale en la sangre del cordero que quita los pecados del mundo. Entonces viviré con tranquilidad, porque conseguiré lo que intento y poseeré lo que deseo; porque tú eres la

Esperanza nuestra. Esperen en tí los que conocen tu nombre porque tú Señora, no abandonas jamás á los que te buscan. Los que esperan en tí cobrarán fortaleza, se elevarán como las águilas en el aire en la contemplacion santa y no desfallecerán sobrepuestos á las cosas terrenas. ¿Quién no esperará en tí, que das tu ayuda aun á los desesperados? ¿Cómo nos atreveremos á dudar que si recurrimos á tí alcanzaremos lo que pidamos? Espere en tí el que desespera y desconfía, lléguese y corra á tí el que se desalienta y desfallece.

Dios te salve. ¿Cómo podremos dejar de alabarte siendo tú la vida, dulzura y esperanza nuestra? Siendo tú nuestra Reina ¿por qué habremos de separarnos de darte la debida reverencia, ni quién ha de impedirnos que te honremos y alabemos?

A tí Saludamos primero como á nuestra Reina para alcanzar por tu medio la gracia y despues para llegar por tu medio la gloria. *A tí,* porque tú sola eres la Madre de Dios y la que has destruido el imperio de nuestros enemigos. *A tí,* porque tú puedes hacer que seamos limpios de las manchas del pecado; porque tú nos consuelas y fortaleces en los peligros, y nos alimentas como una Madre á sus hijos. los hambrientos. Por eso

Clamamos. ¿Por qué no hemos de clamar Señora, los que estamos sumergidos en las desgracias, los que estamos atormentados con las miserias, las heridas y las llagas de nuestra alma y rodeados de enemigos por todas partes? Clamamos angustiados y oprimidos de infinitos males. Clamamos con la ansiedad de nuestro corazon, con nuestra po-

breza, con nuestro dolor y tambien con el amor que te tenemos, ¿por qué Señora y Madre nuestra duermes y nos desatiendes? Despierta Señora y ayúdanos. La necesidad nos obliga á recurrir á tí. Clamamos para manifestarte nuestra indijencia y miseria. ¿Por qué nos afliges? Si dilatases socorrerme perderé la voz clamando y no podré llamarte mas. ¿Qué podré hacer entonces si no puedo invocarte ni me queda la esperanza de ser oído? Ven Señora en mi aynda sin detencion, ven cuanto antes á socorrer al que te llama, no sea que perezca en las manos de mis enemigos; corre Señora y ayuda á tu siervo infiel y descuidado perdonándome y sacándome del poder de tu enemigo. Si no hubiera otros motivos para socorrernos sino porque tu enemigo se atreve á acometernos valiéndose de todo género de engaños y malas artes, por este solo nos atrevemos á decirte que nos ayudes sin detencion. Corre Señora y libranos para reprimir y dejar confundida su soberbia. Corre, para que no se burlen de nosotros y nos digan ¿dónde está su Señora y su Reina en cuya clemencia tenían toda su confianza? No te admires, Señora, si levantamos nuestras voces para clamar á tí porque estamos demasiado distantes de tí. Hemos disipado nuestra herencia y porcion en una rejion lejana y por eso clamamos á tí como:

Los desterrados. Desterrados de nuestra patria, desterrados de la gloria y vision de Dios, y ¡ójala no estemos tambien desterrados de la gracia y de los consuelos y favores de nuestra Madre! ¡O alma mia! ¿Por qué no te separas primero de mi cuerpo que consentir estar desterrada y sin la gracia de tu Señora? ¿Por qué dura tanto y se pro-

longa mi destierro? Yo: os suplico Señora, que hagais por tu clemencia y misericordia, que mientras estamos en este destierro, no vivamos en él como si fuera nuestra patria y fijemos en él nuestro corazon y nuestros deseos, olvidándonos de buscarte a tí y á tu Santísimo Hijo Jesucristo, sino que estando desterrados con el cuerpo seamos ciudadanos y estemos siempre contigo con nuestra alma y nuestras potencias y todos nuestro deseos.

Hijos de Eva somos llenos de soberbia, presuncion, de avaricia, vanidad, glotones y carnales, desobedientes, y en una palabra hijos é imitadores de Eva, propensos al mal, tardos para obrar el bien, y si hacemos alguna vez alguna cosa buena parece que la damos á luz con tristeza, con dolor y con violencia de nuestro corazon, á la vez que el mal le obramos con alegría y facilidad. Ni nos bastan á nosotros nuestras malas obras, sino que como Eva, asi tambien inclinamos nosotros á otros al mal, y como esta, nos escusamos de nuestros defectos, ó si podemos no nos olvidamos de refundirlos y hacer la causa de ellos á otros. Queremos mas, llenos de afanes y sudores buscar los bienes viles y caducos de este mundo, que apetecer y suspirar por los bienes dulcísimos del cielo. No hay cosa que pueda escusarnos el que no te imitemos y sigamos á tí y seamos tan necios y obstinados en seguir é imitar á nuestra madre Eva. Por eso

Á tí suspiramos. Suspiramos por la ausencia de una Madre tan buena deseando llegar á tí. *Á tí suspiramos* deseando ver y gozar la gracia de tu Hijo. El amor y devocion que te profesamos nos obliga á suspirar por tí, Señora nuestra. Eres amable para todos, eres accesible y

buenas para todos, á todos llenas de consolacion y delicias: Eres el asiento de la divina sabiduría, el rio de clemencia, el sol benéfico que nos consuela y calienta y no hay quien se aparte ni esconda de tu calor vivificante. ¡Cómo hemos de dejar de suspirar á tí? Suspiramos por amor y debemos suspirar tambien obligados del dolor. Por todas partes nos oprimen las angustias, los dolores, los enemigos. ¿Cómo no suspiraremos y te llamaremos con todo el afecto de nuestro corazón si eres el consuelo de los miserables, el refugio de los desterrados, la libertadora de los cautivos, la Señora de todos aun de los mismos enemigos y todo se somete á tu voluntad? Conociendo nuestra miseria y afliccion suspiramos á tí

Jimiendo y llorando en este valle de lágrimas. Bien ves Señora, que estamos llenos de amargura. Jimiendo en nuestro interior y viviendo entre lágrimas en este lugar de miserias. Jemimos cargados de pecados, lloramos agravados de molestias, todos son males y desgracias. Imploramos tu auxilio, ¿qué mas he de decir? Yo no soy suficiente, ni sé contar todas las miserias y males detestables de este valle de angustia, de destierro y de dolor.

Ea pues Señora abogada nuestra. ¡O clemencia bendita y laudable de nuestro divino Salvador, que te dignaste dejar preparado á todos los aflijidos un auxilio tan noble y poderoso! No debemos temer de tí Señora nuestra, que no te compadezcas de los miserables y que no inclines al juez á sentenciar en favor de los que defiendes. Solo nos falta que tú vuelvas á nosotros tus ojos misericordiosos.

Vuelve á nosotros esos tus ojos misericordiosos. No

dudamos que si te dignas mirar á nuestras miserias no retardarás socorrerlas. ¡Qué llenas de amor y compasion son tus miradas! ¿Por qué no nos ofrecemos y ponemos al alcance de los ojos de esta Señora si queremos conseguir una perfecta salud? La claridad de sus ojos destierra nuestras tinieblas, auyenta los demonios, purga los vicios de nuestras almas, inflama nuestros corazones en el amor divino y últimamente nos eleva á los cielos. ¡Ay Señora y qué dichosos son aquellos á quienes miran tus ojos! Vuévelos á nosotros

Y despues de este destierro muéstranos á Jesus fruto bendito de tu vientre. ¡O vientre admirable que pudo contener al mismo Salvador! ¡O vientre digno de toda alabanza que pudo recibir al mismo Redentor! ¡O vientre digno de todo amor del que ha dimanado el gozo de las almas, el rio de las gracias y dones y el premio de la gloria! ¡O vientre dulcísimo, alegría de las almas, dulzura de los corazones y salud de los aflijidos, pecadores, y necesitados! Tu fruto Señora, es el fruto bienaventurado desde el principio de su ser. Es Jesus Hijo de Dios vivo. Es nuestro Dios, nuestro Señor y nuestro Salvador. Muéstranos á este Jesus fruto bendito de tu vientre despues de este nuestro destierro, para que viéndole le poseamos, para que viéndole, se acaben las miserias de nuestro destierro, para que viéndole seamos bienaventurados y felices para siempre.

¡O clementísima! ¡O piadosa! ¡O dulce Virgen María! Clementísima con los necesitados, piadosa para los que te ruegan, dulce con los que te aman: clementísima con los penitentes; piadosa para los que aprovechan en la virtud, dul-

ce para los que te contemplan: clementísima librando, piadosa concediendo, dulce dándote á ti misma: clementísima consolando, piadosa acariciando, dulce regocijando; clementísima para los que te invocan y te se someten, piadosa para los que se corrijen, dulce para los predilectos.

Ruega por nos, para que seamos dignos de las promesas de nuestro Señor Jesucristo Amen.

F. L. G.

INDICE.

	Paj.
Plática I. De la oracion en jeneral y su necesidad. . .	7
II De la utilidad de la oracion.	25
III De la utilidad de las oraciones públicas. . . .	43
IV A quien, quienes y por quienes se ha de orar. .	59
V Concluye el asunto de la anterior. Por quienes se ha de orar.	78
VI De lo que debemos pedir en la oracion, y como debemos orar.	96
VII Del respeto que se debe tener á los templos. .	116
VIII De la confianza temeraria en la oracion. . .	132
IX De las primeras palabras de la oracion Domini- cal: Padre nuestro que estás en los cielos. .	149
X De la primera peticion del Padre nuestro: San- tificado sea el tu nombre.	160
XI De la segunda peticion del Padre nuestro: Vén- ga á nos el tú reino.	175
XII De la tercera peticion del Padre nuestro: Há- gase tu voluntad asi en la tierra como en el cielo.	193

XIII De la cuarta peticion del Padre nuestro: El pan nuestro de cada dia dánosle hoy.	211
XIV De la quinta peticion del Padre nuestro: Per- dónanos nuestras deudas asi como nosotros per- donamos á nuestros deudores.	228
XV De la sesta peticion del Padre nuestro: No nos dejes caer en la tentacion.	245
XVI De la sétima peticion del Padre nuestro: Mas libranos de mal. . . , . : r .	262
XVII De la última palabra de la oracion Dominical: Amen.	278
Paráfrasis Devota de la oracion del Padre nuestro. .	287
Plática XVIII De la salutacion Anjélica ó Ave María. .	293
XIX De la Deprecacion del Ave María.	311
Paráfrasis Devota del Ave María.	324
Plática XX. De la Salve y demas oraciones que diri- jimos á María Santísima.	328
Paráfrasis Devota de la Salve.	340

FE DE ERRATAS.

<u>Pág.</u>	<u>Línea.</u>	<u>Dice.</u>	<u>Léase.</u>
69	16	Pescadores	pecadores
80	9	justos é injustos	justos ó injustos
115	2	aumentárselo	aumentársele
131	7	bien clero	bien claro
144	23	pueda consumir	pueda para consumir
254	26	desconfían	desconfíen
209	5	por mí y tú	por mí tú
309	26	amente	umenta
316	20	todos la	todo lo
318	10	tenemos	estamos

INDICE.

Que contiene el orden que puede observarse para acomodar las pláticas de esta serie á los evangelios de los domingos y festividades de todo el año.

DOMINICA I. DE ADVIENTO.

Tom. Paj.

Erunt signa in sole et luna.... Luc. cap. 21.

Plática XVI. Del artículo sétimo del símbolo: desde allí ha de venir etc. . . . 1 185

Tunc videbunt Filium hominis... ibid.

Plática XVIII. Se esplica la Resurrección de la carne. 1 340

Plática XIX. Del artículo doce del símbolo: La vida eterna. 1 353

DOMINICA II DE ADVIENTO.

Cum audisset Joannes in vinculis... ¿Tu es qui venturus es? Matt. cap. 11.

Plática I. De la fé, su necesidad y obligación de instruirse etc.. 1 1

Joannes in vinculis....

Plática X. Los males de este mundo no repugnan ni son fuera del orden de la providencia divina.	1	115
Plática XIV. De las disposiciones necesarias en el penitente para recibir el sacramento de la penitencia. . .	2	261

Mittens duos de Discipulis.....

Plática XIII. Obligaciones de los padres y superiores para con los hijos é inferiores.	3	203
--	---	-----

Cæci vident...

Plática III. De los motivos que hacen evidentemente creible la fé.	1	30
--	---	----

Beatus qui non fuerit scandalizatus.....

Plática VI. Del símbolo de la fé y su primera palabra: CREO.	1	73
Plática XV. De la obligacion de no hacer mal á nuestros prójimos.	3	247

DOMINICA III DE ADVIENTO.

¿Tu quis es? Joann. cap. 1.

Plática VII. Del nombre de cristiano y las obligaciones que impone. . . .	2	131
Plática XI. Del artículo segundo del símbolo: Y en Jesucristo su único Hijo.	1	127

Confessus est.....

Plática XVIII. Del octavo precepto del		
--	--	--

Decálogo.	3	295
Plática XIII. Del Sacramento de la penitencia.	2	243
<i>Quid ergo baptizas?</i>		
Plática II. De las cosas que son necesarias en todo sacramento.	2	49
Plática V. Del Sacramento del Bautismo.	2	94
<i>Cujus non sum dignus.....</i>		
Plática X. De la Eucaristía como Sacramento.	2	190
Plática I. De la oracion en general y su necesidad.	4	7

DOMINICA IV DE ADVIENTO.

<i>Anno quinto decimo.... Luc. cap. 3.</i>		
Plática III. De los motivos que hacen evidentemente creíble la fé.	1	30
<i>Procurante Pontio Pilato.....</i>		
Plática I. De la Ley en general.	3	7
<i>In Deserto.....</i>		
Plática XVI. Del sexto precepto del Decálogo.	3	262
Plática XV. De la sexta petición del Padre nuestro. No nos dejes caer en la tentacion.	4	245
<i>Prædicans Baptismum Pænitentia.....</i>		
Plática XIII, XIV y XV. Del sacra-		

mento de la Penitencia.	2	243 y sig.
<i>In remissionem peccatorum....</i>		
Plática XXIV. Del artículo décimo del		
Símbolo: El perdón de los pecados.	1	285
Plática XIV. Perdónanos nuestras deudas.	4	228
<i>Parate viam Domini, rectas facite....</i>		
Plática IV. Del sugeto de los sacramentos y disposiciones etc.	2	84
Plática II, III y IV. Del Decálogo y obligaciones de cumplirle.	3	25 y sig.
<i>Omnis vallis implebitur....</i>		
Plática VI. De lo que debemos pedir á Dios y como debemos orar.	4	96
 DIA DEL NACIMIENTO DEL SEÑOR.		
<i>Peperit primogenitum filium suum.... Luc. cap. 2.</i>		
Plática XII. Del artículo tercero del símbolo: fué concebido por obra y gracia etc.	1	139
<i>In principio erat verbum. Joann. cap. 1.</i>		
Plática XI. Del artículo segundo del símbolo: y en Jesucristo su único hijo.	1	127
<i>Omnia per ipsum facta sunt....</i>		
Plática VIII. De Dios Omnipotente y criador.	1	95
<i>Dedit eis potestatem...</i>		
Plática V y VI. Del Sacramento del		

Bautismo.	2	94 y sig.
<i>Vidimus gloriam ejus.....</i>		
Plática III, IV y V. De los motivos que hacen evidentemente creible la fé. . .	1	30

DOMINICA INFRA-OCTAVA DEL NACIMIENTO.

<i>Ecce possit us est hic..... Luc. cap. 2.</i>		
Plática IV. Respuesta á los pretestos y razones de los incrédulos.	1	44
Plática XI. De los efectos que obra el sacramento de la Eucaristía en los que comulgan dignamente.	2	208
<i>Tuam ipsius animam.....</i>		
Plática XII. De la tercera peticion del Padre nuestro: hágase tu voluntad. . .	4	193
<i>Non discedi bat de templo.....</i>		
Plática XXII. Del cuarto mandamien- to de la iglesia: ayunar.	3	359
Plática VII. Del respeto que se debe tener á los templos.	4	116

DIA DE LA CIRCUNCISION DEL SEÑOR.

<i>Ut circumcideretur Puer. Luc. cap. 2.</i>		
Plática III. Del número, dignidad, y eficacia de los sacramentos	2	67
<i>Vocatum est nomen ejus Jesus.</i>		
Plática I. Qué cosas son los sacramentos, de su necesidad y conveniencia y sus ritos y ceremonias.	2	33

DIA DE LA EPIFANIA.

Vidimus Stellan ejus..... Matt. cap. 2.

Plática II. Del beneficio grande de la fé
y de nuestra correspondencia. . . . 1 16

Intrantes domun....

Plática VII. Del respeto que se debe te-
ner á los templos. 4 116

Et procidentes adoráverunt eum.

Plática VII. Del honor y culto de Dios. 3 98

Plática XXII. De la intercesion de los
santos, de su culto etc. 1 257

Apertis thesauris suis.

Plática XII. De la Eucaristía como sacri-
ficio, ó de la santa misa: 2 224

Plática IX. Del voto y sus obligaciones. 3 129

Plática VI. De lo que debemos pedir en
la oracion y como debemos orar. . . 4 96

DOMINICA INFRA-OCTAVA Y PRIMERA,
DESPUES DE EPIFANIA.

*Secundum consuetudinem Diei festi. Luc.
cap. 2.*

Plática XI. De la obligacion y el modo
de santificar las fiestas. 3 162

In his que patris mei sunt.....

Plática XX. De la necesidad de cum-
plir toda la ley de Dios. 3 334

Plática XII. Del cuarto precepto del

Decálogo: obligaciones de los hijos é inferiores etc..	5	184
<i>Mater ejus conserbat....</i>		
Plática IX. De la providencia de Dios.	1	106
Plática III. Motivos para cumplir la ley de Dios.	3	37

DOMINICA II DESPUES DE EPIFANIA.

<i>Nuptiæ factæ sunt..... Joann. cap. 2:</i>		
Plática XIX. Del Sacramento del matrimonio.	2	352
<i>Deficiente vino:</i>		
Plática XIII. De la cuarta petición del Padre nuestro: El Pan nuestro. . .	4	211
<i>Dicit Mater Jesu.</i>		
Plática XX. De la salve y demás oraciones que dirigimos á María Santísima.	4	328
<i>Hoc fecit initium signorum Jesus....</i>		
Plática XXIV. Del artículo diez del símbolo. El perdón de los pecados. . .	1	285

DOMINICA III DESPUES DE EPIFANIA.

<i>Ecce leprosus veniens... Matth. cap. 8.</i>		
Plática IX. De las primeras palabras de la oración dominical: Padre nuestro.	4	146
<i>Domine si vis.....</i>		
Plática VIII. De la confianza temeraria en la oración.	4	132

Plática XIII. De la cuarta petición del		
Padre nuestro: el pan nuestro.	4	211
<i>Volo mundare.....</i>		
Plática II. De la utilidad de la oración.	4	25
<i>Ostende te sacerdoti.</i>		
Plática XIII. Del Sacramento de la pen-		
nitencia.	2	243
<i>Offer munus tuum.</i>		
Plática XVIII Del quinto mandamiento		
de la iglesia: pagar diezmos.	3	374
<i>Domine non sum dignus.</i>		
Plática XI. De los efectos que obra el		
Sacramento De la Eucaristia en los		
que le reciben dignamente.	2	208
<i>Ibi erit fletus.</i>		
Plática XXIX. Del artículo doce del		
símbolo: la vida eterna.	1	353
DOMINICA IV DESPUES DE EPIFANIA.		
<i>Ascendente Jesu in naviculam... Matth. cap. 8.</i>		
Plática XVIII y siguientes. Del artí-		
culo nueve del símbolo: La santa		
iglesia católica.	1	206
<i>Motus magnus.....</i>		
Plática XV. De la sexta petición del		
Padre nuestro: No nos dejes caer.	4	245
<i>Domine Salva nos, perimus.....</i>		
Plática XVII. Del sacramento de la Es-		
trema Uncion.	2	315

¿Cur timidi estis, modicæ fidei?

Plática VI. De lo que debemos pedir en la oracion, y cómo debemos orar.	4	96
---	---	----

¿Qualis est hic quia venti.....?

Plática VIII. De Dios Omnipotente y Criador.	1	95
Plática II. Del Decálogo y obligacion de cumplirle.	3	25

DOMINICA V. DESPUES DE EPIFANIA.

Qui seminavit bonum semen in agro suo...

Matth. cap. 13.

Plática I. De la fé, su necesidad etc.	1	1
Plática XVIII. Del sacramento del órden.	2	333

Dum dormirent.....

Plática XXIV. De la necesidad y conveniencia de meditar la ley de Dios.	3	383
---	---	-----

Venit inimicus.....

Plática XVI. De la sétima peticion del Padre nuestro: mas libranos de mal.	4	262
--	---	-----

Superseminavit zizania

Plática XV. De la obligacion de no hacer mal á nuestros prójimos.	3	247
---	---	-----

In medio tritici.....

Plática XVIII. Del artículo nueve del símbolo. La santa iglesia católica.	1	206
---	---	-----

Linite utraque crescere.

Plática XXIX. Del artículo doce del símbolo la vida eterna.	1	353
--	---	-----

DOMINICA VI DESPUES DE EPIFANIA.

Simile es regnum cælorum grano sinapis...

Matt. cap. 13.

Plática IV. Respuesta á los pretestos y razones de los incrédulos.	1	44
---	---	----

*Iterum simile est... fermento, quod acceperunt
mulier....*

Plática XIX. De los caractéres y se- ñales de la verdadera iglesia de la unidad etc.	1	219
--	---	-----

Donec fermentatum est totum...

Plática XXI. Se explica la comunión de los santos.	1	244
---	---	-----

DOMINICA DE SEPTUAGESIMA.

*Simile est regnum cælorum homini patrifami-
lias... Matth. cap. 20.*

Plática IX. De las primeras palabras de la oracion dominical: Padre nues- tro que estás en los cielos.	4	146
--	---	-----

In vineam suam...

Plática V y VI. Del sacramento del bautismo.	2	94
---	---	----

Plática II. Del Decálogo y obligacion de cumplirle.	3	25
--	---	----

Murmurabant...

Plática XVIII. Del octavo precepto del Decálogo.	3	295
--	---	-----

Multi sunt vocati...

Plática V. Del primer mandamiento del Decálogo amar.	3	65
Plática VIII. De la confianza temeraria en la oracion.	4	132

DOMINICA DE SEXAGESIMA.

Exiit qui seminat seminare semen suum.....

Luc. cap. 8.

Plática II. Del beneficio grande de la fé etc.	1	16
--	---	----

Venit diabolus...

Plática XVI. Del sexto precepto del Decálogo.	3	262
---	---	-----

Et á solitudinibus et divitiis...

Plática XIX. De los preceptos noveno y décimo del Decálogo.	3	315
---	---	-----

DOMINICA DE QUINCUAGESIMA.

Tradetur enim gentibus... Luc. 18.

Plática XIII. Del artículo quinto del Símbolo: Padeció.	1	150
---	---	-----

Et ipsi nihil horum intellexerunt...

Plática I. De la fé y su necesidad etc.	1	1
Plática IV. y V. Respuesta á los prete- tos y razones de los incrédulos.	1	44

Cæcus sedebat secus viam...

- Plática XII. De la tercera petición del Padre nuestro: Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. . . 4 193

Jesu, fili David, miserere mei.

- Plática IV. A quien y por quienes se ha de orar. 4 59

Increpabant eum.

- Plática XV. De la obligación de no hacer mal á nuestros prójimos. 3 247

Confestim vidit et sequebatur illum.

- Plática XXX. De todo lo demas que debe creer el cristiano, la necesidad que tiene de ejercitarse en la fé y del modo de hacerlo con fruto. 1 364

- Plática V. Del primer precepto del Decálogo: Amar á Dios sobre todas las cosas. 3 65

MIÉRCOLES DE CENIZA.

Memento Homo...

- Plática XXVII. Del artículo once del Símbolo: La resurrección de la carne y etc. 1 323

Cum jejunatis... Matth. cap. 6.

- Plática XIV. De las disposiciones necesarias en el penitente para recibir el sacramento de la penitencia. . . . 2 261

- Plática XXII. Del cuarto mandamiento

de la iglesia ayunar.	3	359
<i>Sicut hypocritæ...</i>		
Plática XVIII. Del octavo precepto del Decálogo.	3	295
<i>Nolite thesaurizare vobis...</i>		
Plática XIX. De los preceptos noveno y décimo del Decálogo.	3	315
Plática XIII. De la cuarta peticion del Padre nuestro el pan nuestro etc.. . .	4	211
DOMINICA I DE CUARESMA.		
<i>Ut tentaretur á Diabolo.... Matth. cap. 4.</i>		
Plática XV. De la sesta peticion del padre nuestro: no nos dejes caer etc. . .	4	245
<i>Non in solo pane.</i>		
Plática I. Qué cosas son los sacramen- tos, de su necesidad etc.	2	33
<i>Mitte te deorsum.</i>		
Plática I. De la oracion en general y su necesidad.	4	7
<i>Ange lis suis.</i>		
Plática IX. De la providencia de Dios. . .	1	106
Plática IX. De las primeras palabras de la oracion dominical: padre nuestro. . .	4	146
<i>Dominum Deum tuum adorabis....</i>		
Plática V. Del primer precepto del Decá- logo: amar á Dios sobre todas las cosas. .	3	65

DOMINICA II DE CUARESMA.

Transfiguratus est... Matth. cap. 17.

Plática V. Del Sacramento del Bautismo. 2 94

Bonum est nos hic esse.....

Plática XIX. Del artículo doce del Símbolo: la vida eterna. 1 353

Plática IV. Facilidad de cumplir la ley de Dios. 3 51

Hic est filius meus.....

Plática XI. Del artículo segundo del Símbolo: Y en Jesucristo su único Hijo. 1 127

DOMINICA III DE CUARESMA.

Erat Jesus ejiciens daemonium..... Luc. cap. 11.

Plática III. De los motivos que hacen evidentemente creíble la fé. 1 30

Et illud erat mutuum.

Plática XIV y XV. Del Sacramento de la penitencia. 2 261 y sig.

Omne regnum.....

Plática XIX. De los caracteres y señales de la verdadera Iglesia, de la unidad etc. 1 219

Plática I. De la ley en general. 3 7

Plática XIV. Del quinto precepto del Decálogo. De las obligaciones que tenemos etc. 3 223

Beatus venter.....

Plática XVIII. De la salutacion angelica ó Ave María.	4	293
--	---	-----

Quinimmo Beati.

Plática XX. De la necesidad de cum- plir toda la ley de Dios.	3	344
--	---	-----

DOMINICA IV DE CUARESMA.

Cum sublevasset oculos Jesus... Joann cap. 6.

Plática IX. De la providencia de Dios.	1	106
Plática XXVII. Del sétimo precepto del Decálogo.	3	278

Unde ememus panes....?

Plática XIII. De la cuarta peticion del Padre nuestro. El Pan nuestro de cada dia etc.	4	211
--	---	-----

Acceptit ergo Jesus panes...

Plática X, y XI. De la Eucaristia como sacramento y de los efectos que obra etc.	2	190
		y sig.

Hic est vere propheta...

Plática VII. Del honor y culto de Dios.	3	98
---	---	----

DOMINICA DE PASION.

*¿Quis ex vobis arquet me de peccato? Joann.
cap. 8*

Plática XIII. Del artículo cuarto del sím- bolo: Padeció etc.	1	150
--	---	-----

Sí veritatem dico vobis...

Plática XVIII. Del octavo precepto del Decálogo.	3	295
---	---	-----

Ego dæmonium non habeo.

Plática XIV. De la quinta petición del Padre nuestro: perdónanos etc. . . .	4	228
--	---	-----

Vos inhonorastis me...

Plática V. Del primer precepto del De- cálogo: Amar á Dios etc.. . . .	3	65
---	---	----

DOMINICA DE RAMOS.

Cum appropinquaret Jesus... Matth. cap. 21.

Plática X. De la Eucaristía como sacra- mento.	2	190
---	---	-----

Missit duos discipulos.

Plática VI. De la esperanza y la caridad.	3	83
Plática XXI. De los mandamientos de la santa madre Iglesia.	3	348

Ecce Rex tuus...

Plática XII. Del artículo tercero del Símbolo: fué concebido.	1	139
Plática III. Del número, dignidad y eficacia de los sacramentos.	2	67
Plática XI. De la segunda petición del Padre nuestro: Venga á nos el tu reino.	4	175

JUEVES SANTO.

Plática IX. Del Santísimo sacramento de la Eucaristia	2	168
--	---	-----

VIERNES SANTO.

Plática XIII. Padeció debajo del po- der de Poncio Pilato etc.	1	150
---	---	-----

DOMINICA DE RESURRECCION.

Surrexit, non est hic.... Marc. cap. 16.

Plática XIV. Del artículo quinto del Sim- bolo: Descendió á los infiernos etc.	1	162
---	---	-----

Plática XXVII y XXVIII. Del artículo once del Símbolo: De la Resurrección de la carne etc.	1	323
		y sig.

LUNES DE RESURRECCION.

Qui sunt hi sermones... Luc. cap. 24.

Plática XXX. De todo lo demas que debe creer el cristiano etc.	1	364
---	---	-----

Plática XXIV. De la necesidad y conve- niencia de meditar la ley de Dios.	3	383
--	---	-----

O stulti et tardi corde...

Plática XX. De la necesidad de cumplir toda la ley de Dios.	3	334
--	---	-----

Plática XII. De la tercera petición del Padre nuestro hágase tu voluntad etc.	4	193
--	---	-----

Mane nobiscum domine...

Plática II. De la utilidad de la oracion.	4	25
---	---	----

MARTES DE RESURRECCION.

Stetit Jesus in medio... Luc. cap. 24.

Plática XVIII. Se explica la resurreccion de la carne. 1 340

Pax vobis...

Plática XIV. Del quinto precepto del Decálogo, de las obligaciones etc. . . 3 223

Plática XIV. De la quinta peticion del Padre nuestro: perdónanos. etc. . . 4 228

Prædicari in nomine ejus penitentiam.

Plática XXIV. Del artículo diez del Simbolo: el perdón de los pecados. . . 1 285

Plática XIII, XIV, XV y XVI. Del sacramento de la penitencia. 2 243 y sig.

DOMINICA I DESPUES DE PASCUA.

Cum sero esset die illa... Joann. cap. 20.

Puede hablarse de la Resurreccion como tan necesaria que es la fé de este misterio: Plática XIV. 1 162

Quorum remisieritis...

Plática XVIII y XIX. Del artículo nueve la santa iglesia católica. 1 206 y sig.

Plática XXV. De las demás atribuciones de la iglesia. 1 301

Plática XVIII. Del Sacramento del orden. 2 333

Nisi videro... non credam...

Plática IV y V. Respuesta á los pretes- 1 44

tos de los incrédulos. y sig.

DOMINICA II DESPUES DE RESURRECCION.

Ego sum Pastor bonus... Joan. cap. 10.

Plática XV. Del artículo nueve del Sim-		
bolo: La santa iglesia católica. . .	1	206
Plática XVIII. Del sacramento del órden. . .	2	333
Plática XIII. De las obligaciones de los		
Padres etc.	5	184
Plática IX. De las primeras palabras de		
la oracion Dominical Padre nuestro etc. . .	4	146

Et fiet unum ovile...

Plática XIX. De los caractéres de la ver-		
dadera iglesia, de la unidad.	4	219

DOMINICA III DESPUES DE RESURRECCION.

Modicum et non videbitis me... Joann. cap. 16.

Plática IV. Facilidad de cumplir la ley		
de Dios.	3	51

Plorabit et flebitis...

Plática VI. De la esperanza y caridad. . .	3	83
Plática XVI. De la sétima peticion del		
Padre nuestro: mas líbranos de mal. . .	4	262

DOMINICA IV DESPUES DE RESURRECCION.

Vado ad eum... Joann. cap. 16.

Plática XX. De la necesidad de cum-		
plir toda la ley de Dios.	3	334

Expedit vobis...

Plática XV. Del artículo sexto del sím-		
bolo subió á los cielos etc.	1	175

DOMINICA V DESPUES DE RESURRECCION.

Si quid petieritis patrem... Joann. cap. 16.

Plática II. De la utilidad de la oracion. 4 25

Usque modo non petistis.

Plática VI. De lo que debemos pedir
en la oracion etc. 4 96

Plática VIII. De la confianza temera-
ria en la oracion, 4 132

DIAS DE ROGATIVAS.

Plática III. De la utilidad de las ora-
ciones públicas. 4 43

DIA DE LA ASCENSION.

Plática XV. Del artículo sexto del sím-
bolo, subió á los cielos. 1 175

DOMINICA INFRAOCTAVA.

Cum venerit Paraclitus... Joann. cap. 15.

Plática VII. De Dios trino y uno etc. 1 84

Omnis qui interficit vos...

Plática XV. De la obligacion de no hacer
mal á nuestros prójimos. 3 247

Arbitretur se obsequium...

Plática XII. De la tercera peticion del
Padre nuestro. Hágase tu voluntad etc. 4 193

DOMINICA DE PENTECOSTES.

Siquis diligit me... Joann cap. 14.

Plática XVII. Del artículo octavo del
símbolo: creo en el Espíritu-Santo. 1 196

Plática VIII. Del Sacramento de la con-

firmacion.	2	149
Como el Espíritu-Santo se dá á los fieles para que guarden la ley de Dios, pue- de aplicarse la Plátiba II. Del decá- logo y obligacion de cumplirle. . .	3	25

LUNES DE PENTECOSTES.

<i>Sic Deus dilexit mundum... Joann. cap. 4.</i>		
Plática IX. De la providencia de Dios.	1	106
Plática XII. Del artículo tercero del sím- bolo: fué concebido etc.	1	139
Plática IX. De las primeras palabras de la oracion dominical: Padre nuestro.	4	146
<i>Omnis qui credit in eum non pereat.</i>		
Plática VI. Del símbolo de la fé y su primera palabra <i>creo</i>	1	73
Plática XI. Del segundo artículo del símbolo: y en J. C.	1	127

MARTES DE PENTECOSTES.

<i>Qui non intrat... Joann cap. 10.</i>		
Plática XVIII y XIX. De la santa igle- sia católica.	1	206
		y sig.
<i>Et oves vocem ejus audiunt.</i>		
Plática XVIII. Del Sacramento del orden.	2	333
Plática XII. Del cuarto precepto del De- cálogo.	3	184

DÍA DE LA SANTISIMA TRINIDAD.

Puede explicarse este misterio. Pláti- ca V. Del primer artículo del símbolo.	1	84
--	---	----

Data est mihi omnis potestas... Matt. cap. 28.

Plática XXIV y XXV. Del artículo diez del símbolo: El perdón de los pecados etc.	1	285	y sig-
---	---	-----	--------

Euntes Docete omnes gentes

Plática XVIII. Del sacramento del orden.	2	333	
---	---	-----	--

Baptizantes eos.

Plática V. Del sacramento del Bautismo.	2	94	
---	---	----	--

In nomine Patris etc...

Plática II. De las cosas que son necesarias en todo sacramento.	2	49	
---	---	----	--

Docentes eos servare omnia...

Plática XX. De la necesidad de cumplir toda la ley de Dios.	3	334	
---	---	-----	--

EN LA MISMA DOMINICA I DESPUES DE PENTECOSTES.

Estote misericordes... Luc. cap. 6.

Plática XIV. Del quinto precepto del Decálogo.	3	223	
---	---	-----	--

Plática XIV. De la quinta petición del Padre nuestro perdónanos etc. . .	4	228	
---	---	-----	--

Nisi quis renatus fuerit...

Plática V, VI y VII. Del sacramento del Bautismo.	2	94	y sig-
--	---	----	--------

DIA DEL SMO. CORPUS CHRISTI.

Plática IX. Del Santísimo Sacramento de la Eucaristía: De la presencia			
---	--	--	--

real etc.	2	168
-------------------	---	-----

DOMINICA II DESPUES DE PENTECOSTES.

Homo quidam fecit caenam magnam... Luc. cap. 14.

Plática X. De la Eucaristía como sacramento.	2	190
Plática IV. Del sugeto de los sacramentos etc.	2	84
Puede entenderse por esta cena la gloria y se puede aplicar la Plática XXIX Del artículo doce del símbolo; la vida eterna.	1	353

DOMINICA III.

Gaudium erit in caelo... Luc. cap. 15.

Plática XIII, XIV y XV. Del sacramento de la penitencia.	2	243
Plática III y IV. Motivos para cumplir la ley de Dios.	3	37
Plática XIV. De la quinta petición... Perdónanos.	4	228

DOMINICA IV.

Cum turbæ irruerent in Jesum... Luc. cap. 5.

Plática XIII. De la cuarta petición. El Pan nuestro.	4	211
<i>Ascendens in unam navem...</i>		
Plática XIX. De los caracteres de la verdadera iglesia	1	219

In verbo anem tuo.

Plática II. De la utilidad de la oracion.	4	25
Plática VI. De lo que debemos pedir etc.	4	96
Plática XVII. De la última palabra de la oracion dominical: Amen. . . .	4	278

DOMINICA V.

Nisi abundaverit... Matth. cap. 5.

Plática XXX. De todo lo demas que debe creer el cristiano etc.. . . .	1	364
Plática VIII. De la confianza temeraria en la oracion.	4	132

Audistis quia dictum est...

Plática XIV y XV. Del quinto precepto del Decálogo.	3	223
---	---	-----

Sic ergo oflers.

Plática IX. Del voto y sus obligaciones.	3	129
--	---	-----

DOMINICA VI.

Misereor super turbam... Marc. cap. 8.

Plática IX. De las primeras palabras de la oracion dominical Padre nuestro.	4	146
---	---	-----

Si dimiserit eos jejunos...

Plática XV. De la sesta peticion: No nos dejes caer etc.	4	245
--	---	-----

DOMINICA VII.

Attendite á falsis prophetis... Matt. cap. 7.

Plática IV y V. Respuesta á los pretestos de los incrédulos.	1	44 y sig.
--	---	-----------

Omnis arbor...

Plática XXIII. Del purgatorio.	1	271
--	---	-----

Sed qui facit voluntatem...

Plática XII. De la tercera petición:

Hágase tu voluntad etc. 4 193

DOMINICA VIII.

Redde rationem... Luc. cap. 16.

Plática XVI. Del artículo sétimo del

símbolo desde allí ha de venir etc. . 1 185

Facite vobis amicos.

Plática XIV. Del quinto precepto del

Decálogo. 3 223

Plática XIV. De la quinta petición;

perdónanos etc. 4 228

¿Quid faciam?

Plática XXII. De la intercesion de los

santos. 1 257

Plática XIII. Del sacramento de la pe-

nitencia. 2 243

Plática II. Del Decálogo y obligacion

de cumplirle. 3 25

Plática XII. De la tercera petición:

Hágase tu voluntad etc. 4 193

DOMINICA IX.

Cum appropinquaret Jesus Jerosoliman...

Luc. cap. 19.

Jesucristo se aproxima á nosotros por

los sacramentos y puede aplicarse la

Plática III y IV. Del número, dig-

nidad y eficacia etc. 2 67

Quia si cognovisses.

Plática II. Del Decálogo y obligacion de cumplirle.	3	25
---	---	----

Ingressus in templum.

Plática X. Del tercer precepto del Decálogo.	3	144
--	---	-----

Plática VII. Del respeto que se debe tener á los templos.	4	116
---	---	-----

Fecistis illam.

Nosotros nos esponemos á las tentaciones. Plática XV. De la sesta peticion del Padre nuestro	4	245
--	---	-----

DOMINICA X.

Hæc apud se orabat... Luc. cap. 18.

Plática VI. De lo que debemos pedir en la oracion.	4	96
--	---	----

Plática VIII. De la confianza temeraria en la oracion.	4	132
--	---	-----

Qui se exaltat humiliabitur.

Plática XVI. Del artículo sétimo del símbolo. Desde allí ha de venir etc. . .	1	185
---	---	-----

Plática V. Del primer precepto del Decálogo; amar á Dios.	3	63
---	---	----

DOMINICA XI.

Deprecabantur eum... Mar. cap. 7.

Plática XXI y XXII. La comunion de los santos y su intercesion.	1	244
---	---	-----

Misit digitos in aurículas ejus.

Plática V. Del sacramento del Bautismo.	2	94
---	---	----

Suspiciens Jesus in cælum...

Plática IX. De las primeras palabras de la oracion dominical Padre nuestro.	4	146
---	---	-----

DOMINICA XII.

Beati oculi... Luc. cap. 10.

Plática II. Del beneficio grande de la fé etc.	1	16
--	---	----

Magister quid faciendo....?

Plática II. Del Decálogo y obligacion de cumplirle.	3	26
---	---	----

Quis est proximus...

Plática XIV. Del quinto precepto del Decálogo.	3	223
--	---	-----

Samaritanus autem infundens oleum...

Este Samaritano tan misericordioso es Jesucristo que nos dejó los santos sacramentos. Puede aplicarse la Plática III. Del número dignidad y eficacia etc.	2	67
---	---	----

DOMINICA XIII.

Jesu pæceptor, miserere nobis... Luc. cap. 17.

Plática XI. Del segundo artículo del símbolo y en J. C..	1	127
--	---	-----

Plática XXII. De la intercesion de los santos etc..	1	257
---	---	-----

Ostendite vos sacerdotibus.

Plática XIII. Y siguientes. Del sacramento de la penitencia.	2	224
--	---	-----

Plática XVI. De las indulgencias.	2	299
---	---	-----

Gratias agens.

Plática VII. Del honor y culto de Dios.	3	98
---	---	----

Plática. IX. Del voto y sus obligaciones.	3	129
---	---	-----

Plática XXI y XXIII. De los mandamientos de la iglesia.	3	348
---	---	-----

DOMINICA XIV.

Nemo potest duobus.

Plática XVII. Del sétimo precepto y		
XIX. Del noveno y décimo contra		
las riquezas.	3	278

Plática XX. De la necesidad de cumplir		
toda la ley.	3	334

Ne solliciti sitis.

Plática XIII. De la cuarta petición: El		
pan nuestro.	4	211

Querite primum.

Plática XI. De la segunda petición.		
Venga á nos etc.	4	175

DOMINICA XV.

Ibant cum eo discipuli ejus... Luc. cap. 7.

Plática VI. De la esperanza y de la caridad.	3	83
--	---	----

Et resedit quí erat mortuus...

Plática III. De los motivos que hacen		
evidentemente creíble la fé.	1	30

Plática VIII. De Dios Omnipotente.	1	95
--	---	----

Plática XVII y XXVIII. De la Resur-		
-------------------------------------	--	--

reccion de la carna.	1	323
Puede hablarse de la espiritual resurreccion que logramos por el Bautismo y la penitencia. Plática V y XIII.	2	94 y 243

DOMINICA XVI.

Silicet Sabbato curare... Luc. cap. 14.

Plática X. Del tercer precepto del Decálogo.	3	144
--	---	-----

Plática XX. De los mandamientos de la santa iglesia.	3	348
--	---	-----

Cum invitatus fueris...

Plática XIV. Del quinto precepto del Decálogo.	3	223
--	---	-----

Plática XII. De la tercera peticion... Hágase tu voluntad.	4	193
---	---	-----

DOMINICA XVII.

Magister quod est mandatum...? Matth. cap. 22.

Plática V. Del primer precepto... amar á Dios.	3	65
--	---	----

¿Quid vobis videtur de Christo?

Plática XI. Del artículo segundo... Y en Jesucristo.	1	127
--	---	-----

DOMINICA XVIII.

Videns autem Jesus fidem eorum... Matth. cap. 9.

Plática XXI y XXII. De la comunion de los santos y su intercesion.	1	244
--	---	-----

Confide fili.

Plática II. De la utilidad de la oracion.	4	25
---	---	----

Plática IX. De las primeras palabras...		
Padre nuestro.	4	146
Plática XVII. De la palabra amen. . .	4	278
<i>Hic blasfemat.</i>		
Plática VIII. Del segundo precepto del		
Decálogo.	3	114
DOMINICA XIX.		
<i>Qui fecit nuptias filio suo... Matt. cap. 22.</i>		
Plática XIX. Del sacramento del matri-		
monio.	2	352
<i>Non habens vestem nuptialem...</i>	2	190
Plática X y XI. De la Eucaristía. . .	y	sig.
<i>Mittite eum in tenebras.</i>		
Plática XVI. Del artículo sétimo: desde		
allí etc..	1	185
<i>Multi sunt vocati.</i>		
Plática VI. De la palabra Creo. . . .	1	73
DOMINICA XX.		
<i>Erat quidam regulus... Joann. cap. 4.</i>		
Plática XVI. De la sétima petición...		
Mas libranos de mal.	4	262
<i>Rogavat ut descenderet.</i>		
Pidió con poca fé. Plática VI como debe-		
mos orar.	4	96
<i>Credidit ipse.</i>		
Los bienes temporales son para conse-		
guir los espirituales Plática X y XIII.		
Santificado sea el tu nombre y el	4	160
pan nuestro etc..	y	211

DOMINICA XXI.

Volunt rationem ponere... Matth. cap. 18.

Contra la ceguera de los hombres que piensan que Dios no cuida de ellos.

Plática IX. De la providencia. 1 106

Plática XII. De la tercera petición. Hágase tu voluntad. 4 193

Redde quod debes.

Plática XIII y siguientes: del Sacramento de la penitencia. 2 243

Plática XVII. Del sétimo precepto del Decálogo. 3 278

DOMINICA XXII.

Magister Scimus quia verax es. Matth. cap. 22.

Contra la adulacion, puede aplicarse la

Plática XVIII. Del octavo precepto. 3 295

Verax es: La misma contra la mentira. . . . id. id.

Reddite quæ sunt cæsaris cæsari.

Plática I. De la ley en general. . . . 3 7

Plática XXIII. Del quinto mandamiento de la iglesia. 3 374

DOMINICA XXIII.

Ecce princeps unus accessit.. Matth. cap. 9.

Plática XVI. De la sétima petición...

Mas líbranos de mal. 4 262

Sí tetigero tantum fimbriam.

Plática XXII. De la intercesion de los santos. 1 257

Plática sobre los sacramentales. . . .	2	391
<i>Et cum venisset Jesus.</i>		
Plática XXIII. Del Purgatorio. . . .	1	271
Plática XVI. De las indulgencias. . . .	2	299
PLATICA XXIV.		
<i>Cum videritis... Matth. cap. 24.</i>		
Plática XVI. Del artículo sétimo: desde allí ha de venir.	1	185
<i>Orate ne fiat fuga.</i>		
Pueden pedirse bienes temporales y co- mo. Plática XIII. El pan nuestro de cada día.	4	211
<i>Sed propter electos.</i>		
Plática XXII. De la intercesion de los santos.	1	257
<i>Surgent pseudo prophetæ.</i>		
Plática IV y V. Respuesta á las ra- zones de los incrédulos.	1	44 y sig.
<i>Tunc parebit signum Filii hominis.</i>		
Plática VII. Del nombre de cristiano y obligaciones que impone.	2	131
<i>Tunc videbunt Filium hominis.</i>		
Plática XVII y XXVIII. De la resur- reccion de la carne.	1	323 y sig.
<i>Cælum et terra transibunt.</i>		
Plática VII. De las perfecciones de Dios.	1	84
En los misterios y festividades de María Santísima pue- de usarse alguna de las últimas pláticas del tomo cuarto.		